

# Estudio sobre el libro del Deuteronomio II

Segunda parte

**Autor: C. H. Mackintosh**

El libro del Deuteronomio tiene un carácter tan propio como cualquiera de las cuatro secciones anteriores del Pentateuco. Por su título podríamos suponer que este es una simple repetición de los anteriores, pero eso sería un error. Una cosa así no ocurre en la

Palabra de Dios; Él nunca se repite. Dondequiera que le discernamos, sea en una página de la Sagrada Escritura o en el amplio campo de la creación, vemos una variedad infinita, una plenitud divina, un plan definido. Nuestra facultad para discernir y apreciar tales cosas será proporcional a nuestra espiritualidad. En esto, como en todo, es necesario que nuestros ojos estén ungidos con colirio celestial.

## **Aviso legal / Derechos:**

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

# Índice

<b>Segundo discurso de Moisés - Dios gobierna a las naciones (continuación)</b> .....	8
Los caminos de Dios para con las naciones .....	8
No debe haber misericordia ni pacto con los cananeos .....	10
Israel, pueblo santo .....	12
El gobierno de Dios sobre aquellos que lo aborrecen .....	14
El gobierno de Dios sobre su propia casa .....	21
Gracia y misericordia por parte de Dios .....	22
Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? .....	23
<b>Una mirada hacia atrás</b> .....	26
No debemos enorgullecernos de nuestros progresos .....	26
Comprender la misericordia de Dios .....	27
No solo de pan vivirá el hombre... ..	29
... sino de toda palabra de Dios. ....	31
Nada faltó durante esos cuarenta años .....	34
Ahora Jehová tu Dios te introduce en la buena tierra .....	37
No olvides a Jehová tu Dios. ....	40
<b>Oye, Israel</b> .....	44
Las dificultades y los enemigos los esperan a la entrada del país .....	44
Es Jehová tu Dios el que pasa delante de ti. ....	45
No entras al país debido a tu justicia .....	46
El recuerdo del becerro de oro .....	48
Moisés, intercesor .....	49
<b>Las nuevas tablas de piedra</b> .....	51
Las segundas tablas puestas en el arca .....	53
La muerte de Aarón. Elección y honra de Leví. ....	54
Israel, ¿qué pide de ti Jehová tu Dios? .....	57
El padre de huérfanos y juez de viudas .....	59
El extranjero .....	60
<b>Retrospectiva y futuro</b> .....	63
El recuerdo de las obras de Jehová .....	63
Guardad todos los mandamientos .....	64
La tierra prometida .....	66
Si obedeciereis... yo daré .....	67
Que vuestro corazón no se enorgullezca. ....	70
Mis palabras en vuestro corazón y en vuestra alma. ....	70

Los límites del país .....	71
La bendición y la maldición .....	74
<b>El lugar que Jehová ha escogido para poner su nombre .....</b>	<b>75</b>
La autoridad divina en la Escritura.....	75
Destrucción de los lugares donde las naciones sirvieron a sus dioses .....	77
El lugar de culto establecido por Dios .....	78
Un único lugar, un solo centro .....	80
No añadirás ni quitarás de ello.....	82
<b>Señales, prodigios y falsas doctrinas.....</b>	<b>83</b>
Falso profeta, o soñador de sueños.....	83
Afectos naturales y verdad .....	86
La justicia según la ley y la gracia .....	87
La enseñanza del Señor Jesús.....	89
El sendero del cristiano en medio de este mundo .....	93
Responsabilidad colectiva de las doce tribus .....	95
Unidad del cuerpo de Cristo y falsa doctrina.....	97
<b>La remisión de Jehová .....</b>	<b>101</b>
Un mandamiento de amor .....	101
El egoísmo del corazón humano .....	102
El siervo hebreo .....	104
El siervo que prefiere quedarse con su amo .....	106
Relación entre amo y siervo .....	107
El primogénito .....	108
<b>Las tres grandes fiestas de Jehová.....</b>	<b>110</b>
La Pascua y el lugar de su celebración .....	110
La levadura .....	112
El pan de aflicción .....	113
Pentecostés y el lugar de su celebración .....	116
El Espíritu Santo .....	118
Te alegrarás .....	120
La fiesta de los tabernáculos y el lugar de su celebración.....	121
La redención, la presencia del Espíritu Santo y la esperanza de la gloria ....	124
Consideraciones prácticas.....	125
<b>Dios ha confiado al hombre el desempeño de la justicia .....</b>	<b>128</b>
El decreto divino .....	128
El hombre en este cargo.....	128

El tiempo futuro en el cual la justicia reinará .....	129
El altar pagano y el altar de Dios .....	130
El juicio establecido sobre el testimonio de dos o tres testigos .....	132
Regla para resolver litigios en Israel y en la Iglesia de Dios .....	134
Cuando establezcas un rey sobre ti. ....	138
<b>Los sacerdotes, los levitas .....</b>	<b>141</b>
El servicio y la parte de cada uno .....	141
En el tiempo de Elí. ....	142
En el tiempo de Ezequías. ....	142
En el tiempo de Nehemías. ....	144
En el tiempo de la Iglesia. ....	145
El apóstol Pablo .....	147
Como el Maestro, así el siervo .....	148
No practicaréis adivinación .....	149
El profeta anunciado: Jesús. ....	151
<b>Las ciudades de refugio. ....</b>	<b>153</b>
La bondad y la severidad de Dios .....	153
Si Jehová ensancha tu territorio... añadirás tres ciudades .....	156
Los límites de la heredad. ....	157
Demostración de un pecado por el testimonio de dos o tres testigos. ....	158
<b>Dios va con vosotros para pelear por vosotros. ....</b>	<b>160</b>
Algunas consideraciones generales .....	160
Para las batallas de Israel: el sacerdote y el oficial .....	162
Las batallas del cristiano .....	164
Los principios que debían regir a los israelitas en sus guerras .....	165
<b>Averiguación a causa de un homicidio .....</b>	<b>168</b>
El hijo contumaz y rebelde .....	171
<b>Decretos que determinan diversos aspectos de la vida del hombre .....</b>	<b>173</b>
Depravación del corazón humano .....	173
Los decretos testifican de los cuidados de Dios para con su pueblo .....	174
El Espíritu Santo habita en nosotros .....	175
El deber para con un hermano .....	176
El deber para con los demás .....	176
No mezclemos nada con la doctrina pura de la Palabra .....	177
<b>Después de entrar en el país .....</b>	<b>180</b>

La canasta de los primeros frutos .....	180
Para Israel: «He entrado» – Para la Iglesia: «He venido a Jesús» .....	182
La beneficencia.....	183
La santidad práctica en la marcha, el servicio y el ministerio.....	185
<b>Tercer discurso de Moisés.....</b>	<b>188</b>
Hoy has venido a ser pueblo de Jehová tu Dios.....	188
El monte Gerizim y el monte Ebal.....	189
<b>Israel bajo el gobierno de Dios como nación.....</b>	<b>191</b>
Las bendiciones terrenales de Israel no se aplican a la Iglesia .....	191
Obediencia y desobediencia.....	193
A la cabeza o a la cola .....	194
El libro de Ester .....	194
El libro de Daniel .....	198
<b>Cuarto discurso de Moisés .....</b>	<b>201</b>
La alianza en el país de Moab.....	201
Vosotros habéis visto todo lo que Jehová ha hecho .....	203
Guardaréis las palabras de este pacto .....	205
La raíz produce hiel y ajeno .....	207
Si tal raíz brota .....	208
Las cosas secretas y las cosas reveladas.....	210
<b>Las cosas secretas pertenecen a Jehová.....</b>	<b>212</b>
Un pueblo restaurado, de vuelta y bendito.....	212
La Palabra está cerca de ti .....	213
Mira, yo he puesto delante de ti hoy la vida y el bien, la muerte y el mal ....	216
<b>Las últimas palabras de Moisés dirigidas a Israel .....</b>	<b>218</b>
Ternura y solicitud.....	218
Josué es llamado.....	219
La ley escrita dada a los sacerdotes.....	220
Anuncio del fin de Moisés y del futuro de Israel .....	221
Un cántico como testimonio para los descendientes.....	222
El libro de la ley puesto al lado del arca del pacto.....	223
<b>El cántico de Moisés .....</b>	<b>225</b>
Una descripción profética .....	225
Él es la Roca, su obra es perfecta .....	226
Israel y la Iglesia.....	227
Israel olvidó a la Roca que lo creó .....	229

Jehová lo vio y se encendió su ira .....	230
Haré cesar de entre los hombres la memoria de ellos .....	231
Restauración de Israel y juicio de las naciones .....	232
Fin del admirable cántico .....	234
Verás delante de ti la tierra, mas no entrarás allá .....	235
<b>Bendición profética de Moisés, hombre de Dios.....</b>	<b>237</b>
Comparación con Génesis 49 .....	237
La bendición de cada tribu .....	238
Rubén y Judá .....	238
Leví, pero no Simeón.....	239
Benjamín .....	241
José.....	241
Zabulón e Isacar.....	243
Gad, Dan, Neftalí y Aser.....	243
<b>La muerte de Moisés.....</b>	<b>245</b>

## Segundo discurso de Moisés - Dios gobierna a las naciones (continuación)

### Los caminos de Dios para con las naciones

Cuando Jehová tu Dios te haya introducido en la tierra en la cual entrarás para tomarla, y haya echado de delante de ti a muchas naciones... siete naciones mayores y más poderosas que tú, y Jehová tu Dios las haya entregado delante de ti, y las hayas derrotado, las destruirás del todo; no harás con ellas alianza, ni tendrás de ellas misericordia” (v. 1-2).

Las primeras palabras del Salmo 101 nos vienen a la memoria cuando leemos la historia de los consejos de Dios para con las naciones relacionadas con el pueblo de Israel: “Misericordia y juicio cantaré”. Por un lado vemos el despliegue de la misericordia de Dios para con Israel, en virtud de su pacto con Abraham, Isaac y Jacob. Por otro lado vemos la ejecución del juicio sobre las naciones a causa de su propia maldad. En el primer caso vemos la soberanía de Dios; en el segundo su justicia. En ambos resplandece la gloria divina. Todos los caminos de Dios, sean para misericordia o para juicio, son motivo de alabanza y su pueblo los celebrará eternamente. “Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos[. ¿Quién no te temerá, oh Señor, y glorificará tu nombre? pues solo tú eres santo; por lo cual todas las naciones vendrán y te adorarán, porque tus juicios se han manifestado” (Apocalipsis 15:3-4).

Este es el espíritu con que debemos considerar los caminos de Dios cuando obra como gobernante. Algunas personas se sienten contrariadas al leer al principio de este capítulo las directivas dadas a Israel respecto a los cananeos. Se dejan influir por un morboso y falso sentimentalismo en lugar de tener un juicio claro. Están convencidas de que un ser lleno de bondad y misericordia como Dios no puede ordenar a su pueblo que sacrifique a sus semejantes sin piedad.

Es evidente que los que así piensan no pueden afirmar con los santos del Apocalipsis 15:3: “Justos y verdaderos son tus caminos, Rey de las naciones”, ni reconocen que él es

Rey de reyes y Señor de señores



(Apocalipsis 19:16).

No aprueban a Dios en su proceder, e incluso hasta lo juzgan. Se atreven a medir los actos gubernativos de Dios con una vara de criterio personal. Miden lo infinito con lo limitado. En otras palabras, juzgan a Dios con criterio propio (humano).



Es un craso error. No somos competentes para formular ningún juicio acerca de los caminos de Dios. Por consiguiente tal intento es el colmo de la presunción por parte de unos pobres mortales ignorantes. En el capítulo 7 de Lucas leemos: “La sabiduría es justificada por todos sus hijos” (v. 35). Recordemos esto e impongamos silencio a nuestros razonamientos pecaminosos. “Sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso; como está escrito: Para que seas justificado en tus palabras, y venzas cuando fueres juzgado” (Romanos 3:4).

¿Se halla usted perplejo en cuanto a este punto? Si es así, lea este hermoso pasaje que le será de gran ayuda: “Alabad a Jehová, porque él es bueno, porque para siempre es su misericordia... Al que *hirió a Egipto en sus primogénitos*, porque para siempre es su misericordia. Al que sacó a Israel de en medio de ellos, porque para siempre es su misericordia. Con mano fuerte, y brazo extendido, porque para siempre es su misericordia. Al que dividió el mar Rojo en partes, porque para siempre es su misericordia; e hizo pasar a Israel por en medio de él, porque para siempre es su misericordia; y arrojó a Faraón y a su ejército en el mar Rojo, porque para siempre es su misericordia... Al que *hirió a grandes reyes*, porque para siempre es su misericordia; y *mató a reyes poderosos, porque para siempre es su misericordia*; a Sehón rey amorreo, porque para siempre es su misericordia; y a Og rey de Basán, porque para siempre es su misericordia; y dio la tierra de ellos en heredad, porque para siempre es su misericordia; en heredad a Israel su siervo, porque para siempre es su misericordia” (Salmo 136:1, 10-22).

Vemos aquí que: la muerte de los primogénitos de Egipto, la liberación de Israel, el paso a través del mar Rojo, la total destrucción del ejército de Faraón, y la matanza de los cananeos para dar sus tierras a Israel, demuestran la eterna misericordia de Jehová. Fue, es y será siempre así. Todo ha de redundar para la gloria de Dios. Recordemos esto y dejemos de lado todos nuestros falsos razonamientos. Es *nuestro privilegio* justificar a Dios en todos sus procedimientos. Inclínemos nuestras cabezas con santa adoración ante sus inescrutables juicios y descansemos con la tranquila seguridad de que todos sus caminos son justos. Es verdad que no los entendemos todos; esto sería imposible. Lo finito no puede comprender lo infinito. Por eso tantas personas están equivocadas. Razonan sobre los actos del gobierno de Dios sin considerar que esos actos son muy distantes de los límites de la razón humana, tanto como el Creador lo está de la criatura caída. ¿Qué razón humana podría sondear los profundos misterios de la providencia divina? ¿Por qué una ciudad poblada de hombres, mujeres y niños queda sepultada en una hora por una corriente de lava? No lo sabemos. Sin embargo, este suceso es uno de los miles registrados en la historia de la humanidad. Todos están fuera del alcance de las inteligencias más agudas. Obser-

vemos en las calles de nuestras ciudades y pueblos los millares de seres humanos que se agrupan viviendo en la miseria y en la mayor degradación moral. ¿Podemos explicarnos todo esto? ¿Por qué lo permite Dios? ¿Somos llamados a explicarlo? No nos corresponde discutir tales cuestiones. Y si en nuestra ignorancia y necedad nos ponemos a razonar y a especular sobre los inescrutables misterios del gobierno divino, solo podemos esperar una confusión completa. Caemos en manifiesta incredulidad.

## **No debe haber misericordia ni pacto con los cananeos**

Los pensamientos ya expuestos permitirán al lector entender las primeras líneas de nuestro capítulo. Las naciones cananeas no debían hallar gracia a los ojos de Israel. Sus iniquidades habían alcanzado el punto culminante y para ellas solo quedaba la inflexible ejecución del castigo divino. “Las destruirás del todo; no harás con ellas alianza, ni tendrás de ellas misericordia. Y no emparentarás con ellas; no darás tu hija a su hijo, ni tomarás a su hija para tu hijo. Porque desviará a tu hijo de en pos de mí, y servirán a dioses ajenos; y el furor de Jehová se encenderá sobre vosotros, y te destruirá pronto. Mas así habéis de hacer con ellos: sus altares destruiréis, y quebraréis sus estatuas, y destruiréis sus imágenes de Asera, y quemaréis sus esculturas en el fuego” (v. 2-5). Estas fueron las instrucciones dadas por Jehová a su pueblo. Eran claras y explícitas. No debían tener ni misericordia, ni pactar con los cananeos. Tampoco debían unirse a ellos, ni mantener vínculo de ninguna clase. Debían ejercer un juicio sin piedad con ellos.

Sabemos que lamentablemente Israel desobedeció muy pronto estas instrucciones. Tan pronto como pusieron sus pies en la tierra de Canaán hicieron alianza con los gabaonitas. El mismo Josué cayó en la trampa. Los vestidos andrajosos y el pan mohoso de aquellas gentes astutas engañaron a los príncipes de la congregación y los hicieron obrar de un modo contrario al mandamiento de Dios. Si se hubiesen dejado guiar por la autoridad de la Palabra, no habrían caído en el grave error de hacer alianza con personas a las que debieron haber exterminado. Pero al juzgar con sus propios ojos, tuvieron que sufrir las consecuencias. La obediencia absoluta es la mejor salvaguardia moral contra las astucias del enemigo. No hay duda de que el relato hecho por los gabaonitas era muy creíble. El aspecto de ellos le daba crédito a sus afirmaciones. Pero justamente nada de eso debería haber producido el menor efecto moral sobre el ánimo de Josué y de los príncipes del pueblo. Si tan solo hubiesen recordado la Palabra del Señor, seguramente no les hubiese producido ese efecto. Fallaron en eso. Razonaron acerca de lo que veían en lugar de obedecer lo que se les había ordenado. La razón nunca debe ser un guía para el pueblo de Dios. Tenemos que ser absolutamente dirigidos y gobernados por Su Palabra.

Este es un privilegio enorme al alcance del más sencillo y menos instruido de los hijos de Dios. La palabra, la voz y la mirada del Padre pueden guiar al menor y más débil miembro de su familia. Solo precisamos tener un corazón humilde y obediente. No hay necesidad de una gran inteligencia ni de vastos conocimientos; si así fuese, ¿qué sería de la gran mayoría de los cristianos? Si solo los ilustrados, los grandes pensadores y los clarividentes fueran capaces de descubrir los engaños del adversario, entonces la mayoría de nosotros deberíamos entregarnos a la desesperación.

Pero gracias a Dios no es así; en realidad sucede lo contrario. Al estudiar la historia del pueblo de Dios, en todos los tiempos podemos ver que la sabiduría, la instrucción o la cultura humanas se convierten en verdaderos lazos para sus poseedores. Son los instrumentos más eficaces en manos del enemigo si no guardan su debido lugar. ¿Quiénes han introducido la mayor parte de las herejías que han perturbado a la Iglesia de Dios siglo tras siglo? No han sido los hombres sencillos ni los incultos, sino los instruidos y los intelectuales. Y en el pasaje del libro de Josué que acabamos de citar, ¿quiénes hicieron alianza con los gabaonitas? ¿Fue acaso el pueblo? De ningún modo; fueron los príncipes de la congregación. Sin duda alguna todos cayeron en el engaño, pero fueron los príncipes quienes tomaron la iniciativa. Las cabezas, los guías de la asamblea, cayeron en la trampa del diablo por haber descuidado la Palabra de Dios.

“No harás con ellas alianza”. No hay mandamiento más claro que este. Los andrajos, los zapatos gastados y los panes enmohecidos de los gabaonitas, ¿podían alterar el alcance del mandato divino o anular la obligación de obedecer estrictamente a esta orden? Por cierto que no. Nada podrá justificar jamás la desobediencia a la Palabra de Dios. Si aparecen dificultades en el camino, si se nos presentan circunstancias que causan perplejidad o cosas que no estamos preparados para juzgar, ¿qué debemos hacer? ¿Razonar? ¿Apresurarnos a sacar conclusiones? ¿Obrar según nuestro propio criterio o guiados por cualquier criterio humano? En absoluto. ¿Qué hacer, entonces? Esperar en Dios, con paciencia, humildad y con fe. Él nos aconsejará y nos guiará.

“ Encaminará a los humildes por el juicio, y enseñará a los mansos su  
carrera  
(Salmo 25:9).

Si Josué y los príncipes hubiesen obrado así, jamás habrían hecho alianza con los gabaonitas. Si el lector obra de este modo, también será librado de toda mala obra y preservado hasta el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

## Israel, pueblo santo

En el versículo 6 de este capítulo Moisés expone ante el pueblo la razón moral por la cual debían permanecer completamente separados de los cananeos y exterminarlos. *“Porque tú eres pueblo santo para Jehová tu Dios; Jehová tu Dios te ha escogido para serle un pueblo especial, más que todos los pueblos que están sobre la tierra”*.

El principio expuesto aquí es muy importante. ¿Por qué Israel debía mantenerse completamente separado de los cananeos y rehusar firmemente cualquier alianza con ellos? ¿Por qué debían demoler sus altares, quebrar sus estatuas, destruir sus imágenes y quemar sus esculturas? Sencillamente porque Israel era un pueblo santo. ¿Y quién lo había constituido en un pueblo santo? Jehová. Él lo había escogido y amado, lo había redimido y apartado para sí. Por eso tenía todo el derecho de prescribirle cómo debía ser y cómo debía actuar.

### Sed santos, porque yo soy santo



(1 Pedro 1:16).

De ninguna manera esta orden estaba basada sobre el principio de: “No te acerques a mí, porque soy más santo que tú” (Isaías 65:5). Israel no era mejor que las otras naciones. Esto es evidente por lo que dicen los versículos 7 y 8 del capítulo que estamos considerando: “No por ser vosotros más que todos los pueblos os ha querido Jehová y os ha escogido, pues vosotros erais el más insignificante de todos los pueblos; sino por cuanto Jehová os amó, y quiso guardar el juramento que juró a vuestros padres, os ha sacado Jehová con mano poderosa, y os ha rescatado de servidumbre, de la mano de Faraón rey de Egipto”.

¡Qué palabras tan apropiadas para Israel! ¡Cuán saludables y necesarias! Ellos debían recordar que toda la dignidad, los privilegios y bendiciones no se debían a lo que eran —a su propia bondad o grandeza—, sino sencillamente al hecho de que Jehová los había amado y había querido identificarse con ellos en su infinita bondad y gracia soberana. En virtud del pacto hecho con sus padres, esto fue “ordenado en todas las cosas, y será guardado” (2 Samuel 23:5). Era este un antídoto divino contra todo orgullo y autosuficiencia, y también la base sólida de su felicidad y seguridad moral. Todo descansaba sobre la eterna estabilidad de la gracia de Dios, por lo tanto cualquier jactancia humana debía quedar excluida. “En Jehová se gloriará mi alma; lo oirán los mansos, y se alegrarán” (Salmo 34:2).

A Dios no le agrada que nadie se gloríe en su presencia. Debemos descartar toda pretensión humana. Él apartará la soberbia de cualquier persona. Israel debía recordar su origen y su verdadero estado “de servidumbre” en Egipto. Era “el más insignificante de todos los pueblos”. No debía existir en ellos ni orgullo ni jactancia. Desde ningún punto de vista Israel era mejor que las naciones circundantes. Por lo tanto, solo podía explicar su posición y grandeza moral mediante el gratuito amor de Dios y Su fidelidad al juramento hecho a sus padres.

“ No a nosotros, oh Jehová, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria,  
por tu misericordia, por tu verdad  
(Salmo 115:1).

“Conoce, pues, que Jehová tu Dios es Dios, Dios fiel, que guarda el pacto y la misericordia a los que le aman y guardan sus mandamientos, hasta mil generaciones; y que da el pago en persona al que le aborrece, destruyéndolo; y no se demora con el que le odia, en persona le dará el pago” (v. 9-10).

Aquí tenemos dos realidades muy importantes. Una expone el rico consuelo y precioso aliento para todo aquel que ama verdaderamente a Dios. La otra manifiesta la más intensa solemnidad para todo el que aborrece a Dios. Los que aman realmente a Dios y guardan sus mandamientos pueden contar con su infalible fidelidad y tierna misericordia en cualquier tiempo y circunstancia. “A los que aman a Dios, *todas las cosas* les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Romanos 8:28). Si por la gracia infinita el amor de Dios mora en nuestros corazones y su temor está ante nuestros ojos, podemos avanzar con buen ánimo y gozosa confianza, seguros de que todo irá bien. “Amados, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios; y cualquiera cosa que pidiéremos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él” (1 Juan 3:21-22).

Esta es una grande y eterna verdad, tanto para Israel como para la Iglesia. Las dispensaciones no hacen diferencia en cuanto a este tema. Si estudiamos el capítulo 7 de Deuteronomio o el tercer capítulo de 1 Juan, aprenderemos la misma verdad práctica: que Dios se deleita en aquellos que le temen, lo aman y guardan sus mandamientos. El amor y el legalismo no tienen nada en común; el uno está tan distante del otro como lo están los polos. “Este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos” (1 Juan 5:3). El fundamento y el carácter de nuestra obediencia son lo opuesto del legalismo. Hay creyentes que cuando se les insta a obedecer suelen exclamar: Esto es «legalismo», puro «legalismo», pero lamentablemente están equivocados. Si se enseñara que por nuestra obediencia podemos alcanzar una posición

alta y una relación como hijos de Dios, entonces verdaderamente podrían llamarnos legalistas. Lo repetimos, si aplicamos tal epíteto a la obediencia cristiana, es un deplorable error moral. La obediencia jamás precede a la filiación; pero la filiación o la relación de hijo siempre debe estar seguida por la obediencia.

## **El gobierno de Dios sobre aquellos que lo aborrecen**

Ya que estamos tratando este asunto, llamaremos la atención del lector sobre dos pasajes del Nuevo Testamento que no son correctamente entendidos por muchas personas. En el capítulo 5 de Mateo leemos: “Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos (υἱοὶ) de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos... Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (v. 43-48).

A juicio de algunos, este pasaje parece enseñar que la relación de hijo puede lograrse por seguir cierta línea de conducta; pero no es así. Se trata de acomodarse moralmente al carácter y a los pensamientos de nuestro Padre. En la vida diaria a menudo oímos la siguiente expresión: «Si usted no obra de tal manera, no será hijo de su padre». Es como si nuestro Señor hubiera dicho: «Si queréis ser hijos de vuestro Padre celestial, debéis obrar en gracia para con todos, porque esto es lo que él hace». En la segunda carta a los Corintios, capítulo 6, leemos: “Por lo cual, salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso” (v. 17-18). No se trata aquí de la filiación íntima formada por la voluntad divina, sino del público reconocimiento de nuestra posición de hijos como resultado de nuestra separación del mal.

Conviene que el lector comprenda bien esta importante distinción. Es de gran valor práctico. No llegamos a ser hijos por separarnos del mundo.

“ Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús  
(Gálatas 3:26).  
Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les  
dio potestad (o autoridad) de ser hechos hijos de Dios; los cuales no  
son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad  
de varón, sino de Dios  
(Juan 1:12-13).  
Él, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad  
(Santiago 1:18).

Nos convertimos en hijos de Dios por el nuevo nacimiento, el cual –gracias sean dadas a Dios– es una operación divina desde el principio hasta el fin. ¿Qué tuvimos que hacer en nuestro nacimiento natural? Nada. Y ¿qué nos corresponde hacer en nuestro nacimiento espiritual? Absolutamente nada. Ningún tipo de obras, simplemente debemos creer en Jesús.

Pero recordemos que Dios solo puede reconocer públicamente a los que, por gracia, procuran andar de una manera aceptable y digna de hijos e hijas del Señor Todopoderoso, identificándose a sí mismo con ellos. Si nuestra conducta es *inconsecuente con la naturaleza de Dios*, si andamos mezclados con toda clase de cosas malas, si entablamos relaciones en yugo desigual con los infieles, ¿cómo podemos esperar que Dios nos reconozca como hijos suyos? En Hebreos 11 se habla de aquellos que confesaban ser “extranjeros y peregrinos sobre la tierra”. Claramente daban a entender que buscaban una patria, “por lo cual Dios *no se avergüenza* de llamarse Dios de ellos” (Hebreos 11:13-14, 16). Él podía identificarse públicamente con ellos y reconocerlos como suyos.

Lector, pensemos seriamente en esta gran cuestión práctica. Examinemos honestamente nuestra conducta. Averigüemos sinceramente si estamos unidos en “yugo desigual con los incrédulos” en algún área. Si así fuese, prestemos mucha atención a las palabras: “Salid de en medio de ellos, y apartaos... y no toquéis lo inmundo” (2 Corintios 6:14, 17). Puede ocurrir que la obediencia a este santo mandamiento nos exponga a ser acusados de fanáticos, estrechos de criterio, intolerantes y orgullosos. Se nos dirá que no debemos juzgar a los demás ni pretender ser más santos o mejores que ellos. Para toda esta serie de consideraciones tenemos una respuesta muy sencilla y concluyente: es el expreso mandamiento de Dios. Él nos dice que nos separemos, que salgamos, que no toquemos lo inmundo; y todo ello a fin de recibirnos y reconocernos como hijos suyos. Esto debe bastarnos. Que la gente piense o diga de nosotros lo que quiera, que nos llame como quiera, Dios se ocupará de ellos tarde o temprano. Si queremos ser recibidos y reco-

nocidos por Dios, debemos separarnos de los incrédulos. Si los creyentes andan mezclados con los que no creen, ¿cómo podrán ser conocidos o distinguidos como hijos del Señor Todopoderoso?

Tal vez se nos argumente: «¿Cómo hemos de reconocer a los incrédulos? Todos profesan ser cristianos y pertenecer a Cristo, no estamos rodeados de paganos o de judíos incrédulos. ¿Cómo, pues, juzgar? Era algo fácil de hacer en los primeros días del cristianismo, cuando el apóstol escribió su carta a la asamblea de Corinto. La línea de demarcación era tan clara como un rayo de sol, allí estaban las tres clases: el judío, el gentil y la Iglesia de Dios. Pero ahora todo ha cambiado; vivimos en un país cristiano, bajo un gobierno cristiano, estamos rodeados de cristianos y, por lo tanto, el texto de 2 Corintios 6 no puede aplicarse a nosotros. Aquel texto era apropiado para la Iglesia del principio, cuando acababa de separarse del judaísmo, por un lado, y del paganismo, por otro; pero aplicar tal precepto en esta época de la historia de la Iglesia es imposible».

A los que sostienen este criterio vamos a formularles unas preguntas muy sencillas: ¿Ha llegado la Iglesia a una etapa de su historia en la que ya no necesita el Nuevo Testamento como guía y autoridad? ¿Hemos alcanzado ya una línea que represente el más allá de la Santa Escritura? Si es así, ¿qué hemos de hacer? ¿Adónde hemos de dirigir nuestras miradas en busca de dirección? Si admitimos que el texto de 2 Corintios 6 no es aplicable actualmente a los cristianos, ¿qué garantía tendríamos de que otros textos o porciones del Nuevo Testamento puedan tener aplicación para nosotros?

La Escritura fue dada a la Iglesia de Dios en su conjunto y a cada miembro de ella en particular. Por consiguiente, mientras la Iglesia permanezca en la tierra, la Escritura se aplica a ella. Dudar de esto es una manifiesta contradicción a las palabras del inspirado apóstol quien nos dice que la Santa Escritura nos puede hacer *sabios* “*para la salvación*”, esto es, sabios hasta el día de la gloria, porque tal es la fuerza de la palabra “salvación” en 2 Timoteo 3:15.

No necesitamos una nueva luz, ni una nueva revelación; poseemos “toda la verdad” en las páginas de nuestra preciosa Biblia. ¡Gracias a Dios por ello! No necesitamos la ciencia ni la filosofía para hacernos sabios. La verdadera ciencia y la sana filosofía en nada disminuyen el testimonio de la Santa Escritura, no pueden añadirle nada y tampoco la contradicen. Cuando los incrédulos nos hablan de “progreso”, de “desenvolvimiento”, de la “luz de la ciencia”, apoyémonos con confianza y tranquilidad en las preciosas palabras “toda la verdad”, “sabio para la salvación”. Es imposible ir más allá. ¿Qué puede compararse a “toda la verdad”? ¿Qué más necesitamos para ser sabios hasta el día de la venida de nuestro Señor Jesucristo?



Además, recordemos que no se ha efectuado ningún cambio en las posiciones relativas a la Iglesia y al mundo. Hoy es lo mismo que hace veinte siglos, cuando nuestro Señor dijo que su pueblo no era del mundo, como Él tampoco era del mundo (Juan 17). El mundo siempre es el mundo. Habrá podido modificar su aspecto en algún sentido, pero su verdadero carácter, su espíritu y sus principios no han cambiado. Por eso es tan malo hoy como lo fue cuando Pablo escribió su epístola a la iglesia de Corinto, en la que los cristianos se unían en “yugo desigual con los incrédulos”. No podemos pasar por alto este hecho, ni desprendernos de nuestra responsabilidad al respecto, o resolver la dificultad diciendo: “No debemos juzgar a los demás”. Estamos obligados a juzgar. Si rehusamos hacerlo, rehusamos obedecer, ¿y no es esto una franca rebeldía? Dios dice: “Salid de en medio de ellos, y apartaos”. Y si replicamos: «No debemos juzgar», ¿qué posición tenemos? El hecho es que se nos ordena claramente que juzguemos. “¿No juzgáis vosotros a los que están dentro? Porque a los que están fuera, Dios juzgará” (1 Corintios 5:12-13).

No seguiremos considerando estas razones. Creemos que el lector reconocerá la aplicación directa del pasaje citado al principio a sí mismo. Es tan claro como preciso: llama al pueblo de Dios a salir, a mantenerse separado y a no tocar lo inmundo. Esto es lo que Dios exige de su pueblo para reconocerlo como suyo. El más profundo y sincero deseo de nuestros corazones debe ser atender a su voluntad llena de gracia respecto a este punto, sin tener en cuenta lo que el mundo pueda pensar de nosotros. Algunos creyentes temen ser acusados de intransigentes y fanáticos, pero ¡cuán poco importa a un corazón verdaderamente consagrado lo que los hombres digan de él! El pensamiento humano cambia en un instante. Cuando estemos ante el tribunal de Cristo, cuando estemos en el pleno resplandor de la gloria, ¿qué podrá importarnos que los hombres nos consideren como personas de criterio estrecho o amplio, fanáticas o liberales? Y ¿qué nos importa en la actualidad? Nada, en absoluto. Nuestro objetivo primordial debe ser obrar y comportarnos de tal modo que seamos agradables a Aquel que nos hizo “aceptos”. ¡Que así sea para el que esto escribe, para el que lee y para todo miembro del cuerpo de Cristo!

Volvamos ahora a la importante y muy solemne verdad expuesta en el versículo 10 de nuestro capítulo. “Y no se demora con el que le odia, en persona le dará el pago”. Si el versículo 9 anima a los que aman a Dios a guardar sus mandamientos, el versículo 10 hace una seria advertencia a los que lo aborrecen.

Vendrá el día en que Dios tratará personalmente, cara a cara, con sus enemigos. Cuán terrible es pensar que alguien pueda *aborrecer a Dios*, aborrecer a Aquel que es “luz” y “amor”, la fuente del bien, el autor y dador de todo don perfecto, el Padre de las luces; a Aquel cuya bondadosa mano

suple las necesidades de todo ser viviente, que oye los graznidos del polluelo del cuervo y apaga la sed del asno salvaje; al infinitamente bueno, al único sabio, al Dios perfectamente santo, Señor de toda fuerza y potestad, Creador de los términos de la tierra y Aquel que tiene poder para echar juntamente el cuerpo y el alma en el infierno.

Pensemos por unos momentos en lo que es aborrecer a un Ser como Dios; sabemos que quienes no lo aman, forzosamente lo menosprecian. Mucha gente no lo cree así; son pocos los que están dispuestos a reconocerse a sí mismos como aborrecedores de Dios. Pero no existe un terreno neutro en esta importante cuestión; estamos a favor o en contra de Dios; en general, los hombres no tardan en mostrar cuál es su bandera. A menudo sucede que la profunda enemistad que se alberga en el corazón se manifiesta con palabras de odio hacia su pueblo, su Palabra, su culto y su servicio. Cuán a menudo oímos expresiones como: «Aborrezco a la gente religiosa». «Odio toda hipocresía». «No soporto a los predicadores». Pero en verdad es a Dios mismo a quien aborrecen. “Los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden” (Romanos 8:7). Y esta enemistad se expone cuando se trata de personas o cosas relacionadas con Dios. En lo profundo de todo corazón incrédulo anida la más clara enemistad contra Dios. Todo hombre en su estado natural aborrece a Dios.

Ahora bien, Dios declara que él no se “demora con el que le odia, en persona le dará el pago”. Esta es una verdad muy solemne, a la cual deberíamos prestarle gran atención. A los hombres no les agrada oírlo; muchos aparentan y profesan no creerla. Quisieran persuadirse y convencer a los demás de que Dios es demasiado bueno, benévolo, misericordioso y benigno como para tratar a sus criaturas con severidad. Olvidan que los caminos gubernativos de Dios son tan perfectos como sus designios de gracia. Se imaginan que el gobierno de Dios pasará por alto o tratará ligeramente al mal y a los malhechores.

Esta es una equivocación fatal que tarde o temprano producirá frutos dolorosos. Es verdad que Dios –bendito sea su nombre, merced a su gracia soberana y misericordiosa– puede perdonar nuestros pecados, borrar nuestras transgresiones, cubrir nuestras culpas, justificarnos perfectamente y llenar nuestros corazones con el Espíritu de adopción (Romanos 8:15). Pero este es un asunto completamente diferente. Es la gracia reinando

“ por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro (Romanos 5:21).

Es Dios, en su admirable amor, proporcionando justicia al pobre y culpable pecador que merecía el infierno. Este sabe, siente y reconoce que no tiene ninguna justicia propia y que jamás podría alcanzarla por sí mismo. Dios, en su infinito amor, ha hallado un medio por el cual puede ser justo y justificar a todo pecador que sencillamente cree y confía en Jesús.

Pero, ¿cómo logró esto? ¿Pasando por alto el pecado, como si no fuese nada grave? ¿Atenuando los derechos del gobierno divino, rebajando la norma de la santidad divina o cercenando la dignidad, severidad y majestad de la ley? No, todo lo contrario. Esta fue la manifestación más solemne del odio de Dios contra el pecado, de su implacable propósito de condenarlo y de castigarlo eternamente. Fue la vindicación más gloriosa del gobierno divino, la exposición más perfecta de la medida de la santidad divina, de su verdad y de su justicia. La ley fue gloriosamente vindicada y completamente engrandecida por ese bendito plan de redención, trazado, ejecutado y revelado por la eterna Trinidad. Trazado por el Padre, ejecutado por el Hijo y revelado por el Espíritu Santo.

Si queremos ver en toda su realidad el gobierno de Dios, su ira contra el pecado y el verdadero carácter de su santidad, debemos contemplar la cruz. Prestemos atención al clamor angustioso que surgió del corazón del Hijo de Dios y que rasgó las negras sombras del Calvario: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Salmo 22:1; Mateo 27:46; Marcos 15:34). Tal pregunta nunca se había formulado antes, como tampoco se ha formulado después, ni se repetirá jamás. No, nunca podrá formularse de nuevo. Ya sea que consideremos a Aquel que la hizo, o a Aquel a quien fue dirigida, o la respuesta misma, aquella pregunta permanece única en los anales de la eternidad. La cruz es la demostración del odio que Dios siente por el pecado, como también es la expresión de su amor por el pecador. Es el fundamento imperecedero del trono de la gracia, la base de la divina justicia sobre la cual Dios puede perdonar nuestros pecados y constituirnos perfectamente justos en un Cristo resucitado y glorificado.

Pero si los hombres desprecian todo esto y persisten en su odio contra Dios, y además hablan de que es demasiado bueno y benévolo para castigar a los malos, ¿qué les sucederá? “El que no obedece (rehúsa creer) al Hijo, no verá la vida, sino que la ira de Dios *permanece* sobre él” (Juan 3:36, V. M.) . ¿Podríamos creer, aunque fuera por un momento, que un Dios justo que ha ejecutado el castigo sobre su Hijo unigénito –su amado, su eterna delicia– para llevar nuestros pecados en su cuerpo sobre la cruz, permita al pecador no arrepentido escapar del castigo? Jesús, el Hombre inmaculado, santo y perfecto (el único Hombre perfecto que pisó este mundo) sufrió por los pecados, el justo por los injustos, ¿y habrán de ser salvos, bendecidos y llevados al cielo

los obstinados pecadores que no quieren arrepentirse, los incrédulos y los que aborrecen a Dios? ¿Afirmaríamos esto so pretexto de que Dios es demasiado benévolo y bueno para castigar a los pecadores eternamente? Mientras Dios tuvo que entregar, abandonar y castigar a su amado Hijo para salvar a su pueblo *de sus pecados*, ¿podrán los rebeldes, los impíos y los que lo menosprecian ser salvos *con sus pecados*? ¿El Señor Jesucristo murió sin ningún objetivo? Dios el Padre, ¿lo expuso a la aflicción y escondió de él su rostro sin necesidad? ¿Para qué padeció los horrores del Calvario entonces? ¿Por qué hubo tres horas de tinieblas? ¿Para qué el angustioso lamento: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”. ¿Para qué todo esto si los pecadores pueden llegar al cielo sin necesidad de ello?

¡Qué locura inconcebible! ¡Hasta dónde puede llegar la credulidad de los hombres con tal de no creer la verdad de Dios! La pobre y oscura inteligencia humana pretenderá creer el absurdo más monstruoso a fin de tener una excusa para rechazar la clara enseñanza de la Escritura. Lo que los hombres jamás pensarían atribuir a un buen gobierno humano, no vacilan en atribuirlo al gobierno del único sabio, verdadero y justo Dios. ¿Qué pensaríamos de un gobierno que no pudiera o no quisiera castigar a los malhechores? ¿Quisiéramos vivir bajo tal gobierno? ¿Qué pensaríamos de un gobierno que por ser tan benévolo, indulgente y de corazón apacible no pudiera permitir que los criminales fuesen castigados según la ley? ¿Quién querría vivir en un país así?

Lector, ¿no ve cómo este único versículo echa por tierra todas las teorías y los argumentos que los hombres en su necesidad e ignorancia han propuesto respecto al gobierno divino? “Jehová tu Dios es Dios, Dios fiel... que da el pago en persona al que le aborrece, destruyéndolo; y no se demora con el que le odia, en persona le dará el pago”.

¡Oh, si los hombres tan solo desearan escuchar la voz de Dios! ¡Si quisieran creer sus advertencias tan claras, enfáticas y solemnes en cuanto a la ira venidera, al juicio y al castigo eterno! ¡Si en vez de procurar persuadirse a sí mismos y a otros de que no hay infierno, ni gusano roedor que no muere, ni fuego inextinguible, ni tormento eterno, escucharan a Dios! ¡Si antes de que sea demasiado tarde, buscaran el refugio que les presenta el Evangelio! Esto sería verdadera sabiduría. Dios declara que dará el pago a los que lo aborrecen. ¡Cuán terrible es el solo pensamiento de tal pago! ¿Quién podrá soportarlo? El gobierno de Dios es perfecto, por lo tanto es imposible que deje sin castigo al mal. Nada puede ser más claro que esto. Toda la Escritura, desde el Génesis hasta el Apocalipsis, lo expone de forma tan clara y contundente que es el colmo de la locura que los hombres intenten discutir el asunto. Es más sabio y seguro creer en Jesús y así huir de la ira venidera, que negar que venga o que su duración sea eterna. Es completamente inútil inten-

tar razonar en contra de la verdad de Dios. Toda palabra de Dios permanecerá para siempre. Si comparamos el gobierno de Dios en relación con su pueblo Israel y con los cristianos actualmente, ¿pasó por alto el mal en la antigüedad? No, al contrario, a menudo usaba su vara de castigo, precisamente porque Israel era su pueblo, como lo dijo por medio de su profeta Amós: “Oíd esta palabra que ha hablado Jehová contra vosotros, hijos de Israel, contra toda la familia que hice subir de la tierra de Egipto. Dice así: A vosotros solamente he conocido de todas las familias de la tierra; por tanto, os castigaré por todas vuestras maldades” (Amós 3:1-2).

## **El gobierno de Dios sobre su propia casa**

El mismo principio se aplica a los cristianos en la actualidad. La primera epístola de Pedro dice: “Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no obedecen al evangelio de Dios? Y: si el justo con dificultad se salva, ¿en dónde aparecerá el impío y el pecador?” (cap. 4:17-18).

Dios disciplina a los suyos porque son suyos, y “para que no seamos condenados con el mundo” (1 Corintios 11:32). A los hijos de este mundo se les permite seguir su camino, pero su día está llegando, día negro y abrumador, día de juicio y de castigo inexorable. Los hombres podrán dudar, argumentar y razonar, pero la Escritura es clara y enfática. Dios “ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó” (Hechos 17:31). El día del juicio, cuando Dios dé al hombre personalmente su pago, se acerca.

Es muy edificante observar de qué modo Moisés, ese amado y honroso siervo de Dios, guiado por el Espíritu Santo, pone las grandes y divinas realidades del gobierno de Dios ante la conciencia de la congregación. Oigamos de qué modo suplica y exhorta: “Guarda, por tanto, los mandamientos, estatutos y decretos que yo te mando hoy que *cumplas*. Y por haber *oído* estos decretos, y haberlos *guardado* y puesto *por obra*, Jehová tu Dios guardará contigo el pacto y la misericordia que juró a tus padres. Y te *amará*, te *bendecirá* y te *multiplicará*, y bendecirá el fruto de tu vientre y el fruto de tu tierra, tu grano, tu mosto, tu aceite, la cría de tus vacas, y los rebaños de tus ovejas, en la tierra que juró a tus padres que te daría. Bendito serás más que todos los pueblos; no habrá en ti varón ni hembra estéril, ni en tus ganados. Y quitará Jehová de ti toda enfermedad; y todas las malas plagas de Egipto, que tú conoces, no las pondrá sobre ti, antes las pondrá sobre todos los que te aborrecieren. Y consumirás a todos los pueblos que te da Jehová tu Dios; no los perdonará tu ojo, ni servirás a sus dioses, porque te será tropiezo” (v. 11-16).

¡Qué exhortación tan poderosa! ¡Cuán conmovedora! Nótese los dos grupos de ideas. Israel debía *oír, guardar y hacer*; Jehová debía *amar, bendecir y multiplicar*. ¡Ah!, pero Israel triste y vergonzosamente faltó a lo que Dios pedía de él, bajo la ley y bajo su gobierno. Por eso, en vez de amor, bendición y crecimiento hubo juicio, maldición, esterilidad, dispersión y desolación.

## **Gracia y misericordia por parte de Dios**

Pero, ¡bendito sea el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo! Si bien Israel fracasó bajo la *ley y el gobierno del Señor*, Dios no ha fracasado en administrar su rica y soberana *gracia* y su preciosa misericordia. Guardará el pacto y la misericordia que juró a sus padres. No dejará sin cumplir ni una jota, ni una tilde de sus promesas. Llevará a cabo todas sus promesas de gracia. Aunque no pueda hacerlo en virtud de la obediencia de Israel, lo hará por la sangre del pacto eterno, la preciosa sangre de Cristo, el Hijo eterno. ¡Gloria y honra a su Nombre sin par!

Sí, lector, el Dios de Israel no puede permitir que una sola de sus promesas caiga en tierra. ¿Qué sería de nosotros si lo hiciera? ¿Qué seguridad, qué descanso, qué paz podríamos tener si el pacto de Dios con Abraham fallara aunque solo fuera en un punto? Es verdad que Israel ha perdido todo derecho. Si se tratara de prerrogativa carnal, Ismael y Esaú podrían alegar prioridad. Si fuera cosa de la obediencia a la ley, el becerro de oro y las tablas de piedra quebradas podrían contar una triste historia. Si se tratara de gobierno en virtud del pacto hecho junto a Moab, los hijos de Israel no podrían alegar excusa alguna.

Mas Dios siempre ha sido y será el mismo a pesar de la lamentable infidelidad de Israel.

Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios;

“ (Romanos 11:29)

de ahí, pues, que “todo Israel será salvo” (Romanos 11:26). Dios ciertamente hará honor al juramento que hizo a Abraham, a pesar de todo el fracaso y la ruina de su simiente. Estemos plenamente convencidos de ello, pese a que se pueda decir lo contrario. Israel será restaurado, bendecido y multiplicado en su propia amada y santa tierra. Descolgarán sus arpas de las ramas de los sauces y bajo la apacible sombra de sus vides e higueras, cantarán las sublimes alabanzas de su amante Salvador y Dios, durante el día de reposo milenar que les espera. Tal es el invariable testimonio de la Escritura, el que debe mantenerse en su integridad y cumplirse en sus mínimos detalles para la gloria de Dios y sobre la base de su pacto perpetuo.

Volvamos a nuestro capítulo cuyos últimos versículos requieren especial atención. Es conmovedor y bello al mismo tiempo observar cómo Moisés procura animar el corazón del pueblo con respecto a las naciones de Canaán. Comprende sus temores y procura disiparlos.

“Si dijeres *en tu corazón*: Estas naciones son mucho más numerosas que yo; ¿cómo las podré exterminar? No tengas temor de ellas; *acuérdate bien* de lo que hizo Jehová tu Dios con Faraón y con todo Egipto; de las grandes pruebas que vieron tus ojos, y de las señales y milagros, y de la mano poderosa y el brazo extendido con que Jehová tu Dios te sacó; *así* hará Jehová tu Dios con todos los pueblos de cuya presencia tú temieres. También enviará Jehová tu Dios avispas sobre ellos, hasta que perezcan los que quedaren y los que se hubieren escondido de delante de ti. No desmayes delante de ellos, porque *Jehová tu Dios está en medio de ti, Dios grande y temible*. Y Jehová tu Dios echará a estas naciones de delante de ti poco a poco; no podrás acabar con ellas en seguida, para que las fieras del campo no se aumenten contra ti. Mas Jehová tu Dios las entregará delante de ti, y él las quebrantará con grande destrozo, hasta que sean destruidas. Él entregará sus reyes en tu mano, y tú destruirás el nombre de ellos de debajo del cielo; nadie te hará frente hasta que los destruyas. Las esculturas de sus dioses quemarás en el fuego; no codiciarás plata ni oro de ellas para tomarlo para ti, para que no tropieces en ello, pues es abominación a Jehová tu Dios; y no traerás cosa *abominable a tu casa, para que no seas anatema*; del todo la aborrecerás y la abominarás, porque es anatema” (v. 17-26).

## **Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?**

El gran remedio contra todos los temores derivados de la incredulidad consiste en fijar los ojos en el Dios vivo; de ese modo el corazón se eleva sobre las dificultades de cualquier naturaleza. De nada sirve negar que existen dificultades e influencias adversas de toda clase. Esto no daría consuelo ni ánimo al corazón abatido. Al hablar de pruebas y dificultades, algunas personas adoptan un estilo que tiende a demostrar, no su conocimiento práctico de Dios, sino su profunda ignorancia de las realidades rigurosas de la vida. Quieren persuadirnos de que es un error sentir las pruebas, las penas y las dificultades del camino. Sería como decir que no deberíamos tener una cabeza sobre los hombros o un corazón en el pecho. Estas personas no saben consolar a los abatidos. Son meros teóricos visionarios, incapaces de comprender a las almas que pasan por conflictos o que luchan con las dificultades de la vida diaria.

¿De qué modo procuró Moisés animar los corazones de sus hermanos? “No tengas temor”, les dice; pero ¿por qué? No era porque no hubiera enemigos, dificultades y peligros, sino porque “Jehová tu Dios está en medio de ti, Dios grande y temible”. Aquí está el verdadero consuelo y aliento; los enemigos estaban en frente, pero Dios es el recurso seguro. Fue así como Josafat, acusado por el enemigo, procuró animarse y animar a sus hermanos: “¡Oh Dios nuestro! ¿No los juzgarás tú? Porque en nosotros no hay fuerza contra tan grande multitud que viene contra nosotros; no sabemos qué hacer, y *a ti volvemos nuestros ojos*” (2 Crónicas 20:12).

Ese es el precioso secreto. Los ojos descansan en Dios, su poder interviene y todo está establecido.

Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?



(Romanos 8:31).

Moisés se esforzó, por medio de su precioso ministerio, en hacer desaparecer los temores que se levantaban en el corazón de Israel. “Estas naciones son mucho más numerosas que yo” (v. 17), sí, pero no son más fuertes que el “Dios grande y temible”. ¿Qué naciones podrían permanecer delante de Él? Todas tenían una terrible cuenta que rendir a causa de sus incontables pecados; su iniquidad rebosaba; el tiempo de la ira había llegado y el Dios de Israel iba a echarlas de delante de su pueblo.

De ahí que Israel no tenía necesidad de temer el *poder* del enemigo. Jehová se encargaría de todo. Pero había algo mucho más terrible a lo que sí debía temer: la influencia engañadora de su idolatría. “Las esculturas de sus dioses quemarás en el fuego” (v. 25). «¡Qué!» –pudieron pensar– «¿hemos de destruir el oro y la plata que adornan estas imágenes? ¿No podría convertirse en algo útil? ¿No es una lástima destruir lo que tiene tanto valor? Admitimos que se quemen las imágenes, pero ¿por qué no reservar el oro y la plata?».

¡Ah!, nuestro pobre corazón siempre está dispuesto a objetar de ese modo. Así es cómo muchas veces nos engañamos a nosotros mismos cuando nos vemos obligados a juzgar y a abandonar lo malo. Queremos convencernos de que podemos hacer alguna reserva, que nos es permitido escoger y hacer alguna distinción. Estamos dispuestos a abandonar una parte de lo malo, pero no su totalidad. Estamos dispuestos a quemar la madera del ídolo, pero reservando el oro y la plata.



¡Fatal engaño! “No codiciarás plata ni oro de ellas para tomarlo para ti, *para que no tropieces en ello*, pues es abominación a Jehová tu Dios”. Todo debe ser abandonado y destruido. Retener un átomo del mal es caer en el lazo del diablo; si nos ligamos al mal, aunque sea muy apreciado por los hombres, será abominable a los ojos de Dios.

Notemos y consideremos los últimos versículos de nuestro capítulo. Introducir una abominación en casa es hacernos abominables. ¡Cuán solemne! ¿Lo comprendemos claramente? ¡El que introdujo en su casa una abominación, se hizo anatema como esa cosa!

Quiera el Señor guardar nuestros corazones, separándonos del mal y haciéndonos fieles y leales a Él.

## Una mirada hacia atrás

Cuidaréis de poner por obra todo mandamiento que yo os ordeno hoy, para que viváis, y seáis multiplicados, y entréis y poseáis la tierra que Jehová prometió con juramento a vuestros padres. Y te acordarás de todo el camino por donde te ha traído Jehová tu Dios estos cuarenta años en el desierto, para afligirte, para probarte, para saber lo que había en tu corazón, si habías de guardar o no sus mandamientos” (v. 1-2).

Es a la vez edificante, reconfortante y alentador volver la vista hacia atrás para considerar el camino recorrido. Podemos ver la fiel mano de nuestro Dios al conducirnos, sus tiernos y sabios cuidados, sus maravillosas liberaciones en los momentos de angustia y dificultad. ¡Cuán a menudo, cuando estábamos sin saber qué hacer, acudió en nuestro auxilio y despejó la senda ante nosotros, calmó nuestros temores y llenó nuestros corazones de cánticos de alabanza y agradecimiento!

## No debemos enorgullecernos de nuestros progresos

No debemos confundir este grato ejercicio con la lamentable costumbre de mirar el camino recorrido para apreciar nuestros logros, progresos y servicios. Quizás estemos dispuestos a admitir, de manera general, que solo por la gracia de Dios hemos sido capaces de hacer alguna pequeña obra para Él. Pero todo esto solo conduce a mirarnos a nosotros mismos para nuestra propia satisfacción, y esto arruina la verdadera espiritualidad. La retrospectiva personal es tan dañina en sus efectos morales como la introspección. En suma, el egoísmo –en cualquiera de sus múltiples facetas– es sumamente pernicioso: es el golpe mortal a la comunión. Todo cuanto tiende a poner el yo, o lo propio, ante el alma, debe ser juzgado y rechazado con firme decisión, pues produce esterilidad, oscuridad y debilidad. Detenernos a mirar lo que hemos hecho o logrado por nuestros esfuerzos es la más desdichada ocupación a la que podamos dedicarnos. Por cierto que no era ese el propósito de Moisés cuando exhortaba al pueblo a recordar todo el camino por donde los había traído Jehová su Dios.

Consideremos por un momento las memorables palabras del apóstol en Filipenses 3: “Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: *olvidando* ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús” (v. 13-14).

¿De qué cosas nos habla el bendito apóstol? ¿Olvidaba acaso los preciosos cuidados de Dios para con su alma durante su carrera terrestre? No, tenemos la más clara y completa evidencia de lo contrario. Oigamos sus conmovedoras palabras ante Agripa:

“ Pero habiendo obtenido auxilio de Dios, persevero hasta el día de hoy, dando testimonio a pequeños y a grandes (Hechos 26:22).

De igual modo, escribiendo a su amado hijo y colaborador Timoteo, pasa revista al pasado y habla de las persecuciones y aflicciones que ha sufrido, “pero el Señor me libró”, dice. Y agrega: “En mi primera defensa ninguno estuvo a mi lado, sino que todos me desampararon; no les sea tomado en cuenta. Pero el Señor estuvo a mi lado, y me dio fuerzas, para que por mí fuese cumplida la predicación, y que todos los gentiles oyesen. Así fui librado de la boca del león” (2 Timoteo 4:16-17).

¿A qué hace referencia el apóstol cuando habla de olvidar “lo que queda atrás”? Creemos que se refiere a todas las cosas que no tenían relación con Cristo, en las cuales el corazón podía descansar y la carne gloriarse, y que no podían ser más que obstáculos en el camino. Esas cosas debían ser olvidadas en la medida en que aquellas grandes y gloriosas realidades aparecían ante él. Ni Pablo ni ningún otro hijo de Dios o siervo de Cristo deseó olvidar una sola experiencia de su carrera terrenal, testimonio de la bondad, misericordia y fidelidad de Dios. Al contrario, siempre será un enorme gozo tener presente los benditos cuidados de nuestro Padre mientras atravesamos este desierto hasta llegar al hogar de nuestro eterno descanso.

Pero que no se nos entienda mal. De ninguna manera aprobamos la costumbre de insistir en la propia experiencia. Esta solo sirve para debilitar el testimonio y termina en un ensimismamiento. Debemos mantenernos en guardia contra esto; es una de las muchas cosas que tienden a disminuir nuestra espiritualidad y a desviar nuestros corazones de Cristo. Pero nunca debemos dejar de realizar una mirada introspectiva a las misericordias de Dios a nuestro favor. Es un ejercicio bendito que siempre tiene como efecto sacarnos de nuestro “yo” y colmarnos de un espíritu de alabanza y agradecimiento.

## **Comprender la misericordia de Dios**

¿Por qué se recomendó a los israelitas recordar “*todo* el camino” por el cual Jehová su Dios los había guiado? Seguramente era para que de sus corazones brotara la alabanza por el recuerdo del pasado y fortaleciera su confianza en Dios para el futuro. Así debe ser siempre. Le alabaremos

por todo lo pasado y confiaremos en Él por todo lo que ha de venir. ¡Quiera el Señor que podamos hacerlo así! Que podamos avanzar día tras día, alabando y confiando, confiando y alabando. Estas dos cosas redundan tanto en gloria para Dios, como en paz y gozo para nosotros en Él. Cuando las miradas se fijan en los “*Eben-ezer*” (piedras de ayuda) que están a lo largo del camino recorrido, el corazón estalla en alegres aleluyas dirigidas a Aquel que nos ha ayudado hasta aquí y nos ayudará hasta el fin. Él nos *ha librado*, nos *libra* ahora y nos *librará* en el porvenir. ¡Bendita cadena! ¡Cada eslabón es una liberación divina!

No solamente debemos fijarnos con sincero agradecimiento en las misericordias e indulgentes liberaciones de las que hemos sido objeto por parte de nuestro Padre, sino también en las aflicciones y pruebas enviadas por su sabio, fiel y santo amor. Todas estas experiencias están llenas de ricas bendiciones para nuestras almas. No son –como algunos las llaman– “mercedes disfrazadas”, sino claros, palpables e inconfundibles favores por los cuales hemos de alabar a nuestro Dios durante la feliz eternidad que está ante nosotros.

“Y te acordarás de *todo el camino*”, de cada etapa del viaje, de cada escena de la vida en el desierto, de todos los cuidados de Dios, desde el principio hasta el fin, y de su propósito especial: “para afligirte, para probarte, *para saber lo que había en tu corazón*”.

¡Cuán maravilloso es pensar en el cuidadoso amor y en la paciente gracia de Dios para con su pueblo en el desierto! ¡Qué preciosa enseñanza para nosotros! ¡Con qué interés y deleite espiritual podemos detenernos y meditar acerca del registro de los cuidados divinos para con Israel durante sus peregrinaciones por el desierto! ¡Cuánto podemos aprender de esa historia maravillosa! Nosotros también debemos ser afligidos y probados para poner de manifiesto lo que hay en nuestros corazones. Es muy provechoso y moralmente saludable.

En los primeros tiempos de nuestra vida cristiana conocemos muy poco de las profundidades del mal y de la locura de nuestros corazones. En realidad, lo conocemos todo de un modo superficial. Pero a medida que vamos avanzando en nuestra carrera práctica, empezamos a comprobar la realidad de las cosas; descubrimos la profundidad del mal que hay en nosotros mismos, la vanidad y falta de mérito de todo lo que hay en el mundo. Así, la absoluta necesidad de depender completamente y en todo momento de la gracia de Dios será muy clara. Todo esto es muy bueno; nos hace humildes y desconfiados de nosotros mismos; nos libera del orgullo, de la autosuficiencia y nos impulsará a acercarnos, con la simplicidad de un niño, al único que puede guardarnos de caer. De este modo, y a medida que vamos creciendo en el conocimiento de lo que somos, vamos obteniendo un sentido más profundo de la gracia. Tendremos un mayor

conocimiento del maravilloso amor de Dios, de su ternura para con nosotros, de su asombrosa paciencia para soportar nuestras debilidades y de su rica misericordia al haberse dignado pensar en nosotros. Reconoceremos su provisión a todas nuestras necesidades, sus numerosas intervenciones a nuestro favor, y las pruebas a las que ha considerado oportuno someternos para provecho de nuestras almas.

El efecto práctico de todo esto es incalculable. Comunica al carácter profundidad, firmeza y madurez; nos libera de crudas y vanas teorías, de parcialidad y de fanatismo; nos hace compasivos, atentos, pacientes y considerados con los demás; corrige nuestra tendencia a formular juicios demasiado severos, hace que examinemos con indulgencia las acciones de los demás y que nos veamos predispuestos a atribuirles las mejores intenciones en casos ambiguos. Estos son los preciosos frutos de la experiencia en el desierto, frutos que todos debemos desear ardientemente en nuestra vida.

### **No solo de pan vivirá el hombre...**

“Y te afligió, y te hizo tener hambre, y te sustentó con maná, comida que no conocías tú, ni tus padres la habían conocido, para hacerte saber que no solo de pan vivirá el hombre, mas de todo lo que sale de la boca de Jehová vivirá el hombre” (v. 3).

Este pasaje tiene especial interés e importancia por haber sido el primero citado por nuestro Señor en su conflicto con Satanás en el desierto. Consideremos esto profundamente, ya que requiere de nuestra más viva atención. ¿Por qué nuestro Señor cita el Deuteronomio? Porque precisamente este era el libro que más convenía a la situación de Israel en aquel momento. Israel había fracasado completamente, y esta realidad se comprueba de principio a fin en el libro del Deuteronomio. A pesar de la caída de la nación, el camino de la obediencia quedaba abierta a todo fiel israelita. El privilegio y deber de todo el que amaba a Dios era obedecer a su Palabra en todo tiempo y bajo cualquier circunstancia.

Ahora bien, nuestro bendito Señor fue divinamente fiel a la posición del Israel de Dios. El Israel según la carne había fallado y había perdido todo. Jesús estaba allí, en el desierto, como el verdadero Israel de Dios para enfrentar al enemigo con la simple autoridad de la Palabra de Dios. “Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán, y fue llevado por el Espíritu al desierto por cuarenta días, y era tentado por el diablo. Y no comió nada en aquellos días, pasados los cuales,

tuvo hambre. Entonces el diablo le dijo: Si eres Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan. Jesús, respondiéndole, dijo: *Escrito está*: No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra de Dios” (Lucas 4:1-4; Mateo 4:1-4).

¡Qué maravillosa escena! El Hombre perfecto, el verdadero Israel, estaba en el desierto, rodeado de bestias salvajes, ayunando durante cuarenta días y siendo tentado por el gran adversario de Dios, del hombre y de Israel. En aquella escena no había nada ni nadie que hablara por Dios. Con el segundo Hombre no sucedió lo que sucedió con el primero. No estaba rodeado de las delicias del Edén, sino de la aridez y desolación del desierto; allí estaba solo, soportando el hambre, ¡pero lo hacía para Dios! ¡Era la voluntad de Dios que estuviera allí!

Sí, bendito sea su nombre. Estaba allí también para que el hombre aprendiera cómo debía actuar frente al enemigo en sus variadas tentaciones, y cómo debía vivir. No podemos ni siquiera suponer que nuestro adorable Salvador se hubiera enfrentado al adversario como Dios soberano. Verdaderamente era Dios, pero si hubiese afrontado el conflicto como tal, no habría podido darnos ejemplo. Habría sido innecesario demostrarnos que Dios podía vencer y ahuyentar a una criatura que sus manos habían formado. Pero cuando vemos a Aquel que fue hecho hombre, semejante a nosotros en todo, salvo el pecado, sufriendo la debilidad y el hambre en medio de las consecuencias de la caída del hombre, pero triunfando completamente sobre el terrible enemigo, nos llenamos de ánimo, consuelo, fuerza y valor.

¿Cómo triunfó? Esta es la cuestión más importante para nosotros, cuestión que exige la más profunda atención de todo miembro de la Iglesia de Dios. ¿Cómo venció el Hombre Cristo Jesús a Satanás en el desierto? Simplemente utilizando la Palabra de Dios. No obró como Dios Omnipotente, sino como Hombre humilde, dependiente y obediente. Tenemos ante nosotros el magnífico espectáculo de un hombre que se mantuvo firme en presencia del diablo, confundiéndolo completamente sin otra arma que la Palabra de Dios. No usó su poder divino, sino sencillamente la Palabra de Dios; por medio de ella el segundo Hombre confundió al terrible enemigo de Dios y del hombre, y pudo ser un ejemplo para nosotros.

Nótese bien que nuestro bendito Señor no discutió con Satanás. No recurrió a la exposición de hechos, que el enemigo conocía bien, relacionados consigo mismo. No le dijo, por ejemplo: «Yo soy el Hijo de Dios; los cielos abiertos, el Espíritu que descendió, la voz del Padre, todo ha dado testimonio de que soy el Hijo de Dios». No, esto no habría servido. El único punto que debemos tener en cuenta es que nuestro Modelo, frente a todas las tentaciones del enemigo, tan solo usó el arma que también está a nuestro alcance; la sencilla y la preciosa Palabra de Dios, la Biblia.

Decimos «todas las tentaciones» porque en los tres casos nuestro Señor replicó invariablemente: “Escrito está”. No dijo: «Yo sé», o «yo opino», «yo siento», «yo creo» tal cosa o tal otra; solo recurrió a la Palabra de Dios y al libro del Deuteronomio en particular; al libro que los incrédulos se han atrevido a ultrajar pero que es especialmente el libro para todo hombre obediente, en medio de la ruina universal y desesperada.

Esto es de suma importancia para nosotros. Es como si nuestro Señor Jesús hubiera dicho al adversario: Ahora no se trata de saber si yo soy o no soy el Hijo de Dios, sino de saber cómo ha de vivir el *hombre*; y la respuesta a esta pregunta solo puede hallarse en la Sagrada Escritura. Ella la expone con claridad, independientemente de todo lo que me concierne. No importa quién soy, la Escritura es la misma:

“ No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios (Mateo 4:3).

### **... sino de toda palabra de Dios**

Aquí tenemos la única actitud verdadera, segura y dichosa para el hombre: permanecer en sincera dependencia de toda palabra que procede de la boca de Dios. ¡Bendita actitud! Pone al alma en contacto directo, viviente y personal con el Señor mismo a través de su Palabra. Hace a esa Palabra tan absolutamente esencial para nosotros, que no podemos prescindir de ella. Así como la vida natural se sustenta con pan, la vida espiritual se sustenta con la Palabra de Dios. Esto no consiste tan solo en acudir a la Escritura en busca de doctrinas, o para hallar en ella la confirmación de nuestras opiniones. Es mucho más que esto, es buscar en ella lo que sustenta la vida del nuevo hombre, es decir, el alimento, la luz, la guía, el consuelo, la autoridad, las fuerzas, en síntesis, todo lo que el alma pueda necesitar.

Fijémonos especialmente en la fuerza y el valor de la expresión “*toda palabra*”. Demuestra claramente que no podemos pasar por alto ni una sola palabra que proceda de la boca de Dios. Las necesitamos todas. No sabemos en qué momento puede surgir una necesidad a la cual la Escritura ya proveyó. Puede ser que hasta entonces no hayamos notado particularmente ese pasaje; pero cuando sobreviene la necesidad, si nuestra alma se encuentra en buen estado y con verdadera disposición de corazón, el Espíritu de Dios nos proporcionará el texto apropiado para el caso, y veremos entonces el poder, la belleza, la profundidad y la adaptación moral de aquel texto en el cual no nos habíamos fijado antes. La Escritura es un tesoro divino e inagotable; por medio

de ella Dios provee abundantemente a todas las necesidades de su pueblo y a las de cada creyente en particular. De ahí que debamos estudiarla, meditarla, excavar profundamente en ella y tenerla atesorada en nuestros corazones, lista para ser empleada en cuanto la necesidad lo demande.

No hay una sola crisis ocurrida en la historia de la Iglesia, ni una dificultad en el camino del creyente, para las cuales la Escritura no provea lo necesario. En el bendito volumen lo tenemos todo; por eso debemos procurar estar cada vez más y más familiarizados con lo que contiene, a fin de encontrarnos “enteramente preparados” para cuanto pueda presentarse, ya sea una tentación del diablo, una seducción del mundo o un deseo carnal. Por otra parte son útiles para la senda de las buenas obras que Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas.

Prestemos especial atención a la frase “*de la boca de Dios*”. Indudablemente es preciosa. Trae al Señor muy cerca de nosotros y nos da un profundo sentido de la realidad de que nos alimentamos con cada una de sus palabras. Dios habla para que nosotros vivamos por su Palabra. Ella nos es esencial y absolutamente indispensable. Nuestras almas no pueden subsistir sin ella, como tampoco nuestros cuerpos pueden subsistir sin alimento. En otras palabras, ese pasaje nos enseña que la verdadera posición del *hombre*, su único lugar de descanso, seguridad, fortaleza y bendición se encuentran en una habitual dependencia de la Palabra de Dios.

Esta es la vida de fe que somos llamados a vivir, una vida de dependencia, de obediencia, la vida que Jesús vivió perfectamente. Nuestro bendito Señor no movió un pie, no pronunció una palabra ni hizo nada que no estuviera sustentado por la autoridad de la palabra de Dios. Sin duda él habría podido convertir la piedra en pan, pero no tenía orden de Dios para hacer eso, por lo tanto no tenía ningún motivo para actuar. De ahí que las tentaciones de Satanás hayan sido completamente impotentes. No podía conseguir nada, pues el Hombre solo quería actuar conforme a la autoridad absoluta de la palabra de Dios.

También es importante y provechoso observar que el Señor no cita la Escritura con el propósito de reducir a silencio a su adversario, sino como autoridad en apoyo de su posición y conducta; en ese sentido fracasamos a menudo. Frecuentemente usamos la bendita Palabra de Dios para lograr la victoria sobre el enemigo en lugar de poder y autoridad sobre nuestras almas. De este modo ella pierde su acción sobre nuestros corazones. La Palabra debe ser para nosotros lo que el pan es para el hambriento, o el mapa y la brújula para el marinero. Necesitamos alimentarnos de ella y conducirnos según sus indicaciones. Cuanto más lo hagamos, más conoceremos su infinito valor. ¿Quién conoce mejor el valor real del pan? ¿El químico? No, el hambriento. El químico



puede analizarlo y discurrir sobre sus componentes, pero el hambriento conoce su valor. ¿Quién conoce mejor el valor real de un mapa? ¿El profesor de la escuela náutica? No, el marinero cuando navega a lo largo de una costa desconocida y peligrosa.

Estos son tan solo débiles ejemplos para enseñar lo que la Palabra de Dios es para el verdadero cristiano. Este nada puede hacer sin ella. Le es absolutamente indispensable para todas las relaciones de la vida, en toda su esfera de acción. Su vida interior es alimentada y sostenida por ella; su vida práctica es guiada por ella. En todas las escenas y circunstancias de su vida pública y doméstica, en el seno de la familia o en el manejo de sus negocios se apoya en la Palabra de Dios como guía y consejo.

Jamás defrauda a aquellos que sencillamente se atienen a ella. Podemos confiar en la Escritura sin la menor sombra de recelo. Acuda a ella cuando quiera y encontrará siempre lo que necesita. ¿Estamos afligidos? ¿Nos sentimos desamparados, oprimidos y desanimados? ¿Qué podrá calmarnos y confortarnos como las balsámicas palabras que el Espíritu Santo escribió para nosotros? Un pasaje de la Sagrada Escritura puede alentarnos y consolarnos más que todas las cartas de condolencia que jamás haya escrito la mano del hombre. ¿Estamos desconsolados y abatidos? La Palabra de Dios nos basta con sus gloriosas y conmovedoras seguridades. ¿Nos vemos acosados por la pobreza? El Espíritu Santo evoca dentro de nuestros corazones más de una promesa de las páginas inspiradas, recordándonos a Aquel que es el

poseedor de los cielos y de la tierra

“

(Génesis 14:19, V. M.)

y que, en su infinita gracia, se ha comprometido a suplir todo lo que nos

falta conforme a *sus* riquezas en gloria en Cristo Jesús

“

(Filipenses 4:19).

¿Estamos confundidos o turbados por causa de las contradictorias opiniones de los hombres, o por las dificultades religiosas y teológicas de toda índole? Unos cuantos versículos de la Sagrada Escritura derramarán raudales de luz divina sobre el corazón y la conciencia, dándonos completa tranquilidad, contestando a toda pregunta, resolviendo toda dificultad, quitando toda duda, desvaneciendo toda nube, dándonos a conocer la mente de Dios y poniendo término a todas las opiniones contradictorias mediante la única autoridad competente y divina.

¡Qué dádiva es la Sagrada Escritura! ¡Qué precioso tesoro poseemos en la Palabra de Dios! ¡Cómo deberíamos bendecir su santo nombre por habérsela dado! Sí, y bendigámoslo también por todo cuanto tienda a darnos un conocimiento más completo de la profundidad, plenitud y poder de las palabras de nuestro capítulo: “No solo de pan vivirá el hombre, sino de todo lo que sale de la boca de Jehová vivirá el hombre”.

¡Estas palabras son verdaderamente preciosas para el corazón de todo creyente! Las que siguen lo son también. El amado legislador describe con dulzura el tierno cuidado de Dios hacia el pueblo de Israel durante todo el tiempo de su peregrinación por el desierto. “Tu vestido” –dice Moisés– “nunca se envejeció sobre ti, ni el pie se te ha hinchado en estos cuarenta años” (v. 4).

### **Nada faltó durante esos cuarenta años**

¡Qué gracia tan maravillosa brilla en esas palabras! Lector, piense por unos momentos en el cuidado que Dios dispensó a su pueblo, de tal manera que evitó que sus vestidos envejecieran o sus pies se hincharan. No solamente los alimentaba, sino que los vestía y cuidaba de ellos en todo momento. ¡Incluso tuvo cuidado de sus pies, a fin de que la arena del desierto no los lastimara! Durante cuarenta años veló por ellos con toda la ternura de un padre. ¿Qué no hará el amor en favor del objeto amado? Jehová amaba a su pueblo y ello aseguraba a Israel toda bendición. ¡Si solo lo hubiese comprendido! Desde Egipto a Canaán no hubo nada a lo que Jehová no correspondiese, cualesquiera hayan sido las necesidades de los israelitas. Él los había tomado bajo su protección. Teniendo el infinito amor de Dios y un poder omnipotente a su favor, ¿qué podía faltarles?

Pero el amor de Dios hacia los suyos se manifiesta de varias formas. No provee solamente a las necesidades físicas, al alimento y al vestido, sino también a las necesidades morales y espirituales. Moisés no olvidó recordar esto al pueblo. Le dice: “Reconoce asimismo *en tu corazón*” (la manera verdadera y efectiva de considerar tal cosa) “que como castiga el hombre a su hijo, así Jehová tu Dios te castiga” (v. 5).

No nos gusta ser disciplinados.

“ Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza (Hebreos 12:11).

Un hijo recibe gustoso los alimentos y el vestido de mano de su padre; aprecia cuando todas sus necesidades son satisfechas por su cuidadoso amor. Lo que no le agrada, es ver a su padre tomar la vara. Sin embargo, esa temida vara quizá sea lo más conveniente para el hijo; en ese momento puede hacer por él lo que los beneficios materiales o el bienestar terrenal no pueden hacer. Quizás ella lo corrija de alguna mala costumbre, lo libre de una peligrosa tendencia o lo salve de una influencia perjudicial, llegando a ser de este modo una gran bendición moral y espiritual, por la cual estará siempre agradecido. Lo importante es que el hijo aprecie el amor y el cuidado del padre en la disciplina y en el castigo, tanto como en los múltiples beneficios materiales que son esparcidos en su camino día tras día.

Precisamente aquí es donde tanto fracasamos respecto a los tratamientos disciplinarios de nuestro Padre. Nos regocijamos por los beneficios y bendiciones que nos da, rebotamos de alabanza y gratitud al recibir de su mano benigna su rica provisión para todas nuestras necesidades día tras día; nos deleitamos al meditar en las maravillosas intervenciones a nuestro favor en tiempos de dificultades. Es muy grato mirar hacia atrás, a la senda por la cual su bondadosa mano nos ha conducido, y contemplar los “Eben-ezer” que nos hablan de su poderoso auxilio a lo largo del camino. Todo esto es muy bueno, justo y precioso; pero existe el peligro de conformarnos con las misericordias, las bendiciones y los beneficios que fluyen de manera tan rica y profusa del amante corazón de nuestro Padre y de su bondadosa mano. Estamos muy dispuestos a sentirnos a gusto con estas cosas y con el salmista decimos: “*En mi prosperidad dije yo: No seré jamás conmovido, porque tú, Jehová, con tu favor me afirmaste como monte fuerte*” (Salmo 30:6-7). Es verdad que es por “tu benevolencia”, sin embargo, estamos propensos a ocuparnos con *nuestro* monte y *nuestra* prosperidad; permitimos que estas cosas se interpongan entre el Señor y nuestros corazones y lleguen a ser una trampa contra nosotros. De ahí la necesidad del castigo. Nuestro Padre, merced a su fiel amor y cuidado, vela por nosotros; ve el peligro y manda la prueba de una forma u otra. Quizá venga un telegrama a anunciarnos la muerte de un ser querido o la quiebra del banco que significa la pérdida de todos nuestros bienes materiales. Puede suceder que estemos postrados por una enfermedad, o que debamos velar junto al lecho de un familiar.

En otras palabras, nos vemos obligados a franquear aguas profundas que a nuestro débil y cobarde corazón le parecen absolutamente terribles. Entonces el enemigo sugiere la pregunta: “¿Esto es amor?”. La fe responde sin titubear y sin reservas: “¡Sí, todo es amor, perfecto amor y sabiduría inefable!”. La muerte del ser querido, la pérdida de la fortuna, la enfermedad, todos los

pesares, los apremios, la ansiedad, las aguas profundas y las sombras negras, todo ello es amor, perfecto amor e infalible sabiduría. Estoy convencido de esto ahora; no espero entenderlo más adelante, cuando vuelva la mirada hacia atrás desde la gloria. Lo sé ahora y me alegro de reconocerlo para alabanza de aquella gracia infinita que me levantó de lo profundo de mi ruina, que se encargó de todo lo que a mí respecta y que se ocupa de mí cuando estoy en medio de mis faltas y pecados, a fin de librarme de ellos, hacerme partícipe de la santidad divina y moldearme a la imagen de Aquel que me “amó y se entregó a sí mismo por mí”.

Lector cristiano, esta es la manera de responder a Satanás y acallar los oscuros razonamientos que puedan suscitarse en nuestros corazones. Siempre tenemos que justificar a Dios. Debemos considerar sus tratos disciplinarios a la luz de su amor. “Reconoce asimismo en tu corazón, que *como castiga el hombre a su hijo*, así Jehová tu Dios te castiga”. Seguramente no nos gustaría estar sin la bendita garantía y prueba de filiación. “*Hijo mío*, no menosprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido por él; porque *el Señor al que ama, disciplina*, y azota a todo el que *recibe por hijo*. Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos. Por otra parte, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos? Y aquéllos, ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero este para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad. Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados. Por lo cual, levantad las manos caídas y las rodillas paralizadas; y haced sendas derechas para vuestros pies, para que lo cojo no se salga del camino, sino que sea sanado” (Hebreos 12:5-13).

Es interesante y a la vez provechoso observar de qué modo Moisés insistía en que la congregación reconociera los variados motivos que debían llevarla a obedecer, motivos basados en el pasado, el presente y el porvenir. Todo es puesto ante el pueblo a fin de avivar y hacer más profundo el sentimiento de los derechos de Jehová sobre ellos. Debían recordar el pasado, considerar el presente y anticipar en pensamiento el porvenir; y todo esto debía obrar en sus corazones y guiarlos a una santa obediencia hacia Aquel que había hecho, estaba haciendo y haría tan grandes cosas en favor de ellos.

El lector atento habrá notado que uno de los rasgos característicos de este hermoso libro del Deuteronomio es sentar principios morales. Esto es una prueba contundente de que dicho libro no es una mera repetición de lo que tenemos en el de Éxodo, sino que, al contrario, tiene una esfera, una misión y una finalidad enteramente propias. Decir que es una simple repetición es absurdo; hablar de contradicción es impío.

“Guardarás, pues, los mandamientos de Jehová tu Dios, andando en sus caminos, y temiéndole” (v. 6). La palabra “pues” tenía una fuerza retrospectiva y otra que miraba hacia adelante. Tenía por objeto llamar la atención sobre los hechos pasados de Jehová y también hacia los del porvenir. Los israelitas debían pensar en la maravillosa historia de esos cuarenta años en el desierto, la enseñanza, la humillación, las pruebas, los continuos cuidados del Señor, la provisión a todas sus necesidades, el maná del cielo, el agua brotando de la peña herida por la vara, e incluso el cuidado de sus vestidos, de sus pies, y finalmente la sana disciplina para su bien moral. ¡Qué poderosos motivos morales para que Israel obedeciera! Pero, además, debían mirar hacia adelante. Debían hallar en ese brillante porvenir, así como en el pasado y el presente, la base sólida de los derechos que Jehová tenía para exigirles reverente y voluntaria obediencia de todo corazón.

### **Ahora Jehová tu Dios te introduce en la buena tierra**

“Porque Jehová tu Dios te introduce en la buena tierra, tierra de arroyos, de aguas, de fuentes y de manantiales, que brotan en vegas y montes; tierra de trigo y cebada, de vides, higueras y granados; tierra de olivos, de aceite y de miel; tierra en la cual no comerás el pan con escasez, ni te faltará nada en ella; tierra cuyas piedras son hierro, y de cuyos montes sacarás cobre” (v. 7-9).

¡Qué bella perspectiva! ¡Qué visión más esplendorosa! ¡Qué contraste más marcado con Egipto, que quedaba atrás, y con el desierto que habían atravesado! La tierra de Jehová estaba delante de ellos en toda su hermosura y lozanía, con sus collados cubiertos de viñedos y sus valles que destilaban miel, con sus fuentes impetuosas y sus arroyos. ¡Cuán refrescante pensar en las vides, las higueras, los granados y los olivos! ¡Qué diferencia con los puerros, cebollas y ajos de Egipto! ¡Sí, cuán diferente todo! Era la tierra de Jehová y esto bastaba. Contenía y producía todo lo que podían necesitar. En la superficie había abundancia y debajo habían indecibles riquezas, tesoros inagotables. ¡Qué perspectiva! ¡Cuán impaciente habrá estado el fiel israelita por entrar en ella y cambiar las arenas del desierto por aquella magnífica heredad! Es cierto que el desierto tenía sus profundas y benditas experiencias, sus santas lecciones y preciosos recuerdos. Allí habían conocido a Jehová como no habrían podido conocerlo en Canaán; pero, a pesar de todo, el desierto no

era Canaán, y todo verdadero israelita estaría impaciente por asentar las plantas de sus pies en la tierra de la promesa. En el pasaje citado, Moisés describe aquella tierra con expresiones que impresionan y animan. Les dice: “Tierra en la cual no comerás el pan con escasez, ni *te faltará nada en ella*”. ¿Qué más podía decirse? Dios iba a introducirlos en aquella buena tierra donde nada podría faltarles. Todas sus necesidades serían divinamente satisfechas. Allí el hambre y la sed serían desconocidas. La salud y la abundancia, el gozo y la alegría, la paz y la prosperidad serían la herencia garantizada de Dios en esa hermosa heredad a la cual estaban a punto de entrar. Todo enemigo sería vencido, todo obstáculo quitado; la “buena tierra” iba a derramar sus tesoros para que Israel los disfrutara; regada abundantemente por la lluvia y calentada por la luz solar, iba a producir generosamente todo lo que el corazón podía desear.

¡Qué país! ¡Qué herencia! ¡Qué hogar! Por supuesto, ahora estamos considerándolo desde el punto de vista divino; mirándolo de acuerdo con los propósitos de Dios y según lo que será para Israel durante la época del glorioso milenio que le espera. En verdad tendríamos una pálida idea de la tierra de Jehová si solo pensáramos en ella como la que poseyó Israel en el pasado, aun en los más refulgentes días de su historia, como apareció entre los esplendores del reinado de Salomón. Debemos mirar hacia adelante, a los “tiempos de la restauración de todas las cosas” (Hechos 3:21), a fin de tener una impresión correcta de lo que será aquella tierra para el Israel de Dios.

Ahora bien, Moisés habla de la tierra según el punto de vista divino. La presenta como dada por Dios y no como poseída por Israel, lo cual constituye una inmensa diferencia. Según su hermosa descripción, en Canaán no había enemigo ni mal alguno, sino fertilidad y bendición de un extremo al otro. Eso es lo que debió haber sido y lo que será para la simiente de Abraham, en cumplimiento del pacto hecho con sus padres. Un pacto nuevo y perpetuo, fundado en la gracia soberana de Dios y ratificado con la sangre de la cruz. Ningún poder de la tierra o del infierno podrá impedir el cumplimiento de la promesa de Dios. “Él dijo, ¿y no hará?” (Números 23:19). Dios cumplirá al pie de la letra todo lo que ha prometido, a pesar de la oposición del enemigo y de la lamentable caída de su pueblo. Aunque la descendencia de Abraham ha fallado tanto bajo la ley como bajo el gobierno, el Dios de Abraham les dará gracia y gloria, porque las promesas y dones de Dios son irrevocables (Romanos 11:29).

Moisés entendió esto perfectamente. Comprendió cómo cambiarían las cosas para los que estaban delante de él y para sus hijos durante muchas generaciones; por eso miró hacia adelante. El Dios del pacto desplegaría, a la vista de todas las inteligencias creadas, los triunfos de su gracia en sus dispensaciones para la descendencia de Abraham, su amigo.

Leal al objeto que tenía en todos esos maravillosos discursos del principio de nuestro libro, el fiel siervo de Dios continúa exhortando a la congregación y señalándole cómo tendría que comportarse en la buena tierra en la que estaba a punto de asentar sus pies. En cuanto hubo hablado del pasado y del presente, quiso referirse también al futuro y recordar al pueblo todo lo que le debían a ese bendito Dios, quien tan bondadosamente y con tan tierno cuidado los había guiado en su peregrinación e iba a hacerlos entrar en el monte de su heredad. Oigamos su conmovedora exhortación.

“Y comerás y te saciarás, y bendecirás a Jehová tu Dios por la buena tierra que te habrá dado” (v. 10). ¡Qué sencillo! ¡Qué hermoso! ¡Cuán moralmente apropiado! Saciados con el fruto de la bondad de Jehová, debían bendecir y alabar su santo nombre. Dios se complace viéndose rodeado de corazones agradecidos por el dulce sentimiento de sus bondades y que estallan en cánticos de alabanzas y de acción de gracias. Él habita entre las alabanzas de su pueblo, y dice: “El que sacrifica alabanza me honrará” (Salmo 50:23). La más débil nota de alabanza de un corazón agradecido asciende como olor grato al trono y al corazón mismo de Dios.

Recordémoslo, amado lector. Es tan cierto para nosotros como lo fue para Israel. La alabanza es conveniente y placentera. Nuestro primer privilegio es alabar al Señor. Nuestro mismo aliento debería ser un aleluya. El Espíritu Santo nos exhorta a ejercitarnos en este bendito y sagrado servicio.

“ Ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre (Hebreos 13:15).

Debemos recordar siempre que nada agrada tanto el corazón de Dios y glorifica su nombre como un espíritu de adoración y gratitud de su pueblo. Es bueno hacer el bien y ayudar a otros con lo que poseemos. Dios se complace con tales sacrificios. Es un privilegio, siempre que tengamos oportunidad, hacer “bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe” (Gálatas 6:10). Somos llamados a ser canales de bendición entre el amoroso corazón de nuestro Padre y las necesidades humanas que se presentan en nuestro diario andar. Todo esto es muy cierto, pero nunca

debemos olvidar que el lugar privilegiado es asignado a la alabanza. Ella ocupará nuestras capacidades puras durante la eternidad, cuando los dones benéficos hacia nuestro prójimo ya no sean necesarios.

Pero el fiel legislador conocía muy bien la tendencia del corazón humano a olvidar, a perder de vista al Dador y descansar en sus dádivas. Por eso dirige las siguientes palabras de advertencia a la congregación, palabras saludables para ellos y para nosotros. ¡Inclinemos nuestros oídos y corazones a ellas con un espíritu dispuesto a aprender!

## **No olvides a Jehová tu Dios**

“Cuídate de no olvidarte de Jehová tu Dios, para cumplir sus mandamientos, sus decretos y sus estatutos que yo te ordeno hoy; no suceda *que comas y te sacies*, y edifiques buenas casas en que habites, y tus vacas y tus ovejas se aumenten, y la plata y el oro se te multipliquen, y todo lo que tuvieres se aumente; y se enorgullezca tu corazón, y te olvides de Jehová tu Dios, que te sacó de tierra de Egipto, de casa de servidumbre; que te hizo caminar por un desierto grande y espantoso, lleno de serpientes ardientes, y de escorpiones, y de sed, donde no había agua, y él te sacó agua de la roca del pedernal; que te sustentó con maná en el desierto, comida que tus padres no habían conocido, afligiéndote y probándote, *para a la postre hacerte bien*; y digas en tu corazón: Mi poder y la fuerza de mi mano me han traído esta riqueza. Sino acuérdate de Jehová tu Dios, porque él te da el poder para hacer las riquezas, a fin de confirmar su pacto que juró a tus padres, como en este día. Mas si llegares a olvidarte de Jehová tu Dios y anduvieres en pos de dioses ajenos, y les sirvieres y a ellos te inclinares, yo lo afirmo hoy contra vosotros, que de cierto pereceréis. Como las naciones que Jehová destruirá delante de vosotros, así pereceréis, *por cuanto no habréis atendido a la voz de Jehová vuestro Dios*” (v. 11-20).

Hay aquí algo para meditar profundamente. Lo citado se dirige tanto a nosotros como a Israel. Quizá nos sintamos sorprendidos por la frecuente reiteración de las advertencias, exhortaciones y llamados al corazón y a la conciencia del pueblo en cuanto a la necesidad de obedecer en todo a la palabra de Dios. Nos llama la atención la insistencia en los grandes y conmovedores hechos relacionados con su liberación de Egipto y su peregrinación por el desierto. Y, ¿por qué sorprendernos? ¿No sentimos que muchas veces tenemos necesidad de una advertencia, una amonestación o exhortación? ¿No necesitamos continuamente de cada línea citada, de cada precepto? ¿No tendemos a olvidar al Señor nuestro Dios para atenernos a *sus* dádivas en vez de apoyarnos en él mismo? ¡Ah!, no podemos negarlo. Nos sentamos junto al arroyo en lugar de subir a la Fuente.



Sacamos provecho de las bendiciones y beneficios divinos sembrados en nuestra senda, y a veces incluso nos gloriamos de ellos. En lugar de eso, ellos deberían ser el fundamento de nuestra continua alabanza y acción de gracias.

En cuanto a los grandes sucesos que Moisés recordaba continuamente al pueblo, ¿podían perder su importancia moral, su poder o su hermosura? Por cierto que no. Israel podría olvidarlos o dejar de apreciarlos, pero ellos permanecían. Las terribles plagas de Egipto, la noche de la pascua, su liberación de la tierra de oscuridad, esclavitud y degradación, su maravilloso paso a través del mar Rojo, el envío del maná desde el cielo cada mañana, el agua refrescante que brotaba de la roca, ¿cómo podrían perder su poder sobre un alma que tuviera un solo destello de verdadero amor a Dios? No nos asombremos al ver a Moisés apelando a ellos una y otra vez para utilizarlos como poderosa palanca a fin de mover los corazones del pueblo. El mismo Moisés sentía la poderosa influencia moral de tales hechos, y quería que los demás la sintieran también. Para él eran preciosos más allá de toda ponderación, y ansiaba que sus hermanos también compartieran ese aprecio. Su único fin era poner ante sus ojos, por todos los medios posibles, los legítimos derechos que Dios tenía al reclamarles su plena ilimitada obediencia.

A un lector superficial podría parecerle una frecuente repetición de las escenas del pasado en los discursos notables de Moisés. A nosotros nos recuerda las hermosas palabras de Pedro en su segunda carta: “Por esto, yo no dejaré de recordaros *siempre estas cosas*, aunque vosotros las sepáis, y estéis confirmados en la verdad presente. Pues tengo por justo, en tanto que estoy en este cuerpo, *el despertaros con amonestación*; sabiendo que en breve debo abandonar el cuerpo, como nuestro Señor Jesucristo me ha declarado. También yo procuraré con diligencia que después de mi partida vosotros podáis en todo momento *tener memoria de estas cosas*” (cap. 1:12-15).

¡Cuán notable es la unidad de espíritu y de propósito en estos dos amados y venerables siervos de Dios! Tanto uno como otro conocían la tendencia del corazón humano a olvidar las cosas de Dios, del cielo y de la eternidad. Ambos sentían la suprema importancia y el valor infinito de las cosas de que hablaban. De ahí su ardiente deseo de ponerlas continuamente ante los corazones del amado pueblo del Señor. La inquieta e incrédula naturaleza humana hubiera podido decir a Moisés o a Pedro: «¿No tenéis nada nuevo que decirnos? ¿Por qué estáis siempre discurriendo sobre los mismos temas? Sabemos todo lo que tenéis que decirnos, ya lo hemos oído muchas veces. ¿Por qué no buscar nuevas ideas? ¿No sería conveniente estar al tanto de la ciencia moderna? Si estamos perpetuamente preocupándonos por esos temas anticuados, nos quedaremos encallados mientras la corriente de la civilización va para adelante. Por favor, dadnos algo nuevo».

Así podría discurrir la pobre inteligencia incrédula y el corazón mundano, pero la fe conoce la respuesta a tan pobre sugerencia. Ciertamente tanto Moisés como Pedro habrían obrado con energía contra tales razonamientos. Y así lo debemos hacer nosotros. Sabemos de dónde emanan, a qué tienden y cuánto valen. Por eso debemos tener, si no en nuestros labios, al menos en lo profundo de nuestro corazón, una respuesta rápida y satisfactoria para nosotros, aunque el mundo la desdeñe. ¿Podría un verdadero israelita cansarse de oír lo que Jehová había hecho por él en Egipto, en el mar Rojo y en el desierto? ¡En absoluto! Esos temas siempre eran frescos y bien recibidos. Así sucede con el cristiano. ¿Podrá cansarse de recordar la obra de Jesús en la cruz y de las grandes y gloriosas realidades que se agrupan en torno a ella? ¿Podrá cansarse de Cristo, de sus glorias sin par, de sus insondables riquezas, de su Persona, de su obra, de sus oficios? ¡Nunca! No, nunca, ni siquiera durante la eternidad. ¿Para qué desear innovaciones? ¿Puede la ciencia superar a Cristo? ¿Puede el saber humano añadir algo al gran misterio de la piedad que tiene por fundamento a Dios manifestado en carne y a un Hombre glorificado en el cielo? ¿Podemos ir más allá de eso? No lector, no podríamos aunque quisiéramos, y no querríamos aunque pudiéramos.

Y si quisiéramos, aunque fuera por un momento, observar la creación, preguntaríamos: ¿Nos cansamos del sol? Por cierto que no es nuevo; ha venido derramando sus rayos sobre este mundo durante miles de años y, a pesar de eso, sus rayos son tan poderosos y bien recibidos hoy como lo fueron al ser creados. ¿Nos cansamos del mar? Tampoco es nuevo; sus mareas han estado en flujo y reflujo durante miles de años, pero sus olas son tan nuevas y bienvenidas a nuestras playas como desde el principio. El sol es a menudo demasiado deslumbrante para la débil visión humana, y el mar a menudo traga en un momento las obras jactanciosas del hombre. Sin embargo, ni el sol ni el mar pierden su poder y su encanto. ¿Nos cansamos de las gotas de rocío que caen con su refrescante poder sobre nuestros jardines y campos? ¿Nos cansamos de la fragancia que emana de las flores? ¿Nos aburrirnos del ruiseñor y del tordo?

¿Qué es todo esto comparado con las glorias que se agrupan alrededor de la Persona y de la cruz de Cristo? ¿Qué son cuando se comparan con las grandes realidades de la eternidad que tenemos por delante!

Lector, guardémonos de atender a las sugerencias que provengan de afuera o emanen de las profundidades de nuestro mal corazón. Si les hacemos caso, seremos semejantes a Israel según la carne, el cual sintió fastidio del maná celestial y despreció la tierra deseable. A Demas, quien abandonó al apóstol Pablo por amor al mundo (2 Timoteo 4:10), o a aquellos de quienes leemos

en el capítulo 6 de Juan, quienes ofendidos por la enseñanza del Señor, “volvieron atrás, y ya no andaban con él” (v. 66). ¡Quiera el Señor guardar nuestros corazones fieles, celosos y fervientes por su bendita causa, hasta que Él venga!

## Oye, Israel

Oye, Israel: tú vas hoy a pasar el Jordán, para entrar a desposeer a naciones más numerosas y más poderosas que tú, ciudades grandes y amuralladas hasta el cielo; un pueblo grande y alto, hijos de los anaceos, de los cuales tienes tú conocimiento, y has oído decir: ¿Quién se sostendrá delante de los hijos de Anac?” (v. 1-2).

Las palabras: “*Oye, Israel*” son la llave del libro que estudiamos. En particular abren los discursos que hasta aquí han ocupado nuestra atención. Este capítulo que se inicia con ellas presenta temas de gran importancia.

### Las dificultades y los enemigos los esperan a la entrada del país

En primer lugar el legislador les planteó a los hijos de Israel, con profunda solemnidad, lo que les esperaba al entrar al país. No les ocultó la realidad de que encontrarían serias dificultades y enemigos temibles. No quería desanimarlos, sino advertirles, prevenirles y prepararlos. Más adelante trataremos esos preparativos. El fiel siervo de Dios sentía la necesidad urgente de exponer a sus hermanos el verdadero estado de las cosas.

Hay dos maneras de considerar las dificultades: desde el punto de vista humano o desde el punto de vista divino. Podemos considerarlas con un espíritu de incredulidad o con la calma y sosiego que da la confianza en el Dios vivo. Tenemos un ejemplo de la primera en el relato de los espías incrédulos (Números 13) y uno de la segunda al principio del presente capítulo.

Negar que el pueblo de Dios tuviera que afrontar numerosas dificultades no sería propio de la fe. Tan solo sería imprudencia, apasionamiento o fruto de un entusiasmo carnal. Siempre es conveniente saber por qué y cómo se hacen las cosas sin lanzarse ciegamente a una empresa para la cual no se está preparado. Un incrédulo perezoso dirá:

El león está en el camino



(Proverbios 26:13).

Un ciego fanático dirá: “No hay tal cosa”. Pero el verdadero hombre de fe dirá: «Aunque haya mil leones en el camino, Dios puede dispersarlos en un santiamén».

Como gran principio práctico, es muy importante que todo el pueblo de Dios considere atentamente y con calma la línea de conducta y la esfera de acción a seguir antes de emprenderla. Si se hiciera habitualmente así, no presenciaríamos tantos naufragios morales y espirituales a nues-

tro alrededor. ¿Qué quiso decir el Señor con las solemnes y escrutadoras palabras dirigidas a la multitud agolpada a su alrededor?: “Y volviéndose, les dijo: Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo... Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla? No sea que después que haya puesto el cimiento, y no pueda acabarla, todos los que lo vean comiencen a hacer burla de él, diciendo: Este hombre comenzó a edificar, y no pudo acabar” (Lucas 14:25-30).

Son palabras solemnes y muy oportunas. ¡Cuántas torres vemos sin concluir al contemplar el vasto campo de la profesión cristiana! ¡Qué ocasión de burla ofrecen a los escarnecedores! Muchos emprenden la senda del discipulado por un impulso sentimental o por la presión de influencias humanas, sin tener el debido conocimiento y sin prestar la debida atención a lo que esa determinación implica. Y entonces cuando sobrevienen las dificultades, aparecen las pruebas y se percatan de que la senda es estrecha, áspera, solitaria e impopular la abandonan. Demuestran así que jamás calcularon el costo real de esta decisión ni emprendieron ese camino en comunión con Dios. En realidad nunca supieron bien lo que hacían.

Estos casos son muy lamentables. Acarrear grandes reproches a la causa de Cristo y son ocasión para que el adversario blasfeme. Desalientan a los que buscan la gloria de Dios y el bien de las almas. Sería mucho mejor no comenzar un camino así. Es peor emprenderlo y luego abandonarlo por incredulidad o por espíritu mundano.

¿Nos damos cuenta de la sabiduría y fidelidad de las palabras que encabezan nuestro capítulo? Moisés expuso al pueblo lo que tenía delante: no para desanimarlo, sino para preservarlo de la confianza en sí mismo –la que seguramente cedería al llegar las horas de prueba–. Lo inducía a apoyarse en el Dios vivo, quien jamás desampara al corazón que confía en Él.

## **Es Jehová tu Dios el que pasa delante de ti**

“Entiende, pues, hoy, que es Jehová tu Dios el que pasa delante de ti como fuego consumidor, que los destruirá y humillará delante de ti; y tú los echarás, y los destruirás en seguida, como Jehová te ha dicho” (v. 3).

Esta es la respuesta divina a todas las dificultades, por más penosas que sean. ¿Qué eran las naciones poderosas, las grandes ciudades, los muros fortificados ante la presencia de Jehová? Sencillamente polvo barrido por el viento. “Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?” (Ro-

manos 8:31). Las mismas cosas que amedrentan y acobardan el ánimo del tímido, dan ocasión al despliegue del poder de Dios y a los magníficos triunfos de la fe. La fe dice: “Si Dios está conmigo, puedo ir adonde sea”. Así, pues, la única cosa que realmente glorifica a Dios es la fe que confía, se apoya y le alaba. Ella es lo único que da al hombre el lugar de completa dependencia en Dios, lo que le asegura la victoria e inspira la alabanza.

Pero no olvidemos que incluso en la victoria aparece un peligro moral que surge de nuestra naturaleza: la propia satisfacción, es decir el orgullo, que es una trampa terrible para nosotros. En la hora de la prueba nos damos cuenta de nuestra debilidad e incapacidad. Esto es un bien moral y una seguridad. Es bueno que el “yo” y todo cuanto le pertenece sea anulado. De ese modo encontraremos en Dios la plenitud para darnos una victoria segura y positiva. El resultado será la alabanza.

## **No entras al país debido a tu justicia**

Nuestro corazón ingrato y tramposo olvida muy fácilmente de dónde vienen la fuerza y la victoria obtenidas. Por ello son valiosas y oportunas las palabras de amonestación dirigidas a los corazones y conciencias de los hermanos del fiel ministro: “No pienses en tu corazón cuando Jehová tu Dios los haya echado de delante de ti, diciendo: Por mi justicia me ha traído Jehová a poseer esta tierra; pues por la impiedad de estas naciones Jehová las arroja de delante de ti” (v. 4).

¡Ay, qué estado frágil el nuestro! ¡Qué ignorancia! ¡Qué sentido tan superficial tenemos de nuestro verdadero carácter y conducta! ¡Es terrible pensar que somos capaces de maquinar palabras en defensa de nuestro yo! Sí, lector, somos muy capaces de semejante locura, al igual que Israel. Ellos pensaban así y por eso fueron amonestados a guardarse de tal pensamiento. El Espíritu de Dios nunca amonesta contra males o tentaciones imaginarias. Atribuimos a nuestra propia justicia los actos de Dios a nuestro favor. En lugar de ver en esos actos de gracia un motivo de alabanza para Dios, nos servimos de ellos para enorgullecernos.

Consideremos con detenimiento las fieles palabras de amonestación dirigidas por Moisés al corazón y la conciencia del pueblo. Son un antídoto eficaz contra el amor propio, tan natural en nosotros como en Israel. “No por tu justicia, ni por la rectitud de tu corazón entras a poseer la tierra de ellos, sino por la impiedad de estas naciones Jehová tu Dios las arroja de delante de ti, y para confirmar la palabra que Jehová juró a tus padres Abraham, Isaac y Jacob. Por tanto, sabe que no es por tu justicia que Jehová tu Dios te da esta buena tierra para tomarla; porque pueblo

duro de cerviz eres tú. Acuérdate, no olvides que has provocado la ira de Jehová tu Dios en el desierto; desde el día que saliste de la tierra de Egipto, hasta que entrasteis en este lugar, habéis sido rebeldes a Jehová” (v. 5-7).

Este párrafo expone dos grandes principios. Si los comprendemos correctamente pondrán al corazón en una actitud moral correcta. En primer lugar, Moisés recuerda al pueblo que la posesión de la tierra de Canaán –a la que iban a entrar– era simplemente el cumplimiento de la promesa que Dios les había hecho a sus padres. Colocaba así el asunto sobre una base sólida, firme e inmovible.

En cuanto a las siete naciones que iban a ser expulsadas, era un acto justo como respuesta del gobierno de Dios a la maldad de ellas. Todo propietario de tierras tiene derecho a echar fuera a los malos arrendatarios. Las naciones de Canaán no solo habían dejado de pagar lo que le debían a Dios (véase Romanos 1), sino que habían ensuciado la propiedad a tal punto que Dios ya no podía tolerarlas. Por lo tanto, las iba a expulsar fuera, sin que ello tuviera relación con los que vendrían después. La iniquidad de los amorreos había llegado a su colmo por lo que debían sufrir un merecido juicio. Algunas personas cuestionan el hecho de que un Dios de misericordia haya podido ordenar la exterminación de ciudades enteras con sus habitantes. Pero en el gobierno de Dios tenemos una respuesta a estos argumentos. Dios sabe lo que hace y no necesita de opiniones humanas. Había soportado la maldad de aquellas siete naciones hasta lo máximo. Esperar más tiempo hubiese sido aprobar las más terribles abominaciones, y esto era moralmente imposible. La gloria de Dios exigía la expulsión de los cananeos.

Pero la gloria de Dios también exigía que los descendientes de Abraham fuesen introducidos como beneficiarios perpetuos de dicha propiedad (bajo el gobierno del Señor Dios Todopoderoso, Poseedor de los cielos y la tierra). La posesión de la tierra prometida y el mantenimiento de la gloria de Dios estaban íntimamente relacionados. Dios prometió la tierra de Canaán a la descendencia de Abraham como posesión eterna. ¿No tenía derecho a hacerlo? ¿Pondrán los incrédulos en duda el derecho de Dios a hacer de lo suyo lo que mejor le placiera? ¿Le negarán al Creador y Gobernador del universo un derecho que ellos reclaman para sí mismos? La tierra era de Jehová y él la había dado a Abraham, su amigo, y a su descendencia para siempre. No podía incumplir su promesa. Sin embargo, a los cananeos no se los echó de aquella tierra hasta que su maldad fue absolutamente intolerable (Génesis 15:16-21).

## El recuerdo del becerro de oro

Como Moisés lo muestra claramente en segundo lugar, los israelitas no tenían ningún motivo para vanagloriarse. Les recuerda las principales escenas de su vida desde Horeb a Cades-barnea: el becerro de oro, las tablas de la ley quebradas, Tabera, Masah y Kibrot-hataava. En el versículo 24 resume todo con estas punzantes y humilladoras palabras: “Rebeldes habéis sido a Jehová desde el día que yo os conozco”.

Moisés les habló francamente al corazón y a la conciencia, revelándoles claramente lo que eran, con hechos y palabras. ¡Qué testimonio más humillante! También les recordó las veces que habían estado a punto de ser destruidos totalmente. ¡Con qué fuerza les deben haber golpeado estas palabras!: “Y me dijo Jehová: Levántate, desciende presto de aquí, porque tu pueblo que *sacaste* de Egipto se ha corrompido; pronto se han apartado del camino que yo les mandé; se han hecho una imagen de fundición. Y me habló Jehová, diciendo: He observado a ese pueblo, y he aquí que es pueblo duro de cerviz. *Déjame que los destruya*, y borre su nombre de debajo del cielo, y yo te pondré sobre una nación fuerte y mucho más numerosa que ellos” (v. 12-14).

¡Eran palabras muy adecuadas para allanar su natural vanidad, orgullo y justicia propia! ¡Cómo debieron haberse conmovido sus corazones cuando Moisés les recordó las palabras pronunciadas por Jehová!: ¡“Déjame que los destruya”! Con estas palabras habrán comprendido cuán próximos habían estado de ser destruidos completamente. ¡Conocían muy poco de lo sucedido entre Jehová y Moisés en la cumbre de Horeb! Estaban al borde de un terrible precipicio y no lo sabían... La intercesión de Moisés los había salvado pero lo acusaban de tomarse facultades que no le habían dado. ¡Cómo se habían equivocado y qué mal lo habían juzgado! Acusaron a Moisés de conducta mezquina y ambiciosa, ¡cuando en realidad había rehusado la oportunidad que Dios le daba de hacerse jefe de una nación más grande y numerosa que ellos! Además intercedió por ellos y si no podían ser perdonados e introducidos en la tierra, pidió que su nombre fuese borrado del libro de Dios.

¡Cuán admirable era todo ello! ¡Qué pequeños debieron haberse sentido ante tan maravillosas circunstancias! Al repasar todo lo que Moisés les recordaba podían comprender la locura que habría sido decir: “Por mi justicia me ha traído Jehová a poseer esta tierra” (v. 6). ¿Cómo podían emplear tal lenguaje pretencioso los fabricantes de una efigie de fundición? ¿Por qué no reconocían que no eran mejores que las naciones a las que se iba a expulsar? Porque, ¿qué era lo que los



diferenciaba de ellas? Únicamente la soberana misericordia de Dios. Y ¿a qué debieron su liberación de Egipto, su sustento en el desierto y su entrada en la tierra prometida? Simplemente a la eterna estabilidad del pacto hecho con sus padres,

“ pacto... ordenado en todas las cosas, y será guardado  
(2 Samuel 23:5).

Este pacto ratificado y sellado con la sangre del Cordero, permitió que Israel fuera salvo y bendecido en su propia tierra.

### **Moisés, intercesor**

Citaremos ahora las trascendentales palabras con las que termina nuestro capítulo. Este párrafo es muy apropiado para abrir los ojos del pueblo sobre la necesidad de sus pensamientos sobre Moisés, sobre ellos mismos y sobre Aquel que tan maravillosamente los había soportado en su negra incredulidad y atrevida rebelión: “Me postré, pues, delante de Jehová; cuarenta días y cuarenta noches estuve postrado, porque Jehová dijo que os había de destruir. Y oré a Jehová, diciendo: Oh Señor Jehová, no destruyas *a tu pueblo y a tu heredad* que has redimido con tu grandeza, que sacaste de Egipto con mano poderosa. Acuérdate de tus siervos Abraham, Isaac y Jacob; *no mires a la dureza de este pueblo, ni a su impiedad ni a su pecado*, no sea que digan los de la tierra de donde nos sacaste: Por cuanto no pudo Jehová introducirlos en la tierra que les había prometido, o porque los aborrecía, los sacó para matarlos en el desierto. *Y ellos son tu pueblo y tu heredad*, que sacaste con tu gran poder y con tu brazo extendido” (v. 25-29).

¡Qué palabras tan maravillosas dirigidas por un ser humano a su Dios! ¡Qué poderosas súplicas en favor de Israel! ¡Qué abnegación! Moisés rehusó la dignidad que se le ofrecía de ser el fundador de una nación fuerte y más numerosa que Israel. Tan solo deseaba que Jehová fuera glorificado e Israel perdonado, bendecido e introducido en la tierra prometida. No podía soportar el pensamiento de que el glorioso nombre de Jehová, tan estimado a su corazón, fuera difamado. Tampoco podía asistir a la destrucción de Israel. Estas eran las dos cosas que él temía. No se preocupaba, en absoluto, de su propia honra. Este amado siervo *solo* se interesaba por la gloria de Dios y la salvación de su pueblo. En cuanto a su persona, a sus esperanzas e intereses, descansaba en la perfecta seguridad de que su bendición personal estaba unida a la gloria de Dios. ¡Nada podía separarlas!

¡Ah, cuán grato debió haber sido esto al corazón de Dios! ¡Cuán refrescantes debieron ser para él las ardientes y amantes súplicas de su siervo! Ellas estaban en armonía con sus pensamientos, mucho más que las acusaciones de Elías contra su pueblo, centenares de años después. ¡Cómo nos recuerdan al bendito ministerio de nuestro Sumo Sacerdote que vive para interceder por nosotros! ¡Su activa intervención no cesa ni un momento!

Es conmovedor observar cómo Moisés insiste en el hecho de que el pueblo era la herencia de Jehová y que fue Él quien lo sacó de la tierra de Egipto. Jehová le había dicho: “Tu pueblo que *sacaste* de Egipto” (v. 12). Pero Moisés dice: “Ellos son *tu* pueblo y tu heredad, que *sacaste*”. Esto es admirable. En realidad toda esta escena está llena de profundos detalles.

## Las nuevas tablas de piedra

En aquel tiempo Jehová me dijo: Lábrate dos tablas de piedra como las primeras, y sube a mí al monte, y hazte un arca de madera; y escribiré en aquellas tablas las palabras que estaban en las primeras tablas que quebraste; y las pondrás en el arca. E hice un arca de madera de acacia, y labré dos tablas de piedra como las primeras, y subí al monte con las dos tablas en mi mano. Y escribió en las tablas conforme a la primera escritura, los diez mandamientos que Jehová os había hablado en el monte de en medio del fuego, el día de la asamblea; y me las dio Jehová. Y volví y descendí del monte, y puse las tablas en el arca que había hecho; y allí están, como Jehová me mandó” (v. 1-5).

El admirado siervo de Dios no se cansaba de repetir al pueblo las memorables escenas del pasado. Para él siempre eran vitales y preciosas. Su corazón se deleitaba en recordarlas. Nunca perdieron su encanto. En ellas hallaba un tesoro inagotable para su espíritu y una poderosa base moral para el corazón de Israel.

Esto nos recuerda las palabras del apóstol a sus amados Filipenses: “A mí no me es molesto el escribiros las mismas cosas, y para vosotros es seguro” (cap. 3:1). El corazón natural, inquieto e inconstante, anhela siempre una nueva atracción. Pero el fiel apóstol hallaba su deleite más intenso y seguro en desarrollar e insistir en las preciosas verdades que se refieren a la Persona y a la cruz de su adorable Señor y Salvador Jesucristo. Había hallado en Cristo todo cuanto necesitaba para el presente y para la eternidad. La gloria de Cristo había eclipsado enteramente todas las glorias de la tierra y de la naturaleza. Por eso pudo decir:

“ Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo (Filipenses 3:7-8).

Este es el lenguaje de un verdadero cristiano, de alguien que ha hallado en Cristo el objeto que lo satisface plenamente. ¿Qué podía ofrecerle el mundo? ¿Deseaba las riquezas, los honores, las distinciones y los placeres del mundo? Jamás, pues los consideraba como basura. ¿Por qué? Porque había hallado a Cristo. Había encontrado en él la persona que atraía su corazón. El principal deseo de su alma consistía en “ganar a Cristo”, conocerle más y ser hallado en él. Si alguien le hubiera ofrecido un nuevo plan conforme al presente siglo malo, o si le hubiesen sugerido la

idea de emprender un negocio en este mundo para procurar hacer fortuna, ¿cuál habría sido su respuesta? Sencillamente esta: «Lo he encontrado todo en Cristo; no deseo más nada. He hallado en él *sólidas e inescrutables* riquezas, y justicia. En él están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento. ¿Qué puedo desear de las riquezas, de la sabiduría o de la ciencia de este mundo? Todo esto se desvanece como las brumas de la mañana; y aun si permanecen, son inadecuadas para satisfacer los deseos y las aspiraciones del alma inmortal. Cristo es el Ser eterno, el centro del cielo, el deleite del corazón de Dios. Él será todo suficiente durante la esplendorosa eternidad que me espera. Y si él puede satisfacer mi corazón eternamente, también puede satisfacerme ahora. ¿He de volverme a la escoria de este mundo, a sus placeres y distracciones, a sus riquezas y honores como un agregado a mi porción en Cristo? ¡Dios no lo permita! Tales cosas serían para mí un perjuicio total... ¡Cristo es mi todo en todo, ahora y para siempre!».

Creemos que esta hubiese sido la respuesta terminante del apóstol. Al menos fue la que dio mediante su modo de vivir, y ¡es la que deberíamos dar nosotros también! ¡Cuán triste y humillante es ver a un cristiano que se dirige al mundo para buscar en él alegría, diversiones o pasatiempo! Sencillamente demuestra que Cristo no es suficiente para ese corazón. Podemos afirmar como principio estable que el corazón que está lleno de Cristo no tiene espacio para otro interés. No se trata de probar si esas cosas son buenas o malas, sino de que el corazón que ama a Jesús no las desea, no las apetece. Ha hallado en Aquel que llena el corazón de Dios y que colma eternamente el vasto universo con los rayos de su gloria, su porción y su descanso perpetuos.

La interesante repetición de los grandes acontecimientos de la historia de Israel –desde Egipto hasta las fronteras de la tierra prometida– nos ha conducido a estos pensamientos. Para Moisés eran motivo de gran satisfacción. No solo encontraba su delicia contemplándolos, sino que sentía la importancia de recordárselos a toda la congregación. Para él era un gusto hacerlo y para ellos era una seguridad. ¡Cuán grato era para él, y cuán útil y necesario para ellos presentar los hechos relacionados con los dos pares de tablas de la ley! El primer par fue despedazado al pie del monte y el segundo ¡puesto en el arca!

¿Qué lenguaje humano puede expresar la profunda significación e importancia moral de tales hechos? ¡Las tablas rotas! ¡Qué acto conmovedor y tan lleno de instrucciones útiles para el pueblo! ¿Hay alguien que todavía cree que aquí se nos da una estéril repetición de hechos mencionados en Éxodo? No, si cree en la divina inspiración del Pentateuco, no será así.

El capítulo 10 del Deuteronomio llena un vacío y hace una obra por sí mismo. Moisés presenta escenas y circunstancias del pasado a fin de dejarlas grabadas en los corazones de los hijos de Israel. Les da a conocer la conversación que tuvo lugar entre él y Jehová. Les relata lo que sucedió durante aquellos misteriosos cuarenta días en la cumbre de aquel monte cubierto con una nube. Les refiere la alusión que Jehová hace de las tablas partidas como imagen conmovedora de la impotencia del hombre en guardar el pacto. ¿Por qué fueron rotas aquellas tablas? Porque ellos habían deshonrado vergonzosamente lo que Dios les había ordenado. Aquellos fragmentos debían demostrar a Israel el solemne hecho de que, en todo lo relacionado con su pacto, estaban completamente arruinados e irremediabilmente perdidos; se hallaban en quiebra respecto a la justicia de la ley (Romanos 8:3-4).

### **Las segundas tablas puestas en el arca**

Pero las segundas tablas, gracias a Dios, proclamaban un hecho muy diferente. Estas no fueron rotas. Dios las cuidó. “Y volví y descendí del monte, y puse las tablas en el arca que había hecho; y *allí están*, como Jehová me mandó” (v. 5).

¡Bendito hecho! “Allí están”. Sí, se hallan escondidas en el arca que nos habla de Cristo, de Aquel que magnificó la ley y la hizo honorable (Isaías 42:21), que decretó cada uno de los signos que la componen para la gloria de Dios y la eterna bendición de su pueblo. De este modo, mientras los fragmentos de las primeras tablas publican la triste y humillante historia de la ruina de Israel, las segundas, guardadas en el arca, exponen la gloriosa verdad de que

“ el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree,  
(Romanos 10:4)  
al judío primeramente, y también al griego  
(Romanos 1:16).

Por supuesto, no queremos decir que Israel comprendió la profunda significación y el largo alcance que en su aplicación tuvieron estos maravillosos hechos. Como nación, ciertamente no pudieron entenderlos. Por la soberana misericordia de Dios lo entenderán más tarde. Pudo haber excepciones. Algunas almas comprendieron parte de su significado, pero esta no es la cuestión por ahora. Nuestro deber es reconocer y apropiarnos de la preciosa verdad expuesta en los dos pares de tablas. Estas demuestran el fracaso de todo lo que ha sido confiado al hombre y la eterna estabilidad del pacto de gracia de Dios ratificado con la sangre de Cristo: el pacto que debe ser desplegado con todos sus gloriosos resultados en el reino venidero, cuando el Hijo de Da-

vid reine sobre toda la tierra. Esto será cuando la descendencia de Abraham posea, como regalo don divino, la tierra de la promesa, y todas las naciones de la tierra se regocijen bajo el reinado benéfico del Príncipe de paz.

¡Qué gloriosa perspectiva para la hoy desolada tierra de Israel y nuestra pobre tierra! El Rey de justicia y paz gobernará según su voluntad. Todo mal será destruido con mano poderosa, porque no habrá debilidad en aquel gobierno y ninguna lengua rebelde se atreverá a criticar con insolencia sus decretos y hechos. A ningún insensato demagogo se le permitirá perturbar la paz del pueblo o insultar la majestad del trono. Todo abuso será rectificado, todo elemento perturbador será neutralizado, toda piedra de tropiezo será quitada y toda raíz de amargura será arrancada. Los pobres y los necesitados serán saciados. Sí, todos serán atendidos divinamente: el dolor, el cansancio, la pobreza y la desolación serán desconocidos. El desierto y el lugar árido se alegrarán; el yermo se gozará y florecerá como la rosa. “He aquí que para justicia reinará un rey, y príncipes presidirán en juicio. Y será aquel varón como escondedero contra el viento, y como refugio contra el turbión; como arroyos de aguas en tierra de sequedad, como sombra de gran peñasco en tierra calurosa” (Isaías 32:1-2).

Lector, ¡qué escenas gloriosas deben suceder aún en este pobre y triste mundo agitado por el pecado y esclavizado por Satanás! ¡Qué bueno es pensar en ellas! ¡Qué alivio para el corazón en medio de tantas miserias morales, de degradación y de todas las enfermedades que nos rodean! Gracias a Dios se aproxima rápidamente el día en el cual el príncipe de este mundo será arrojado de su trono y aprisionado en el abismo. Entonces el Príncipe del cielo, el glorioso Emanuel, extenderá su cetro bendito sobre todo el universo de Dios, y los cielos y la tierra se regocijarán con el resplandor de su faz real. Exclamemos: ¡oh, Señor, apresura ese tiempo! ¡“Sí, ven, Señor Jesús”! (Apocalipsis 22:20).

### **La muerte de Aarón. Elección y honra de Leví**

“Después salieron los hijos de Israel de Beerot-bene-jaacán a Mosera; allí murió Aarón, y allí fue sepultado, y en lugar suyo tuvo el sacerdocio su hijo Eleazar. De allí partieron a Gudgoda, y de Gudgoda a Jotbata, tierra de arroyos de aguas. En aquel tiempo apartó Jehová la tribu de Leví para que llevase el arca del pacto de Jehová, para que estuviese delante de Jehová para servirle, y para bendecir en su nombre, hasta hoy, por lo cual Leví no tuvo parte ni heredad con sus hermanos; Jehová es su heredad, como Jehová tu Dios le dijo” (v. 6-9).

El lector no debe quedarse con ninguna duda respecto al orden cronológico de los hechos relatados en el pasaje anterior. Este simplemente es un paréntesis en el cual el legislador (Moisés) agrupa de manera notable y conmovedora diferentes circunstancias que dan testimonio del gobierno y de la gracia de Dios, escogidas con sumo cuidado de la historia del pueblo. La muerte de Aarón demuestra lo primero. La elección y exaltación de Leví presentan la segunda. Estos dos hechos se mencionan juntos, y no cronológicamente, con el gran fin moral siempre presente en el pensamiento de Moisés. La razón del incrédulo no lo podría comprender, pero tiene mucho valor para el corazón y el entendimiento del que estudia la Escritura.

¡Cuán despreciables son los razonamientos de los incrédulos cuando se las considera a la luz de la divina inspiración! ¡Qué miserable es la inteligencia que se ocupa en insignificancias como encontrar algún error de cronología, por ejemplo, en el divino Libro, en lugar de aprender el verdadero propósito y el objeto del escritor inspirado!

Pero, ¿por qué Moisés recordó de manera aparentemente abrupta esos dos acontecimientos de la historia de Israel? Simplemente para estimular el corazón del pueblo a la obediencia. Con este fin escogió y agrupó los hechos según la sabiduría dada. ¿Hemos de esperar de este siervo de Dios, divinamente enseñado, la precisión de un simple copista? Los incrédulos podrán creerlo así, pero los verdaderos cristianos saben por qué. Un simple copista podrá copiar los sucesos en su orden cronológico, pero un verdadero profeta hará la narración de estos de tal modo que influya sobre el corazón y la conciencia. Así que, mientras el pobre incrédulo anda a tientas en las brumas de su propia imaginación, el estudiante piadoso se complace en las glorias morales de ese Libro sin par, que se mantiene firme como una roca contra la cual se estrellan las impotentes olas de la incredulidad.

No queremos detenernos en la explicación de las circunstancias a que se refiere el anterior paréntesis, pues ya se han expuesto en otras porciones. Nos limitaremos a hacer notar la exposición de los hechos mencionados. Moisés se sirvió de ellos para dar mayor fuerza a su último llamado dirigido al corazón y a la conciencia del pueblo. Les mostraba la absoluta necesidad de una obediencia expresa a los estatutos y derechos del Dios del pacto. Por esto se refirió al hecho solemne de la muerte de Aarón. Los hijos de Israel debían recordar que Aarón, a pesar de su encumbrada posición como sumo sacerdote de Israel, había muerto por haber desobedecido a la palabra de Jehová. Les convenía, por lo tanto, estar atentos a su propia conducta. La administración de Dios no debía tratarse con liviandad. La misma posición privilegiada de Aarón exigía que su pecado fuese juzgado para que los demás aprendiesen.

Debían recordar el trato de Dios con Leví, donde vimos que la gracia brilla con esplendor. El indomable, cruel y obstinado Leví fue levantado de su ruina moral y colocado junto a Dios “para que llevase el arca del pacto de Jehová, para que estuviese delante de Jehová para servirle, y para bendecir en su nombre” (v. 8).

Pero, ¿por qué lo que concierne a Leví está asociado con la muerte de Aarón? Sencillamente porque expone las benditas consecuencias de la obediencia. La muerte de Aarón demostraba el funesto resultado de la desobediencia, y la honra de Leví ilustra el precioso fruto de la obediencia. Oigamos lo que dice el profeta Malaquías sobre este tema: “Y sabréis que yo os envié *este mandamiento*, para que fuese mi pacto con Leví, ha dicho Jehová de los ejércitos. Mi pacto con él fue de vida y de paz, *las cuales cosas yo le di para que me temiera; y tuvo temor de mí, y delante de mi nombre estuvo humillado*. La ley de verdad estuvo en su boca, e iniquidad no fue hallada en sus labios; en paz y en justicia anduvo conmigo, y a muchos hizo apartar de la iniquidad” (cap. 2:4-6).

Este notable pasaje aclara mucho la cuestión que estamos considerando. Nos dice específicamente que Jehová hizo pacto de vida y de paz con Leví a causa del respeto que este manifestó por Su nombre, “y tuvo temor de mí”, en oportunidad del becerro de oro que hizo Aarón (levita también del orden más elevado).

¿Por qué fue castigado Aarón? Por su rebelión en las aguas de Meriba (Números 20:24.) ¿Por qué fue bendecido Leví? Por su reverente obediencia al pie del monte Horeb (Éxodo 32). ¿Por qué los encontramos juntos en el capítulo 10 del Deuteronomio? A fin de imprimir en el corazón y la conciencia del pueblo la necesidad de obedecer absolutamente los mandamientos del Dios del pacto. ¡Cuán perfecta es la Escritura en todas sus partes! ¡Cómo concuerda bellamente! Y ¡es evidente que el libro del Deuteronomio ocupa el lugar que Dios le asignó con su especial propósito! ¡La quinta parte del Pentateuco no es ni una contradicción ni una repetición de las anteriores, sino una aplicación de ellas! Y cuando los escritores incrédulos se atreven a insultar los Oráculos de Dios, no saben lo que dicen ni lo que hacen. Se extravían “ignorando las Escrituras y el poder de Dios” (Mateo 22:29).



## Israel, ¿qué pide de ti Jehová tu Dios?

En los versículos 10 y 11 de nuestro capítulo, Moisés vuelve otra vez al tema central de su discurso. “Y yo estuve en el monte como los primeros días, cuarenta días y cuarenta noches; y Jehová también me escuchó esta vez, y no quiso Jehová destruirte. Y me dijo Jehová: Levántate, anda, para que marches delante del pueblo, para que entren y posean la tierra que jure a sus padres que les había de dar”.

A pesar de todos los obstáculos, Jehová quería cumplir la promesa hecha a los padres dando a Israel la tierra que había jurado a Abraham, Isaac y Jacob dar a su descendencia por heredad perpetua.

“Ahora, pues, Israel, ¿qué pide Jehová *tu* Dios de ti, sino que temas a Jehová tu Dios, que andes en *todos sus caminos*, y que lo ames, y sirvas a Jehová *tu* Dios con todo tu corazón y con toda tu alma; que guardes los mandamientos de Jehová y sus estatutos, que yo te prescribo hoy, para que *tengas prosperidad?*” (v. 12-13). Debían andar en los divinos mandamientos para su propio bienestar, prosperidad y bendición. La senda de la obediencia es la única que conduce a la verdadera felicidad y todavía puede ser seguida por todos los que aman al Señor.

Esto es un consuelo en todo tiempo. Dios nos ha dado su preciosa Palabra, la perfecta revelación de sus pensamientos. Nos ha dado aquello que Israel no tuvo: su Santo Espíritu para que habite en nuestros corazones, a fin de que podamos entender y apreciar su Palabra. De ahí que nuestras obligaciones sean mayores que las de Israel. Somos llamados a obedecer en todo lo que, de parte de Dios, puede influir sobre nuestro corazón y entendimiento. Debemos obedecer para nuestro bien. Ciertamente

tiene grande galardón



(Hebreos 10:35)

el guardar los mandamientos de nuestro amante Padre. Todos sus cuidados, su amor, su solicitud, sus maravillosos tratos para con nosotros, ¿no son suficientes motivos para que nuestros corazones se aferren a él y nuestros pasos se afirmen en la senda de la obediencia filial? Adondequiera que volvamos los ojos encontramos las pruebas evidentes de sus derechos sobre los afectos de nuestro corazón y sobre todas las facultades de nuestro rescatado ser. Y cuanto más respondamos a sus preciosos derechos, más brillante y feliz será nuestra senda. En este mundo no hay nada más bendito que la senda y la porción de un alma obediente.

Mucha paz tienen los que aman tu ley, y no hay para ellos tropiezo  
“ (Salmo 119:165).

El humilde discípulo que halla su comida y su bebida en hacer la voluntad de su amado Señor y Maestro posee una paz que el mundo no puede dar ni quitar. Puede que sea incomprendido y mal juzgado, que sea tachado de intransigente, iluso, fanático y cosas peores, pero nada de esto le afecta. La aprobación de su Señor es una recompensa más que suficiente a todos los reproches que los hombres puedan hacerle. Sabe lo que valen los pensamientos de los hombres, los cuales son como el tamo que arrebató el viento.

En los últimos versículos de nuestro capítulo el autor parece hacer mayor énfasis en los motivos de la obediencia y urgir con más solicitud el corazón del pueblo. “He aquí” –les dice– “de Jehová tu Dios son los cielos, y los cielos de los cielos, la tierra, y todas las cosas que hay en ella. Solamente de tus padres se agradó Jehová para amarlos, y escogió su descendencia después de ellos, a vosotros, de entre todos los pueblos, como en este día” (v. 14-15). ¡Qué maravilloso privilegio es el ser escogido y amado por el Poseedor de los cielos y la tierra! ¡Qué honor ser llamado a servirle y obedecerle! Por cierto, en todo el mundo no hay condición más sublime. ¡Ser identificado y estar asociado con el Altísimo, ser su pueblo particular, escogido por él, separados de las demás naciones para ser siervos de Jehová y testigos suyos! ¿Qué podía haber mejor que esto, aparte de lo que posee la Iglesia de Dios y el creyente individualmente?

Ciertamente, nuestros privilegios son superiores, pues conocemos a Dios de un modo más excelso, más profundo y más íntimo que la nación de Israel. Lo conocemos como el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo y como nuestro Dios y Padre. El Espíritu Santo mora en nosotros y derrama el amor de Dios en nuestros corazones, haciéndonos exclamar: Abba Padre. Esto es mucho más precioso que todo lo que el pueblo terrenal de Dios conoció o pudo conocer. Y si nuestros privilegios son mayores, también deben serlo sus derechos a nuestra solícita y absoluta obediencia. Cada llamado al corazón de Israel debería llegar a nosotros con mayor fuerza; toda exhortación dirigida a ellos debería hablarnos poderosamente. Ocupamos el lugar más eminente que una criatura puede ocupar. Ni la descendencia de Abraham en la tierra, ni los ángeles de Dios en el cielo pueden decir lo que nosotros decimos, ni conocer lo que conocemos. Estamos asociados eternamente con el Hijo de Dios resucitado y glorificado. Podemos hacer nuestro el maravilloso lenguaje de 1 Juan 4:17, y decir: “Como él es, así somos nosotros en este mundo”. ¿Qué puede ser

superior a esto como privilegio y dignidad? Nada seguramente, excepto estar conformados a su adorable imagen en espíritu, alma y cuerpo, como lo seremos pronto (por la infinita gracia de Dios).

No olvidemos que nuestras obligaciones son proporcionales a nuestros privilegios. No rechacemos la sana palabra *obligación* bajo pretexto que tiene aspecto de *legalismo*. Es todo lo contrario. Sería imposible concebir algo más separado del legalismo que las obligaciones que resultan de la posición cristiana. Es una verdadera equivocación alegar “legalismo” cuando se nos recuerdan las santas responsabilidades de nuestra posición. Creemos que todo cristiano verdaderamente piadoso apreciará los llamados y exhortaciones que el Espíritu Santo nos dirige a propósito de nuestras obligaciones. Todas ellas están fundadas en los privilegios que nos son conferidos por la soberana gracia de Dios y por el ministerio del Espíritu Santo en virtud de la preciosa sangre de Cristo.

## **El padre de huérfanos y juez de viudas**

Continuemos leyendo los conmovedores llamamientos de Moisés. Nos serán muy provechosos a pesar de nuestras mayores luces, conocimientos y privilegios.

“Circuncidad, pues, *el prepucio de vuestro corazón*, y no endurezcáis más vuestra cerviz. Porque Jehová vuestro Dios es Dios de dioses, y Señor de señores, Dios grande, poderoso y temible, que no hace acepción de personas, ni toma cohecho; que hace justicia al huérfano y a la viuda; que ama también al extranjero dándole pan y vestido” (v. 16-18).

Aquí Moisés no habla meramente de lo que Dios hace, sino de Él mismo, de lo que Él es. Es el Dios de los cielos, el Grande, el Magnífico, el Temible. Tiene un corazón lleno de amor para la viuda y el huérfano, seres desamparados y privados de todo apoyo natural. Dios piensa y cuida de ellos de manera muy especial; tienen derecho a su amor y a su protección. “Padre de huérfanos y defensor de viudas es Dios en su santa morada”. “La que en verdad es viuda y ha quedado sola, espera en Dios, y es diligente en súplicas y oraciones noche y día”. “Deja tus huérfanos, yo los criaré; y en mí confiarán tus viudas” (Salmo 68:5; 1 Timoteo 5:5; Jeremías 49:11).

¡Qué rica provisión hay aquí para las viudas y los huérfanos! ¡Qué maravilloso cuidado de Dios para con ellos! ¡Cuántas viudas hay más felices ahora que cuando tenían a sus maridos! ¡Cuántos huérfanos están mejor cuidados que cuando tenían a sus padres! Dios vela por ellos. Esto alcan-

za. Miles de esposos y padres se comportan de tal manera que más valdría no tenerlos. Pero Dios nunca desampara a los que en él confían, es siempre fiel a su nombre, sea cual fuere el título que adopte. ¡Recuerden esto para consuelo y aliento!

## El extranjero

Dios tampoco se olvida del extranjero. “Ama también al extranjero dándole pan y vestido” (v. 18). ¡Cuán hermoso es esto! Nuestro Dios cuida de todos los que se ven privados de apoyo terrenal, de esperanza y protección humana. Todos ellos pueden apoyarse en él de manera especial, pues Dios, a causa de su amor, responderá a sus necesidades.

Sin embargo, es necesario conocerlo para poder confiar en él. “En ti confiarán los que conocen tu nombre, por cuanto tú, oh Jehová, no desamparaste a los que te buscaron” (Salmo 9:10). Los que no conocen a Dios preferirán una póliza de seguros o una renta anual antes que sus promesas. El verdadero creyente encuentra en las promesas de Dios el inquebrantable sostén de su corazón, porque conoce, confía y ama al que prometió. Se regocija en el pensamiento de depender enteramente de él y por nada en el mundo querría cambiar su situación. Lo que sacaría de quicio a un incrédulo, para el cristiano, para el hombre de fe, es motivo de profundo gozo. El lenguaje de este siempre será: “Alma mía, en Dios solamente reposa, porque de él es mi esperanza. Él *solamente* es mi roca y mi salvación” (Salmo 62:5-6). ¡Bendita situación! ¡Bendita porción! ¡Es nuestro deseo que el lector la conozca como una realidad divina, como un poder vivo en su corazón, por el poderoso ministerio del Espíritu Santo! Entonces será libre de las cosas terrenales y hallará todo lo que necesita, para el presente y para la eternidad, en el Dios vivo y en su Cristo.

“ Todo lo que necesito,  
Eres tú ¡oh Cristo! para mí;  
Todo hallo yo en Ti.

Notemos cuál es la provisión que Dios hace para el extranjero. Es muy sencilla: “pan y vestido”. Esto basta para un verdadero extranjero. El apóstol se lo dijo a su hijo en la fe, Timoteo: “Nada hemos traído a este mundo, y sin duda nada podremos sacar. Así que, teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto” (1 Timoteo 6:7-8).

Lector cristiano, reflexionemos en esto: ¡Qué remedio para la ambición y para la concupiscencia! ¡Qué bendita liberación de toda codicia febril de bienes terrenales, del comercio, de la especulación y del espíritu de avaricia característico del tiempo en el cual vivimos! Si estuviésemos satisfechos con la provisión que se asignó divinamente al extranjero, ¡cuán diferente sería! ¡Cuán tranquilo y uniforme sería el curso diario de nuestra vida! ¡Nuestras rutinas y deseos serían más sencillos, y nuestro espíritu menos mundano! Dejaríamos de lado el lujo y el amor a la comodidad que tanto prevalecen hoy entre los cristianos. Comeríamos y beberíamos únicamente para la gloria de Dios y para mantener nuestro cuerpo sano. Traspasar estos límites es dejarse llevar por “los deseos carnales que batallan contra el alma” (1 Pedro 2:11).

Pero, ¡cuántos hay en el llamado mundo cristiano que respecto a las bebidas alcohólicas, se dejan llevar por sus vergonzosas concupiscencias, envileciéndose y arruinando sus cuerpos y sus almas!

No queremos hacer una predicación contra las bebidas alcohólicas. El mal está en el abuso que hacemos de ellas. El mismo apóstol aconseja a Timoteo el uso de “un poco de vino por causa de tu estómago y de tus frecuentes enfermedades” (1 Timoteo 5:23). Cada cristiano es responsable de andar en el temor de Dios en cuanto a la comida y a la bebida. Un enfermo puede necesitar cierta comida nutritiva, pero ¿hemos de culpar al médico si su paciente se convierte en un glotón? Por cierto que no. El mal no está en la indicación del médico, sino en el desacertado deseo del corazón.

En esto radica la raíz del mal, y el remedio se encuentra en la preciosa gracia de Dios que, a la par que trae la salvación a todos los hombres, enseña a los que son salvos a vivir “*sobria*, justa y piadosamente” en este mundo (Tito 2:12). Y recuérdese que el vivir sobriamente significa mucho más que la moderación en la comida y en la bebida. Obviamente esto está incluido, pero abarca también el dominio del corazón – el gobierno de los pensamientos, del genio, de la lengua. La gracia que nos salva no nos *dice* solamente cómo debemos vivir, sino que además nos *enseña* a hacerlo. Si seguimos sus enseñanzas estaremos satisfechos con la provisión asignada por Dios al extranjero.

Es interesante y a la vez edificante observar cómo Moisés pone a Dios mismo como modelo a imitar. Jehová “ama también al extranjero dándole pan y vestido. Amaréis, pues, al extranjero; porque extranjeros fuisteis en la tierra de Egipto” (v. 18-19). Los israelitas no solo debían tener ante sus ojos el modelo divino, sino que también debían recordar su historia y experiencias pasadas, a fin de que sus corazones rebosaran de simpatía y compasión para con el extranjero. Era

un deber y un privilegio para el Israel de Dios ponerse en la piel del prójimo y tener en cuenta sus sentimientos. Debía ser el representante moral de Aquel a quien pertenecía. Debía imitarlo, suplir las necesidades y alegrar los corazones de huérfanos, viudas y extranjeros. Y si el pueblo terrenal de Dios fue llamado a esta perfecta línea de conducta, cuanto más lo somos nosotros a quienes

“ bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo (Efesios 1:3).

¡Quiera Dios que estemos más en su presencia y bebamos más de su Espíritu para que podamos reflejar fielmente sus glorias morales sobre todos aquellos con quienes estamos en contacto!

Las últimas líneas de nuestro capítulo nos dan un hermoso compendio de la enseñanza práctica que nos ha ocupado. “A Jehová tu Dios temerás, a él solo servirás, a él seguirás, y por su nombre jurarás. Él es el objeto de tu alabanza, y él es tu Dios, que ha hecho contigo estas cosas grandes y terribles que tus ojos han visto. Con setenta personas descendieron tus padres a Egipto, y ahora Jehová te ha hecho como las estrellas del cielo en multitud” (v. 20-22).

Todo esto es muy adecuado para estimularnos moralmente y unir nuestros corazones al Señor mismo. Exaltémosle por lo que él es, por todos sus cuidados maravillosos y sus designios de gracia. Podemos decir con seguridad que es el recurso secreto de toda verdadera dedicación. ¡Quiera Dios que el lector y quien suscribe lo pongamos en práctica!

## Retrospectiva y futuro

### El recuerdo de las obras de Jehová

Amarás, pues, a Jehová tu Dios, y guardarás sus ordenanzas, sus estatutos, sus decretos y sus mandamientos, *todos los días*. Y comprended hoy, porque no hablo con vuestros hijos que no han sabido ni visto el castigo de Jehová vuestro Dios, su grandeza, su mano poderosa, y su brazo extendido, y sus señales, y sus obras que hizo en medio de Egipto a Faraón rey de Egipto, y a toda su tierra; y lo que hizo al ejército de Egipto, a sus caballos y a sus carros; cómo precipitó las aguas del Mar Rojo sobre ellos, cuando venían tras vosotros, y Jehová los destruyó hasta hoy; y lo que ha hecho con vosotros en el desierto, hasta que habéis llegado a este lugar; y lo que hizo con Datán y Abiram, hijos de Eliab hijo de Rubén; cómo abrió su boca la tierra, y los tragó con sus familias, sus tiendas, y todo su ganado, en medio de todo Israel. Mas vuestros ojos han visto todas las grandes obras que Jehová ha hecho” (v. 1-7).

Moisés sentía la importancia de que todos los poderosos hechos de Jehová estuvieran presentes en los corazones del pueblo y quedaran profundamente grabados en su memoria. La mente humana es fluctuante y el corazón inconstante. A pesar de todo lo que Israel había presenciado con respecto a los solemnes juicios de Dios sobre Egipto y Faraón, estaba en peligro de olvidar la impresión que estos debían producir.

Quizá nos sorprenda que Israel pudiera llegar a olvidar las impresionantes escenas de su historia en Egipto: el descenso de sus padres a ese país, siendo solo un puñado de almas, y su rápido crecimiento a pesar de todas las dificultades. Ese insignificante pueblo llegó a ser, con la ayuda de Dios, tan numeroso como las estrellas del cielo.

También se sucedieron las diez plagas de Egipto. ¡Cuán solemnes y aterradoras! Eran apropiadas para dar una idea del gran poder de Dios y de la impotencia e insignificancia del hombre –a pesar de su pretendida sabiduría, poder y gloria–. Igualmente eran adecuadas para mostrar la abominable locura de intentar levantarse contra el Dios Todopoderoso. ¿Qué valor tenía todo el poder de Faraón y de Egipto en presencia del Dios de Israel? En un momento quedó en la ruina y destrucción. Todos los carros de Egipto, su pompa y gloria, todo el valor y el poder de aquella antigua y famosa nación fueron sumergidos en las profundidades del mar.

Y ¿por qué? Porque intentaron entrometerse con el Israel de Dios. Se atrevieron a oponerse a los eternos propósitos y consejos del Altísimo. Procuraron destruir a quienes Dios amaba. Él había jurado bendecir a la descendencia de Abraham. Ningún poder en la tierra ni en el infierno hubie-

ra podido anular ese juramento. Faraón, en su orgullo y dureza de corazón, quiso contrarrestar la actuación divina pero al hacerlo acarreó su propia destrucción. Su país se conmovió hasta los cimientos. El propio Faraón y su poderoso ejército fueron aniquilados en el mar Rojo. Esto fue un lapidario escarmiento para todos los que a partir de ese momento quisieran oponerse a los propósitos de Dios. (Respecto a bendecir la descendencia de Abraham su amigo).

El pueblo no solamente debía recordar lo que Jehová había hecho con Egipto y con Faraón, sino también lo que había hecho entre ellos. ¡Cuán subyugador fue el juicio sobre Datán, Abiram y sus casas! ¡Qué terrible castigo les fue infligido! ¿Y por qué? Por haberse rebelado contra los propósitos divinos. En el relato que se hace en Números, Coré el levita juega un rol sobresaliente. Pero aquí se omite su nombre y se mencionan a los dos rubenitas, miembros de la congregación, que participaron en la misma rebelión. Moisés procura obrar sobre la conciencia de todo el pueblo, exponiendo las terribles consecuencias de la terquedad de dos individuos de su medio, dos miembros comunes, y no solamente en levitas privilegiados.

Ya sea que se llamara la atención del pueblo sobre la actuación divina fuera o dentro de ellos, todo se hacía con el fin de imprimir en sus corazones y razones el profundo sentimiento de la obediencia. Este era el gran propósito de todas las peticiones, comentarios y exhortaciones del fiel siervo de Dios (que pronto sería tomado de entre ellos). Por eso Moisés se remonta siglos atrás en la historia. Escoge, agrupa, comenta los hechos, omitiendo algunos y citando otros según como lo guiaba el Espíritu de Dios. El traslado a Egipto, su estancia en aquel país, los duros castigos infligidos al obstinado Faraón, la salida de Egipto, el paso por el mar Rojo, las escenas ocurridas en el desierto, y especialmente la terrible rebelión de los dos rubenitas: todo es referido con contundente fuerza y claridad para que obre en la conciencia del pueblo. Reforzaba así los derechos de Jehová exigiendo una obediencia absoluta a sus santos mandamientos.

## **Guardad todos los mandamientos**

*“Guardad, pues, todos los mandamientos que yo os prescribo hoy, para que seáis fortalecidos, y entréis y poseáis la tierra a la cual pasáis para tomarla; y para que os sean prolongados los días sobre la tierra, de la cual juró Jehová a vuestros padres, que había de darla a ellos y a su descendencia, tierra que fluye leche y miel” (v. 8-9).*

Fíjese el lector en el hermoso vínculo moral entre esas dos cláusulas: “Guardad, pues, *todos* los mandamientos... para que seáis fortalecidos”. Se obtiene una gran fuerza obedeciendo sin reservas a la Palabra de Dios. Estamos muy dispuestos a escoger ciertos mandamientos y preceptos



que nos convienen, y a desechar los demás. Eso es hacer la propia voluntad. ¿Qué derecho tenemos de escoger algunos preceptos de la Palabra y dejar otros de lado? Absolutamente ninguno. Hacer tal cosa es, en principio, simple rebelión y voluntad propia. ¿Acaso el criado puede decidir cuál de los mandatos de su amo ha de obedecer? Por cierto que no. Todo mandato va revestido de la autoridad del amo y exige la atención del criado. Cuanto más incondicionalmente obedece el criado, respetando cada una de las órdenes recibidas, por triviales que sean, tanto más se afirma en su cargo. Entonces va ganando la confianza y estima de su amo, que aprecia al criado obediente y fiel. Sabemos qué satisfacción proporciona un criado en quien podemos confiar, quien se alegra en satisfacer nuestros deseos y no necesita que se le vigile continuamente, sino que sabe cuál es su deber y lo cumple.

¿No hemos de alegrar el corazón de nuestro bendito Amo con una amorosa obediencia a todos sus mandamientos? Piense un momento en el privilegio que tenemos de regocijar el corazón de Aquel que nos amó y se entregó por nosotros. Es verdaderamente maravilloso que unas pobres criaturas como nosotros podamos en cierto modo alegrar el corazón de Jesús. Así es, ¡bendito sea su Nombre! Él se complace en que guardemos sus mandamientos. Este pensamiento debería inducirnos a estudiar su Palabra, a fin de descubrir sus mandamientos y cumplirlos.

Las palabras citadas de Moisés nos recuerdan el ruego del apóstol

“ a los santos y fieles hermanos en Cristo que están en Colosas... Por lo cual también nosotros, desde el día que lo oímos, no cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seáis llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual, para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios; fortalecidos con todo poder, conforme a la potencia de su gloria, para toda paciencia y longanimidad; con gozo dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz; el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados (Colosenses 1:2; 9-14).

Teniendo en cuenta la diferencia que hay entre lo terrenal y lo celestial, entre Israel y la Iglesia, existe una notable semejanza entre las palabras del autor y las del apóstol. Tanto unas como otras exponen la belleza y el valor de una obediencia total a Dios. Es grata al Padre, al Hijo y al

Espíritu Santo. Esto debería alcanzar para crear y reforzar en nuestros corazones el deseo de estar llenos del conocimiento de su voluntad. Así podremos andar como es digno del Señor, agradándole en todo, fructificando *en toda buena obra* y creciendo en el conocimiento de Dios. Nos debería guiar a un estudio más diligente de la Palabra de Dios a fin de aprender a conocer más su voluntad, sus pensamientos, lo que le agrada, y pidiendo su ayuda para obedecerle. De este modo nuestros corazones estarán más unidos a él. Hallaremos un interés cada vez más profundo en escudriñar las Escrituras, no solo para crecer en el conocimiento de la verdad, sino también en el conocimiento de Dios, de Cristo. Buscaremos el conocimiento íntimo, personal y práctico de lo que está atesorado en Él. (Aquel que es la plenitud de la divinidad corporalmente). ¡Oh, quiera el Espíritu de Dios, por su muy precioso y poderoso ministerio, despertar en nosotros un deseo más intenso de conocer y hacer la voluntad de nuestro bendito Señor y Salvador Jesucristo, para que de este modo podamos serle más agradables en todo!

## **La tierra prometida**

Volvamos por unos momentos a la hermosa descripción de la tierra prometida que Moisés le presenta al pueblo: “La tierra a la cual entras para tomarla no es como la tierra de Egipto de donde habéis salido, donde sembrabas tu semilla, y regabas con tu pie, como huerto de hortaliza. La tierra a la cual pasáis para tomarla es tierra de montes y de vegas, que bebe las aguas de la lluvia del cielo; tierra de la cual Jehová tu Dios cuida; siempre están sobre ella los ojos de Jehová tu Dios, desde el principio del año hasta el fin” (v. 10-12).

¡Qué contraste tan marcado entre Egipto y Canaán! Egipto no tenía lluvias del cielo. Allí se veía el esfuerzo humano en todo. No sucedía así en la tierra de Jehová. La bendita lluvia del cielo caía sobre ella. Jehová mismo cuidaba de ella y la regaba con la lluvia temprana y tardía. La tierra de Egipto dependía de sus propios recursos, pero la de Canaán dependía enteramente de Dios, de lo que descendía del cielo. El lenguaje de Egipto era: «Mío es el río». La esperanza de Canaán era: “el río de Dios”. La costumbre de Egipto era regar con el pie, la de Canaán era mirar al cielo por la lluvia.

El Salmo 65 nos presenta una hermosa descripción de la tierra del Señor, considerada por el ojo de la fe. “Visitas la tierra, y la riegas; en gran manera la enriqueces; con el río de Dios, lleno de aguas, preparas el grano de ellos, cuando así la dispones. Haces que se empapen sus surcos, haces descender sus canales; la ablandas con lluvias, bendices sus renuevos. Tú coronas el año con

tus bienes, y tus nubes destilan grosura. Destilan sobre los pastizales del desierto, y los collados se ciñen de alegría. Se visten de manadas los llanos, y los valles se cubren de grano; dan voces de júbilo, y aun cantan” (v. 9-13).

¡Cuán hermoso es pensar por un momento que Dios hace que los surcos se empapen y que descienda el agua en sus canales! ¡Qué sublime es contemplar a Dios derramando abundancia sobre su pueblo! Sí, y haciéndolo con agrado. Era el gozo de su corazón derramar sus rayos de sol y sus refrescantes lluvias sobre los “collados y valles” de su amado pueblo. El percibir la vid, la higuera y el olivo floreciendo, los valles cubiertos de mieses doradas y los prados cubiertos de rebaños era un motivo para alabar su Nombre. Esto hacía brotar del corazón del israelita agradecido un sincero ¡Aleluya!

### **Si obedeciereis... yo daré**

Así hubiese sido si Israel hubiese obedecido la ley de Dios. “Si obedeciereis cuidadosamente a mis mandamientos que yo os prescribo hoy, *amando a Jehová vuestro Dios, y sirviéndole con todo vuestro corazón, y con toda vuestra alma*, yo daré la lluvia de vuestra tierra a su tiempo, la temprana y la tardía; y recogerás tu grano, tu vino y tu aceite. Daré también hierba en tu campo para tus ganados; y comerás, y te saciarás” (v. 13-15).

Nada podía ser más sencillo que este pacto entre el Dios de Israel y el Israel de Dios. Para Israel era un privilegio amar y servir a Dios. Para Dios la prerrogativa era bendecir y prosperar a Israel. La dicha y la fertilidad serían las consecuencias de la obediencia. El pueblo y la tierra dependían enteramente de Dios. Todo lo que necesitaban debía descender del cielo. Mientras anduvieron en obediencia, caían copiosas lluvias sobre sus campos y viñedos. Los cielos destilaban rocío y la tierra respondía con fertilidad y bendiciones.

Por otra parte, cuando Israel olvidó al Señor y desobedeció sus mandamientos, el cielo se volvió de metal y la tierra de hierro. La esterilidad, la desolación, el hambre y la miseria fueron los tristes resultados de la desobediencia. ¿Cómo podía ser de otro modo?

“ Si quisiereis y oyereis, comeréis el bien de la tierra; si no quisiereis y fuereis rebeldes, seréis consumidos a espada; porque la boca de Jehová lo ha dicho  
(Isaías 1:19-20).

En todo esto hay una profunda enseñanza práctica para la Iglesia de Dios. Aunque no estamos bajo la ley, estamos llamados a obedecer. En la medida en que por gracia obedecemos, seremos bendecidos espiritualmente. Nuestras almas serán rociadas, refrescadas y fortalecidas. Entonces produciremos frutos de justicia que son por Jesucristo para gloria y alabanza de Dios.

El lector podrá relacionarlo con el gran tema práctico del capítulo 15 de Juan, (preciosa porción de la Escritura que exige la más viva atención de todo verdadero hijo de Dios). “Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, *para que lleve más fruto*. Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado. Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, este lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer. El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden. Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho. En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos. Como el Padre me ha amado, así yo también os he amado; permaneced en mi amor. *Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor*; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor” (v. 1-10).

Este importante pasaje de la Escritura ha sufrido inmensamente la controversia teológica y la lucha religiosa. Es tan claro como práctico y solo necesita que se acepte tal como es en su divina sencillez. Si deseamos introducir en él algo que no le pertenece, manchamos su integridad y perdemos su verdadera aplicación. En él tenemos a Cristo, la verdadera vid, ocupando el lugar de Israel que para Dios se había convertido en la corrompida vid silvestre. La escena de la parábola es, a todas luces, terrenal y no celestial. No podemos imaginar una viña y un labrador en el cielo. Además el Señor dice: “Yo soy la vid verdadera”. La analogía es muy distinta. No es la cabeza y sus miembros, sino un árbol y sus ramas. El tema de la parábola es tan distinto como la parábola misma. No se trata de la vida eterna, sino de llevar fruto. Si se tuviera en cuenta esto, se comprendería mucho mejor este pasaje de la Escritura.

En resumen, de la parábola de la vid y los pámpanos aprendemos que el verdadero secreto para llevar frutos es permanecer en Cristo, y para permanecer en Cristo es necesario guardar sus mandamientos. “Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor”. Esto lo hace todo muy sen-

cillo. El camino para llevar fruto a su tiempo es permanecer en el amor de Cristo, atesorando sus mandamientos en nuestros corazones y obedeciéndolos voluntariamente. No se trata de correr de aquí para allá con la energía de la vieja naturaleza, llevados por nuestros propios pensamientos, ni de esforzarnos con celo carnal para mostrar nuestra devoción. No, es algo muy diferente. Es la estable y santa obediencia del corazón a nuestro amado Señor lo que le alegra y glorifica su Nombre.

Cuán felices son los que se mantienen

“

Al abrigo de tu ala protectora;

La vida y fuerzas de ti reciben,

En ti se mueven y para ti viven.

Lector, meditemos seriamente sobre el tema de la vid y sus frutos para comprenderlo mejor. Estamos expuestos a cometer grandes errores en esto. A veces lo que creemos que son frutos, no lo son en la presencia divina. Dios no puede considerar como fruto lo que no es el resultado de permanecer en Cristo. Uno puede ganarse un nombre entre los hombres por el celo carnal, la energía o la dedicación. Puede distinguirse como gran predicador, buen obrero, y ser un gran filántropo o reformador de la moral; puede emplear su fortuna promoviendo grandes obras de beneficencia cristiana, y con todo... no producir un solo racimo de fruto aceptable al corazón del Padre.

Por otro lado, es posible que nuestra parte aquí en esta tierra sea pasar desapercibidos y solos, que el mundo y la iglesia profesante no nos tengan en cuenta para nada. Podemos sentir que dejamos una huella insignificante en los arenales del tiempo, pero si permanecemos en Cristo, en su amor, si atesoramos sus preciosas palabras en nuestros corazones y obedecemos sus mandamientos, entonces daremos fruto a su tiempo. Nuestro Padre será glorificado e iremos creciendo en el conocimiento práctico de nuestro Dios y Salvador Jesucristo.

Al final de nuestro capítulo, Moisés habla al pueblo con palabras vehementes e insiste en la necesidad de vigilar y observar diligentemente los estatutos y derechos de Dios. El amado y fiel siervo de Dios, amante del pueblo, era incansable en sus esfuerzos para animarlo a obedecer de corazón. Sabía que para Israel la obediencia era la fuente de felicidad y prosperidad. Nuestro bendito Señor amonesta a sus discípulos y les expone un solemne juicio sobre los pámpanos sin fruto. Moisés también amonesta al pueblo en cuanto a las terribles consecuencias de la desobediencia.

## Que vuestro corazón no se enorgullezca

“Guardaos, pues, que *vuestro corazón no se infatúe*, y os apartéis y sirváis a dioses ajenos, y os inclinéis a ellos” (v. 16). ¡Triste retroceso! Un corazón engreído es el principio de la decadencia. “Y os apartéis”. De seguro los pies seguirán al corazón. Es absolutamente necesario guardar diligentemente el corazón, pues es el baluarte de todo el ser moral. Mientras esté guardado para el Señor, el enemigo no puede obtener ventajas. Pero cuando el corazón se aparta, todo está perdido. La persona retrocede. Entonces ese secreto abandono del corazón se demuestra por hechos prácticos: se sirve y adora a “dioses ajenos”. Sobre un plano inclinado el descenso siempre es muy rápido.

Notemos las graves e innegables consecuencias. “Y se encienda el furor de Jehová sobre vosotros, y *cierre los cielos*, y no haya lluvia, ni la tierra dé su fruto, y perezcáis pronto de la buena tierra que os da Jehová” (v. 17). ¡Qué esterilidad y desolación hay cuando el cielo está cerrado! No descienden las refrescantes lluvias, ni el rocío. No hay comunicación entre el cielo y la tierra. ¡Ah, cuántas veces tuvo que experimentar Israel la terrible realidad de todo eso!

“ Él convierte los ríos en desierto, y los manantiales de las aguas en sequedales; la tierra fructífera en estéril, por la maldad de los que la habitan  
(Salmo 107:33-34).

¿No vemos en la tierra estéril y el desolado desierto una notable ilustración del alma que ha perdido la comunión por haber desobedecido los preciosos mandamientos de Cristo? Tal alma no está en comunión con el cielo. No descienden lluvias. No se valoran las bellezas de Cristo ni hay, para el alma, dulces suministros del Espíritu Santo, porque este está contristado. La Biblia parece un libro cerrado, oscuro, seco y desolado a un alma en estas condiciones. Querido lector, no lleguemos nunca a sentirlo así. Inclínemos nuestros oídos a las fervientes exhortaciones dirigidas por Moisés a la congregación de Israel. Son muy oportunas, saludables y necesarias en estos días de fría indiferencia y terquedad. Es el divino antídoto contra los males a los que está expuesta la Iglesia de Dios en estas críticas y solemnes horas.

## Mis palabras en vuestro corazón y en vuestra alma

“Por tanto, pondréis estas *mis palabras en vuestro corazón y en vuestra alma*, y las ataréis como señal en vuestra mano, y serán por frontales entre vuestros ojos. Y las enseñaréis a vuestros hijos, hablando de ellas cuando te sientes en tu casa, cuando andes por el camino, cuando te acues-

tes, y cuando te levantes, y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas; para que sean vuestros días, y los días de vuestros hijos, tan numerosos sobre la tierra que Jehová juró a vuestros padres que les había de dar, como los días de los cielos sobre la tierra” (v. 18-21).

¡Cómo deseaba Moisés que el pueblo pudiera gozar de tales días! La condición era muy sencilla. En realidad nada podía ser más sencillo y precioso. No se les imponía un yugo pesado, sino un dulce privilegio de atesorar en su corazón los preciosos mandamientos de Dios respirando la atmósfera de su santa Palabra. Todo dependía de esto. Todas las bendiciones de la buena y fértil tierra de Canaán que fluía leche y miel, sobre la cual los ojos de Jehová estaban fijos constantemente con amoroso interés y tiernos cuidados, todos sus preciosos frutos y privilegios, serían suyos a perpetuidad, con la simple condición de obedecer la palabra del Dios del pacto.

“Porque si *guardareis cuidadosamente todos* estos mandamientos que yo os prescribo para que los cumpláis, y *si amareis a Jehová vuestro Dios, andando en todos sus caminos, y siguiéndole a él*, Jehová también echará de delante de vosotros a todas estas naciones, y desposeeréis naciones grandes y más poderosas que vosotros” (v. 22-23). En pocas palabras, ante Israel estaba la victoria segura, la derrota de todos sus enemigos y la entrada triunfal en la tierra prometida. Todo ello les estaba asegurado si obedecían de corazón los preciosos estatutos y decretos de Dios. Cada uno de ellos era la específica voz de su Libertador, lleno de gracia.

## **Los límites del país**

“Todo lugar que pisare la planta de vuestro pie será vuestro; desde el desierto hasta el Líbano, desde el río Eufrates hasta el mar occidental será vuestro territorio. Nadie se sostendrá delante de vosotros; miedo y temor de vosotros pondrá Jehová vuestro Dios sobre toda la tierra que pisareis, como él os ha dicho” (v. 24-25).

Se trata aquí del lado divino de la cuestión. Ante ellos estaba toda la tierra en su longitud, anchura y plenitud. Solo tenían que tomar posesión de ella como un obsequio gratuito de Dios. Simplemente debían sentar sus pies, con ánimo de conquista, sobre esa hermosa herencia que la gracia soberana les había concedido. Todo esto lo vemos cumplido en el libro de Josué, según leemos en el capítulo 11: “Tomó, pues, Josué *toda la tierra*, conforme a todo lo que Jehová había dicho a Moisés; y la entregó Josué a los israelitas por herencia conforme a su distribución según sus tribus; y la tierra descansó de la guerra” (v. 23).

Pero así como estaba el lado divino, también está el lado humano de la cuestión. Una cosa es el Canaán prometido por Jehová y conquistado por la fe por Josué, y otra cosa es el Canaán poseído por Israel. Esa es la inmensa diferencia entre Josué y los Jueces. En Josué vemos la fidelidad garantizada de Dios a su promesa. En los Jueces vemos el fracaso miserable de Israel desde el principio. Dios había prometido que nadie podría hacerles frente. La espada de Josué, figura del gran Capitán de nuestra salvación, cumplió absolutamente esta promesa. Pero el libro de los Jueces destaca un hecho lamentable. Israel no pudo expulsar al enemigo, ni tomar posesión de la herencia divina en su grandiosidad.

Entonces, ¿la promesa de Dios quedó sin efecto? No, a decir verdad, lo que se demostró fue el fracaso completo del hombre. En “Gilgal” ondeó la bandera de la victoria sobre las doce tribus con su jefe a la cabeza. En “Boquim” el pueblo lloró la amarga derrota de Israel.

¿Hay alguna dificultad en comprender la diferencia? Ninguna. Ambos hechos aparecen a lo largo del divino volumen. El hombre no alcanza a medir la altura de la divina revelación y tomar posesión de lo que la gracia otorga. Esto es tan indiscutible en la historia de la Iglesia como lo fue en la historia de Israel. Tanto en el Nuevo Testamento como en el Antiguo se nos recuerda las victorias de Josué y las derrotas de los jueces.

Sí, lector, en la historia de cada miembro de la Iglesia vemos la misma cosa. ¿Dónde está el cristiano que vive a la altura de sus privilegios espirituales? ¿Qué hijo de Dios no deplora el poco aprecio de su llamamiento? ¿Acaso invalida esto la verdad de Dios? No, ¡bendito sea para siempre su santo Nombre! Su Palabra se mantiene en toda integridad y eterna estabilidad. Como en el caso de Israel, la tierra prometida estaba ante ellos en toda su extensión y belleza. Podían contar además con la fidelidad y omnipotencia de Dios para hacerlos entrar y tomar posesión de la tierra. Así sucede con nosotros. Somos bendecidos con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo (Efesios 1:3). No hay límites en los privilegios relacionados con nuestra posición. En cuanto a gozarlos, solo es necesario tomar posesión por la fe de todo lo que la soberana gracia de Dios nos ha dado en Cristo.

No debemos olvidar nunca que el privilegio del cristiano es vivir a la altura de la revelación divina. No podemos alegar una experiencia superficial o un andar carnal. No tenemos ningún derecho de decir que no podemos gozar plenamente nuestra porción en Cristo. Tampoco digamos que debido a nuestras debilidades e imperfecciones la ordenanza es demasiado suprema de alcanzar y los privilegios son tan amplios que no podemos gozar de esas excelentes bendiciones y honores.



Todo esto no es más que incredulidad, y así debe ser considerado por todo verdadero cristiano. La cuestión es la siguiente: ¿es la gracia de Dios la que nos ha concedido estos privilegios? ¿La muerte de Cristo nos ha dado derecho a participar de ellos? ¿No afirmó el Espíritu Santo que estas mercedes son la porción hasta para el más débil miembro del cuerpo de Cristo? Si es así, y la Escritura así lo declara, ¿por qué no gozamos de estos privilegios? De parte de Dios no hay ningún obstáculo. El deseo de su corazón es que entremos en la plenitud de nuestra porción en Cristo. Oigamos el deseo del apóstol con respecto a todos los santos: “Por esta causa también yo, habiendo oído de vuestra fe en el Señor Jesús, y de vuestro amor para con todos los santos, no ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no solo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo” (cap. 1:15-23).

De esta maravillosa oración podemos comprender cuán vivo es el deseo del Espíritu de Dios para que penetremos y gocemos de los gloriosos privilegios de la posición cristiana. Por su precioso y poderoso ministerio, Él quiere mantener nuestros corazones en esta altura. Tristemente, lo afligimos con nuestra incredulidad y privamos a nuestra alma de formidables bendiciones.

Con todo, el Dios de gracia, Padre de gloria, y Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, cumplirá al pie de la letra toda la palabra de su verdad, tanto en su pueblo terrenal como en el celestial. Israel gozará plenamente de todas las bendiciones que le fueron aseguradas por el pacto eterno, y la Iglesia gustará de los excelentes frutos de todo lo que el amor eterno y los divinos consejos han provisto para ella en Cristo. El Consolador quiere conducir a cada creyente al goce presente de la esperanza del glorioso llamamiento de Dios. Nos invita a la práctica de esa esperanza, apartando al corazón de las cosas presentes, y separándonos para Dios en santidad y una vida consagrada.

¡Si tan solo nuestros corazones, amado lector cristiano, anhelaran ardientemente el cumplimiento real de todo esto! Así podremos vivir como los que encuentran su porción y su descanso en un Cristo resucitado y glorificado. ¡Nos conceda esto Dios en su infinita bondad para la gloria del Nombre de Jesucristo!

## **La bendición y la maldición**

Los restantes versículos de nuestro capítulo cierran la primera sección del libro del Deuteronomio. Como lo habrá observado el lector, esta consiste en una serie de discursos dirigidos por Moisés a la congregación de Israel. Las últimas exhortaciones están en sintonía perfecta con el conjunto e insisten en la necesidad de obedecer. Este tema constituía un agobio para el corazón del orador en su afectuosa despedida dirigida al pueblo.

“He aquí yo pongo hoy delante de vosotros la bendición y la maldición”. ¡Cuán solemne es esto! “La bendición, si oyereis los mandamientos de Jehová vuestro Dios, que yo os prescribo hoy, y la maldición, si no oyereis los mandamientos de Jehová vuestro Dios, y os apartareis del camino que yo os ordeno hoy, para ir en pos de dioses ajenos que no habéis conocido. Y cuando Jehová tu Dios te haya introducido en la tierra a la cual vas para tomarla, pondrás la bendición sobre el monte Gerizim, y la maldición sobre el monte Ebal, los cuales están al otro lado del Jordán, tras el camino del occidente en la tierra del cananeo, que habita en el Arabá frente a Gilgal, junto al encinar de More. Porque vosotros pasáis el Jordán para ir a poseer la tierra que os da Jehová vuestro Dios; y la tomaréis, y habitaréis en ella. *Cuidaréis, pues, de cumplir todos los estatutos y decretos que yo presento hoy delante de vosotros*” (v. 26-32).

Aquí tenemos el resumen de todo el tema. La bendición va unida a la obediencia, y la maldición a la desobediencia. El monte Gerizim estaba frente al monte Ebal: fertilidad y esterilidad. Cuando lleguemos al capítulo 27 veremos que el monte Gerizim y sus bendiciones fueron pasados por alto. Las maldiciones de Ebal retumbaron en los oídos de Israel mientras un siniestro silencio reinaba en Gerizim. “Porque todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición” (Gálatas 3:10). La bendición de Abraham solo puede caer sobre los que están en el terreno de la fe. Más adelante insistiremos sobre este punto.

# El lugar que Jehová ha escogido para poner su nombre

## La autoridad divina en la Escritura

Aquí comenzamos una nueva sección del Deuteronomio. El contenido de los primeros once capítulos establece el principio fundamental de la obediencia. Ahora llegamos a la aplicación práctica de este principio en la vida del pueblo después de tomar posesión del país. “Estos son los estatutos y decretos que cuidaréis de poner por obra en la tierra que Jehová el Dios de tus padres te ha dado para que tomes posesión de ella, todos los días que vosotros viviereis sobre la tierra” (v. 1).

Es muy importante que el corazón y la conciencia reconozcan la autoridad divina, independientemente de los detalles. Estos encontrarán el lugar que les corresponde una vez que el corazón haya aprendido a someterse completamente a la autoridad suprema de la Palabra de Dios.

Según vimos en los once capítulos precedentes, el legislador (Moisés) trabajaba ardorosa y fielmente para conducir al pueblo de Israel a la obediencia. Ante todo era necesario establecer el principio fundamental en lo más profundo de sus corazones. También nos concierne a nosotros esto: el deber absoluto de todo hombre es someterse incondicionalmente a la autoridad de la Palabra de Dios, y lo que ella ordene. Siempre hay que preguntarse: ¿Es Dios el que habla? Si es así, es suficiente. No hay necesidad de nada más.

Hasta que el corazón no esté gobernado por esa fuerza moral, no estaremos en condiciones de ocuparnos de los detalles. Si dejamos obrar la voluntad propia, y permitimos hablar a la razón, entonces el corazón irá presentando dudas y dificultades en el camino de la obediencia.

Nos podemos preguntar: «¿No debemos hacer uso de nuestra razón? ¿Para qué nos fue dada entonces?». Podemos dar dos respuestas. En primer lugar, nuestra razón no está en la condición en que Dios nos la concedió. Recordemos que sobrevino el pecado; el hombre es un ser caído: su razón, su juicio, su entendimiento, todo su ser moral es una ruina completa. Lo que produjo esta ruina fue la desobediencia a la Palabra de Dios.

En segundo lugar, tengamos en cuenta que si la razón fuera sana, demostraría esa salud sometiendo a la Palabra de Dios. Pero no es sana. Es ciega y completamente pervertida. No podemos confiar en ella para las cosas espirituales, divinas o celestiales.

Si comprendiéramos bien este hecho, resolvería miles de cuestiones y solucionaría miles de dificultades. Los incrédulos se encuentran en ese estado a causa de la razón. El diablo susurra al oído del hombre: «Eres un ser dotado de razón, ¿por qué no te sirves de ella? Te fue dada para que la emplees en todas las cosas. Solo debes dar tu aprobación a lo que está al alcance de tu razón. Como hombre, tienes derecho a someter todo a la prueba de tu razón. Solo los necios aceptan con ingenuidad todo cuanto se les presenta».

¿Qué responderemos a tan astutas y peligrosas insinuaciones? Algo sencillo y concluyente: «La Palabra de Dios está por encima de la razón, así como Dios está por encima de la criatura, y el cielo por encima de la tierra». Por consiguiente, cuando Dios habla, todos los razonamientos deben dejarse a un lado. La razón puede ejercer su influencia si se trata solamente de la palabra de los hombres, de la opinión o el criterio humanos. Debemos emplearla para juzgar todo lo que se nos dice, según la única norma perfecta, la Palabra de Dios. Pero si se permite a la razón discutir con la Palabra de Dios, el alma se verá sumergida inevitablemente en las tinieblas de la incredulidad. Desde allí descender a las profundidades del ateísmo es muy fácil.

En otras palabras, debemos guardar en lo más íntimo de nuestro corazón la siguiente verdad: el único terreno firme para el alma es la fe en la autoridad, majestad y plena suficiencia de la Palabra de Dios. Sobre este terreno se colocaba Moisés cuando hablaba al corazón y a la conciencia de Israel. Su único y gran propósito era llevar al pueblo a una cabal sujeción a la autoridad divina. Querer someter cada precepto, cada estatuto de la Palabra de Dios al control de la razón humana, es rechazar la autoridad divina, la Escritura, la seguridad y la paz. En cambio, cuando el Espíritu de Dios dirige al alma a someterse a la autoridad de la Palabra de Dios, entonces cada uno de sus mandamientos, incluso cada frase de su precioso Libro, es recibido como viniendo directamente de Él mismo. Quizás no alcancemos a comprender plenamente el significado de cada precepto, pero nos basta saber que procede de Dios. Ningún fundamento sólido moral puede establecerse mientras este gran principio no sea comprendido y arraigado en el alma.

Los pensamientos que acabamos de desarrollar asistirán al lector para que se dé cuenta de la relación que existe entre el capítulo que estamos estudiando y la sección anterior del libro. También lo ayudarán a comprender el alcance de los primeros versículos de este capítulo.

## **Destrucción de los lugares donde las naciones sirvieron a sus dioses**

“Destruiréis enteramente todos los lugares donde las naciones que vosotros heredaréis sirvieron a sus dioses, sobre los montes altos, y sobre los collados, y debajo de todo árbol frondoso. Derribaréis sus altares, y quebraréis sus estatuas, y sus imágenes de Asera consumiréis con fuego; y destruiréis las esculturas de sus dioses, y raeréis su nombre de aquel lugar” (v. 2-3).

La tierra era de Dios. Los israelitas eran los arrendatarios. Por eso al entrar en posesión de ella, su primer deber era demoler todo rastro de la antigua idolatría. Esto era absolutamente indispensable. Aunque parezca intolerante esta manera de obrar con la creencia de otro pueblo, el único y santo Dios no podría obrar de otra manera con los falsos dioses y el falso culto. Sería una blasfemia suponer que él podría permitir el culto a ídolos en su tierra.

Discernamos bien esto. No hay ninguna duda de que el Dios misericordioso tiene paciencia con el mundo. Tenemos presente la historia de alrededor de seis mil años durante los cuales su longanimidad se ha ejercido de manera maravillosa. Desde los días de Noé, y a pesar del rechazo hacia su amado Hijo, él ha tenido paciencia.

Todo esto no afecta al gran principio expuesto en nuestro capítulo. Israel debía aprender que al tomar posesión de la tierra prometida, su primer deber era borrar todo rasgo de idolatría. El nombre de Dios, quien debía ser su único Dios, era invocado sobre ellos. Eran su pueblo, y él no podía permitirles que tuvieran relación con demonios.

**Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás**



**(Mateo 4:10; Lucas 4:8).**

Esto podía parecer muy intolerante e incluso fanático a juicio de las naciones incircuncisas. Ellas podían ufanarse de su libertad y gloriarse en base a su culto que admitía “muchos dioses y muchos señores”. Según ellas, debía haber una mayor amplitud de criterio permitiendo a cada cual seguir sus propias ideas en cuanto a religión, y escoger libremente el objeto de su adoración y el modo de rendirle culto. Así podría ponerse en evidencia un estado de civilización más adelantado, de mayor cultura y refinamiento, erigiendo, como en Roma, un Panteón en el cual todos los dioses del paganismo fueran adorados. Alguien podría decir: «¿Qué importa la religión del hombre, o el objeto de su culto, con tal de que sea sincero? Es para bien de la sociedad. Lo principal es trabajar para el progreso material, contribuir a la prosperidad nacional, para así afirmar los intereses individuales. Es conveniente que cada hombre tenga una religión, no importa su forma. La cuestión no es: ¿cuál es tu religión?, sino ¿quién eres tú?».

Estas ideas podían encajar a una mente carnal y gozar de popularidad entre las naciones incircuncisas. Pero Israel debía recordar esta verdad: “Jehová nuestro Dios, Jehová uno es” (Deuteronomio 6:4); y esta otra: “No tendrás dioses ajenos delante de mí” (Éxodo 20:3). Su culto debía consistir en adorar al Dios vivo y verdadero, su Creador y Redentor. En su presencia todo verdadero adorador encuentra su lugar. Cada miembro del pueblo de la circuncisión, cuyo sublime y santo privilegio consistía en pertenecer al Israel de Dios, hallaba su parte. No tenía por qué importarles las opiniones u observaciones de las naciones que los rodeaban. ¿Qué podían saber esas naciones acerca de los derechos del Dios de Israel sobre su pueblo circuncidado? Absolutamente nada. ¿Eran competentes para decidir cualquier cosa con respecto a Israel? No, sus pensamientos, razonamientos, argumentos y objeciones sobre este tema no tenían valor alguno. Israel ni siquiera debía ocuparse de ellos. Su único y simple deber era inclinarse a la suprema y absoluta autoridad de la palabra de Dios que exigía la abolición de todo rastro de idolatría en la buena tierra que acababan de heredar.

No se trataba solamente de terminar con la idolatría, destruyendo las imágenes esculpidas para levantar en su lugar altares al verdadero Dios, sino que como Dios lo había dicho: “No haréis así a Jehová vuestro Dios, sino que el lugar que Jehová vuestro Dios escogiere de entre todas vuestras tribus, para poner allí su nombre *para su habitación*, ese buscaréis, y allá iréis. Y allí llevaréis vuestros holocaustos, vuestros sacrificios, vuestros diezmos, y la ofrenda elevada de vuestras manos, vuestros votos, vuestras ofrendas voluntarias, y las primicias de vuestras vacas y de vuestras ovejas; y *comeréis allí delante de Jehová vuestro Dios*, y os alegraréis, vosotros y vuestras familias, en toda obra de vuestras manos en la cual Jehová tu Dios te hubiere bendecido” (v. 4-7).

## **El lugar de culto establecido por Dios**

¡Qué verdad revelaban estas palabras a la asamblea de Israel! El único lugar donde debían rendir culto fue elegido por Dios y no por el hombre. Su morada, el lugar de su presencia, debía ser el centro de Israel. Allí debían llevar sus sacrificios y ofrendas, rendir su culto y compartir su alegría.

Esto puede parecer exclusivo, y en efecto lo era. Si Dios se complacía en escoger un sitio para establecer su residencia en medio de su pueblo redimido, era imperativo que su culto se celebrara allí. Toda alma piadosa y amante de Jehová encontraría sus delicias y podía decir de todo corazón: “Jehová, *la habitación de tu casa he amado*, y el lugar de la morada de tu gloria”. Y también:

“¡Cuán amables son tus moradas, oh Jehová de los ejércitos! Anhela mi alma y aun ardientemente desea los atrios de Jehová; mi corazón y mi carne cantan al Dios vivo... Bienaventurados los que habitan *en tu casa*; perpetuamente te alabarán... (Salmos 26:8; 84:1-2, 4)”.

“ Porque mejor es un día en tus atrios que mil fuera de ellos. Escogería antes estar a la puerta de la casa de mi Dios, que habitar en las moradas de maldad (Salmo 84:10).

Esta habitación de Dios era preciosa para el corazón de todo verdadero israelita. La voluntad humana buscaría ir de acá para allá, anhelar algún cambio. Pero el verdadero adorador solo podía encontrar satisfacción, gozo, bendición y descanso en el lugar de la divina presencia. Donde él había puesto su santo nombre, y la autoridad de su preciosa palabra fuera reconocida, ese era el lugar... Buscar otro no solo hubiese sido abandonar la palabra de Dios, sino también su santa morada.

En todo este capítulo vemos el desarrollo de dicho principio. Moisés recordó al pueblo que a partir del momento en que entraran en la tierra prometida, debían renunciar a todo espíritu de independencia y de voluntad propia que los había caracterizado tanto en los llanos de Moab y en el desierto. “No haréis como todo lo que hacemos nosotros aquí ahora, *cada uno lo que bien le parece*, porque hasta ahora no habéis entrado al reposo y a la heredad que os da Jehová vuestro Dios. *Mas pasaréis el Jordán*, y habitaréis en la tierra que Jehová vuestro Dios os hace heredar; y él os dará reposo de todos vuestros enemigos alrededor, y habitaréis seguros. Y al lugar que Jehová vuestro Dios escogiere para poner en él su nombre, allí llevaréis todas las cosas que yo os mando:... Cuídate de no ofrecer tus holocaustos *en cualquier lugar que vieres*; sino que en el lugar que Jehová escogiere, en una de tus tribus, allí ofrecerás tus holocaustos, y allí harás todo lo que yo te mando” (v. 8-14).

Israel debía someterse al mandamiento de Dios no solo en cuanto al objeto, sino también en cuanto al lugar y al procedimiento de adoración... Desde el momento en que pasaran el río de la muerte y pusieran el pie en la herencia que Dios les había dado, debían poner término a la propia voluntad. Una vez que disfrutaran la tierra de Jehová y el reposo en ese país, su servicio debía consistir en la absoluta obediencia a su palabra. Lo que había pasado en el desierto no iba a tolerarse en Canaán. Cuanto más encumbrados fuesen sus privilegios, tanto mayor era su responsabilidad.

Quizás algún liberal que pretenda libertad de acción y voluntad abogue por el derecho del criterio privado en materias religiosas. Seguramente afirmará que todo lo que acaba de detener nuestra atención es extremadamente fanático e incompatible con los conocimientos de nuestro siglo. Le responderemos simplemente: ¿Acaso Dios no tiene derecho a ordenar a su pueblo cómo este debe adorarlo e indicarle el lugar donde quiere encontrarse con él? Es necesario admitir su indiscutible derecho a decidir sobre cómo, cuándo y dónde su pueblo debía acercarse a él. ¿Es una prueba de inteligencia, de refinamiento, de amplitud de criterio, de universalidad de espíritu negar a Dios sus derechos? Definitivamente ¡no!

Si Dios tiene derecho a mandar, ¿será fanatismo si su pueblo le obedece? Es muy sencillo responder esto. La única libertad de ideas y de corazón es obedecer los mandamientos de Dios. No por eso era cerrado Israel. Al ir a ofrecer los sacrificios en el lugar designado y rehusar acudir a otro sitio, Israel era obediente. Los gentiles podían ir adonde les gustase, pero *no* el pueblo de Dios.

### **Un único lugar, un solo centro**

¡Qué privilegio indecible para cuantos amaban a Dios reunirse en el sitio donde el nombre de Dios era ensalzado! ¡Qué gracia querer reunir a su pueblo alrededor suyo en ocasiones! Este hecho no perjudicaba en nada los derechos y privilegios personales de los israelitas. Al contrario, abundaban aún más. Dios, en su infinita bondad, tomaba en cuenta todo esto, y se deleitaba en ministrar alegría y bendición a su pueblo, individual y colectivamente. Lo leemos: “Cuando Jehová tu Dios ensanchare tu territorio, como él te ha dicho, y tú dijeres: Comeré carne, porque deseaste comerla, conforme a lo que deseaste podrás comer. Si estuviere lejos de ti el lugar que Jehová tu Dios escogiere para poner allí su nombre, podrás matar de tus vacas y de tus ovejas *que Jehová te hubiere dado*, como te he mandado yo, y comerás en tus puertas según todo lo que desearas. Lo mismo que se come la gacela y el ciervo, así las podrás comer; el inmundo y el limpio podrán comer también de ellas” (v. 20-22).

Vemos aquí la bondad y tierna compasión con las que Dios obraba para hacer el bien y satisfacer a cada uno. La única restricción era: “Solamente que te mantengas firme en no comer sangre; *porque la sangre es la vida*, y no comerás la vida juntamente con su carne. No la comerás; en tierra la derramarás como agua. No comerás de ella, para que te vaya bien a ti y a tus hijos después de ti, cuando hicieres lo recto ante los ojos de Jehová” (v. 23-25).



Este era un principio fundamental en la ley, (al cual hicimos referencia en nuestros “Estudios sobre el libro de Levítico”). Israel debía obedecer para que les fuera bien a ellos y a sus hijos. Debían reconocer los soberanos derechos de Dios, ese era el punto.

Habiendo hecho esta excepción, el legislador (autor) vuelve a ocuparse del culto público. “Pero las cosas que hubieres consagrado, y tus votos, las tomarás, y *vendrás con ellas al lugar que Jehová hubiere escogido*; y ofrecerás tus holocaustos, *la carne y la sangre*, sobre el altar de Jehová tu Dios; y la sangre de tus sacrificios será derramada sobre el altar de Jehová tu Dios, y podrás comer la carne” (v. 26-27).

Si dejamos fluir nuestro razonamiento, quizá nos preguntemos: «¿Por qué todos debían acudir al mismo lugar? ¿No podían tener un altar en casa, o por lo menos un altar en cada ciudad principal, o en el centro de cada tribu?». Dios lo había dispuesto de otro modo. Esto le bastaba a todo israelita. Aunque no seamos capaces de comprender el por qué de lo que Dios dice, nuestro deber y obligación es obedecer. Marchando humildemente con gozo por la senda de la obediencia, nuestras almas serán iluminadas en cuanto al pensamiento de Dios y encontraremos abundante bendición cerca de él. Solo aquellos que lo aman y guardan sus mandamientos conocen esta bendición.

Este es el modo de responder a todos los razonamientos y dudas de la mente que no se sujeta a la ley de Dios. ¿Tenemos que explicar a los incrédulos los motivos que nos hacen obrar? No es asunto nuestro. Sería una pérdida de tiempo y de trabajo, porque no nos entenderían nunca. ¿Cómo podría comprender un ateo por qué se les ordenó a las doce tribus de Israel que adoraran en un lugar determinado, alrededor de un solo centro? Imposible. La razón moral de tan hermosa institución está por encima del alcance de su comprensión.

En cambio el hombre espiritual conoce la causa: Dios congregaba a su amado pueblo alrededor suyo a fin de que pudieran regocijarse junto a él, para tener su especial complacencia en ellos. ¿No es esto precioso para todos los que realmente aman al Señor?

Si el corazón era indiferente a Dios, poco le importaba el lugar de culto. Pero un corazón sincero, desde Dan hasta Beerseba, se regocijaba al reunirse en el lugar donde Jehová había puesto su nombre para encontrarse con los suyos. “Yo me alegré con los que me decían: A la casa de Jehová iremos. Nuestros pies estuvieron dentro de tus puertas, oh Jerusalén (el centro de Dios para Israel). Jerusalén, que se ha edificado como una ciudad que *está bien unida entre sí*. Y allá subieron las tribus, las tribus de Jah, *conforme al testimonio dado a Israel*, para alabar el nombre de Jeho-

vá. Porque allá (y no en otro sitio) están las sillas del juicio, los tronos de la casa de David. Pedid por la paz de Jerusalén; sean prosperados los que te aman. Sea la paz dentro de tus muros, y el descanso dentro de tus palacios. *Por amor de mis hermanos y mis compañeros* diré yo: La paz sea contigo. Por amor a la casa de Jehová nuestro Dios buscaré tu bien” (Salmo 122).

Aquí tenemos la doble aspiración de un corazón que amaba la morada de Dios. Jerusalén era el centro de reunión de las doce tribus de Israel, al cual estaba unida el alma de todo verdadero israelita. Esta ciudad unía el culto de Jehová y la comunión de su pueblo de forma perfecta.

Tendremos ocasión de volver sobre tan precioso tema cuando lleguemos al estudio del capítulo 16 de nuestro libro. Por ahora terminaremos esta sección reproduciendo el último párrafo del capítulo que estamos tratando.

### **No añadirás ni quitarás de ello**

“Cuando Jehová tu Dios haya destruido delante de ti las naciones adonde tú vas para poseerlas, y las heredes, y habites en su tierra, guárdate que no tropieces yendo en pos de ellas, después que sean destruidas delante de ti; no preguntes acerca de sus dioses, diciendo: De la manera que servían aquellas naciones a sus dioses, yo también les serviré. No harás así a Jehová tu Dios; porque toda cosa abominable que Jehová aborrece, hicieron ellos a sus dioses; pues aun a sus hijos y a sus hijas quemaban en el fuego a sus dioses. *Cuidarás de hacer todo lo que yo te mando; no añadirás a ello, ni de ello quitarás*” (v. 29-32).

La preciosa Palabra de Dios debía formar un recinto sagrado alrededor de su pueblo, dentro del cual podían gozar de su presencia y deleitarse en la abundancia de su gracia y misericordia. Debían apartarse por completo de todo lo que era contrario a la santidad de Aquel cuya presencia era a la vez su gloria, su gozo y su gran salvaguardia moral contra todo ardid y abominación.

¡Desgraciadamente, no resistieron! Pronto destruyeron las vallas de ese recinto y se desviaron de los santos mandamientos de Dios. Hicieron precisamente lo que se les había dicho que no hicieran, cosechando terribles consecuencias. Más adelante volveremos a tratar este tema.

# Señales, prodigios y falsas doctrinas

## Falso profeta, o soñador de sueños

En este capítulo abundan principios muy importantes. Las tres secciones merecen nuestra mayor atención. Originariamente fueron dirigidas a Israel, pero también fueron escritas “para nuestra enseñanza”. Cuanto más atentamente las estudiamos, más veremos que sus enseñanzas son de alcance general.

“Cuando se levante en medio de ti profeta, o soñador de sueños, y te anunciare señal o prodigios, y si se cumpliere la señal o prodigio que él te anunció, diciendo: Vamos en pos de dioses ajenos, que no conociste, y sirvámosles; no darás oído a las palabras de tal profeta, ni al tal soñador de sueños; porque Jehová vuestro Dios os está probando, para saber si amáis a Jehová vuestro Dios con todo vuestro corazón, y con toda vuestra alma. En pos de Jehová vuestro Dios andaréis; a él temeréis, guardaréis sus mandamientos y escucharéis su voz, a él serviréis, y a él seguiréis. Tal profeta o soñador de sueños ha de ser muerto, por cuanto aconsejó rebelión contra Jehová vuestro Dios que te sacó de tierra de Egipto y te rescató de casa de servidumbre, y trató de apartarte del camino por el cual Jehová tu Dios te mandó que anduvieses; y así quitarás el mal de en medio de ti” (v. 1-5).

Dios ha previsto para todos los casos de falsas doctrinas y mala influencia religiosa. Todos sabemos con qué facilidad se deja seducir el corazón por cualquier cosa que tenga el aspecto de una señal o milagro, sobre todo cuando estas cosas están relacionadas con la religión. Lo vemos en todas partes y en todos los tiempos, no solo en Israel. Algo sobrenatural tiene un gran poder sobre la mente humana. Un profeta que se levante en medio del pueblo y confirme sus enseñanzas con prodigios, señales y milagros puede estar seguro de que obtendrá un auditorio numeroso y atento.

Satanás ha trabajado por este medio en todos los tiempos, y continuará haciéndolo hasta el final de este siglo para engañar y arrastrar a perdición a los que no quieren recibir la preciosa verdad del Evangelio. El

“ misterio de iniquidad  
(2 Tesalonicenses 2:7)

que ha estado obrando en la iglesia profesante durante veinte siglos será consumado en la persona de “*aquel inicuo*, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida; inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con *gran poder y señales y prodigios* mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el *amor de la verdad* para ser salvos. Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que *no creyeron a la verdad*, sino que se complacieron en la injusticia” (2 Tesalonicenses 2:8-12).

En el capítulo 24 de Mateo, el Señor previene a sus discípulos contra la misma clase de influencias: “Entonces, si alguno os dijere: Mirad, aquí está el Cristo, o mirad, allí está, no lo creáis. Porque se levantarán falsos cristos, y falsos profetas, y *harán grandes señales y prodigios*, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos. Ya os lo he dicho antes” (v. 23-25).

En Apocalipsis 13 también leemos sobre la segunda bestia, el gran falso profeta, el anticristo, haciendo grandes prodigios, “de tal manera que aun hace descender fuego del cielo a la tierra delante de los hombres. Y engaña a los moradores de la tierra con las señales que se le ha permitido hacer en presencia de la bestia, mandando a los moradores de la tierra que le hagan imagen a la bestia que tiene la herida de espada, y vivió” (v. 13-14).

Cada uno de los pasajes anteriores hace referencia a escenas que sucederán después que la Iglesia haya sido arrebatada de este mundo. Nuestro propósito al citar estos versículos es que el lector vea hasta dónde puede llegar el dominio del diablo, y también para exponerle la única garantía divina y perfecta contra el poder del enemigo.

El corazón no tiene fuerza para resistir la influencia de “las grandes señales y prodigios”. Lo único que puede fortalecer el alma y darle la posibilidad de resistir al diablo y sus engaños es la Palabra de Dios. El secreto divino para ser preservados de cualquier error es tener atesorada la Palabra de Dios en el corazón.

En el pasaje de la segunda epístola a los Tesalonicenses que citamos anteriormente, vemos que la razón por la cual la gente será seducida por las señales y milagros mentirosos de “aquel inicuo” es porque “no recibieron el amor de la verdad para ser salvos” (cap. 2:10). El amor de la verdad es lo que preserva del error, por persuasivo y fascinante que este sea. Ingenio, facultades intelectuales, ciencia, etc. son enteramente impotentes ante las astucias y maquinaciones de Satanás. Aún la más alta inteligencia humana puede caer fácilmente ante la astucia de la serpiente.

Pero todos los recursos que Satanás pueda emplear no tienen ningún poder sobre un corazón que está dirigido por el amor a la verdad. Incluso un niño pequeño que sabe, cree y ama la verdad, está particularmente protegido del poder perturbador y engañoso del maligno.

Si diez mil falsos profetas se levantaran y llevaran a cabo los más extraordinarios milagros a fin de probar que la Biblia no es la Palabra inspirada de Dios, o dijeran que nuestro Señor Jesucristo no es Dios sobre todas las cosas, o combatieran la gloriosa verdad de que la sangre de Jesucristo, el Hijo de Dios, nos purifica de todo pecado, o quisieran destruir cualquier otra preciosa verdad revelada en la santa Escritura, no tendría el menor efecto ni en el más sencillo hijo de Dios en Cristo cuyo corazón está guiado por la Palabra de Dios. Si un ángel del cielo descendiera y predicara algo contrario a lo que nos enseña la Palabra de Dios, tenemos la autorización divina de pronunciar anatema –maldición– sobre él, sin más discusión o argumentación.

¡Esta seguridad moral y este reposo le pertenecen hasta al más simple hijo de Dios! No debemos analizar la falsa doctrina, ni considerar las pruebas propuestas a favor de ella. Rechacemos firmemente tanto la una como la otra, teniendo la convicción y el amor de la verdad en nuestros corazones. “No darás oído a las palabras de tal profeta, ni al tal soñador de sueños; porque Jehová vuestro Dios os está probando, para saber si amáis a Jehová vuestro Dios con todo vuestro corazón, y con toda vuestra alma” (v. 3).

Este era el punto importante para los israelitas; y también lo es para nosotros, amado hermano. Para ellos como para nosotros, la única seguridad es tener el corazón fortalecido por el amor a la verdad, es decir el amor de Dios. El israelita fiel tenía una pronta respuesta para todos los falsos profetas y soñadores que surgieran: “No darás oído”. Si no oímos al enemigo, tampoco llegará al corazón. Las ovejas siguen al Pastor “porque conocen su voz”. “Al extraño” –aunque muestre señales y prodigios– “no seguirán, sino *huirán de él*” (Juan 10:4-5). ¿Será porque son capaces de discutir, argumentar y analizar? No, ¡gracias sean dadas a Dios! Es porque “no conocen la voz de los extraños”. El simple hecho de hacer caso omiso al falso profeta nos evita problemas.

Todo esto es aliento y consuelo para las ovejas del rebaño de Cristo. Ellas oirán la voz de su amante y fiel Pastor, se reunirán alrededor suyo y hallarán verdadero descanso y perfecta seguridad en su presencia. Él las hace descansar en verdes pastos y las conduce a las tranquilas aguas de su amor. Esto es suficiente. El estado de debilidad en que ellas pueden estar no es un obstáculo para su tranquilidad y bendición. Al contrario, esto las hace buscar un refugio en los brazos del Todopoderoso. Nuestra debilidad será mejor que la confianza en nuestra inteligencia espiritual.

Procuremos estar cerca del Señor, con el sentimiento de nuestra debilidad. Atesoremos su preciosa Palabra en nuestros corazones. Ella debe ser el único sustento de nuestras almas día tras día.

## **Afectos naturales y verdad**

Abordemos ahora el segundo párrafo de nuestro capítulo. El pueblo de Dios es advertido de otra trampa del diablo. ¡Cuán numerosos y variados son sus engaños! ¡Qué terribles peligros constituyen para el pueblo de Dios! Bendito sea su santo nombre pues para todo ha provisto en su Palabra.

“Si te incitare tu hermano, *hijo de tu madre*, o tu hijo, tu hija, tu mujer o tu amigo íntimo, diciendo en secreto: Vamos y sirvamos a dioses ajenos, que ni tú ni tus padres conocisteis, de los dioses de los pueblos que están en vuestros alrededores, cerca de ti o lejos de ti, desde un extremo de la tierra hasta el otro extremo de ella; no consentirás con él, ni le prestarás oído; ni tu ojo le compadecerá, ni le tendrás misericordia, ni lo encubrirás, sino que lo matarás; tu mano se alzaré primero sobre él para matarle, y después la mano de todo el pueblo. Le apedrearás hasta que muera, por cuanto procuró apartarte de Jehová tu Dios, que te sacó de tierra de Egipto, de casa de servidumbre; para que todo Israel oiga, y tema, y no vuelva a hacer en medio de ti cosa semejante a esta” (v. 6-11).

Esto es muy diferente al falso profeta o al soñador de sueños. Muchas almas pueden resistirse a la influencia del soñador, pero no podrán oponerse a las acechanzas y al poder seductor de los afectos naturales. Los caracteres para obrar con fidelidad frente a los que están unidos a nosotros por profundos lazos afectivos son: la apreciación de esto a la luz de la Escritura, con firme propósito de corazón y completa devoción. Tener que oponerse decididamente contra la esposa, o un hermano o un amigo íntimo puede ser muy difícil.

Cuando los derechos de Dios, de Cristo y de la verdad son amenazados, no debe haber duda posible. Si alguien intenta usar los lazos afectivos con el propósito de apartarnos de nuestra fidelidad a Cristo, hemos de resistirnos decididamente. “Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo” (Lucas 14:26).

Procuremos comprender bien este aspecto de la verdad y darle el lugar que le corresponde, pues la razón la pervierte. Por desgracia, ella es un instrumento del diablo para ejercer su poder en los asuntos de Dios. En lo que se refiere a sucesos humanos o terrenales, se puede hacer valer a la inteligencia. Pero en lo que pertenece a la esfera divina y celestial, no tiene valor alguno y es además perniciosa.

¿Cuál es la verdadera fuerza moral de Lucas 14:26 y de Deuteronomio 13:8-10? Esto no significa que debemos ser “sin afectos naturales” (2 Timoteo 3:3), rasgo de los últimos días. Dios mismo ha establecido nuestras relaciones naturales. Cada una de ellas tiene sus afectos característicos, cuyo ejercicio y despliegue están en bella armonía con el pensamiento de Dios. El cristianismo no es incompatible con nuestros parentescos naturales, pero las responsabilidades inherentes a estos pueden ser entendidas y cumplidas para la gloria de Dios. En las epístolas, el Espíritu Santo nos ha dado instrucciones relativas a los maridos, las esposas, los padres, los hijos, los amos y los criados.

Todo esto es claro, pero ¿cómo hacerlo concordar con lo que se nos dice en Lucas 14 y Deuteronomio 13? Analizándolo con cuidado veremos que entre aquellos pasajes y el que nos ocupa hay una armonía divina. Se aplican únicamente a los casos en los que nuestras relaciones y afectos naturales se interponen con los derechos de Dios y de Cristo. Cuando esto sucede hay que renunciar a dichas relaciones porque ellas se apoderan de una esfera íntegramente divina.

Al contemplar la vida del único hombre perfecto que pisó esta tierra, observamos cómo su conducta se ajustaba divinamente a su doble título de hombre y siervo. Podía decir a su madre: “¿Qué tienes conmigo, mujer?” (Juan 2:4), pero en el momento oportuno encomendó tiernamente a su madre al discípulo amado. También les dijo a sus padres: “¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?” (Lucas 2:49), y al mismo tiempo volvió con ellos a Nazaret y les fue sumiso. De este modo los preceptos de la Escritura y la perfecta conducta de Cristo nos enseñan cómo responder justamente a las relaciones naturales y a los derechos de Dios.

## **La justicia según la ley y la gracia**

Quizás el lector halle grandes dificultades para conciliar el mandamiento de Deuteronomio 13:9-10 con un Dios de amor, con la gracia, la nobleza y la ternura presentadas en el Nuevo Testamento. Aquí también debemos vigilar sobre la razón, que tiende a inmiscuirse en los designios divinos. En realidad, esta solo manifiesta su ceguera y locura.

Para auxiliarnos en este tema, recordemos lo que referimos sobre los tratos gubernamentales de Dios en el estudio de los primeros capítulos de este libro, tanto con Israel como con las naciones. También es importante hacer la diferencia entre las dos economías o dispensaciones: la ley y la gracia. Si no lo entendemos claramente, encontraremos grandes dificultades en pasajes como Deuteronomio 13:10. El principio característico de la dispensación judaica era la *justicia*. El del cristianismo es la *gracia*, pura y sin mezcla. Todas las dificultades se desvanecen ante esta verdad. Era perfectamente justo, compatible y en armonía con la mente de Dios en ese momento, que Israel matara a sus enemigos. Dios se lo había ordenado. Asimismo debían ejecutar un juicio justo, incluso hasta la muerte, sobre cualquier miembro de la congregación que quisiera atraerlos hacia falsos dioses, según el pasaje que estamos tratando. Obrar así estaba en perfecta consonancia con los grandes principios que regían el gobierno y la ley de Dios. En todo el Antiguo Testamento vemos el mismo principio. El gobierno de Dios en Israel y en el mundo se basaba en el principio de la justicia. Así será en el futuro.

“ He aquí que vienen días, dice Jehová, en que levantaré a David renuevo justo, y reinará como Rey, el cual será dichoso, y hará juicio y justicia en la tierra  
(Jeremías 23:5).

En el cristianismo vemos algo completamente diferente. El Nuevo Testamento, las enseñanzas y los actos del Hijo de Dios, nos ponen sobre un terreno enteramente nuevo, en una atmósfera diferente. En otras palabras, es la gracia con toda su pureza.

Tomemos como ejemplo de esta doctrina de la gracia dos pasajes del llamado Sermón del Monte: “Oísteis que fue dicho: Ojo por ojo, y diente por diente. *Pero yo os digo*: No resistáis al que es malo; antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra; y al que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale también la capa; y a cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla, ve con él dos”. Y también: “Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. *Pero yo os digo*: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis *hijos* de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos... Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (Mateo 5:38-48).

Ya vemos la inmensa diferencia que hay entre la economía judaica y la cristiana. Lo que era perfectamente justo para un judío, puede ser exactamente lo contrario para un cristiano.



Esto es tan claro que hasta un niño lo comprendería y, sin embargo, algunos cristianos parecen no entenderlo. Creen perfectamente legítimo ir ante los tribunales, ir a la guerra y mezclarse con el mundo. Les preguntamos: ¿Dónde se nos enseña tal cosa en el Nuevo Testamento? ¿Dónde hay una sola sentencia de labios de nuestro Señor Jesucristo, o de la pluma del Espíritu Santo que apoye tal conducta? Como ya lo hemos dicho, de nada sirve que digamos: «Yo pienso tal o cual cosa». Nuestros pensamientos no valen nada. Concerniente a la fe y a la moral cristiana la pregunta es: ¿Qué dice sobre esto el Nuevo Testamento? ¿Qué enseñó nuestro Señor y Maestro y qué hizo él? Nos enseñó que la Iglesia no debe obrar como lo hizo Israel. *La justicia* era el principio de la antigua dispensación; *la gracia* es el principio de la nueva dispensación.

## **La enseñanza del Señor Jesús**

Esto fue lo que Cristo enseñó, según puede verse en innumerables pasajes de la Escritura. ¿Y cómo obró? ¿Hizo valer sus derechos? ¿Ejerció algún poder terrenal? ¿Recurría a la ley? ¿Se vengó o pagó con la misma moneda? Ignorando los principios celestiales y olvidando su manera de obrar, los discípulos le dijeron en una ocasión: “Señor, ¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo, como hizo Elías, y los consuma?”. ¿Cuál fue su respuesta? “Entonces volviéndose él, los reprendió, diciendo: Vosotros no sabéis de qué espíritu sois; porque el Hijo del Hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas. Y se fueron a otra aldea” (Lucas 9:54-56). Era compatible con el espíritu, el principio y la dispensación de la que Elías era el representante, hacer bajar fuego del cielo para consumir a los hombres enviados por un rey impío para prender al profeta. Mas nuestro Señor Jesucristo era el perfecto y divino representante de otra dispensación, completamente diferente. Su vida fue la abnegación y sumisión desde el principio hasta el fin. Jamás invocó sus derechos. Vino a esta tierra a representar a Dios, a ser la perfecta expresión del Padre en todo. Mostraba el carácter del Padre con esplendor en cada una de sus miradas, de sus palabras, de sus actos e incluso de sus movimientos.

Así fue el Señor Jesucristo cuando estuvo aquí entre los hombres, y esa fue su enseñanza. Practicaba lo que enseñaba y enseñaba lo que practicaba. Sus palabras expresaban lo que era y sus hechos demostraban sus palabras. Vino a servir y a dar. Toda su vida, desde el pesebre hasta la cruz, estuvo caracterizada por estas dos cosas.

¿No es Jesús nuestro gran modelo? ¿No es por sus enseñanzas y conducta que nuestra vida y carácter cristianos se moldean? ¿Cómo sabremos de qué modo comportarnos si no es atendiendo a sus palabras y mirando su perfecta vida? Si los principios y preceptos de la era mosaica debieran

guiar y gobernar a los cristianos, entonces ciertamente deberíamos recurrir a la ley, hacer valer nuestros derechos y tomar parte en la guerra para destruir a nuestros enemigos. Pero entonces, ¿qué hacemos con la enseñanza y el ejemplo de nuestro adorable Señor y Salvador, y con las enseñanzas del Espíritu Santo en el Nuevo Testamento? ¿No está usted de acuerdo en que el cristiano que se conduce de esta manera obra en total contradicción con el ejemplo y la enseñanza de su Salvador y Señor?

La gente nos pregunta entonces: «¿Qué sería del mundo, de sus instituciones, de la sociedad, si tales principios fuesen universalmente admitidos?». Los historiadores paganos, al hablar de los primeros cristianos y de su negativa a formar parte del ejército romano, preguntaban con sarcasmo: «¿Qué hubiera sido del imperio, rodeado de bárbaros por todas partes, si todo el mundo se hubiera entregado a ideas tan cobardes?». Si esos principios espirituales y celestiales fuesen reconocidos universalmente, no habría habido guerras ni luchas, por lo tanto tampoco hubiera ninguna necesidad de soldados, de ejércitos, ni de policía. No se cometerían hechos delictivos, ni habría pleitos, por consiguiente tampoco habría necesidad de tribunales de justicia, de jueces ni magistrados. En suma, el mundo tal como es hoy no existiría; los reinos de este mundo se hubieran convertido en reinos de nuestro Señor y Cristo.

Pero es evidente que esos principios celestiales no son para el mundo, por lo tanto el mundo no puede adoptarlos ni obrar de acuerdo a ellos. Esto traería un cambio total al actual sistema, y terminaría en la disolución de toda la constitución social.

Las objeciones de los incrédulos, así como las cuestiones y dificultades que se fundan sobre ellas, se desploman como ruinas ante nuestros pies. Carecen de fuerza moral. Los principios celestiales no son para este “presente siglo malo” (Gálatas 1:4), son para la Iglesia que no es del mundo, como tampoco Jesús es del mundo. El Señor dijo a Pilato:

“ Si de este mundo fuera mi reino, entonces pelearían mis servidores para que yo no fuese entregado a los judíos; empero *ahora* mi reino no es de aquí  
(Juan 18:36, V. M.).

Nótese bien la palabra “*ahora*”. Los reinos de este mundo pronto terminarán siendo de nuestro Señor. Pero ahora él es rechazado, y todos los que le pertenecen han de compartir con él ese desprecio, siguiéndole fuera del campamento, como peregrinos y extranjeros en la tierra y esperando el momento en que vendrá a recogerlos, para que donde él está, ellos también estén.

Lo que produce la terrible confusión actual es el continuo esfuerzo de Satanás para mezclar el mundo y la Iglesia. Esta es una de sus astucias que más ha contribuido a destruir el testimonio de la Iglesia de Dios e impide su progreso. Esto es lo que trastorna todo, porque confunde las cosas que difieren esencialmente y están en completa oposición con el verdadero carácter de la Iglesia, con su posición, su marcha y su esperanza. A veces oímos hablar del «mundo cristiano». ¿Qué significa esta expresión? Pretende unir dos cosas que en su origen, naturaleza y carácter son tan distintas como el día y la noche. Es como coser un pedazo de tela nuevo a un vestido viejo, con lo cual tan solo se consigue, según nos dice nuestro Señor, que “la rotura” sea mayor.

El propósito de Dios no es cristianizar al mundo, sino separar a su pueblo del mundo para que sea un pueblo celestial, regido por principios celestiales, formado para un fin celestial y alentado por una esperanza celestial. Mientras no hayamos comprendido esto y la verdad en cuanto a la vocación y a la marcha de la Iglesia no se realice como un poder vivo en el alma, habrá graves errores en nuestra obra, conducta y servicio. Usaremos mal las Escrituras del Antiguo Testamento, no solo en asuntos proféticos, sino también respecto a la vida práctica. Es imposible calcular la pérdida que puede resultar del hecho de no haber entendido la vocación, la posición y la esperanza de la Iglesia de Dios, su asociación, su identificación, su unión viva con un Cristo rechazado, resucitado y glorificado.

No podemos extendernos más en este tema tan precioso e interesante. Señalaremos algunos ejemplos que ilustran cómo el Espíritu cita y aplica las Escrituras del Antiguo Testamento. Véase, por ejemplo, el pasaje del Salmo 34: “La ira de Jehová contra los que hacen mal, para cortar de la tierra la memoria de ellos” (v. 16). Notemos también de qué modo el Espíritu Santo cita este mismo pasaje en la primera epístola de Pedro. “El rostro del Señor está contra aquellos que hacen el mal” (cap. 3:12). Ni una palabra sobre “cortar... la memoria de ellos”. ¿Por qué? Porque el Señor ahora no obra quitando al malo de la tierra. Así lo hacía bajo la ley, y lo hará en Su reino. Pero actualmente obra con gracia y con gran paciencia. Su rostro está tan decididamente contra los que hacen mal hoy, como lo estuvo y lo estará en un futuro, pero no para cortar ahora de la tierra la memoria de ellos. El ejemplo más evidente de su gracia clemente, y de la diferencia entre los dos principios que estamos estudiando lo tenemos en el hecho de que los mismos hombres que crucificaron al unigénito y bien amado Hijo, en lugar de ser cortados de la tierra, fueron los primeros que oyeron el mensaje del perdón de los pecados por medio de la sangre de la cruz.

Algunas personas pueden creer que damos demasiada importancia a una sencilla frase de la Escritura del Antiguo Testamento. No piense usted tal cosa. Aun cuando no tuviéramos más que este ejemplo, sería un grave error tratarlo con indiferencia. Hay infinidad de pasajes similares al citado anteriormente, y todos ellos muestran el contraste entre la dispensación judaica y la cristiana, como también la diferencia entre el cristianismo y el reino por venir.

Dios obra ahora en gracia con el mundo, y así debemos hacerlo nosotros si queremos parecernos a él. “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (Mateo 5:48).

“ Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados. Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante (Efesios 5:1-2).

Este es nuestro modelo. Somos llamados a seguir el ejemplo de nuestro Padre, a imitarlo. Él no somete al mundo bajo su ley, ni mantiene sus derechos con la mano fuerte de su poder. Pronto lo hará, mas ahora, en este día de gracia, derrama sus abundantes bendiciones sobre aquellos cuya vida es una continua rebelión y enemistad contra él.

Nosotros como cristianos somos llamados a obrar según este principio moral. Tal vez algunos digan: «¿Cómo podríamos vivir en este mundo y conducir nuestros negocios con este principio? ¡Nos robarían! Gente mal intencionada se aprovecharía de nosotros si supieran que no los denunciáramos ante las autoridades; tomarían nuestros bienes, se apoderarían de nuestro dinero u ocuparían nuestras casas rehusando pagar la renta. En otras palabras, no podríamos vivir en un mundo como este si no afirmáramos nuestros derechos. ¿Para qué sirve la ley si no es para que el pueblo se conduzca como es debido? Los poderes ordenados por Dios, ¿no lo son con el fin de mantener la paz y el orden entre nosotros? ¿Qué sería de la sociedad si no hubiera soldados, policías y jueces? Y si Dios ha ordenado tales instituciones, ¿por qué no puede servirse de ellas su pueblo? ¿Quiénes son los más indicados para ocupar los puestos de autoridad y de poder, o para empuñar la espada de la justicia sino los que forman parte del pueblo de Dios?».

Aparentemente hay mucha fuerza en esta serie de argumentos. Los poderes que existen son ordenados por Dios. El rey, el presidente, el gobernante, el juez, el magistrado son, cada uno en su esfera, la expresión del poder de Dios. Es Dios quien ha revestido a cada uno de ellos del poder que tienen. Dios ha puesto la espada en la mano del gobernante para castigar a los malhechores

y para premiar a los que hacen bien (Romanos 13:1-5; 1 Pedro 2:13-14). Todo esto es muy fácil de comprender. El mundo, tal como está, no podría continuar ni un solo día si no hubiese orden de manos de la autoridad. No podríamos vivir si los malhechores no fuesen perseguidos por la espada de la justicia.

Admitiendo esto, como todo cristiano inteligente y enseñado por la Escritura, no afecta en lo más mínimo la cuestión de cómo debemos andar en el mundo. El cristianismo reconoce todas las instituciones gubernamentales del país, pero no debe entremeterse en ellas, no es asunto suyo. Dondequiera que esté, sea cual fuese el principio o el carácter del gobierno del país en que vive, es deber del cristiano reconocer su autoridad, pagar los impuestos, orar por los gobernantes, honrarlos en su cargo oficial, respetar las leyes, orar por la paz del país y vivir en armonía con todos en cuanto de él dependa. Nuestro Maestro nos ha dado el ejemplo perfecto. En su memorable respuesta a los herodianos reconoce el principio de la sujeción a las autoridades: “Dad, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios” (Mateo 22:21). Y no solo esto, sino que lo vemos pagando tributo, aunque personalmente estaba exento de ese deber. No tenían derecho a exigirselo, según se lo demostró a Pedro. Nos preguntamos: «¿Por qué, pues, no reclamó?». ¿Habría querido él reclamar o acusar? No, oigamos la admirable respuesta que da al apóstol: “Sin embargo, *para no ofenderles*, ve al mar, y echa el anzuelo, y el primer pez que saques, tómallo, y al abrirle la boca, hallarás un estatero; tómallo, y dáselo *por mí y por ti*” (Mateo 17:27).

## **El sendero del cristiano en medio de este mundo**

Aquí volvemos a nuestra tesis, es decir, ¿cuál es la senda que el cristiano debe seguir en este mundo? Debe seguir a su Maestro, imitarlo en todas las cosas. ¿Hizo valer él sus derechos? ¿Acudió a la autoridad? ¿Procuró gobernar el mundo? ¿Se mezcló en asuntos políticos o judiciales? ¿Empuñó la espada? ¿Consintió en ser juez o arbitro, incluso cuando se le pidió hacerlo? ¿No fue su vida entera una vida de abnegación desde su principio a su fin?

Dejemos que estas preguntas encuentren su respuesta en el corazón del lector cristiano y que produzcan efectos prácticos en su vida. Esperamos que las verdades antes expuestas lo capaciten para entender pasajes semejantes al de Deuteronomio 13:9-10. La oposición a la idolatría y la separación del mal, tan necesarias para nosotros como para Israel en ese tiempo, no se desarrollan de la misma manera. La Iglesia está llamada a separarse del mal y de los que lo practican, pero no a través de los procedimientos empleados por Israel. No entra en sus deberes lapidar a

los idólatras y a los blasfemos, o quemar a las brujas. La iglesia católica romana ha obrado según estos principios; incluso los protestantes, para vergüenza del protestantismo, han seguido su ejemplo.

La Iglesia no está llamada a esgrimir la espada; lo tiene claramente prohibido. Sería una negación de su vocación, carácter y misión. Cuando Pedro, en su celo ignorante y carnal, sacó la espada para defender a su Maestro, fue corregido por la fiel palabra de Jesús, quien en un acto de misericordia lo instruye:

“ Vuelve tu espada a su lugar; porque todos los que tomen espada, a espada perecerán (Mateo 26:52).

Habiendo reprobado el hecho de su equivocado aunque bien intencionado siervo, reparó la falta de este curando el mal. “Porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo” (2 Corintios 10:4-5).

La iglesia profesante se ha equivocado en el tratamiento de este asunto. Se ha unido al mundo y ha procurado extender la causa de Cristo por medios mundanos y carnales. En su ignorancia ha intentado mantener la fe en la práctica, de modo vergonzoso. Muchos han sido puestos en la hoguera bajo sus órdenes, lo cual es una mancha horrenda en las páginas de la historia de la Iglesia. No podemos formarnos una idea precisa de las terribles consecuencias que resultan del principio según el cual la Iglesia debería ocupar el lugar de Israel y obrar conforme a los principios de Israel. Esto ha falseado completamente su testimonio, la ha despojado de su indispensable carácter espiritual y celestial, y también la ha conducido por una senda que terminará en lo que describen los capítulos 17 y 18 del Apocalipsis. El que lea entienda.

Esperamos que lo anteriormente expuesto induzca a nuestros lectores a considerar este tema a la luz del Nuevo Testamento y que Dios, en su infinita bondad, se sirva de ello para conducirlos a ver claramente el camino de completa separación. Como cristianos, debemos andar en el mundo, pero sin ser del mundo. Nuestro Señor Jesucristo tampoco era del mundo. Comprendida esta verdad resolverá muchas dificultades y nos proporcionará un gran principio general que podrá aplicarse a innumerables detalles de la vida práctica.

## Responsabilidad colectiva de las doce tribus

Terminaremos nuestro estudio del capítulo 13 del Deuteronomio examinando los últimos versículos.

“Si oyeres que se dice de alguna de tus ciudades que Jehová tu Dios te da para vivir en ellas, que han salido de en medio de ti hombres impíos que han instigado a los moradores de su ciudad, diciendo: Vamos y sirvamos a dioses ajenos, que vosotros no conocisteis; *tú inquirirás, y buscarás y preguntarás con diligencia; y si pareciere verdad, cosa cierta*, que tal abominación se hizo en medio de ti, irremisiblemente herirás a filo de espada a los moradores de aquella ciudad, destruyéndola con todo lo que en ella hubiere, y también matarás sus ganados al filo de espada. Y juntarás todo su botín en medio de la plaza, y consumirás con fuego la ciudad y todo su botín, todo ello, como holocausto a *Jehová tu Dios*, y llegará a ser un montón de ruinas para siempre; nunca más será edificada. Y no se pegará a tu mano nada del anatema, para que Jehová se aparte del ardor de su ira, y tenga de ti misericordia, y tenga compasión de ti, y te multiplique, como lo juró a tus padres, cuando obedecieras a la voz de Jehová tu Dios, guardando todos sus mandamientos que yo te mando hoy, para hacer lo recto ante los ojos de Jehová tu Dios” (v. 12-18).

Aquí tenemos instrucciones muy solemnes e importantes. El lector debe observar bien que se fundan en una verdad de inapreciable valor: la unidad nacional de Israel. Esto da verdadera autoridad a estas palabras. Se parte del supuesto que hay un grave error en una de las ciudades de Israel, entonces se suscita la siguiente pregunta: «¿Las ciudades de Israel en conjunto debían conocer y juzgar el mal de una sola?».

Por supuesto que sí, ya que la nación era una. Las ciudades y las tribus no eran independientes, estaban unidas entre sí por el sagrado lazo de la unidad nacional, que tenía su centro en el lugar donde estaba la presencia de Dios. Los doce panes en la mesa de oro del santuario constituían el bello símbolo de esa unidad. Todo verdadero israelita la reconocía y se regocijaba en ella. Las doce piedras en el lecho del Jordán, las doce piedras en la ribera del mismo río, las doce piedras de Elías en el monte Carmelo, exponían el mismo principio, la indisoluble unidad de las doce tribus de Israel. El rey Ezequías reconoció esa verdad cuando dispuso que el holocausto y la ofrenda por el pecado fuesen hechos para *todo Israel* (2 Crónicas 29:24). El fiel Josías también lo reconoció y obró conforme a ello cuando ordenó reformas en toda la tierra de los hijos de Israel (2 Crónicas 34:33). Pablo, en su magnífica alocución ante el rey Agripa, da testimonio de la misma verdad cuando dice:

“ Promesa cuyo cumplimiento esperan que han de alcanzar nuestras doce tribus, sirviendo constantemente a Dios de día y de noche (Hechos 26:7).

Anticipando el glorioso porvenir, vemos brillar la misma realidad con fulgor celestial en el capítulo 7 del Apocalipsis, donde están las doce tribus selladas y reservadas para el reposo, la bendición y la gloria en compañía de una innumerable multitud de gentiles. Y finalmente en Apocalipsis capítulo 21 vemos los nombres de las doce tribus grabados sobre las puertas de la santa Jerusalén, sede y centro de la gloria de Dios y del Cordero.

Así que, desde la mesa de oro del santuario hasta la ciudad de oro descendiendo del cielo de Dios, tenemos una maravillosa cadena de pruebas de este axioma: la indisoluble unidad de las doce tribus de Israel.

Y si nos preguntamos: ¿Dónde podemos ver esa unidad y cómo la vieron Elías, Ezequías, Josías y Pablo?, la respuesta es: por la fe. Mirando al interior del santuario de Dios y sobre la mesa de oro, ellos podían ver los doce panes que mostraban la diferencia de cada tribu y a la vez su perfecta unidad. Nada más bello. La verdad de Dios debe permanecer eternamente. La unidad de Israel se vio en el pasado y se verá en el futuro; y aunque se asemeje al fundamento de la unidad de la Iglesia, invisible actualmente, la fe la cree, la defiende y la confiesa frente a todas las influencias opositoras.

Veamos ahora por un momento la aplicación práctica de esta gloriosa verdad, según está presentada en los últimos versículos de nuestro capítulo. A una ciudad del extremo norte de la tierra de Israel llega la noticia de que en una ciudad del extremo sur se enseña un error que tiende a desviar a sus habitantes del verdadero Dios. ¿Qué hay que hacer? La ley es muy explícita. La senda del deber está tan claramente trazada que solo requiere un ojo sincero para reconocerla y un corazón dispuesto a seguirla: “Tú inquirirás, y buscarás y preguntarás con diligencia” (v. 14). Esto es muy sencillo.

Algunos de los habitantes de la ciudad podrían decir: «¿Qué nos importa ese error enseñado tan lejos de nosotros? Gracias a Dios, ese mal no se halla entre nosotros; es un asunto completamente local; cada ciudad tiene su propia responsabilidad. ¿Se puede exigir que examinemos cada error que se enseña en el país? Perderíamos inútilmente el tiempo en vez de atender a nuestros



trabajos. ¡Bastante tenemos que hacer con guardar nuestras fronteras! Condenamos el error, y si alguien viniera hasta aquí para enseñarlo, le cerraríamos las puertas decididamente. Nuestra responsabilidad no va más allá».

¿Qué hubiera respondido el fiel israelita a toda esa serie de consideraciones, que parecen muy lógicas? Habría dicho que razonar de esta manera era simplemente negar la unidad de Israel. Si cada ciudad y cada tribu tomara una posición de independencia, el sumo sacerdote debería tomar los doce panes de sobre la mesa de oro de la proposición y esparcirlos por todas partes. Si la unidad había desaparecido, se había dividido en partes independientes y no tenía ya un fundamento de acción nacional, los doce panes sobre la mesa de oro de la proposición tampoco tenían ya ningún sentido.

El fiel israelita podría continuar diciendo que el mandamiento era muy claro y explícito: “tú inquirirás, y buscarás y preguntarás con diligencia”. Israel estaba limitado a estos dos principios: la unidad de la nación y el mandamiento de Dios. Era imposible que alguien del pueblo dijera: «Entre nosotros no se enseña ningún error», a menos que se separara de la nación. Todo el pueblo estaba incluido en estas palabras: “Y si... tal abominación se hizo *en medio de ti*”. El error enseñado en Dan repercutía en los que vivían en Beerseba. ¿Por qué? Porque Israel era uno. Cualquier israelita debía sentirse afectado por esa falta y no podía cruzarse de brazos ni quedarse neutro e indiferente. Estaba envuelto en ese mal y en sus terribles consecuencias hasta que no se purificara juzgándolo con decisión y severidad.

## **Unidad del cuerpo de Cristo y falsa doctrina**

Y si todo esto era indiscutible para Israel, ¡cuánto más lo es para la Iglesia de Dios! Podemos estar seguros de que nada es tan aborrecible a Dios como la indiferencia a todo lo relacionado con Cristo. El eterno propósito y consejo de Dios es glorificar a su Hijo. Toda rodilla se debe doblar ante él y toda lengua debe confesar que él es Señor para gloria de Dios Padre (Filipenses 2:10-11),

para que todos honren al Hijo como honran al Padre

“ (Juan 5:23).

Por consiguiente, si Cristo es deshonrado, si se enseñan doctrinas que menoscaban su gloria personal y moral, la eficacia de su obra o sus glorias oficiales (las de sus cargos), debemos rechazar tales doctrinas con firmeza. La indiferencia o la neutralidad respecto al Hijo de Dios es juzgada como crimen de alta traición en el supremo tribunal del cielo. No seríamos indiferentes si

se tratase de nuestra reputación, de nuestro carácter personal o de nuestra familia. Nos mostraríamos muy sensibles ante la menor acusación que nos afectara a nosotros o a los que amamos. ¡Cuánto más deberíamos serlo en todo lo que se refiere a la gloria, al honor, al nombre y a la causa de Aquel a quien debemos todo, Aquel que dejó su gloria para venir a este desdichado mundo a morir en la cruz infame, a fin de salvarnos de las eternas llamas del infierno! ¿Podríamos mantenernos indiferentes o neutrales en cuanto a lo que a él concierne? ¡No lo permita Dios!

No, lector, esto no debe ser. El honor y la gloria de Cristo deben sernos más preciosos que todo lo demás. Reputación, bienes, familia, amistades, todo debe ponerse a un lado si los derechos de Dios están comprometidos. ¿Reconoce esto el lector cristiano? Seguramente. Pero ¿cómo lo sentiremos cuando lo veamos cara a cara en plena luz de su gloria moral? ¿Con qué sentimientos consideraremos esa indiferencia o neutralidad respecto a él?

¿Estaremos equivocados al decir que una de las verdades que más afecta a la gloria de la Cabeza es la que respecta a la unidad de su cuerpo, la Iglesia? Sin duda alguna. Si la nación de Israel era una, ¡el cuerpo de Cristo es uno! Y si la independencia no convenía a Israel, ¡cuánto menos a la Iglesia de Dios! Es evidente que la idea de independencia no puede sostenerse ni un instante a la luz del Nuevo Testamento. Decir que la mano es independiente del pie, o el ojo del oído, sería lo mismo que afirmar que los miembros del cuerpo de Cristo son independientes unos de otros. “Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, *así también Cristo*. Porque *por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo*, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu. Además, el cuerpo no es un solo miembro, sino muchos. Si dijere el pie: Porque no soy mano, no soy del cuerpo, ¿por eso no será del cuerpo? Y si dijere la oreja: Porque no soy ojo, no soy del cuerpo, ¿por eso no será del cuerpo? Si todo el cuerpo fuese ojo, ¿dónde estaría el oído? Si todo fuese oído, ¿dónde estaría el olfato? Mas ahora Dios ha colocado los miembros cada uno de ellos en el cuerpo, como él quiso. Porque si todos fueran un solo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo? Pero ahora son muchos los miembros, pero el cuerpo es uno solo. Ni el ojo puede decir a la mano: No te necesito, ni tampoco la cabeza a los pies: No tengo necesidad de vosotros. Antes bien, los miembros del cuerpo que parecen más débiles, son los más necesarios; y a aquellos del cuerpo que nos parecen menos dignos, a estos vestimos más dignamente; y los que en nosotros son menos decorosos, se tratan con más decoro. Porque los que en nosotros son más decorosos, no tienen necesidad; pero Dios ordenó el cuerpo, dando más abundante honor al que le faltaba, *para que no haya desavenencia en el cuerpo*, sino que los miembros todos se preocupen

los unos por los otros. De manera que si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él, y si un miembro recibe honra, todos los miembros con él se gozan. Vosotros, *pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular*” (1 Corintios 12:12-27).

Deseamos llamar la atención del lector cristiano sobre la verdad expuesta en este capítulo: todo verdadero creyente sobre la faz de la tierra *es un miembro del cuerpo de Cristo*. Esto no solo supone privilegios para el cristiano, sino también una gran responsabilidad.

El cristiano no puede considerarse un individuo independiente, sin asociación ni vínculo vital con otros. Como todos los hijos de Dios, estamos unidos a todos los demás miembros del cuerpo de Cristo sobre la faz de la tierra.

“Por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo”. La Iglesia de Dios no es un simple club, una sociedad, una asociación o una hermandad. Es un cuerpo unido por el Espíritu Santo a la Cabeza en el cielo, y todos sus miembros en la tierra están indisolublemente unidos entre sí. Por consiguiente, todos los miembros del cuerpo están afectados por el estado y el comportamiento de cada uno de ellos. “Si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él”. Es decir, todos los miembros del cuerpo. Si el pie está enfermo, la mano lo siente. ¿De qué modo? Por la cabeza. Así también ocurre en la Iglesia de Dios, si algo va mal con un individuo. Todos lo sienten a través de la Cabeza con la cual están unidos por el Espíritu Santo.

Quizá para algunos sea difícil entender este principio. Sin embargo, está claramente revelado en las páginas inspiradas, no para que razonemos sobre ello, sino simplemente para ser creído. Es una revelación divina. Ninguna inteligencia humana habría concebido nunca tal pensamiento. Dios la revela, la fe la cree y vive en su bendito poder.

El lector todavía podría preguntar: «¿Cómo es posible que el estado de un miembro pueda afectar a los que nada saben de él?». La respuesta es: “Si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él”. ¿Todos los miembros de qué? ¿De una asamblea local o de una sociedad que fortuitamente conoce o está en relación con esta persona? No, se trata de los miembros del cuerpo de Cristo dondequiera que estén. Aun en el caso de Israel, donde se trataba de la unidad nacional, si había algún mal en una de sus ciudades, todo el pueblo sufría las consecuencias. Cuando Acán pecó, aunque había miles de personas del pueblo que ignoraban el hecho, Jehová dijo: “*Israel ha pecado*”, y toda la congregación sufrió una humillante derrota (Josué 7:11).

¿Puede la razón penetrar en esta verdad? No, pero la fe sí puede. Si escuchamos a la razón no creemos nada; pero si por gracia de Dios no atendemos a la razón, creeremos lo que Dios dice porque es él quien lo dice.

Amado lector cristiano, ¡qué inmensa verdad es la de la unidad del cuerpo! ¡Qué consecuencias prácticas se derivan de ella! ¡Cuánta santidad produce en la conducta y en la vida! ¡Cuán vigilantes deberíamos ser sobre nuestras costumbres, nuestro andar, nuestra condición moral! ¡Cuán cuidadosos deberíamos ser en no deshonrar la Cabeza, o contristar al Espíritu ofendiendo a los miembros con los cuales estamos unidos!

¡Que el Señor, por su Espíritu, haga de esta doctrina un poder vivo en el alma de todo verdadero creyente!

## La remisión de Jehová

### Un mandamiento de amor

Cada siete años harás remisión. Y esta es la manera de la remisión: perdonará a su deudor todo aquel que hizo empréstito de su mano, con el cual obligó a su prójimo; no lo demandará más a su prójimo, o a su hermano, *porque es pregonada la remisión de Jehová*. Del extranjero demandarás el reintegro; pero lo que tu hermano tuviere tuyo, lo perdonará tu mano, para que así no haya en medio de ti mendigo; porque Jehová te bendecirá con abundancia en la tierra que Jehová tu Dios te da por heredad para que la tomes en posesión, si escuchares fielmente la voz de Jehová tu Dios, para guardar y cumplir todos estos mandamientos que yo te ordeno hoy. Ya que Jehová tu Dios te habrá bendecido, como te ha dicho, prestarás entonces a muchas naciones, mas tú no tomarás prestado; tendrás dominio sobre muchas naciones, pero sobre ti no tendrán dominio” (v. 1-6).

¡Cuán edificante es observar la manera en que Dios obraba para atraer los corazones de su pueblo por medio de los sacrificios, las ceremonias y las instituciones del culto levítico! Cada *día* se ofrecía un cordero, por la tarde y por la mañana. Cada *semana* había un día de reposo santo. Cada *mes* la luna nueva. Se celebraba la pascua, cada año. Cada *tres años*, el diezmo. La remisión se aplicaba cada *siete años*, y el jubileo, cada *cincuenta años*.

“ Todo esto es profundamente interesante. Para nosotros tiene una preciosa significación y nos enseña una valiosa lección. El cordero de la mañana y de la tarde representaba al Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo (Juan 1:29).

El día de reposo representa el descanso que permanece para el pueblo de Dios. La luna nueva (en este caso el plenilunio) prefiguraba de una manera admirable el tiempo en que Israel, ya restaurado, refleje los rayos del Sol de justicia sobre las naciones. La pascua recordaba a Israel su liberación de la esclavitud de Egipto. El año de los diezmos recordaba el hecho de que Jehová era el propietario de la tierra, y de cómo sus intereses debían emplearse para satisfacer las necesidades de sus obreros y de los pobres. El año sabático era la promesa de aquel hermoso día en el cual todas las deudas quedarían canceladas, todos los préstamos extinguidos y todas las cargas

abolidas. Finalmente el jubileo era figura de la restitución de todas las cosas, cuando el cautivo sea liberado, el desterrado vuelva a su heredad perdida por mucho tiempo e Israel y toda la tierra se regocijen bajo el gobierno del Hijo de David.

En todas estas instituciones descubrimos dos rasgos sobresalientes: la gloria de Dios y la bendición para el hombre. Estas dos cosas están unidas por un lazo divino y eterno. Dios lo ha ordenado todo a fin de que su gloria y la bendición para la criatura vayan indisolublemente unidas. Esta es una verdad que concede profundo gozo al corazón y nos ayuda a entender mejor la fuerza de lo dicho por Pablo: “Nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios” (Romanos 5:2). Cuando esa gloria resplandezca plenamente, las bendiciones, el descanso y la felicidad alcanzarán su completo y eterno desarrollo.

En el año séptimo vemos una hermosa figura y una prefiguración de este feliz momento. Era “la remisión del Señor”, cuya benéfica influencia era sentida por cada deudor, desde Dan hasta Beerseba. Jehová concedía a su pueblo el inmenso privilegio de tener comunión con Él, haciendo cantar de alegría al pobre deudor. Él quería enseñar, a aquel que deseaba aprender, la profunda bendición que hay cuando se perdona todo, sin reserva. Esto es en lo que él mismo se deleita. ¡Bendito sea para siempre su grande y glorioso nombre!

## **El egoísmo del corazón humano**

Pero el pobre corazón no está debidamente preparado para andar por esta vía celestial. Desgraciadamente un miserable egoísmo le impide comprender y practicar el divino principio de la gracia. La carne no se siente a gusto en este ambiente celestial. No es adecuada para servir de canal a la gracia que brilla espléndidamente en todos los caminos de Dios. Esto explica muy bien las exhortaciones del siguiente pasaje: “Cuando haya en medio de ti menesteroso de alguno de tus hermanos en alguna de tus ciudades, en la tierra que Jehová tu Dios te da, *no endurecerás tu corazón, ni cerrarás tu mano* contra tu hermano pobre, sino *abrirás a él tu mano liberalmente*, y en efecto le prestarás lo que necesite. Guárdate de tener *en tu corazón pensamiento perverso*, diciendo: Cerca está el año séptimo, el de la remisión, y *mires con malos ojos* a tu hermano menesteroso para *no darle*; porque él podrá clamar contra ti a Jehová, y se te contará por pecado. *Sin falta le darás*, y no serás de mezquino corazón cuando le des; porque por ello te bendecirá Jehová tu Dios en todos tus hechos, y en todo lo que emprendas. Porque no faltarán menesterosos en medio de la tierra; por eso yo te mando, diciendo: *Abrirás tu mano* a tu hermano, al pobre y al menesteroso en tu tierra” (v. 7-11).

Aquí se ponen al descubierto las raíces profundas del egoísmo de nuestros pobres corazones. No hay nada como la gracia para poner de manifiesto las raíces más ocultas del mal en la naturaleza humana. El hombre debe ser renovado en lo más profundo de su ser moral antes de que pueda ser la vasija del amor divino. Aun los que por gracia han sido renovados de este modo, deben guardarse constantemente de las distintas formas de egoísmo de las que se reviste nuestra naturaleza. Solo la gracia puede mantener el corazón abierto a cualquier forma de necesidad humana. Debemos mantenernos conectados a la fuente de amor celestial para llegar a ser conductos de bendición en medio de esta escena de miseria y desolación en la que vivimos.

¡Cuán hermosas son las palabras: “Abrirás... tu mano liberalmente”! Exhalan el mismo aire del cielo. Un corazón abierto y una mano generosa son de Dios. “Dios ama al dador alegre” (2 Corintios 9:7), porque él es precisamente así. “Da a todos abundantemente y sin reproche” (Santiago 1:5). Además quiere concedernos el privilegio de ser imitadores suyos. ¡Gracia maravillosa! Tan solo el pensamiento de esto nos llena el corazón de admiración, de amor y de alabanza. No solo somos salvos por gracia, sino que permanecemos en la gracia, respiramos su atmósfera y somos llamados a ser la expresión viva de esa gracia, no solo a nuestros hermanos sino a toda la familia humana.

“ Así que, según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe (Gálatas 6:10).

Lector cristiano, apliquemos con diligencia nuestros corazones a esta instrucción divina. Su verdadero valor solo podrá ser gustado poniéndola en práctica. La miseria humana, los dolores y las necesidades nos rodean de mil formas. En todo lugar vemos corazones quebrantados, ánimos anonadados, hogares desolados. Diariamente nos enfrentamos a la viuda, al huérfano y al extranjero. ¿Cómo nos comportamos con todos estos desdichados? ¿Permanecemos fríos e insensibles con ellos? ¿Les cerramos nuestras manos? ¿Procuramos obrar según el hermoso espíritu de “la remisión del Señor”? Somos llamados a reflejar la naturaleza y el carácter de Dios, a ser canales de comunicación directa entre el corazón amoroso de nuestro Padre y las necesidades humanas. No hemos de vivir solo para nosotros. Si hiciéramos así negaríamos todos los principios del cristianismo moral que profesamos. Es nuestro privilegio y nuestra especial misión derramar a nuestro alrededor la bendita luz del cielo al cual pertenecemos. Dondequiera que estemos, en nuestra familia, en el campo, en el mercado, en la fábrica, en la tienda, en el despacho, etc., todos los que estén en relación con nosotros deberían ver la gracia de Jesús resplandecer en nuestros

actos, nuestras palabras y aun en nuestras miradas. Y si se nos presenta una necesidad o un sufrimiento que aliviar y no podemos hacer nada, demos al menos una palabra de consuelo, una lágrima o un suspiro de verdadera simpatía para el necesitado.

¿Obramos de este modo? ¿Vivimos tan cercanos a la fuente del amor divino y respiramos la atmósfera del cielo de tal modo que podamos difundir la bendita fragancia de tales cosas? O por el contrario, ¿ponemos de manifiesto el egoísmo de nuestra naturaleza, nuestro temperamento y humanidad caída y corrupta? ¡Qué ser más desagradable es un cristiano egoísta! Es una contradicción constante, una mentira viviente. El cristiano profesante hace resaltar el egoísmo que domina su corazón, y lo manifiesta en sus actos.

¡Quiera el Señor conceder a todos los que profesan ser cristianos el comportarse en su vida diaria de tal modo que sean una carta de Cristo, sin mancha, conocida y leída por todos los hombres! De este modo la incredulidad se verá privada de uno de sus más potentes argumentos en contra de la cristiandad. Nada le apoya más que la vida inconsecuente de los que profesan ser cristianos. Esa excusa no tiene ningún valor ante el tribunal de Dios. Cada persona que haya tenido a su disposición un ejemplar de las Sagradas Escrituras será juzgada a la luz de estas, aunque no existiese ni un solo creyente firme en toda la tierra. Los cristianos somos responsables de hacer brillar la luz de Dios ante los hombres, para que estos vean nuestras buenas obras y glorifiquen a nuestro Padre que está en los cielos (Mateo 5:16). Nuestra vida diaria debe ser como una exposición y un ejemplo de los principios celestiales que la Palabra de Dios nos enseña, de tal forma que el incrédulo no pueda argumentar el más mínimo pretexto.

Tomemos estas cosas a pecho y entonces podremos bendecir a Dios por esta meditación sobre la grata institución de “la remisión de Jehová”.

## **El siervo hebreo**

Vamos a citar ahora el pasaje que concierne al siervo hebreo. Sentimos cada vez más la importancia de reproducir el lenguaje propio del Espíritu Santo. Sabemos que suele haber poca disposición a interrumpir la lectura para buscar un pasaje señalado. No hay nada comparable a la Palabra de Dios, y las observaciones que presentamos tienen como objeto ayudar al lector cristiano a comprender y apreciar las Escrituras que citamos:



“Si se vendiere a ti tu hermano hebreo o hebrea, y te hubiere servido seis años, al séptimo le despedirás libre. Y cuando lo despidieres libre, no le enviarás con las manos vacías. Le abastecerás liberalmente de tus ovejas, de tu era y de tu lagar; le darás de aquello en que Jehová te hubiere bendecido” (v. 12-14).

¡La gracia inefable de nuestro Dios sobresale aquí! No quiere que dejemos al hermano irse con las manos vacías. Libertad pero pobreza no serían éticos. El hermano debía ser despedido libre pero provisto de una fortuna con la que pudiera subsistir.

Esto es francamente divino. No necesitamos que se nos diga en qué escuela se enseña tan exquisita moral. Esta lleva la huella del cielo y emite la misma fragancia del paraíso de Dios. ¿No ha procedido así Dios con nosotros? ¡Toda la alabanza sea dada a su glorioso nombre! Él no solo nos ha dado la vida y la libertad, sino que además nos provee de todo cuanto necesitamos en el presente y en la eternidad. Nos ha abierto la inagotable tesorería celestial. Ha entregado al Hijo de su corazón por nosotros y a nosotros. Por nosotros a fin de *salvarnos*, y a nosotros para *hacernos felices*. Nos ha dado todo lo que corresponde a la vida y a la piedad. De todo lo que necesitamos para la vida diaria y para la eternidad lo tenemos plena y perfectamente asegurado por la mano bondadosa de nuestro Padre.

¿No es conmovedor leer la expresión de Dios diciendo de qué manera quería que se tratara al siervo hebreo? “Le abastecerás *liberalmente*”. No “con obligación o mezquindad”, sino de una manera digna de Dios. La manera de obrar de su pueblo debe ser un reflejo de Dios mismo. Somos llamados a ser sus representantes morales. Es maravilloso. Su infinita gracia así lo quiso. No solo nos ha librado de las llamas del infierno eterno, sino que también nos llama a obrar para él y a ser semejantes a él en medio de un mundo que crucificó a su Hijo. Además de habernos conferido este honor, nos ha enriquecido de manera que podamos soportarla. Los inagotables tesoros del cielo están a nuestra disposición. “Todo” es nuestro por su gracia infinita (ver 1 Corintios 3:22). Quiera el Señor que podamos discernir mejor nuestros privilegios, para así cumplir con más fidelidad nuestras santas responsabilidades.

En el versículo 15 de nuestro capítulo tenemos un motivo muy conmovedor que hace vibrar el corazón del pueblo. “Y te acordarás de que fuiste siervo en la tierra de Egipto, y que Jehová tu Dios te rescató; *por tanto yo te mando esto hoy*”. El recuerdo de la gracia de Dios (quien los había redimido de Egipto) debía ser el motivo fundamental de sus acciones en beneficio de sus hermanos pobres. Este es un principio indiscutible. Si tratamos de fundamentar los motivos de nuestras acciones fuera de Dios y en su manera misericordiosa de tratarnos, pronto tropezaremos en

la carrera práctica de nuestra vida. Solo manteniendo presente en el corazón la maravillosa gracia de Dios, –desplegada en favor nuestro en la redención que es en Cristo Jesús–, seremos capaces de actuar con benevolencia hacia los demás. Los sentimientos de compasión que nacen en nuestros corazones cuando vemos las penas, las lágrimas y las necesidades de los demás se desvanecen fácilmente. Solo en Dios hallaremos la fuente perenne que mueva nuestras acciones.

## **El siervo que prefiere quedarse con su amo**

En el versículo 16 se expone el caso en el cual un siervo prefiere permanecer con su amo. “Si él te dijere: No te dejaré; porque te ama a ti y a tu casa, y porque le va bien contigo; entonces tomarás una lesna, y horadarás su oreja contra la puerta, y será tu siervo para siempre”.

Comparando este pasaje con el de Éxodo 21:1-6 observamos una importante diferencia que surge del carácter propio de cada libro. En Éxodo predomina el rasgo del *tipo*, en Deuteronomio se resalta el carácter *moral*. Por eso en este libro el escritor inspirado omite todo lo referente a la mujer y a los hijos del siervo. Pero es esencial a la belleza y perfección del tipo según Éxodo 21. Mencionamos esto simplemente como una de las muchas pruebas contundentes de que el Deuteronomio está lejos de ser una estéril repetición de los libros que lo preceden. No hay ni repetición, por una parte, ni contradicción, por otra, sino una hermosa variedad en perfecto acuerdo con el propósito divino y el fin de cada libro. Respondemos así a la ligereza e ignorancia de aquellos escritores incrédulos que han tenido la osadía de dirigir sus dardos contra esta porción divina.

En nuestro capítulo, tenemos pues el aspecto moral de esta interesante decisión. El siervo amaba a su amo y estaba dichoso en su compañía. Prefería una esclavitud perpetua y la marca de la misma sirviendo al amo a quien amaba, a una libertad con la correspondiente indemnización, pero separado de su amo. Esto hablaba en favor de ambos. Es una buena señal cuando amo y siervo mantienen buenas relaciones durante un largo período. Por el contrario, los cambios continuos pueden ser una prueba de que hay algún desorden moral en uno u otro. Sin duda hay excepciones. En las relaciones entre amo y siervo, como en todas las demás, hay que considerar ambos lados. Por ejemplo, hemos de considerar si el amo cambia constantemente de sirvientes, o si el sirviente cambia de amo continuamente. En el primer caso, las apariencias declaran en contra del amo; en el segundo, en contra del sirviente.

## Relación entre amo y siervo

Debemos juzgarnos a nosotros mismos en esto. Si somos amos, debemos considerar si en realidad procuramos el bienestar de nuestros empleados. No solo tenemos que pensar en la cantidad de trabajo que cumplirán para nosotros. También (desde el punto de vista del refrán de «vivir y dejar vivir») debemos buscar la felicidad y el bienestar de nuestros sirvientes. Tratemos de hacerles sentir que tienen un *hogar* bajo nuestro techo, que no estamos satisfechos solamente con el trabajo de sus manos, sino que deseamos el afecto de sus corazones. En cierta ocasión se le preguntó al jefe de un gran establecimiento: «¿Cuántos *corazones* tiene usted empleados aquí?». Meneó la cabeza y confesó con tristeza el poco afecto que existía entre amo y dependientes. De ahí la expresión «*mano de obra*».

Pero el amo cristiano está llamado a obrar a un nivel más eminente. Tiene el privilegio de ser un imitador de su Maestro, Cristo. Si lo pone en práctica, las relaciones con sus criados estarán bien reguladas. Debe estudiar con interés a su divino Modelo, a fin de reproducirlo en todos los detalles de la vida diaria.

Del mismo modo debe hacer el criado cristiano en su esfera de acción. Al igual que su amo, debe estudiar el gran ejemplo puesto ante sus ojos tanto en la senda como en el ministerio del verdadero Siervo. Es llamado a seguir sus pisadas, a empaparse de su carácter, a estudiar su Palabra. Es notable ver que el Espíritu Santo ha dado más instrucciones a los siervos que a todas las demás relaciones humanas juntas. El lector puede ver esto en las epístolas a los Efesios, a los Colosenses, la primera a Timoteo y a Tito. El siervo cristiano puede adornar la doctrina de Dios nuestro Salvador (Tito 2:10) no hurtando, ni siendo insolente. Puede servir al Señor en los deberes más comunes de la vida doméstica de un modo tan eficaz como quien es llamado a hablar a multitudes de almas.

Así que cuando ambos, amo y criado, están mutuamente gobernados por principios celestiales, procurando servir y glorificar al único Señor, podrán marchar juntos en dichosa compañía. El amo no será severo, injusto ni exigente con el criado. Y el criado no buscará su propio interés, ni será agresivo ni altivo; cada uno contribuirá, por el fiel desempeño de sus respectivos deberes, al bienestar y a la felicidad del otro. Habrá tranquilidad y dicha en toda la esfera doméstica. ¡Ojalá siguiéramos más esa celestial norma en nuestras relaciones laborales cristianas! De ese modo mostraremos la verdad de Dios, su Palabra será honrada y su nombre glorificado en nuestra vida práctica.

En el versículo 18 tenemos una advertencia que nos revela, con gran delicadeza, la raíz moral del corazón. “No te parezca duro cuando le enviases libre, pues por la mitad del costo de un jornalero te sirvió seis años; y Jehová tu Dios te bendecirá en todo cuanto hicieres”.

Esto es muy conmovedor. Pensemos por un momento en lo que significa que el Altísimo condescienda a colocarse ante el corazón de un amo, para defender la causa de un pobre siervo y exponer sus derechos. Es como si Dios le pidiera un favor para sí mismo. No omita nada de lo que pueda estar a favor del siervo. Le recuerda al amo lo que valieron los seis años de servicio, y lo anima con la promesa de aumentar las bendiciones en recompensa de su generosa acción. Es perfectamente bello. El Señor no solo quiere que se lleve a cabo esa generosa acción, sino que se haga en términos que alegren el corazón de quien ha de recibirla. Piensa en el *fondo* de la acción y también en el *modo* de llevarla a cabo. En ocasiones podemos imponernos la obligación de hacer un favor, pero lo hacemos como un deber y esto hace que nos «parezca duro» tener que hacerlo. Entonces ese acto queda desprovisto de todo encanto. La generosidad del corazón es la que adorna un acto de bondad. Debemos hacer el bien de tal manera que el que lo recibe esté seguro de que nuestro corazón se regocija por el hecho. Así obra el procedimiento divino: “Y no teniendo ellos con qué pagar, *perdonó* a ambos” (Lucas 7:42). “Era necesario hacer fiesta y regocijarnos” (Lucas 15:32).

“ Hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente  
(Lucas 15:10).

Esta preciosa gracia del corazón del Padre, ¡sea reflejada por nosotros!

## El primogénito

Antes de terminar este interesante capítulo, citaremos el último párrafo. “Consagrarás a Jehová tu Dios todo primogénito macho de tus vacas y de tus ovejas; no te servirás del primogénito de tus vacas, ni trasquilarás el primogénito de tus ovejas. Delante de Jehová tu Dios los comerás cada año, tú y tu familia, *en el lugar que Jehová escogiere*. Y si hubiere en él defecto, si fuere ciego, o cojo, o hubiere en él cualquier falta, no lo sacrificarás a Jehová tu Dios. En tus poblaciones lo comerás; el inmundo lo mismo que el limpio comerán de él, como de una gacela o de un ciervo. Solamente que no comas su sangre; sobre la tierra la derramarás como agua” (v. 19-23).

A Dios solamente se le podía ofrecer algo perfecto. El primogénito, macho sin defecto, era la figura apropiada del immaculado Cordero de Dios ofrecido en la cruz por nosotros. Es el fundamento perpetuo de nuestra paz y el precioso alimento para nuestras almas en presencia de Dios. Es la asamblea reunida alrededor del divino centro, alegrándose en presencia de Dios, nutriéndose de Cristo. ¡Eterno homenaje a su glorioso nombre!

## Las tres grandes fiestas de Jehová

### La Pascua y el lugar de su celebración

Vamos a entrar ahora en una de las secciones más profundas y extensas del libro de Deuteronomio, las tres principales fiestas del año judío: la pascua, el pentecostés y la fiesta de los tabernáculos. Estas representan la Redención, el Espíritu Santo y la gloria respectivamente... Tenemos una descripción muy condensada de esas hermosas instauraciones. En Levítico 23, contando inclusive el día de reposo, se aprecian ocho festividades. Si consideramos el día de reposo por separado, como figura del eterno descanso de Dios, hallaremos siete festividades: la pascua, la fiesta de los panes sin levadura, la de los primeros frutos, pentecostés, la de las trompetas, el día de la expiación y la fiesta de los tabernáculos.

Ese es el orden de las festividades en el libro de Levítico, que podría llamarse: «Guía para el *Sacerdote*». Pero en el Deuteronomio tenemos menos detalles ceremoniales. Se limita a grandes trazos morales y nacionales, los cuales se adaptan al pueblo de manera sencilla, presentando el pasado, el presente y el porvenir.

“Guardarás el mes de Abib, y harás pascua a Jehová tu Dios; porque en el mes de Abib te sacó Jehová tu Dios de Egipto, de noche. Y sacrificarás la pascua a Jehová tu Dios, de las ovejas y de las vacas, *en el lugar que Jehová escogiere para que habite allí su nombre*. No comerás con ella pan con levadura; siete días comerás con ella pan sin levadura, *pan de aflicción*, porque aprisa saliste de tierra de Egipto; para que todos los días de tu vida te acuerdes del día en que saliste de la tierra de Egipto. Y no se verá levadura contigo en todo tu territorio por siete días; y de la carne que mates en la tarde del primer día, no quedará hasta la mañana. No podrás sacrificar la pascua en cualquiera de las ciudades que Jehová tu Dios te da; *sino en el lugar que Jehová tu Dios escogiere para que habite allí su nombre*, sacrificarás la pascua por la tarde a puesta del sol, a la hora que saliste de Egipto. Y la asarás y comerás *en el lugar que Jehová tu Dios hubiere escogido*; y por la mañana regresarás y volverás a tu habitación. Seis días comerás pan sin levadura, y el séptimo día será fiesta solemne a Jehová tu Dios; no trabajarás en él” (v. 1-8).

Como ya tratamos ampliamente los grandes principios de esta fiesta en el tomo sobre Éxodo, nos contentamos con destacar aquí ciertos rasgos propios al Deuteronomio. En primer término observemos con qué énfasis se repite la expresión “el lugar” en el cual la festividad debía celebrarse. Esto es de gran interés práctico. El pueblo no podía escoger por sí mismo el lugar. Desde el punto de vista humano, podría parecer poco importante saber dónde y cómo debía celebrarse

la fiesta. Consideremos seria y cuidadosamente que el razonamiento humano no tenía nada que ver en este asunto. Esto solo incumbía al pensamiento divino. Dios tenía el derecho de indicar y establecer el lugar donde quería reunir a su pueblo. Esto se muestra de forma enfática en el pasaje anteriormente citado. Tres veces inserta la cláusula: “en el lugar que Jehová tu Dios hubiere escogido”.

¿Es esto una vana repetición? ¿Que nadie se atreva a pensarlo y mucho menos a afirmarlo! ¿Y por qué? A causa de nuestra ignorancia, indiferencia y terquedad. Dios, en su infinita misericordia, deseaba imprimir en el corazón, la conciencia y el entendimiento de su pueblo el lugar especial donde quería que se celebrara la memorable festividad de la pascua.

Solo en Deuteronomio se insiste sobre el *lugar* de esa celebración. No lo vemos en el libro del Éxodo, porque allí la pascua se celebró en *Egipto*. En Números tampoco se habla de ello, porque entonces se celebró en el *desierto*. Pero en Deuteronomio se establece de un modo imperativo y definitivo, porque en él tenemos las instrucciones para el pueblo establecido en *la tierra prometida*. Es otra prueba concluyente de que Deuteronomio no es una estéril repetición.

La razón capital por la cual se insiste sobre el “lugar” donde debían celebrarse las tres grandes festividades mencionadas en este capítulo es que Dios quería reunir alrededor suyo a su amado pueblo para poder regocijarse con ellos, ellos con él y ellos entre sí. Todo esto solo podía efectuarse en el lugar designado por Dios. Todo el que deseaba acercarse a Jehová y reunirse con su pueblo, rendir adoración y tener comunión según el mandato de Dios, se presentaba con gratitud en aquel centro divinamente designado. Alguien podía decir: «¿Acaso no podemos celebrar esa fiesta en el seno de nuestras familias? ¿Qué necesidad hay de emprender un largo viaje? Si el corazón es sincero, poco importará el sitio donde se celebre». La más clara y evidente prueba de que el corazón es recto se halla por su ardiente deseo de hacer la voluntad de Dios. Para aquellos que amaban y temían a Dios era suficiente saber que él había designado un lugar donde se reuniría con su pueblo. Allí quería encontrarse cualquier alma íntegra. Solo su presencia podía impartir gozo, fuerza y bendición en todas sus grandes reuniones nacionales. Era reunirse para encontrar a Jehová, congregarse ante su bendita presencia, en el lugar que él escogió para hacer habitar su nombre. Esto sería un profundo gozo para cualquier corazón verdaderamente recto de las doce tribus de Israel. Aquel que permaneciera voluntariamente en su casa, o fuera a cualquier otro lugar diferente al que fue señalado divinamente, no solamente despreciaba e insultaba a Jehová, sino que se rebelaba contra su suprema autoridad.

## La levadura

Después de haber hablado brevemente sobre el *lugar* de la fiesta, vamos a considerar de qué *modo* debía celebrarse. Este también es particular de nuestro libro. El rasgo predominante aquí es “el pan sin levadura”. Pero el lector habrá notado que a ese pan se le denomina “*pan de aflicción*”. ¿*Por qué?* Todos entendemos que el pan sin levadura es el símbolo de la santidad del corazón y de la vida. No somos salvos *por* nuestra santidad personal; pero, gracias a Dios, somos salvos *para* ella. La santidad no es el fundamento de nuestra salvación, pero sí es el elemento esencial para nuestra comunión. *La levadura es el golpe mortal a la comunión y a la adoración.*

No debemos perder de vista un solo instante este principio de santidad personal y piedad práctica a la cual estamos sometidos y que debemos manifestar día tras día, como redimidos por la sangre del Cordero (en medio de las circunstancias que atravesamos en nuestra peregrinación hacia el hogar de nuestro eterno descanso en los cielos). Hablar de comunión y adoración mientras estemos viviendo conscientemente en pecado es una triste prueba de que no conocemos ninguna de esas dos cosas. Para gozar de la comunión con Dios o con los santos, y para adorar a Dios en espíritu y en verdad, debemos vivir una vida de santidad personal, y de separación de todo mal consciente. Tomar lugar en la asamblea del pueblo de Dios y participar en la comunión y adoración con los creyentes, mientras vivimos en pecado oculto, es profanar la asamblea, contristar al Espíritu Santo, pecar contra Cristo y traer sobre sí el juicio de Dios, quien ahora juzga su casa y disciplina a sus hijos, para que no sean condenados con el mundo.

Todo esto es muy solemne y exige la atención de los que realmente desean andar con Dios y servirle con reverencia y temor. Una cosa es haber comprendido la doctrina con nuestra inteligencia y otra cosa es tener la gran lección moral grabada en nuestro corazón y practicada en nuestra vida. Todos los que profesamos haber sido lavados con la sangre del Cordero procuremos guardar la festividad del pan sin levadura. “¿No sabéis que un poco de levadura leuda toda la masa? Limpiaos, pues, de la vieja levadura, para que seáis nueva masa, sin levadura como sois; porque nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros. Así que celebremos la fiesta, no con la vieja levadura, ni con la levadura de malicia y de maldad, sino con panes sin levadura, de sinceridad y de verdad” (1 Corintios 5:6-8).



## El pan de aflicción

Pero, ¿qué hemos de entender por “pan de aflicción”? ¿No deberíamos más bien pensar que el gozo, la alabanza y el triunfo estarían más a tono con la festividad establecida para conmemorar la liberación de la esclavitud en Egipto? Es cierto que hay profundo y verdadero gozo, agradecimiento y alabanza al ver realizada la bendita verdad de la liberación de nuestro estado primitivo con todas sus consecuencias. Pero estos no eran los rasgos sobresalientes de la fiesta pascual. Se nos habla del “pan de aflicción”, pero ni una palabra de gozo, alabanza o triunfo.

Y, ¿por qué? ¿Cuál es la enseñanza moral que se nos da con “el pan de aflicción”? Creemos que contiene una figura de los profundos ejercicios de corazón que el Espíritu Santo produce, y expone poderosamente lo que costó a nuestro adorable Salvador y Señor librarnos de nuestros pecados y del juicio que esos pecados merecían. Esos ejercicios también estaban figurados por las “hierbas amargas” de Éxodo 12. Se ven numerosos ejemplos en la historia de los hijos de Israel cuando eran guiados, por la acción poderosa de la palabra y del Espíritu de Dios, a juzgarse a sí mismos y a afligir sus almas en la presencia divina.

No hay un ápice de elemento legal o incredulidad en esos ejercicios. Cuando un israelita comía del pan de aflicción con la carne asada de la víctima pascual, ¿quería dar a entender que tenía dudas o abrigaba aun temores sobre su completa liberación? ¡Seguro que no! ¿Cómo podría creer tal cosa? Estaba en la tierra prometida, se reunía en el centro y la presencia de Dios. ¿Cómo podría dudar de su completa y definitiva liberación de la tierra de Egipto?

Aun cuando el israelita no tenía dudas ni temores en cuanto a su liberación, debía comer el pan de aflicción. Era un elemento esencial en la festividad de la pascua; “porque *aprisa* saliste de tierra de Egipto; para que *todos los días de tu vida* te acuerdes del día en que saliste de la tierra de Egipto”.

Era una obra real y profunda. Los israelitas jamás debían olvidar su éxodo de Egipto. Por el contrario, debían recordarlo en la tierra prometida, a través de todas sus generaciones y conmemorar su liberación con una fiesta emblemática (de aquellos ejercicios que siempre caracterizan la verdadera y práctica piedad cristiana).

Quisiéramos llamar seriamente la atención del lector cristiano sobre los distintos aspectos de la verdad indicada por “el pan de aflicción”. Esto es muy importante para todos los que conocemos lo que se ha llamado la doctrina de la gracia. Es peligroso, especialmente para los jóvenes cristianos que procuran esquivar la legalidad y la servidumbre, caer en la relajación, mundana-

lidad y el libertinaje. ¡Son ataduras temibles! Los cristianos de mayor edad y madurez no están tan expuestos a caer en este triste mal. Pero a los jóvenes que están entre nosotros es necesario advertirles solemnemente sobre este peligro.

Quizás oigamos hablar mucho de la salvación por gracia, de la justificación por la fe, de la liberación de la ley y de todos los privilegios inherentes a la posición cristiana. Todas estas verdades son de capital importancia, y nunca nos cansaremos de oír respecto a ellas. Miles de personas que forman parte del amado pueblo del Señor ven transcurrir sus días en oscuridad, con dudas sobre la salvación eterna y en esclavitud legal por ignorar las verdades fundamentales sobre la salvación.

Por otra parte, hay muchos que tienen una familiaridad meramente intelectual con los principios de la gracia y que, a juzgar por sus usos y costumbres, su expresión y su conducta, conocen muy poco el poder santificador de esos grandes principios, su influencia en el corazón y en la vida.

Según la enseñanza que se desprende de la fiesta pascual, no hubiera sido conforme al propósito de Dios que alguien hubiera intentado celebrarla prescindiendo del pan sin levadura, del “pan de aflicción”. Tal cosa no se hubiese tolerado en Israel. El pan sin levadura era un ingrediente absolutamente esencial. Estemos seguros de que una parte cabal de aquella fiesta, que como cristianos se nos exhorta a celebrar, es cultivar la santidad personal y un estado de ánimo representado por las “hierbas amargas” en Éxodo 12, o por “el pan de aflicción” en Deuteronomio. Este último parece ser el símbolo permanente una vez establecidos en la tierra prometida.

Necesitamos mucho de esos sentimientos, afectos espirituales, y profundos ejercicios del alma que el Espíritu Santo produce al revelarnos los sufrimientos de Cristo. Lo que le costó librarnos de nuestros pecados, lo que sufrió por nosotros cuando las ondas de la justa ira de Dios contra nuestros pecados pasaron sobre él deben ser el eje de nuestra meditación. Desgraciadamente carecemos en general de esa profunda aflicción que proviene de un corazón ocupado espiritualmente con los sufrimientos y muerte de nuestro precioso Salvador. Una cosa es tener la conciencia rociada con la sangre de Cristo y otra cosa es tener la muerte de Cristo grabada por el Espíritu de Dios en el corazón, y la cruz de Cristo aplicada de modo práctico a nuestra conducta y carácter.

¿Por qué caemos tan fácilmente en pecado, ya sea en pensamiento, palabra o acción? ¿Por qué hay tanta ligereza, insumisión, debilidad para juzgar nuestros propios errores, ociosidad carnal o superficialidad? ¿No es porque en nuestra fiesta falta el ingrediente principal: “el pan de aflicción”? No lo dudamos. Tememos que exista una deplorable falta de profundidad y de seriedad en nuestro cristianismo. Se habla y se discute mucho sobre los profundos misterios de la fe cristiana. Hay demasiado conocimiento intelectual sin poder interior.

Todo esto reclama la atención del lector. No podemos dejar de pensar que una de las causas del triste estado de cosas es el modo en que se ha predicado el Evangelio. Está bien que se predique el Evangelio en toda su sencillez como Dios lo hizo por medio del Espíritu Santo en la Escritura. Pero estamos convencidos de que hay un grave defecto en el modo de predicación hoy en día. Este carece de profundidad espiritual y seriedad. Por contrarrestar el legalismo, se tiende a la ligereza y al libertinaje. Pero si el legalismo es un grave mal, el libertinaje es aún peor. Debemos guardarnos de ambos. La gracia es el remedio para el primero, la verdad es el antídoto para el último. La sabiduría y la inteligencia espirituales son necesarias para hacernos capaces de mantener ambas cosas en su sitio y aplicarlas convenientemente. Si vemos a un alma profundamente ejercitada por la poderosa acción de la verdad, podemos verter en ella el consuelo de la pura y preciosa gracia de Dios, puesta de manifiesto en el sacrificio de Cristo. Este es el remedio divino para un corazón quebrantado, un espíritu contrito y una conciencia convencida de pecado. Cuando el arado espiritual ha abierto un surco profundo, solo tenemos que echar en él la semilla incorruptible del evangelio de Dios, con la seguridad de que arraigará y llevará fruto a su debido tiempo.

Por otra parte, si vemos a una persona hablando con ligereza sobre la gracia, levantándose contra el legalismo de forma alborotada, procurando exponer por medios humanos un camino fácil para ser salvo, se deberá aplicar la *verdad* al corazón y a la conciencia.

Existen numerosos integrantes como este último en la iglesia profesante. Podríamos decir que hay una tendencia a separar la pascua de la fiesta de los panes sin levadura, es decir, a descansar en el hecho de ser librados del juicio y olvidar al cordero *asado*, el pan de *santidad* o el pan de *aflicción*. Estas cosas no pueden separarse, puesto que Dios las ha reunido. Por eso creemos que ningún alma pueda realmente entrar en el goce de la preciosa verdad de que

nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros  
(1 Corintios 5:7),



que no procure celebrar “la fiesta... con panes sin levadura, de sinceridad y de verdad” (1 Corintios 5:8). Cuando el Espíritu Santo despliega ante nuestros corazones algo de la profunda bendición, del precio y de la eficacia de la muerte de nuestro Señor Jesucristo, nos conduce a meditar sobre el misterio de sus sufrimientos, a recordar lo que tuvo que sufrir por nosotros, todo cuanto le costó salvarnos de las eternas consecuencias del pecado. A menudo recordamos con ligereza esa muerte gloriosa. Esta es verdaderamente una obra santa y profunda que conduce al alma hacía ejercicios de los cuales es una imagen el “pan de aflicción”, en la fiesta de los panes sin levadura. Hay gran diferencia entre los sentimientos que experimentamos al considerar nuestros pecados y los que nos produce el considerar los sufrimientos de Cristo para librarnos de esos pecados.

Nunca podremos olvidar nuestros pecados, ni la profundidad del abismo de donde fuimos sacados. Pero una cosa es considerar el abismo y otra cosa totalmente distinta es considerar la gracia que nos sacó de él, y todo lo que le costó a nuestro precioso Salvador. Debemos guardar continuamente esto en nuestros corazones. ¡Somos tan inconstantes y olvidadizos!

Necesitamos suplicar a Dios a fin de que nos haga aptos para penetrar de una manera práctica en los sufrimientos de Cristo, y aplicar la cruz a todo lo que es opuesto a él. Esto comunicará más profundidad a nuestra piedad y sensibilidad a nuestra conciencia. Nos producirá un intenso anhelo por la santidad de corazón y de vida y por la separación práctica del mundo bajo todas sus formas. Buscaremos una santa sumisión y celosa vigilancia de nosotros mismos, de nuestros pensamientos, palabras y caminos, es decir, sobre toda nuestra conducta en la vida diaria. Esto daría al cristianismo un carácter diferente del que nos rodea, y que por desgracia manifestamos en nuestras vidas. ¡Quiera el Espíritu Santo, por su directo y poderoso ministerio, hacernos comprender mejor lo que significa “el cordero asado”, el “pan sin levadura” y el “pan de aflicción”!

## **Pentecostés y el lugar de su celebración**

Vamos a considerar ahora brevemente la fiesta de Pentecostés, que sigue a la de la pascua. “Siete semanas contarás; desde que comencare a meterse la hoz en las mieses comenzarás a contar las siete semanas. Y harás la fiesta solemne de las semanas a Jehová tu Dios; de la abundancia voluntaria de tu mano será lo que dieres, según Jehová tu Dios te hubiere bendecido. Y te alegrarás delante de Jehová tu Dios, tú, tu hijo, tu hija, tu siervo, tu sierva, el levita que habitare en tus ciudades, y el extranjero, el huérfano y la viuda que estuvieren en medio de ti, en el lugar que Jehová tu Dios hubiere escogido para poner allí su nombre. Y acuérdate de que fuiste siervo en Egipto;

por tanto, guardarás y cumplirás estos estatutos” (v. 9-12). La pascua representa la muerte de Cristo. Las gavillas de los primeros frutos son la figura de Cristo resucitado. En la fiesta de las semanas tenemos prefigurado el descenso del Espíritu Santo, cincuenta días después de la resurrección.

Hablamos, por supuesto, de lo que estas fiestas nos enseñan según el pensamiento de Dios, independientemente de la comprensión que Israel tenía de su significado. Tenemos el privilegio de considerar todas estas instituciones típicas o figurativas a la luz del Nuevo Testamento; y nos llenamos de admiración y gozo ante la belleza, la divina perfección y el orden de todos esos maravillosos símbolos.

También vemos (y esto es de un valor inmenso para nosotros) de qué manera las Escrituras del Nuevo Testamento encajan en las del Antiguo. Vemos la hermosa unidad del divino Volumen y cuán manifiesto es que un mismo y único Espíritu lo haya inspirado todo, desde su principio hasta el fin. Somos fortalecidos en nuestra fe por la divina inspiración de las Santas Escrituras. Nuestros corazones son guardados de todos los ataques blasfemos de los escritores incrédulos. Nuestras almas se elevan a la cima del monte. Las glorias morales del divino Volumen brillan sobre nosotros con todo su fulgor celestial. Podemos ver vagar a nuestros pies las nubes y frías nieblas de los pensamientos de la incredulidad. Estas no deben afectarnos. Los escritores incrédulos no conocen absolutamente nada de las glorias morales de la Escritura. Un momento transcurrido en la eternidad extinguirá por completo los pensamientos de todos los incrédulos y ateos que se han manifestado contra la Biblia y su Autor.

Al considerar la fiesta de las semanas o pentecostés, llama nuestra atención la diferencia que ella presenta con la festividad de los panes sin levadura. En primer lugar se nos habla de una “ofrenda voluntaria”. En ello tenemos una figura de la Iglesia, formada por el Espíritu Santo y presentada a Dios como

primicias de sus criaturas

“

(Santiago 1:18).

Ya vimos este rasgo del tipo en nuestro «Estudio sobre el libro del Levítico», capítulo 23, por lo cual no nos detendremos nuevamente en ello sino que nos limitaremos a lo que es puramente de Deuteronomio. El pueblo debía ofrecer el tributo de una ofrenda voluntaria en proporción

a las bendiciones que Jehová, su Dios les había dado. En la pascua no había nada semejante a eso, porque esta muestra a Cristo ofreciéndose a sí mismo por nosotros como sacrificio, y no como una ofrenda nuestra. Ella nos recuerda nuestra liberación del pecado y de Satanás, y lo que esa liberación costó. En ella vemos los intensos sufrimientos de nuestro precioso Salvador prefigurados por el cordero asado. Recordamos que nuestros pecados fueron cargados sobre él. Fue molido por nuestras iniquidades, juzgado por nosotros, y este pensamiento nos conduce a una profunda aflicción de corazón, o lo que pudiéramos llamar el verdadero arrepentimiento cristiano. No debemos olvidar nunca que el arrepentimiento no es una mera emoción transitoria de un pecador cuando abre sus ojos por primera vez ante su propio estado, sino la condición moral permanente del cristiano ante la cruz y los sufrimientos de nuestro Señor Jesucristo. Si se comprendiera mejor esta verdad, y estuviéramos más compenetrados de ella, veríamos más profundidad y solidez en la vida y el carácter cristianos. Desgraciadamente, faltan en la gran mayoría de nosotros.

## **El Espíritu Santo**

En la fiesta de Pentecostés tenemos el poder del Espíritu Santo y los variados efectos de su bendita presencia en nosotros y con nosotros. Él nos habilita para presentar nuestros cuerpos y todo lo que tenemos como una ofrenda voluntaria a nuestro Dios, de conformidad con las bendiciones que nos ha dado. Esto solo puede ser llevado a cabo por el poder del Espíritu Santo. Por eso se nos presenta esta figura, no en la pascua que prefiguraba la muerte de Cristo, ni tampoco en la fiesta de los panes sin levadura que representaba el efecto moral de aquella muerte sobre nosotros, en arrepentimiento, juicio de sí mismo y santidad práctica, sino en el pentecostés, tipo reconocido del precioso don del Espíritu Santo.

El Espíritu es quien nos capacita para comprender los derechos de Dios sobre nosotros, y que solo pueden medirse por la amplitud de la bendición divina. Él nos hace ver y entender que todo lo que somos y lo que tenemos pertenece a Dios. Él nos da el gozo de consagrarnos totalmente a Dios, espíritu, alma y cuerpo, lo que es por cierto una “ofrenda voluntaria”. No es por obligación, sino voluntariamente. No hay ni un átomo de esclavitud, porque

donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad



(2 Corintios 3:17).

Resumiendo, tenemos aquí el espíritu y el carácter moral de todo el servicio y vida cristianos. El alma que está bajo la ley no puede entender ni la fuerza ni la belleza de esto, porque jamás ha recibido el Espíritu. Las dos cosas son incompatibles. Es lo que el apóstol dice a las desorientadas asambleas de Galacia: “Esto solo quiero saber de vosotros: ¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por el oír con fe?... Aquel, pues, que os suministra el Espíritu, y hace maravillas entre vosotros, ¿lo hace por las obras de la ley, o por el oír con fe?” (Gálatas 3:2-5). El precioso don del Espíritu Santo es consecuencia de la muerte, resurrección, ascensión y glorificación de nuestro adorable Salvador y Señor Jesucristo. Por lo tanto nada puede tener en común con las “obras de la ley”, no importa bajo qué forma sea. La presencia del Espíritu Santo en la tierra y su habitación en y entre los verdaderos creyentes es una característica del cristianismo, que no era ni podía ser conocida en los tiempos del Antiguo Testamento. Ni siquiera la conocían los discípulos durante el tiempo de la vida de nuestro Señor en la tierra. Él mismo les diría la víspera de Su marcha: “Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré” (Juan 16:7).

Esto prueba claramente que aun los que gozaban del elevado y precioso privilegio de vivir en compañía del Señor debían ser colocados en una situación propicia a causa de Su partida y la venida del Consolador. También leemos: “Si me amáis, guardad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros” (Juan 14:15-17). Ahora no podemos entrar en detalles sobre este inmenso tema. Aunque nos gustaría hacerlo, el espacio de que disponemos no lo permite. Debemos limitarnos a uno o dos puntos que nos sugiere la fiesta de las semanas según se presenta en nuestro capítulo.

Ya hicimos referencia al interesante hecho de que el Espíritu Santo es la fuente viva y el poder de la vida de dedicación y consagración personales prefigurada por el tributo de la “abundancia voluntaria”. El sacrificio de Cristo es el fundamento, y la presencia del Espíritu Santo es el poder de la dedicación del cristiano en espíritu, alma y cuerpo a Dios. “Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional” (Romanos 12:1).

## Te alegrarás

Pero hay otro punto de gran interés en el versículo 11 de nuestro capítulo: “Te alegrarás delante de Jehová tu Dios”. No tenemos semejantes palabras en la fiesta pascual, ni en la fiesta de los panes sin levadura. La alegría no hubiera estado en relación moral con esas fiestas. Si bien la pascua es la misma base del gozo que podemos experimentar aquí o que experimentaremos en la eternidad, esta fiesta siempre nos hace recordar la muerte de Cristo, sus sufrimientos, sus dolores, todo aquello que él experimentó cuando las olas de la justa ira de Dios pasaron sobre su alma. Nuestros corazones deberían fijarse en estos misterios cuando nos reunimos alrededor de la mesa del Señor y celebramos la fiesta por medio de la cual anunciamos la muerte del Señor hasta que él venga.

En la fiesta de pentecostés el júbilo y la alegría eran un rasgo sobresaliente. Nada oímos de “hierbas amargas” o de “pan de aflicción”, porque es la figura de la venida del otro Consolador. Es el descenso del Espíritu Santo procediendo del Padre y enviado por Cristo resucitado. Cristo, ascendido y glorificado como la Cabeza en los cielos, llena los corazones de su pueblo de alabanza, acciones de gracias y gozo triunfal. Nos pone en una plena y bendita comunión con su Cabeza glorificada, con el triunfo que consiguió sobre el pecado, la muerte, el infierno, Satanás y todos los poderes de las tinieblas. La presencia del Espíritu va unida a la libertad, a la luz, al poder y al gozo. Por eso leemos:

Los discípulos estaban llenos de gozo y del Espíritu Santo



(Hechos 13:52).

Las dudas, los temores y la esclavitud de la ley desaparecen ante el precioso ministerio del Espíritu Santo.

Debemos distinguir entre su obra en nosotros y su morada en nosotros, entre la obra vivificante y su acción al sellarnos. El primer albor de convicción de pecado en el alma es producto de la obra del Espíritu. Su bendita operación es la que conduce a todo verdadero arrepentimiento, y esta no produce gozo. Es absolutamente necesaria y esencial, pero genera una profunda aflicción. Sin embargo, cuando por la gracia creemos en un Salvador resucitado y glorificado, entonces el Espíritu Santo viene y hace su morada en nosotros como sello y como las arras de nuestra herencia, prueba irrefutable de haber sido aceptados por Dios Padre en su amado Hijo (Efesios 1:6, 13-14).



Esto sí nos llena de un gozo inefable y glorioso. Siendo colmados nos convertimos en canales de bendición para otros. “El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo, del Espíritu que habrían de recibir los que creyesen en él; pues aun no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado” (Juan 7:38-39). El Espíritu es el manantial del poder y del gozo en el corazón del creyente. Nos prepara, nos llena y nos emplea como vasos suyos para ministrar la bendición a las almas sedientas que nos rodean. Nos une al Hombre glorificado en los cielos, nos mantiene en viva comunión con él y nos habilita para ser, en nuestra débil medida, la expresión de lo que él es. Cada paso del cristiano debería emitir la fragancia de Cristo. Si alguien pretende ser cristiano y muestra un carácter profano, sentimientos egoístas, espíritu de avaricia, codicioso y mundano, un corazón ambicioso, lleno de celos carnales, envidioso u orgullo, niega o desmiente su profesión. Deshonra el santo nombre de Cristo y acumula vituperios sobre aquel glorioso cristianismo que profesa, del cual tenemos una bella figura en la fiesta de las semanas. Esta fiesta se caracterizaba por la alegría originada en la bondad de Dios y expandida en todas las direcciones, abrazando en su círculo a todos los sufridos y necesitados. “Y te alegrarás delante de Jehová tu Dios, tú, tu hijo, tu hija, tu siervo, tu sierva, el *levita* que habitare en tus ciudades, y el *extranjero*, el *huérfano* y la *viuda* que estuvieren en medio de ti” (v. 11).

¡Qué bello es esto! ¡Qué perfección en los sentimientos! ¡Si tan solo el mundo pudiese ver a Cristo manifestado con fidelidad por nosotros! ¿Dónde están esos ríos de aguas refrescantes que debieran fluir de la Iglesia de Dios? ¿Dónde aquellas cartas de Cristo, conocidas y leídas por todos los hombres? ¿Dónde podemos ver en los caminos de su pueblo una reproducción práctica de la vida de Cristo, de tal manera que pudiésemos decir: “Allí hay verdadero cristianismo?”. Quiera el Espíritu de Dios despertar en nuestros corazones un deseo más intenso de ser conformes a la imagen de Cristo en todo. ¡Quiera él revestir de su poder a la Palabra de Dios que tenemos en nuestras manos y en nuestras casas! Solo así podrá ella hablar a nuestros corazones y conciencias, induciéndonos a juzgarnos a nosotros, nuestros caminos y asociaciones, a través de su luz celestial. Podremos aumentar de ese modo el número de esos verdaderos testigos, consagrados enteramente a Jesús y reunidos en su nombre, ¡en espera de su venida!

## **La fiesta de los tabernáculos y el lugar de su celebración**

Vamos a dedicarnos por unos momentos a la institución de la fiesta de los tabernáculos, que complementa de manera notable la serie de verdades presentadas en nuestro capítulo.

“La fiesta solemne de los tabernáculos harás por siete días, cuando hayas hecho la cosecha de tu era y de tu lagar. Y te alegrarás en tus fiestas solemnes, tú, tu hijo, tu hija, tu siervo, tu sierva, y el levita, el extranjero, el huérfano y la viuda que viven en tus poblaciones. Siete días celebrarás fiestas solemnes a Jehová tu Dios *en el lugar que Jehová escogiere*; porque te habrá bendecido Jehová tu Dios en todos tus frutos, y en toda la obra de tus manos, y estarás verdaderamente alegre. Tres veces cada año aparecerá todo varón tuyo delante de Jehová tu Dios en el lugar que él escogiere: en la fiesta solemne de los panes sin levadura, y en la fiesta solemne de las semanas, y en la fiesta solemne de los tabernáculos. Y ninguno se presentará delante de Jehová con las manos vacías; cada uno con la ofrenda de su mano, conforme a la bendición que Jehová tu Dios te hubiere dado” (v. 13-17).

Se presenta aquí la admirable figura del porvenir de Israel. La fiesta de los tabernáculos no ha tenido aún su cumplimiento. La pascua y el pentecostés se cumplieron ya en la preciosa muerte de Cristo y en el descenso del Espíritu Santo. Pero la tercera fiesta señala el porvenir y

“ la restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo (Hechos 3:21).

Notemos bien el tiempo en que esta fiesta debía celebrarse. Debía hacerse “cuando hayas hecho la cosecha de tu era y de tu lagar”; en otras palabras, después de la siega y la vendimia. Ahora bien, hay una distinción muy marcada entre estas dos cosas. Una habla de gracia y la otra habla de juicio. Al finalizar el siglo Dios recogerá su trigo en el alfolí; luego se pisará el lagar en un juicio terrible (Apocalipsis 19:15).

En Apocalipsis capítulo 14 tenemos un solemne pasaje referente a este asunto. “Miré, y he aquí una nube blanca; y sobre la nube uno sentado semejante al Hijo del Hombre, que tenía en la cabeza una corona de oro, y en la mano una hoz aguda. Y del templo salió otro ángel, clamando a gran voz al que estaba sentado sobre la nube: Mete tu hoz, y siega; porque la hora de segar ha llegado, pues la mies de la tierra está madura” (v. 14-15). Aquí tenemos la siega; y luego: “Salió otro ángel del templo que está en el cielo, teniendo también una hoz aguda. Y salió del altar otro ángel, que tenía poder sobre el fuego, y llamó a gran voz al que tenía la hoz aguda, diciendo: Mete tu hoz aguda, y vendimia los racimos de la tierra, porque sus uvas están maduras. Y el ángel arrojó su hoz en la tierra, y vendimió la viña de la tierra, y echó las uvas en el gran lagar de la ira

de Dios. Y fue pisado el lagar fuera de la ciudad, y del lagar salió sangre hasta los frenos de los caballos, por mil y seiscientos estadios” (v. 17-20). ¡Cifra igual a la longitud de la tierra de Palestina!

Esas figuras apocalípticas, expuestas con sus propias características, son escenas que ocurrirán antes de la celebración de la fiesta de los tabernáculos. Cristo recogerá su trigo en el alfolí celestial y después de ello vendrá con aplastante juicio sobre la cristiandad. De este modo cada sección del Libro inspirado: el pentateuco, los salmos, los profetas, los evangelios (o hechos de Cristo), los Hechos (del Espíritu Santo), las epístolas y el Apocalipsis, todos tienden a establecer de una manera incontrovertible el hecho de que el mundo no será convertido por el Evangelio, que las cosas en la tierra no mejorarán, sino que por el contrario irán de mal en peor. Ese glorioso tiempo prefigurado por la fiesta de los tabernáculos *debe ir precedido* por la vendimia de la viña de la tierra, de la cual las uvas serán echadas en el lagar de la ira del Dios Todopoderoso.

¿Cómo es posible que ante tantas pruebas divinas, proporcionadas por cada una de las secciones del canon inspirado, los hombres persistan en abrigar la ilusoria esperanza de un mundo convertido por el Evangelio? ¿Qué significa, pues, recoger “el trigo” y pisar la vendimia “en el lagar”? Obviamente no habla de un mundo convertido. Quizá se nos diga que no podemos edificar nada sobre los paradigmas mosaicos y los símbolos Apocalípticos. Podría ser así si no tuviéramos más que figuras y símbolos. Pero cuando todos los rayos de la lámpara de la inspiración celestial convergen sobre esos tipos y símbolos, descubrimos su profundo significado en nuestras almas. Los encontramos en perfecta armonía con las voces de los profetas, de los apóstoles y las vivas enseñanzas de nuestro Señor. En otras palabras, todo habla el mismo lenguaje, enseña la misma lección y lleva el mismo testimonio sobre esta verdad: al final del presente siglo, en vez de un mundo convertido y preparado para un milenio espiritual, habrá una viña cubierta y cargada de racimos maduros para el lagar de la ira del Dios Todopoderoso.

Si el cristianismo profesante, principalmente sus maestros, aplicara sus corazones al estudio de estas solemnes realidades, ¡qué diferente sería! ¡Quiera el Señor arraigar en sus corazones estas verdades, de tal modo que arrojen al viento las ilusiones que tanto daño hacen a las almas, y acepten la verdad de Dios tan claramente revelada y expuesta!

## **La redención, la presencia del Espíritu Santo y la esperanza de la gloria**

Antes de terminar esta sección quisiéramos recordarle al lector cristiano que debemos mostrar en nuestra vida diaria la bendita influencia de esas verdades que hemos meditado. El cristianismo está caracterizado por esos tres actos fundamentales: la redención, la presencia del Espíritu Santo y la esperanza de la gloria. El cristiano es redimido por la preciosa sangre de Cristo, está sellado por el Espíritu Santo y espera a su Salvador.

Estos son sólidos hechos, realidades divinas y grandes verdades fundamentales. No son meros principios u opiniones, sino que están destinados a ser un poder vivo en nuestras almas y a brillar en nuestras vidas. ¡Son bendiciones prácticas! Notemos la marea de alabanza y acción de gracias, gozo y bendición fluyendo de la congregación de Israel reunida alrededor de Jehová. Alabanza y acciones de gracia ascendían a Dios, y las corrientes de una generosa compasión fluían del corazón del pueblo sobre todos los necesitados. “Tres veces cada año aparecerá todo varón tuyo delante de Jehová tu Dios... *Y ninguno se presentará delante de Jehová con las manos vacías; cada uno con la ofrenda de su mano, conforme a la bendición que Jehová tu Dios te hubiere dado*” (v. 16-17).

No debían presentarse delante de Jehová con las manos vacías, sino con el corazón lleno de alabanza y las manos llenas de los frutos de la bondad divina para alegrar los corazones de los obreros de Jehová y de los pobres. ¡Qué palabras! Jehová quería reunir a su pueblo alrededor suyo para llenarlo de gozo y alabanza y hacer de él el conducto de sus bendiciones para otros. Israel no debía permanecer bajo sus vides e higueras alegrándose en las ricas y variadas bendiciones gratuitas que lo rodeaban. Esto hubiera podido parecer justo en su momento, pero no habría respondido al pensamiento y al corazón de Dios. No, tres veces al año debían levantarse y trasladarse al lugar del encuentro divinamente designado y entonar sus aleluyas a Jehová su Dios. Debían compartir generosamente con los necesitados lo que él les daba. Dios confirió a su pueblo el precioso privilegio de regocijar el corazón del levita, del extranjero, de la viuda y del huérfano. Esta era la obra en la cual él mismo se deleitaba, ¡bendito sea su Nombre para siempre! ¡Quiso compartir ese deleite con su pueblo! Quería que se supiera, viera y sintiera que el sitio donde se encontraba con su pueblo era una esfera de gozo y alabanza, un centro desde el cual los ríos de bendición desbordaban en todas direcciones.

¿No tiene todo esto una lección para la Iglesia de Dios? ¿No habla esto a lo más íntimo del corazón del que escribe como también del que lee estas líneas? Por cierto que sí. ¡Aprovechemos esta enseñanza! La maravillosa gracia de Dios debe obrar de tal modo sobre nuestros corazones

para que se llenen de alabanzas y nuestras manos de buenas obras. Si las tipologías, sombras y figuras de nuestras bendiciones produjeron tanto agradecimiento y activa benevolencia, ¡cuánto más poderoso debería ser el efecto de las bendiciones reales!

## Consideraciones prácticas

Pero, ¿disfrutamos de nuestras bendiciones? ¿Nos apropiamos de ellas? ¿Nos asimos de ellas con el poder que da la fe simple? Aquí está el secreto de toda la cuestión. ¿Existen cristianos profesantes gozando plenamente de lo que prefiguraba la Pascua, es decir, de la completa liberación del juicio y del presente mundo malo? ¿Dónde están los que gozan de su Pentecostés, es decir, de la morada del Espíritu Santo en ellos? Pregunte a la gran mayoría de los que profesan ser cristianos si han recibido al Espíritu Santo y vea qué respuestas darán. ¿Y qué contestación puede dar el lector? ¿Puede decir: «Sí, gracias a Dios sé que he sido lavado en la preciosa sangre de Cristo y sellado con el Espíritu Santo»? Solo un pequeño número de personas entre la inmensa multitud de cristianos profesantes conoce estas preciosas verdades que son el privilegio del más sencillo miembro del cuerpo de Cristo.

Lo mismo podríamos decir de la fiesta de los tabernáculos. ¡Cuán pocos comprenden su significado! El cristiano es llamado a vivir en el poder actual de lo que representa.

“ Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve (Hebreos 11:1).

Nuestra vida y nuestro carácter deben estar regidos por la influencia de la “gracia” combinada con la “gloria” que esperamos.

Pero si las almas no están fundadas sobre la gracia, y ni siquiera saben que sus pecados son perdonados, si se les enseña que es presunción estar seguros de la salvación, y es humildad y piedad vivir en continua duda y temor; si se les dice que nadie puede estar seguro de su salvación antes de comparecer ante el tribunal de Cristo, ¿cómo podrán mantenerse en un terreno cristiano, manifestar los frutos de la vida cristiana o disfrutar de las esperanzas propias del cristiano? Si un israelita de la antigüedad hubiese dudado acerca de si era o no hijo de Abraham, un miembro de la congregación de Jehová, o de si realmente estaba en la tierra que les había sido prometida, ¿cómo hubiera podido celebrar la fiesta de los panes sin levadura, la de Pentecostés, o la de los tabernáculos? Tales cosas no hubieran tenido significado ni valor alguno para él. Incluso podemos afirmar que ningún israelita hubiese pensado en algo tan absurdo.

¿Cómo es, pues, posible que los profesantes, de los cuales muchos son verdaderos cristianos, verdaderos hijos de Dios, no sean capaces de establecerse en el verdadero terreno cristiano? Ven transcurrir los días de su vida entre dudas y temores. Sus ejercicios y servicios religiosos los cumplen como una obligación legal y una preparación moral para la vida futura. Muchas almas, realmente piadosas, se mantienen en dicho estado durante toda su vida; y no comprenden ni consideran la “esperanza bienaventurada” (Tito 2:13) que la gracia ha puesto ante nosotros para animar nuestros corazones y apartarnos de las circunstancias presentes. La tratan como una simple utopía. Ellas esperan el día del juicio en lugar de aguardar al brillante “Lucero de la mañana” (2 Pedro 1:19). Oran por el perdón de sus pecados y piden a Dios el don del Espíritu Santo cuando deberían regocijarse en la segura posesión de la vida eterna, de la justicia divina y del Espíritu de adopción.

Todo esto se opone directamente a las sencillas y claras enseñanzas del Nuevo Testamento. Es completamente ajeno al verdadero espíritu del cristianismo. Destruye la paz del cristiano e impide el verdadero e inteligente servicio y testimonio cristianos. Es imposible presentarse ante el Señor con el corazón lleno de alabanza por los privilegios que no se gozan, o con sus manos llenas de bendición.

Pedimos la más diligente atención de los hijos de Dios, en la iglesia profesante, sobre este importante asunto. Les rogamos que escudriñen las Escrituras y vean si encuentran en ellas algo que los autorice a mantener las almas en oscuridad, duda y esclavitud. En ellas hay solemnes amonestaciones, llamamientos apremiantes, serias exhortaciones, y ¡alabamos a Dios por ello! No debemos desdeñarlas. Pero el lector debe comprender claramente que es el precioso privilegio, hasta del más pequeño en la fe de Cristo, saber que sus pecados son perdonados, que ha sido aceptado por Dios Padre en Cristo resucitado, sellado por el Espíritu Santo, y que ha heredado la gloria eterna. Por la soberana e infinita gracia, estas son sus bendiciones claramente establecidas que el amor de Dios le concede. La sangre de Cristo lo hizo apto y el testimonio del Espíritu Santo se lo asegura.

¡Quiera el gran Pastor y Obispo de las almas, nuestro Señor Jesucristo, guiar a todos sus amados, los corderos y ovejas del rebaño que compró con su sangre, a conocer por medio de las enseñanzas de su Santo Espíritu las cosas que les son concedidas gratuitamente por parte de Dios! ¡Ojalá que quienes las conocen en cierta medida puedan conocerlas más plenamente y manifestar sus preciosos frutos en una vida de verdadera dedicación a Cristo y a su servicio!

Creo que muchos de los que hacemos profesión de estar familiarizados con las verdades de la fe cristiana, no estamos respondiendo debidamente a nuestra profesión. No estamos obrando según el principio expuesto en el versículo 17 de nuestro capítulo: “*Cada uno con la ofrenda de su mano, conforme a la bendición que Jehová tu Dios te hubiere dado*”. Es como si olvidáramos que aunque no tenemos que hacer nada ni dar nada por nuestra salvación, podemos hacer mucho por el Salvador y dar mucho para sus obreros y sus pobres. Es muy peligroso exagerar el principio de que nada tenemos que hacer ni dar. Si en los días de nuestra ignorancia y esclavitud legal trabajábamos y contribuíamos por falsos principios y con fines equivocados, con seguridad no debemos obrar menos y dar menos ahora que profesamos ser salvos y bendecidos con todas las bendiciones espirituales en el Cristo resucitado y glorificado. No debemos contentarnos con comprender y proclamar estas grandes y gloriosas verdades. También el corazón y la conciencia deben ser alcanzados por su acción sagrada, y la conducta y el carácter deben ser puestos bajo su poderoso y santo influjo.

Con toda la ternura y el amor posible ofrecemos al lector estas consideraciones prácticas, animándolo para que las examine con oración. No queremos herir, ofender o hacer desmayar el corazón del más humilde cordero del rebaño de Cristo. Además, no es nuestro propósito arrojar la piedra a nadie, sino sencillamente escribir, como en la presencia de Dios, y hacer sonar a oídos de la Iglesia una nota de alarma ante lo que constituye un gran peligro. Creemos que es urgente considerar atentamente nuestros caminos y humillarnos ante el Señor a causa de nuestras numerosas faltas, deficiencias e inconsecuencias, y buscar junto a él la gracia para ser más sinceros, dedicados y decididos en nuestro testimonio por él.

# Dios ha confiado al hombre el desempeño de la justicia

## El decreto divino

Debemos recordar que la división de la Escritura en capítulos y versículos es un ajuste enteramente humano, muy conveniente para encontrar las referencias, pero en ocasiones injustificado y mal relacionado. Así podemos ver que los versículos que terminan el capítulo 16 tienen mayor relación con lo que sigue al principio del capítulo 17 que con lo que les precede.

“Jueces y oficiales pondrás en todas tus ciudades que Jehová tu Dios te dará en tus tribus, los cuales juzgarán al pueblo con justo juicio. No tuerzas el derecho; no hagas acepción de personas, ni tomes soborno; porque el soborno ciega los ojos de los sabios, y pervierte las palabras de los justos. La justicia, la justicia seguirás, para que vivas y heredes la tierra que Jehová tu Dios te da” (cap. 16:18-20).

Estas palabras nos enseñan una doble lección. En primer lugar exponen la justicia imparcial y la verdad perfecta que caracterizan al gobierno de Dios. Cada caso se juzga de acuerdo con sus propios méritos y sobre la base de sus hechos. El juicio es tan claro y simple que no hay lugar para los argumentos o dudas; es inútil toda discusión. Y si se levanta alguna queja, se nos impone silencio: “Amigo, no te hago agravio” (Mateo 20:13). Esto se aplica siempre al gobierno de Dios y nos hace desear el reinado milenial de Cristo, cuando ese gobierno sea establecido

desde el nacimiento del sol hasta donde se pone

“

(Salmo 113:3),

es decir, hasta los términos de la tierra.

## El hombre en este cargo

Pero, por otro lado, de las palabras antes citadas también aprendemos lo que hace el hombre abandonado a sí mismo en ese cargo. No podemos confiar en él ni por un momento. El hombre es capaz de *torcer* “el derecho”, hacer “acepción de personas”, tomar “soborno” o concederle importancia a una persona debido a su posición y fortuna. Esto es evidente por el hecho de que se le ha ordenado que no lo haga. Siempre debemos recordar que si Dios manda al hombre que no hurte, es porque el hurto está en la misma naturaleza humana.



De ahí, pues, que el juicio y el gobierno humanos están subordinados a la más grosera corrupción. Si no están bajo la directa influencia del principio divino, los jueces y los gobernantes son capaces de pervertir el derecho, movidos por amor al soborno; pueden favorecer al malvado porque es rico o condenar al justo porque es pobre. Serán capaces de dar un fallo en flagrante oposición a actos muy evidentes para obtener una ventaja cualquiera, ya sea en dinero, influencia, popularidad o poder.

Para probar esto solo es necesario recordar a hombres como Pilato, Herodes, Félix o Festo. Analizando el pasaje citado podemos ver lo que es *el hombre* aun cuando está revestido de dignidad oficial, sentado en un trono de gobierno o en un tribunal de justicia.

Al leer estas líneas quizás alguien se sienta tentado a exclamar, empleando el lenguaje de Hazael: “¿Qué es tu siervo, este perro, para que haga tan grandes cosas?” (2 Reyes 8:13). Pero recordemos que el corazón humano es el semillero de todo pecado, de toda vileza, de toda la maldad abominable y despreciable que se ha cometido en el mundo. La prueba irrefutable de esto se halla en los decretos, mandamientos y prohibiciones que constan en las Escrituras.

Y en esto tenemos una respuesta a la pregunta: “¿Qué tenemos que ver nosotros con la mayoría de las leyes e instituciones expuestas en la dispensación mosaica? ¿Por qué están mencionadas en la Biblia? ¿Es posible que sean inspiradas?”. Sí, lo son, y aparecen en las sagradas páginas para que podamos ver, como en un espejo divinamente perfecto, nuestra moral, los pensamientos que somos capaces de concebir, las palabras que nos atrevemos a emplear y los hechos que podemos *realizar*.

¿No tiene valor esto? ¿No es saludable encontrar, por ejemplo, en algunos pasajes de este profundo y hermoso libro del Deuteronomio, que la naturaleza humana es capaz de cometer acciones que nos colocan a un nivel moral más bajo que el de las bestias? Por supuesto que lo es, y sería bueno que muchos de los que andan en orgullo farisaico, envanecidos y henchidos con falsas ideas de dignidad y alta moralidad aprendieran esta lección profundamente humillante.

## **El tiempo futuro en el cual la justicia reinará**

Pero, ¡qué belleza moral! ¡Qué puros, refinados y elevados eran los decretos divinos para Israel! No debían torcer el derecho, sino hacer que siguiera su curso recto, sin hacer acepción de personas. El pobre andrajoso debía ser tratado de la misma manera que el rico. La decisión del tribunal no debía torcerse por la parcialidad o el prejuicio, ni el manto del juez debía ser manchado por la corrupción.

¡Oh, qué bendición para esta tierra oprimida y quejumbrosa cuando sea gobernada por las admirables leyes registradas en las inspiradas páginas del Pentateuco, cuando un rey reinará con rectitud y príncipes decretarán justicia! “Oh Dios, da tus juicios al rey, y tu justicia al hijo del rey. Él juzgará a tu pueblo con justicia, y a *tus afligidos* con juicio” (Salmo 72:1-2). Entonces no se desviará de la justicia, no habrá corrupción ni parcialidad.

El corazón suspira por aquel bendito tiempo en el cual todo esto se cumplirá: cuando la tierra esté llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar; cuando el Señor Jesús tome sobre sí su gran poder y entre en su reino; cuando la Iglesia, en el cielo, refleje los rayos de la gloria de Él sobre la tierra. Entonces las doce tribus de Israel reposarán bajo la vid y la higuera en el país de la promesa, y todas las naciones de la tierra se regocijarán bajo el pacífico y benévolo gobierno del Hijo de David. ¡Gracias y alabanzas a nuestro Dios!, dentro de poco tiempo todo esto será cumplido, según los eternos consejos e inmutables promesas de Dios. Hasta entonces, amado lector cristiano, es nuestro privilegio vivir por la fe en la constante y ferviente anticipación de ese brillante y bendito tiempo, atravesando este impío mundo como extranjeros y peregrinos que no tienen sitio ni porción aquí abajo, sino repitiendo sin cesar la oración: ¡

Ven, Señor Jesús!  
“ (Apocalipsis 22:20).

## **El altar pagano y el altar de Dios**

En las últimas líneas del capítulo 16 se amonestaba a Israel para que se mantuviera separado de las costumbres religiosas de las naciones que lo rodeaban. El pueblo debía evitar cuidadosamente todo lo que pudiera llevarlo hacia la oscura y abominable idolatría de las naciones paganas de alrededor. El altar de Dios debía ser totalmente distinto y separado de aquellas imágenes de Asera o ídolos femeninos objetos de cultos infames. Cualquier cosa que pudiera desviar al corazón del Dios vivo y verdadero, debía ser evitada con esmero.

Además, no bastaba mantener una correcta forma exterior; las imágenes y aseras podían ser abolidas, y la nación podía reconocer la unidad de Dios; a pesar de ello, en el culto que se tributaba podía haber una completa carencia de sinceridad y verdadera devoción a Dios. Por esto leemos: “No ofrecerás en sacrificio a Jehová tu Dios, buey o cordero en el cual haya falta o alguna cosa mala, pues es abominación a Jehová tu Dios” (cap. 17:1).

Solo lo que era perfecto podía convenir al altar de Dios y satisfacer su corazón. Ofrecerle una cosa defectuosa era sencillamente demostrar una ausencia total de amor por él. Ofrecerle un sacrificio imperfecto equivalía a proferir la horrible blasfemia de que *cualquier cosa era suficientemente buena para él*.

Oigamos las indignadas palabras del Espíritu Santo en boca del profeta Malaquías: “Ofrecéis sobre mi altar pan inmundo. Y dijisteis: ¿En qué te hemos deshonrado? En que pensáis que la mesa de Jehová es despreciable. Y cuando ofrecéis el animal ciego para el sacrificio, ¿no es malo? Asimismo cuando ofrecéis el cojo o el enfermo, ¿no es malo? Preséntalo, pues, a tu príncipe; ¿acaso se agradará de ti, o le serás acepto? dice Jehová de los ejércitos. Ahora, pues, orad por el favor de Dios, para que tenga piedad de nosotros. Pero ¿cómo podéis agradarle, si hacéis estas cosas? dice Jehová de los ejércitos. ¿Quién también hay de vosotros que cierre las puertas o alumbre mi altar de balde? Yo no tengo complacencia en vosotros, dice Jehová de los ejércitos, ni de vuestra mano aceptaré ofrenda. Porque desde donde el sol nace hasta donde se pone, es grande mi nombre entre las naciones; y en todo lugar se ofrece a mi nombre incienso y ofrenda limpia, porque grande es mi nombre entre las naciones, dice Jehová de los ejércitos. Y vosotros lo habéis profanado cuando decís: Inmunda es la mesa de Jehová, y cuando decís que su alimento es despreciable. Habéis además dicho: ¡Oh, qué fastidio es esto! y me despreciáis, dice Jehová de los ejércitos; y trajisteis lo hurtado, o cojo, o enfermo, y presentasteis ofrenda. ¿Aceptaré yo eso de vuestra mano? dice Jehová. Maldito el que engaña, el que teniendo machos en su rebaño, promete, y sacrifica a Jehová lo dañado. Porque yo soy Gran Rey, dice Jehová de los ejércitos, y mi nombre es temible entre las naciones” (cap. 1:7-14).

Todo esto ¿no le dice nada a la iglesia profesante? ¿No hay en nuestro culto privado o público una deplorable falta de *amor*, de devoción, fervor, santa energía e integridad de intención? ¿No hay muchas cosas que corresponden a la ofrenda de los animales cojos o enfermos, defectuosos o despreciables? ¿No hemos de juzgarnos por nuestra esterilidad, formalismo y divagación aun en la misma mesa del Señor? ¡Cuán a menudo estamos físicamente junto a la mesa, mientras nuestros livianos corazones y pensamientos están muy lejos! ¡Cuántas veces nuestros labios pronuncian palabras que no son la expresión verdadera del estado de nuestro ser moral! Expresamos más de lo que sentimos. Cantamos lo que no experimentamos.

Lector cristiano, consideremos el tema del culto y de la devoción en la misma presencia divina, contemplando la gracia que nos ha salvado de las llamas eternas. Reflexionemos con calma en los preciosos y poderosos *derechos* de Cristo sobre nosotros. No nos pertenecemos a nosotros

mismos, hemos sido comprados por precio. A aquel que se entregó por nosotros le debemos no solamente *lo mejor* que tenemos, sino *todo* lo que poseemos. ¿No lo reconocemos así? Si nuestros corazones lo reconocen, expresémoslo, pues, ¡con nuestras vidas! ¡Declaremos de un modo más preciso de quién somos y a quién servimos! Consagrémosle sin reserva alguna el corazón, la mente, las manos, los pies y, en fin, todo nuestro ser, por el poder del Espíritu Santo y según la enseñanza de la Santa Escritura. ¡Quiera Dios que así sea para nosotros y para todos los que forman su amado pueblo!

## **El juicio establecido sobre el testimonio de dos o tres testigos**

Un tema muy importante y práctico va a ocupar ahora nuestra atención.

“Cuando se hallare en medio de ti, en alguna de tus ciudades que Jehová tu Dios te da, hombre o mujer que haya hecho mal ante los ojos de Jehová tu Dios traspasando su pacto, que hubiere ido y servido a dioses ajenos, y se hubiere inclinado a ellos, ya sea al sol, o a la luna, o a todo el ejército del cielo, lo cual yo he prohibido; y te fuere dado aviso, y después que oyeres y *hubieres indagado bien*, la cosa pareciere de verdad *cierta*, que tal abominación *ha sido hecha en Israel*”, algo que afectaba a la nación entera, “entonces sacarás a tus puertas al hombre o a la mujer que hubiere hecho esta mala cosa, sea hombre o mujer, y los apedrearás, y así morirán. Por dicho de dos o de tres testigos morirá el que hubiere de morir; no morirá por el dicho de un solo testigo. La mano de los testigos caerá primero sobre él para matarlo, y después la mano de todo el pueblo; así quitarás el mal de en medio de ti” (v. 2-7).

Ya tuvimos la ocasión de mencionar el gran principio expuesto en este pasaje, a saber, la absoluta necesidad de tener un testimonio suficiente, antes de formarnos un juicio del caso. Es una regla invariable en el gobierno divino; la encontramos en toda la Escritura. Es segura y saludable. Si la descuidamos nos extraviamos. Nunca deberíamos emitir un juicio sin el testimonio de dos o tres testigos, y mucho menos expresarlo u obrar en acuerdo con un juicio así formulado. Por más digno de crédito y confianza que pueda ser un solo testigo, no es suficiente para establecer una conclusión. Puede ser que estemos personalmente convencidos de que el asunto es verdadero porque el que lo afirma es alguien en quien tenemos confianza; sin embargo, Dios es más sabio que nosotros. Por lo tanto, aunque ese testigo sea una persona recta y verídica, que no quiera mentir ni dar un falso testimonio contra alguien, debemos atenernos a la regla divina:

“ Solo por el testimonio de dos o tres testigos se mantendrá la acusación  
(Deuteronomio 19:15).

¡Ojalá se atendiera a esto con más diligencia en la Iglesia de Dios! Su valor en todos los casos de disciplina y en cualquier circunstancia que pueda afectar el carácter o la reputación de una persona es incalculable. Antes de que una asamblea llegue a una conclusión o juzgue a alguien, debe tener suficientes evidencias. Si estas no se presentan, que *todos esperen en Dios* con paciencia y confianza; él ciertamente suplirá lo que falte.

Supongamos, por ejemplo, que haya un mal moral o un error doctrinal en una asamblea de cristianos, pero este solo es conocido por una persona, la cual está perfectamente convencida del hecho. ¿Qué se debe hacer? Esperar que Dios proporcione otros testigos. Obrar de otro modo es infringir un principio divino expuesto con la mayor claridad y repetido una y otra vez en la Palabra de Dios. ¿El testigo único ha de sentirse agraviado o menospreciado si la asamblea no obra según su declaración? Por supuesto que no. Tampoco debería esperar eso, ni adelantarse a testificar hasta que su testimonio pueda corroborarse con la evidencia de uno o dos testigos más. ¿La asamblea podría ser tachada de indiferente o negligente porque rehúsa obrar según el testimonio de un solo testigo? En ningún modo, obrar de otra forma sería ir en contra de un mandamiento divino.

Este gran principio práctico no está limitado a casos de disciplina o a cuestiones relacionadas con las asambleas del pueblo del Señor, sino que es de aplicación general. Nunca debiéramos formarnos un juicio o llegar a una conclusión sin la medida de evidencia divinamente asignada; si esta nos falta, nuestro deber es esperar; y si tenemos que juzgar nosotros en aquel caso, Dios nos proporcionará, a su debido tiempo, la evidencia necesaria.

Este tema requiere la mayor atención del lector, sea cual fuere su posición. Todos estamos propensos a prejuzgar, a dejarnos guiar por impresiones, por sospechas y prevenciones sin fundamento. Evitemos cuidadosamente todo esto. Necesitamos más calma, seriedad y autocontrol para formar y expresar nuestros juicios sobre personas o cosas. Sobre las personas, especialmente, porque podemos perjudicar a un hermano, amigo o vecino, al expresar una falsa impresión o una acusación sin fundamento, convirtiéndonos así en el instrumento por el cual la buena reputación de alguien pueda ser dañada. Esto es muy pecaminoso a los ojos de Dios. Debemos vigilar cuidadosamente para no caer en ello, y reprenderlo con firmeza en nuestros hermanos. Cuando

alguien acusa a una persona que está ausente, debemos insistir en que lo pruebe o que retire su acusación. Si se adoptara esta conducta, nos veríamos libres de un gran cúmulo de maledicciones que son, no solo inútiles, sino notoriamente culpables.

Antes de terminar este tema debemos observar que la historia inspirada nos proporciona varios ejemplos en los cuales algún hombre justo fue condenado, cuando aparentemente se observaba lo dispuesto en Deuteronomio 17:6-7. Por ejemplo el caso de Nabot en 1 Reyes 21, el de Esteban en Hechos 6 y 7, y sobre todo el caso del único Hombre perfecto que haya pisado este mundo. Por desgracia los hombres pueden, en ocasiones, aparentar respeto hacia los mandamientos de la Escritura y citar sus sagradas palabras en defensa de la más flagrante injusticia y espantosa inmoralidad. Dos testigos falsos acusaron a Nabot de blasfemar contra Dios y el rey; ese fiel israelita fue privado de la vida y de sus bienes por el testimonio de dos hombres mentirosos, sobornados por una mujer impía y cruel. Esteban, varón lleno del Espíritu Santo, fue apedreado por proferir blasfemias, según el testimonio de testigos falsos, sobornados por los jefes religiosos de aquel tiempo. Así, exteriormente podían apoyarse en la autoridad de Deuteronomio 17 para mandar asesinarlo.

Todo esto ilustra de un modo triste y poderoso lo que es el hombre y la religiosidad humana sin conciencia, pero deja intacta la hermosa regla moral expuesta en las primeras líneas de nuestro capítulo. La religión sin conciencia, es decir, sin el temor reverente a Dios, degrada, desmoraliza y endurece el corazón. Uno de sus más terribles rasgos consiste en que los hombres que están bajo su influencia no se avergüenzan ni temen hacer mal uso de la Santa Escritura para justificar las más horribles maldades.

Pero, gracias a Dios, su Palabra brilla ante nuestras almas con toda su pureza celestial, su divina virtud y su santa moralidad. Además vuelve contra el enemigo todas las tentativas de sacar de sus sagradas páginas una excusa para algo que no es cierto, ni venerable, justo, puro, amable o de buena reputación.

## **Regla para resolver litigios en Israel y en la Iglesia de Dios**

Vamos a citar ahora el segundo párrafo de nuestro capítulo: “Cuando alguna cosa te fuere difícil en el juicio, entre una clase de homicidio y otra, entre una clase de derecho legal y otra, y entre una clase de herida y otra, en negocios de litigio en tus ciudades; entonces te levantarás y *recurrirás al lugar que Jehová tu Dios escogiere*; y vendrás a los sacerdotes levitas, y al juez que hubiere en aquellos días, y preguntarás; y ellos te enseñarán la sentencia del juicio. Y harás según la sen-

tencia que te indiquen los *del lugar que Jehová escogiere*, y cuidarás de hacer según todo lo que te manifiesten. Según la ley que te enseñen, y según el juicio que te digan, harás; no te apartarás ni a diestra ni a siniestra de la sentencia que te declaren. Y el hombre que procediere con soberbia, no obedeciendo al sacerdote que está para ministrar allí delante de Jehová tu Dios, o al juez, el tal morirá; y quitarás el mal de en medio de Israel. Y todo el pueblo *oirá, y temerá, y no se ensobrecerá*” (v. 8-13).

Dios proveía aquí todo lo necesario para esclarecer de manera perfecta todas las cuestiones que pudieran plantearse en medio de la congregación de Israel. Estas debían exponerse ante la presencia divina, *en el lugar que Dios había señalado* y por la autoridad que él había designado. De ese modo se evitaban la terquedad y la presunción. Todo asunto de controversia debía ser resuelto por el juicio de Dios y expresado por el sacerdote o juez designado por Dios para tal objeto.

En otras palabras, era un asunto que dependía de la autoridad divina. Un hombre no debía alzarse contra otro con terquedad y presunción. Esto no era conveniente en la asamblea de Dios. Cada cual debía someter su causa a un tribunal divino e inclinarse ante su decisión. No habría apelación, porque no había un tribunal superior. El sacerdote o el juez, divinamente designado, hablaba como oráculo de Dios, y tanto el acusador como el acusado debían aceptar la sentencia.

Vemos claramente que ningún miembro de la congregación de Israel habría pensado jamás en llevar el litigio ante un tribunal gentil. Esto hubiera sido un insulto al mismo Jehová, quien estaba entre ellos para emitir juicio en toda desavenencia que pudiera presentarse. Ciertamente Dios bastaba. Él conocía lo *interno* y lo *externo*, el *pro* y el *contra*, el origen y el final de toda controversia, por enmarañada y difícil que fuese. Todos debían mirar a Dios y llevar sus causas al lugar que él había escogido, no a otra parte. La idea de que dos miembros de la asamblea de Dios se presentaran ante un tribunal de incircuncisos en demanda de justicia no era tolerada. Hubiera sido como decir que había un defecto en el orden establecido por Dios para la congregación. ¿No nos enseña nada esto? ¿Cómo han de arreglar los cristianos sus diferencias y controversias? ¿Deben recurrir al mundo para pedir justicia? ¿No hay en la asamblea de Dios lo necesario para arreglar las diferencias que se presenten? Oigamos lo que el apóstol dice sobre este punto a la asamblea de Corinto y a

“ todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo, Señor de ellos y nuestro (1 Corintios 1:2),

y por consiguiente a los verdaderos cristianos de hoy día.

“¿Osa alguno de vosotros, cuando tiene algo contra otro, ir a juicio delante de los injustos, y no delante de los santos? ¿O no sabéis que los santos han de juzgar al mundo? Y si el mundo ha de ser juzgado por vosotros, ¿sois indignos de juzgar cosas muy pequeñas? ¿O no sabéis que hemos de juzgar a los ángeles? ¿Cuánto más las cosas de esta vida? Si, pues, tenéis juicios sobre cosas de esta vida, ¿ponéis para juzgar a los que son de menor estima en la iglesia? Para avergonzaros lo digo. ¿Pues qué, no hay entre vosotros sabio, ni aun uno, que pueda juzgar entre sus hermanos, sino que el hermano con el hermano pleitea en juicio, y esto ante los incrédulos? Así que, por cierto es ya una falta en vosotros que tengáis pleitos entre vosotros mismos. ¿Por qué no sufrís más bien el agravio? ¿Por qué no sufrís más bien el ser defraudados? Pero vosotros cometéis el agravio, y defraudáis, y esto a los hermanos. ¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? *No erréis*” (1 Corintios 6:1-9).

Aquí tenemos la divina instrucción para la Iglesia de Dios en todos los tiempos. No debemos perder de vista el hecho de que la Biblia es el libro para toda la Iglesia durante su curso por esta tierra. Por desgracia la Iglesia no es lo que era cuando estas líneas fueron escritas por el apóstol. Se ha verificado un gran cambio en su condición práctica. En aquellos tiempos no había dificultad en distinguir entre la Iglesia y el mundo, entre “los santos” y los “incrédulos”, entre los de “dentro” y los de “fuera”. La línea de demarcación en aquellos días era amplia, precisa e inconfundible. Nadie se podía equivocar ante tales cosas. Si se consideraba a aquella sociedad desde el punto de vista religioso, se veían el judaísmo, el paganismo y el cristianismo, es decir, los judíos, los gentiles y la Iglesia de Dios (1 Corintios 10:32); o lo que es lo mismo, la sinagoga, el templo pagano y la asamblea de Dios. La asamblea cristiana ofrecía un marcado contraste con todo lo demás. En los primeros tiempos el cristianismo se profesaba y vivía clara y fuertemente. No era un asunto nacional, provincial o parroquial, sino una realidad práctica, viva y personal; una fe práctica y un poder vivo que se manifestaba en la vida diaria.

Las cosas ahora han cambiado completamente. La Iglesia y el mundo andan tan mezclados que la mayoría de los que profesan el cristianismo apenas podrían comprender la fuerza y la verdadera aplicación del pasaje antes citado. Si les habláramos de “los santos” y de “los incrédulos” les parecería como un lenguaje extraño. En verdad la palabra “santo” se usa muy poco en la iglesia profesante, salvo cuando se emplea como burla, o para designar a los que han sido canonizados por una supersticiosa reverencia de la iglesia católica romana.



Pero, ¿ha sobrevenido un cambio en la Palabra de Dios, o en las grandes verdades que ella despliega ante nuestras almas? ¿Han cambiado los pensamientos de Dios respecto a su Iglesia y al mundo, o a las relaciones entre una y otro? ¿No sabe él quiénes son los “santos” y quiénes los “injustos”? ¿Ha dejado de ser “una falta” que el hermano pleitee con otro hermano en juicio, y esto ante los “incrédulos”? En otras palabras: ¿ha perdido la Santa Escritura su poder, filo y aplicación? ¿Es nuestra guía, autoridad, perfecta regla e infalible norma? El gran cambio operado en la condición moral de la Iglesia profesante, ¿ha quitado a la Palabra de Dios su poder de aplicación? La preciosa Revelación de nuestro Padre, ¿se ha convertido, en algunas de sus partes, en letra muerta, en una pieza de escritura anticuada o en un documento correspondiente a épocas pasadas? La ruina moral en que ha caído la mayoría de los que profesan ser cristianos, ¿ha privado a la Palabra de Dios de una sola de sus glorias morales?

Lector, ¿qué respuesta da su corazón a estas preguntas? Le rogamos que las considere con humildad y oración en presencia del Señor. Su respuesta será el indicador correcto de su verdadera posición y su estado moral. ¿No ve claramente que la Escritura no puede perder nunca su poder? Los principios expuestos en 1 Corintios 6, ¿podrían perder su fuerza obligatoria sobre la Iglesia de Dios? No podemos negar, desgraciadamente, que todo ha cambiado, pero “la Escritura no puede ser quebrantada” (Juan 10:35) y por lo tanto, lo que era “una falta” en el primer siglo, no puede ser correcto en el veintiuno. Quizás sea más difícil poner en práctica los principios divinos en esta época, pero jamás debemos abandonarlos u obrar según directivas menos nobles.

Si admitimos que nos es imposible proceder rectamente porque la iglesia responsable se ha extraviado, queda de lado el principio de la obediencia cristiana. Tan injusto es hoy que “el hermano con el hermano” pleitee en juicio ante los incrédulos, como lo era cuando el apóstol escribió su epístola a la asamblea de Corinto. Es verdad que la unidad *visible* de la Iglesia ha desaparecido, ha sido privada de muchos dones, se ha apartado de su condición normal; pero los principios de la Palabra de Dios no pueden perder su poder, como la sangre de Cristo no puede perder su eficacia, ni su Sacerdocio su valor.

Debemos recordar que hay recursos de sabiduría, gracia, poder y dones espirituales atesorados para la Iglesia en Cristo su Cabeza, siempre a disposición de los que tienen fe para servirse de ellos. Estos recursos no están limitados. No debemos esperar ver la casa de Dios restaurada a su condición normal en la tierra. Nuestro privilegio y deber es reconocer cuál es su verdadero lugar, y ocuparlo.

En nuestra condición, en la manera de ver las cosas y en nuestros pensamientos acerca de nosotros mismos y de cuanto nos rodea, se opera un cambio admirable cuando sentamos nuestro pie en el verdadero terreno de la Iglesia de Dios. La Biblia parece un nuevo libro. Vemos todo bajo una nueva luz. Porciones de la Escritura que habíamos leído durante muchos años sin interés ni provecho ahora flamean con luz divina y nos llenan de admiración, amor y alabanza. Vemos todo desde un punto de vista nuevo. Nuestro horizonte moral ha cambiado totalmente. Hemos escapado de la lóbrega atmósfera que envuelve a la iglesia profesante. Ahora podemos mirar a nuestro alrededor y ver las cosas claramente a la luz celestial de la Escritura. De hecho, parece una nueva conversión. Descubrimos que ahora podemos leer la Escritura de un modo inteligente, porque tenemos la llave divina. Vemos que Cristo siempre es el centro y el objeto de todos los pensamientos, propósitos y consejos de Dios; entonces somos conducidos a aquella maravillosa esfera de gracia y gloria que el Espíritu Santo se complace en desarrollar en la preciosa Palabra de Dios.

¡Quiera Dios que el lector comprenda todo esto por el directo y poderoso ministerio del Espíritu Santo! ¡Que sea capacitado para entregarse al estudio de la Escritura y rendirse a sus enseñanzas y autoridad! Que no consulte “con carne y sangre” (Gálatas 1:16), sino que se eche, como un niño, en brazos del Señor y procure ser guiado en su vida práctica con inteligencia espiritual, conforme al pensamiento de Cristo.

## **Cuando establezcas un rey sobre ti**

Atendamos por unos momentos a los últimos versículos de nuestro capítulo, en los cuales tenemos una notable visión del porvenir de Israel, anticipándose al momento en que pedirían un rey.

“Cuando hayas entrado en la tierra que Jehová tu Dios te da, y tomes posesión de ella y la habites, y digas: Pondré un rey sobre mí, como todas las naciones que están en mis alrededores; ciertamente pondrás por rey sobre ti al que Jehová tu Dios escogiere; de entre tus hermanos pondrás rey sobre ti; no podrás poner sobre ti a hombre extranjero, que no sea tu hermano. Pero él no aumentará para sí caballos, ni hará volver al pueblo a Egipto con el fin de aumentar caballos; porque Jehová os ha dicho: No volváis nunca por este camino. Ni tomará para sí muchas mujeres, para que su corazón no se desvíe; ni plata ni oro amontonará para sí en abundancia” (v. 14-17).

Cuán notable es ver que las tres cosas que el rey no debía hacer, fueron precisamente las que hicieron los más grandes y sabios monarcas de Israel. “Hizo también el rey Salomón naves en Ezión-geber, que está junto a Elot en la ribera del Mar Rojo, en la tierra de Edom. Y envió Hiram

en ellas a sus siervos, marineros y diestros en el mar, con los siervos de Salomón, los cuales fueron a Ofir y tomaron de allí oro, cuatrocientos veinte talentos, (más de dos millones) y lo trajeron al rey Salomón”. “E Hiram había enviado al rey ciento veinte talentos de oro”. “El peso del oro que Salomón tenía de renta cada año, era seiscientos sesenta y seis talentos de oro (cerca de tres millones y medio); sin lo de los mercaderes, y lo de la contratación de especias, y lo de todos los reyes de Arabia, y de los principales de la tierra”. También leemos: “E hizo el rey que en Jerusalén la plata llegara a ser como piedras...”. “Y traían de Egipto caballos... a Salomón”. “El rey Salomón amó... a muchas mujeres extranjeras... Y tuvo setecientas mujeres reinas y trescientas concubinas; y sus mujeres desviaron su corazón” (1 Reyes 9:26-28, 14; 10:14-15, 27-28; 11:1, 3).

¡Qué triste historia! Aquí vemos a un hombre dotado de más sabiduría que todos los de su tiempo, rodeado de bendiciones, de dignidades, honores y privilegios extraordinarios. Su copa terrenal estaba llena, no carecía de nada de lo que el mundo puede proporcionar a la felicidad humana. Y no solo esto, sino que su notable oración en la dedicación del templo podía inducirnos a tener las más brillantes esperanzas respecto a él, en cuanto a su carácter personal y oficial.

Pero, es triste decirlo, fracasó del modo más deplorable en cada uno de los detalles sobre los cuales la ley de Dios había hablado tan clara y terminantemente. Se le decía que no multiplicase para sí la plata y el oro, y los multiplicó. Se le decía que no volviese a Egipto a fin de aumentar la cantidad de caballos, y sin embargo fue a Egipto por caballos. Se le dijo que no tomara para sí muchas mujeres, y tuvo un millar de ellas, las cuales desviaron su corazón. ¡Así es el hombre! ¡Oh, cuán poco se puede contar con él!

“ Toda carne es como hierba, y toda la gloria del hombre como flor de la hierba. La hierba se seca, y la flor se cae (1 Pedro 1:24).

“Dejaos del hombre, cuyo aliento está en su nariz; porque ¿de qué es él estimado?” (Isaías 2:22).

¿Cómo explicar la triste y humillante caída de Salomón? Para responder a esta pregunta debemos leer los versículos finales de nuestro capítulo.

“Y cuando se sienta sobre el trono de su reino, entonces escribirá para sí en un libro una copia de esta ley, del original que está al cuidado de los sacerdotes levitas; y *lo tendrá consigo, y leerá en él todos los días de su vida*, para que aprenda a temer a Jehová su Dios, para guardar todas las pala-

bras de esta ley y estos estatutos, para ponerlos por obra; para que no se eleve su corazón sobre sus hermanos, ni se aparte del mandamiento a diestra ni a siniestra; a fin de que prolongue sus días en su reino, él y sus hijos, en medio de Israel” (v. 18-20).

Si Salomón hubiese atendido a estas preciosas e importantes palabras, su historia habría sido muy diferente. No se nos dice que él haya hecho una copia de la ley; y si la hizo, con seguridad no la tuvo en cuenta. Al contrario, le volvió la espalda e hizo precisamente lo que se le prohibía hacer. En conclusión, la causa del fracaso y ruina que tan rápidamente siguió al esplendor del reinado de Salomón, fue el olvido de la sencilla Palabra de Dios.

Esto es solemne para nosotros y nos induce a llamar la atención del lector sobre ello. La Iglesia de Dios, en su totalidad, necesita ser despertada a propósito de este asunto. El descuido de la Palabra de Dios es el origen de todo mal, confusión, errores, sectas y cismas que han existido y existen en el mundo. El único remedio eficaz y soberano contra nuestro lamentable estado se encuentra en volver, cada uno en particular, a la simple, aunque por desgracia descuidada autoridad de la Palabra de Dios. Que cada quien considere cuánto se ha alejado, con toda la iglesia profesante, de la clara y contundente enseñanza del Nuevo Testamento, de los mandamientos de nuestro bendito Señor y Salvador Jesucristo. Humillémonos bajo la poderosa mano de nuestro Dios, y volvamos a él con verdadero arrepentimiento. En su infinita gracia nos restablecerá, nos bendecirá y nos guiará en la preciosa senda de la obediencia que está abierta ante toda alma sinceramente humilde.

¡Que el Espíritu Santo, en su poder irresistible, haga penetrar en el corazón y en la conciencia de todo verdadero miembro del cuerpo de Cristo, la apremiante necesidad de someterse a la autoridad de la Palabra de Dios!

## Los sacerdotes, los levitas

### El servicio y la parte de cada uno

El párrafo con que empieza este capítulo sugiere una serie de verdades muy interesantes y prácticas.

“Los sacerdotes levitas, es decir, toda la tribu de Leví, no tendrán parte ni heredad en Israel; de las ofrendas quemadas a Jehová y de la heredad de él comerán. No tendrán, pues, heredad entre sus hermanos; Jehová es su heredad, como él les ha dicho. Y este será el derecho de los sacerdotes de parte del pueblo, de los que ofrecieren en sacrificio buey o cordero: darán al sacerdote la espaldilla, las quijadas y el cuajar. Las primicias de tu grano, de tu vino y de tu aceite, y las primicias de la lana de tus ovejas le darás; porque le ha escogido Jehová tu Dios de entre todas tus tribus, para que esté para administrar en el nombre de Jehová, él y sus hijos para siempre. Y cuando saliere un levita de alguna de tus ciudades de entre todo Israel, donde hubiere vivido, y *viniere con todo el deseo de su alma al lugar que Jehová escogiere*, ministrará en el nombre de Jehová su Dios como todos sus hermanos los levitas que estuvieren allí delante de Jehová. Igual ración a la de los otros comerá, además de sus patrimonios” (v. 1-8).

Aquí, como en las demás partes del libro de Deuteronomio, los sacerdotes están clasificados con los levitas de un modo muy característico. Creemos que la razón de la diferencia que presenta al respecto el libro de Deuteronomio con el Éxodo, el Levítico y los Números, es la siguiente: en Deuteronomio el objetivo divino es poner más de relieve a toda la congregación de Israel. Por eso los sacerdotes se presentan rara vez en su cargo oficial. La gran característica del Deuteronomio es mostrar a *Israel en inmediata relación con Dios*.

Ahora bien, en este pasaje los sacerdotes y los levitas están unidos, y nos son presentados como siervos del Señor, dependiendo completamente de él e identificados íntimamente con su altar y su servicio. Esto es muy interesante y abre un vasto campo de verdades prácticas a la Iglesia de Dios.

Repasando la historia de Israel podemos observar que cuando todo funcionaba bien, el altar de Dios estaba bien abastecido y, como consecuencia, los sacerdotes y levitas eran bien atendidos. Si Dios recibía la parte que le correspondía, sus siervos estaban seguros de tener la suya. Si él era olvidado, también lo eran ellos. Estaban relacionados. El pueblo debía traer sus ofrendas a Dios

y él las compartía con sus servidores. Los sacerdotes y levitas no debían exigir ni pedir nada al pueblo, pero el pueblo tenía el privilegio de traer sus ofrendas al altar de Dios, quien permitía a sus servidores alimentarse del fruto de la devoción de su pueblo hacia él.

## **En el tiempo de Elí**

Esa era la intención divina en cuanto a sus siervos. Debían vivir de las ofrendas voluntarias presentadas a Dios por toda la congregación. Tristemente en los sombríos y malos tiempos de los hijos de Elí vemos algo diferente: “Era costumbre de los sacerdotes con el pueblo, que cuando alguno ofrecía sacrificio, venía el criado del sacerdote mientras se cocía la carne, trayendo en su mano un garfio de tres dientes, y lo metía en el perol, en la olla, en el caldero o en la marmita; y todo lo que sacaba el garfio, el sacerdote lo tomaba para sí. De esta manera hacían con todo israelita que venía a Silo. Asimismo, antes de quemar la grosura (la parte especial destinada a Dios), venía el criado del sacerdote, y decía al que sacrificaba: Da carne que asar para el sacerdote; porque no tomará de ti carne cocida, sino cruda. Y si el hombre le respondía: Quemen la grosura primero, y después toma tanto como quieras; él respondía: No, sino dámela ahora mismo; de otra manera *yo la tomaré por la fuerza*. Era, pues, muy grande delante de Jehová el pecado de los jóvenes; porque los hombres menospreciaban las ofrendas de Jehová” (1 Samuel 2:13-17).

Todo esto era lamentable y trajo el solemne juicio de Dios sobre la casa de Elí. No podía ser de otro modo. Si los que ministraban en el altar eran culpables de tan terrible iniquidad e impiedad, el juicio debía seguir su curso.

Pero el estado normal de las cosas, según lo vemos en nuestro capítulo, ofrecía un evidente contraste con todo ese mal. Jehová se agradaba de las ofrendas voluntarias de su pueblo y de ellas alimentaba a sus siervos que ministraban en su altar. Por lo tanto, cuando las ofrendas abundaban sobre el altar de Dios, los sacerdotes y levitas tenían abundante abastecimiento. Pero cuando Jehová y su altar eran tratados con negligencia, los siervos del Señor también eran olvidados. Ellos estaban íntimamente identificados con el culto y servicio del Dios de Israel.

## **En el tiempo de Ezequías**

Así, por ejemplo, en los brillantes días del rey Ezequías, cuando los corazones eran dichosos y sinceros, leemos: “Y arregló Ezequías la distribución de los sacerdotes y de los levitas conforme a sus turnos, cada uno según su oficio; los sacerdotes y los levitas para ofrecer el holocausto y las ofrendas de paz, para que ministrasen, para que diesen gracias y alabasen dentro de las puertas de los atrios de Jehová. El rey contribuyó de su propia hacienda para los holocaustos a mañana

y tarde, y para los holocaustos de los días de reposo, nuevas lunas y fiestas solemnes, *como está escrito en la ley de Jehová*. Mandó también al pueblo que habitaba en Jerusalén, *que diese la porción correspondiente a los sacerdotes y levitas, para que ellos se dedicasen a la ley de Jehová*. Y cuando este edicto fue divulgado, los hijos de Israel dieron muchas primicias de grano, vino, aceite, miel, y de todos los frutos de la tierra; trajeron asimismo *en abundancia* los diezmos de todas las cosas. También los hijos de Israel y de Judá, que habitaban en las ciudades de Judá, dieron del mismo modo los diezmos de las vacas y de las ovejas; y trajeron los diezmos de lo santificado, de las cosas que habían prometido a Jehová su Dios, *y los depositaron en montones*. En el mes tercero comenzaron a formar aquellos montones, y terminaron en el mes séptimo. Cuando Ezequías y los príncipes vinieron y vieron los montones, bendijeron a Jehová, y a su pueblo Israel. Y preguntó Ezequías a los sacerdotes y a los levitas acerca de esos montones. Y el sumo sacerdote Azarías, de la casa de Sadoc, le contestó: *Desde que comenzaron a traer las ofrendas a la casa de Jehová, hemos comido y nos hemos saciado, y nos ha sobrado mucho, porque Jehová ha bendecido a su pueblo; y ha quedado esta abundancia de provisiones*” (2 Crónicas 31:2-10).

¡Cuán bello y alentador es todo esto! La profunda marea de dedicación afluyó alrededor del altar de Dios llevando un abundante suministro para satisfacer todas las necesidades de los siervos de Dios, e incluso sobraba para hacer “montones”. Podemos estar seguros de que esto era grato al corazón del Dios de Israel, como también al de los que se habían entregado, por su llamamiento y designación, al servicio de su altar y de su santuario.

Observemos especialmente las siguientes palabras: *“Como está escrito en la ley de Jehová”*. He aquí la autoridad de Ezequías, la base inmutable y firme de toda su conducta. Es verdad que la unidad visible de la nación había desaparecido, y la situación era desalentadora. Pero la Palabra de Dios era tan verdadera y de aplicación tan directa en los días de Ezequías como lo fue en los días de David o de Josué. Ezequías sintió justamente que Deuteronomio 18:1-8 se aplicaba a su tiempo y a su conciencia, y que tanto él como su pueblo debían obrar en consecuencia. Los sacerdotes y levitas, ¿debían morir de hambre porque la unidad nacional había desaparecido? Por cierto que no. Subsistían o caían juntamente con la Palabra, el culto y la obra de Dios. Las circunstancias podían cambiar, y el israelita podía encontrarse en una situación en la que le fuera imposible cumplir todos los detalles del ceremonial levítico, pero nunca podía estar en circunstancias que no le permitieran expresar generosamente la devoción de su corazón al altar, al servicio y a la ley de Jehová.

## En el tiempo de Nehemías

Así vemos a lo largo de toda la historia de Israel que cuando las cosas iban bien, se proveía abundantemente al culto del Señor, a su obra y a sus obreros. Por el contrario, cuando el estado moral decaía, los corazones se distanciaban, y el egoísmo con sus intereses ocupaba el primer lugar. Entonces todas aquellas grandes cosas eran tratadas con fría indiferencia. Veamos, por ejemplo, el caso expuesto en Nehemías 13. Cuando ese fiel siervo de Dios volvió a Jerusalén después de una ausencia de pocos días, con profunda pena halló que durante ese corto período se habían tomado malas disposiciones, entre ellas se había dejado sin sustento a los levitas. “Encontré asimismo que las porciones para los levitas no les habían sido dadas, y que los levitas y cantores que hacían el servicio habían huido cada uno a su heredad” (v. 10). No había “montones” de primicias en aquellos nefastos días. Tampoco era conforme con la ley de Jehová, ni según su corazón, que aquellos hombres trabajaran y cantaran sin tener alimentos. Era un oprobio para el pueblo que los siervos del Señor se vieran obligados, a causa de su negligencia, a abandonar el culto y la obra de Dios para no morir de hambre.

Era una situación deplorable. Nehemías la sintió intensamente, según leemos: “Entonces reprendí a los oficiales, y dije: *¿Por qué está la casa de Dios abandonada?* Y los reuní y los puse en sus puestos. Y todo Judá trajo el diezmo del grano, del vino y del aceite, a los almacenes. Y puse por mayordomos de ellos al sacerdote Selemías... porque eran tenidos por fieles”, merecían la confianza de sus hermanos, “y ellos tenían que repartir a sus hermanos” (v. 11-13). Se necesitaban hombres fieles para ocupar esta elevada posición y distribuir a sus hermanos los preciosos frutos de las ofrendas del pueblo. Podían tomar consejo juntos y velar para que el tesoro de Jehová fuera administrado fielmente, según su Palabra, y para que las necesidades de sus verdaderos obreros fuesen satisfechas sin parcialidad.

Tal era la hermosa orden del Dios de Israel, orden a la que todo verdadero israelita, como Nehemías y Ezequías, se complacían en atender. La amplia fuente de bendiciones iba de Jehová a su pueblo, luego retornaba de su pueblo él, y de esta fuente sus siervos suplían todas sus necesidades. Era un deshonor para él que los levitas tuvieran que huir cada uno a su heredad; esto demostraba que la casa de Dios era olvidada, y que no había sustento para sus siervos.



## En el tiempo de la Iglesia

¿Qué lección podemos sacar de todo esto? ¿Qué puede aprender la Iglesia de Dios de Deuteronomio 18:1-8? Para responder a esta pregunta debemos leer 1 Corintios 9, donde el apóstol trata el importante tema de cómo la asamblea debe proveer a las necesidades de los siervos de Dios, tema tan poco comprendido por una gran masa de cristianos profesantes. *La regla es muy clara.* “¿Quién fue jamás soldado a sus propias expensas? ¿Quién planta viña y no come de su fruto? ¿O quién apacienta el rebaño y no toma de la leche del rebaño? ¿Digo esto solo como hombre? ¿No dice esto también la ley? Porque en la ley de Moisés está escrito: No pondrás bozal al buey que trilla. ¿Tiene Dios cuidado de los bueyes, o lo dice enteramente por nosotros? Pues por nosotros se escribió; porque con esperanza debe arar el que ara, y el que trilla, con esperanza de recibir del fruto. Si nosotros sembramos entre vosotros lo espiritual, ¿es gran cosa si segáremos de vosotros lo material? Si otros participan de este derecho sobre vosotros, ¿cuánto más nosotros? Pero” —aquí aparece la gracia con su brillo celestial— “no hemos usado de este derecho, sino que lo soportamos todo, por no poner ningún obstáculo al evangelio de Cristo. ¿No sabéis que los que trabajan en las cosas sagradas, comen del templo, y que los que sirven al altar, del altar participan? Así también ordenó el Señor a los que anuncian el evangelio, que vivan del evangelio. Pero” —aquí de nuevo la gracia afirma su santa dignidad— “yo de nada de esto me he aprovechado, ni tampoco he escrito esto para que se haga así conmigo; porque prefiero morir, antes que nadie desvanezca esta mi gloria. Pues si anuncio el evangelio, no tengo por qué gloriarme; porque me es impuesta necesidad; y ¡ay de mí si no anunciare el evangelio! Por lo cual, si lo hago de buena voluntad, recompensa tendré; pero si de mala voluntad, la comisión me ha sido encomendada. ¿Cuál, pues, es mi galardón? Que predicando el evangelio, presente gratuitamente el evangelio de Cristo, para no abusar de mi derecho en el evangelio” (v. 7-18).

Este interesante tema es presentado aquí bajo todos sus aspectos. El apóstol expone claramente la divina ley sobre este punto. No es posible equivocarse. “Así también ordenó el Señor a los que anuncian el evangelio, que vivan del evangelio”. Así como los sacerdotes y levitas de la antigüedad vivían de las ofrendas presentadas por el pueblo, ahora los que son llamados por Dios, que han recibido dones de Cristo, que han sido hechos aptos por el Espíritu Santo para predicar el evangelio, y se entregan por completo a esa obra gloriosa, tienen moralmente derecho al sustento temporal. No deben esperar una suma determinada de aquellos a quienes predicar la Palabra. Esa idea no se encuentra en el Nuevo Testamento. El obrero o siervo de Dios debe esperar el sustento de su Señor y Maestro y no mirar a la Iglesia o a los hombres. Los sacerdotes y levitas tenían su porción en Jehová, y de él la recibían. Él era la parte de su herencia. En verdad Dios

esperaba que el pueblo lo sirviera en la persona de sus siervos. Les dijo lo que debían dar, y los bendecía cuando daban. Dar era tanto un privilegio como un deber para Israel. Si rehusaran hacerlo, sobre sus campos habría sequía y la esterilidad (Hageo 1:5-11).

Pero los sacerdotes y levitas debían esperar *solo* en Dios. Si el pueblo fallaba en presentar sus ofrendas, los levitas se veían obligados a volver a sus heredades para trabajar y ganar su sustento. No podían ir a juicio para exigir diezmos u ofrendas. Su único recurso era apelar al Dios de Israel que los había consagrado para su servicio, y les había dado a cumplir esa obra.

Así debe ser con los obreros del Señor ahora. *Solo* deben esperar en él. Es necesario que estén bien seguros de que él los ha capacitado para la obra y los ha llamado a ella, antes de arriesgarse y entregarse enteramente a la obra de la predicación. Deben apartar sus miradas de los hombres, de todos los recursos humanos, y apoyarse exclusivamente en el Dios vivo. Por obrar erradamente en este solemne asunto, se ven consecuencias desastrosas. Hombres que no son llamados por Dios, ni capacitados para la obra, abandonan sus ocupaciones para consagrarse al servicio de Dios y vivir por fe, como ellos dicen. El resultado en estos casos es un naufragio seguro y lamentable. Algunos, cuando empiezan a ver las duras realidades del camino, se alarman de tal modo que pierden su equilibrio moral, e incluso mental por algún tiempo; otros pierden la paz y algunos vuelven al mundo.

En suma, nuestra profunda convicción, después de cuarenta años de observaciones, es que son pocos los casos en los cuales un cristiano pueda abandonar su oficio, con el que gana su sustento, para ir a predicar el Evangelio. El llamado debe ser tan claro e incuestionable que el cristiano interpelado pueda decir, como dijo Lutero ante la dieta de Worms: «¡Aquí estoy! No puedo obrar de otro modo. Estoy encadenado a la Palabra de Dios, ¡que Dios me ayude! Amén». Entonces podrá estar perfectamente seguro de que Dios lo sostendrá en la obra a la cual lo ha llamado y proveerá a todas sus necesidades,

conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús



(Filipenses 4:19).

En cuanto a los hombres y a los pensamientos que tengan sobre él y sobre su obra, solo tiene que remitirlos a su Señor. Como no les ha pedido nada, no tiene que rendirles cuenta, su responsabilidad es ante su Señor y Maestro.

## El apóstol Pablo

Considerando este hermoso pasaje de 1 Corintios 9, vemos que el apóstol, después de haber establecido su derecho a ser sustentado, renuncia completamente a este. “Pero yo de nada de esto me he aprovechado”. Trabajó con sus manos; trabajó con esfuerzo y fatiga día y noche a fin de no ser una carga para nadie. “Para lo que me ha sido necesario a mí y a los que están conmigo, estas manos me han servido” (Hechos 20:34). No codició la plata, el oro o el vestido de nadie. Viajaba, predicaba, visitaba las casas, era un apóstol laborioso, un ardiente evangelista, un diligente pastor de las almas, se ocupaba de todas las iglesias. ¿No tenía derecho a ser sustentado? Seguro que sí. La Iglesia de Dios tendría que haberse regocijado proveyendo a sus necesidades. Pero él nunca reclamó sus derechos; incluso renunció a ellos. Se sostuvo, él y sus compañeros, con el trabajo de sus manos, y todo esto como ejemplo, según dijo a los ancianos de la Iglesia en Éfeso:

“ En todo os he enseñado que, trabajando así, se debe ayudar a los necesitados, y recordar las palabras del Señor Jesús, que dijo: Más bienaventurado es dar que recibir (Hechos 20:35).

¿No causa admiración que a este amado y respetado siervo de Cristo, quien a pesar de sus extensos viajes desde Jerusalén y sus alrededores hasta Ilírico, sus gigantescos trabajos como evangelista, pastor y maestro, aún le quedaba tiempo para trabajar y ganar su propio sustento y el de los que lo acompañaban? Ocupaba un nivel moral muy sublime. Su vida fue un permanente testimonio contra cualquier forma de remuneración. Las alusiones irónicas de los incrédulos respecto a los ministros asalariados y bien remunerados no podrían aplicarse a un ministro de Cristo como lo era Pablo. No predicaba por un salario.

Sin embargo, recibía con agradecimiento el auxilio de los que sabían dar. Varias veces la amada asamblea de Filipos suplió las necesidades de su amado padre en Cristo. Lo que hicieron jamás pasará al olvido. Millones de cristianos han leído el conmovedor relato de su devoción y se han sentido refrescados por el perfume de su sacrificio. En el cielo, todo está anotado. Jamás se olvidan las acciones de esta clase, incluso están grabadas en el corazón de Cristo. Oigamos cómo el apóstol desborda su corazón en agradecimientos, dirigiéndose a sus amados hijos en la fe: “En gran manera me gocé en el Señor de que ya al fin habéis revivido vuestro cuidado de mí; de lo cual también estabais solícitos, pero os faltaba la oportunidad. No lo digo porque tenga escasez, pues he aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación. Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para te-

ner hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad. Todo lo puedo en Cristo que me fortalece. Sin embargo, bien hicisteis en participar conmigo en mi tribulación. Y sabéis también vosotros, oh filipenses, que al principio de la predicación del evangelio, cuando partí de Macedonia, ninguna iglesia participó conmigo en razón de dar y recibir, sino vosotros solos; pues aun a Tesalónica me enviasteis una y otra vez para mis necesidades. No es que busque dádivas, sino que busco fruto que abunde en vuestra cuenta. Pero todo lo he recibido, y tengo abundancia; estoy lleno, habiendo recibido de Epafrodito lo que enviasteis; olor fragante, sacrificio acepto, agradable a Dios. Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús” (Filipenses 4:10-19).

¡Qué privilegio fue poder consolar el corazón de tan honrado siervo de Cristo al final de su carrera y en la soledad de su calabozo en Roma! ¡Cuán oportuna y aceptable era la ofrenda de los filipenses! ¡Cuál no debió ser su gozo al recibir los gratos reconocimientos del apóstol! ¡Y qué preciosa seguridad de que su servicio había ascendido como olor fragante hasta el trono y el corazón de Dios! ¡Quién no hubiese preferido ser más bien un filipense ayudando al apóstol en su necesidad, que un corintio dudando de su ministerio apostólico, o un gálata quebrantándole el corazón? ¡Qué inmensa diferencia! El apóstol no podía recibir nada de la asamblea de Corinto. Su estado no lo permitía. Algunos miembros de esta asamblea lo ayudaron. Su servicio está grabado en las páginas inspiradas e inscrito en el cielo donde más tarde será recompensado abundantemente. “Me regocijo con la venida de Estéfanos, de Fortunato y de Acaico, pues ellos han suplido vuestra ausencia. Porque confortaron mi espíritu y el vuestro; reconoced, pues, a tales personas” (1 Corintios 16:17-18).

## **Como el Maestro, así el siervo**

Vemos claramente que tanto bajo la ley como bajo la gracia, la voluntad de Dios es que quienes son realmente llamados por él para la obra, y se han dedicado diligente y fielmente a su servicio, cuenten con la cordial simpatía y la espontánea ayuda material del pueblo de Dios. Todos los que aman a Cristo se deben gozar compartiendo sus bienes con el Señor a través de sus siervos. Cuando Jesús estuvo en la tierra aceptó con agrado la ayuda voluntaria de aquellos que lo amaban y habían recogido fruto de su precioso ministerio, “algunas mujeres que habían sido sanadas de espíritus malos y de enfermedades: María, que se llamaba Magdalena, de la que habían salido siete demonios, Juana, mujer de Chuza intendente de Herodes, y Susana, y otras muchas que le servían de sus bienes” (Lucas 8:2-3).

¡Dichosas y privilegiadas mujeres! ¡Qué gozo poder asistir al Señor de gloria en los días de su humillación y de sus necesidades terrenales! Sus nombres tienen el honor de aparecer en las divinas páginas, escritos por el Espíritu Santo y llevados por la corriente del tiempo hasta la eternidad. ¡Bien hicieron esas mujeres en no malgastar sus bienes en pequeñeces, ni en acumularlos para maldición de sus almas, lo que suele suceder cuando no es empleado para Dios!

Por otra parte, vemos cuán necesario es que los que ocupan el puesto de obreros, sea en la asamblea o fuera de ella, se mantengan libres de toda influencia humana y no se pongan bajo la dependencia del hombre. Es con Dios que deben tratar en lo íntimo de sus almas, de lo contrario tarde o temprano fracasarán. Deben confiar solamente en él para el abastecimiento de sus necesidades. Si la asamblea los descuida, ella es la que más pierde. Mas si ellos pueden sostenerse con el trabajo de sus manos, sin perjudicar su servicio a Cristo, mucho mejor; evidentemente es lo mejor, estamos convencidos de ello. Nada hay más bello, espiritual y moralmente, que ver a un verdadero siervo de Cristo manteniéndose él y su familia con el sudor de su frente o el fruto de su inteligencia, y al mismo tiempo entregándose diligentemente a la obra del Señor, ya sea como evangelista, pastor o maestro. El extremo opuesto, que frecuentemente se presenta, es el hombre que sin poseer ninguno de los dones divinos ya citados, y aún peor, sin la vida espiritual, ingresa a lo que llamamos el ministerio, como a cualquier otra profesión o medio de subsistencia. La posición de tal hombre es moralmente peligrosa y en extremo miserable. No nos detendremos en ello, puesto que nos alejaríamos de nuestro tema, preferimos continuar con nuestro capítulo.

## **No practicaréis adivinación**

“Cuando entres a la tierra que Jehová tu Dios te da, no aprenderás a hacer según las abominaciones de aquellas naciones. No sea hallado en ti quien haga pasar a su hijo o a su hija por el fuego, ni quien practique adivinación, ni agorero, ni sortílego, ni hechicero, ni encantador, ni adivino, ni mago, ni quien consulte a los muertos. *Porque es abominación para con Jehová cualquiera que hace estas cosas*, y por estas abominaciones Jehová tu Dios echa estas naciones de delante de ti. Perfecto serás delante de Jehová tu Dios. Porque estas naciones que vas a heredar, a agoreros y a adivinos oyen; *mas a ti no te ha permitido esto Jehová tu Dios*” (v. 9-14).

Puede ser que al leer este pasaje el lector se sienta dispuesto a preguntar qué aplicación tiene esto para los cristianos hoy en día. Ahora le preguntamos: ¿No hay cristianos profesantes que asisten a consultas con brujos, magos y nigromantes; que toman parte en sesiones espiritistas,

invocando a los espíritus; que consultan las tablas ouijas; que se dejan manipular con el mesmerismo (hipnotismo); que leen y dependen de lo que les dice el horóscopo para guiar sus vidas, y que practican otras cosas semejantes? Si los hay, el pasaje que acabamos de citar se aplica a ellos de manera muy solemne. Creemos firmemente que todas estas cosas son del diablo. Estamos convencidos de que cuando la gente se entrega a la terrible invocación de los espíritus, se está poniendo en manos del diablo para ser arrastrada y engañada por sus mentiras. ¿Qué necesidad tienen de invocar espíritus, y de las tablas ouijas, los que poseen la perfecta revelación de Dios en su Palabra escrita? Ninguna ciertamente. Y si no contentos con esa preciosa Palabra se dirigen supuestamente a los espíritus de amigos o familiares muertos, ¿qué pueden esperar sino que Dios los abandone para ser cegados y extraviados por espíritus demoníacos que surgen y suplantán o personifican a los muertos, diciendo toda clase de mentiras?

No intentaremos profundizar más sobre este tema. Sentimos la obligación de prevenir al lector sobre el gran peligro que representa el consultar a los espíritus de los muertos. No entraremos en la cuestión de saber si las almas pueden volver a este mundo. Dios podría permitirlo si lo juzgara conveniente, pero dejaremos este tema de lado. El punto principal es la perfecta suficiencia de la revelación divina. ¿Para qué necesitamos a las almas de los muertos o los espíritus? El rico del evangelio creía que si Lázaro pudiese volver a la tierra y hablar a sus cinco hermanos, obtendría un gran resultado. “Te ruego, pues, padre, que le envíes a la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les testifique, a fin de que no vengan ellos también a este lugar de tormento. Y Abraham le dijo: *A Moisés y a los profetas tienen; óiganlos*. Él entonces dijo: No, padre Abraham; pero si alguno fuere a ellos de entre los muertos, se arrepentirán. Mas Abraham le dijo: Si no oyen *a Moisés y a los profetas*, tampoco se persuadirán aunque alguno se levantara de los muertos” (Lucas 16:27-31).

Aquí tenemos la respuesta a dicha cuestión. Si los hombres no quieren oír la Palabra de Dios, si no quieren creer lo que ella dice tan clara y solemnemente en cuanto a su estado actual y a su destino futuro, tampoco se convencerán aunque miles de almas de los que murieron vuelvan y les contaran lo que vieron, lo que oyeron y lo que sintieron en el cielo o en el infierno. No produciría en ellos ningún efecto salvador. Produciría gran conmoción, mucha discusión y llenaría los periódicos, pero eso sería todo. Los hombres no dejarían sus ocupaciones y distracciones, sus lucros y locuras. “Si no oyen a Moisés y a los profetas”, (y añadiríamos nosotros, a Cristo y a sus apóstoles en el nuevo testamento) “tampoco se persuadirán aunque alguno se levantara de los muertos”. El corazón que no se somete a la evidencia de la Escritura, no se convencerá por nada.

En cuanto al verdadero creyente, la Escritura posee todo cuanto necesita. No necesita recurrir a los espíritus, a la tabla ouija, a la magia, o a cualquier tipo de actividad supersticiosa. “Y si os dijeren: Preguntad a los encantadores y a los adivinos, que susurran hablando, responded: ¿No consultará el pueblo a su Dios? ¿Consultará a los muertos por los vivos? ¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido” (Isaías 8:19-20).

## **El profeta anunciado: Jesús**

Este es el recurso del pueblo de Dios en todo tiempo y lugar. En el párrafo que cierra nuestro capítulo Moisés muestra claramente a la congregación de Israel que no tienen ninguna necesidad de dirigirse a adivinos, a magos, a quienes consultan a los muertos, etc., porque es abominación para Jehová. “Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Jehová tu Dios; *a él oiréis*; conforme a todo lo que pediste a Jehová tu Dios en Horeb el día de la asamblea, diciendo: No vuelva yo a oír la voz de Jehová mi Dios, ni vea yo más este gran fuego, para que no muera. Y Jehová me dijo: Han hablado bien en lo que han dicho. Profeta les levantaré de en medio de sus hermanos, como tú; y pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que yo le mandare. Mas a cualquiera que no oyere mis palabras que él hablare en mi nombre, yo le pediré cuenta. El profeta que tuviere la presunción de hablar palabra en mi nombre, a quien yo no le haya mandado hablar, o que hablare en nombre de dioses ajenos, el tal profeta morirá. Y si dijeres en tu corazón: ¿Cómo conoceremos la palabra que Jehová no ha hablado?; si el profeta hablare en nombre de Jehová, y no se cumpliera lo que dijo, ni aconteciere, es palabra que Jehová no ha hablado; con presunción la habló el tal profeta; no tengas temor de él” (v. 15-22).

No podemos dudar en reconocer en este Profeta a nuestro adorable Señor y Salvador Jesucristo. En el capítulo 3 de Hechos, Pedro le aplica las palabras de Moisés de la siguiente manera: “Y él envíe a Jesucristo, que os fue antes anunciado; a quien de cierto es necesario que el cielo reciba hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo. Porque Moisés dijo a los padres: El Señor vuestro Dios os levantará profeta de entre vuestros hermanos, como a mí; a él oiréis en todas las cosas que os hable; y toda alma que no oiga a aquel profeta, será desarraigada del pueblo” (v. 20-23).

¡Qué precioso privilegio oír la voz de tal Profeta! Es la voz de Dios hablando por los labios del Hombre Cristo Jesús. No por el trueno y el relámpago, ni por las llamas de fuego, sino con aquella apacible y delicada voz de amor y misericordia que calma al corazón quebrantado y al espíritu contrito, que destila como rocío del cielo sobre la tierra sedienta. Esta voz la tenemos en las Sa-

gradas Escrituras: la preciosa revelación que aparece de una manera constante y poderosa ante nosotros en nuestro estudio del bendito libro del Deuteronomio. No lo olvidemos nunca. La voz de la Escritura es la voz de Cristo, y la voz de Cristo es la voz de Dios.

No necesitamos más. Si alguien se atreve a presentarse con una nueva revelación, alguna verdad nueva no contenida en el divino Volumen, debemos juzgarlo a él y a su enseñanza a la luz de la Escritura, y rechazarlos por completo. “No tengas temor de él”. Los falsos profetas suelen venir con grandes pretensiones, palabras altisonantes, aspecto de devoción. Además procuran rodearse de una especie de dignidad imponente para engañar a los ignorantes. Pero no pueden afrontar el poder escudriñador de la Palabra de Dios. Una simple cláusula de la Santa Escritura basta para desnudarlos de todos sus imponentes atavíos y cortar de raíz sus asombrosas revelaciones. Los que conocen la voz del verdadero Profeta no querrán oír a ningún otro; los que han oído la voz del buen Pastor no oirán la voz de los extraños.

Lector, atiende *solamente* a la voz de Jesús revelada en la Palabra escrita de Dios.



## Las ciudades de refugio

### La bondad y la severidad de Dios

Cuando Jehová tu Dios destruya a las naciones cuya tierra Jehová tu Dios te da a ti, y tú las heredes, y habites en sus ciudades, y en sus casas; te apartarás tres ciudades *en medio de la tierra* que Jehová tu Dios te da para que la poseas. *Arreglarás los caminos*, y dividirás en tres partes la tierra que Jehová tu Dios te dará en heredad, y será *para que todo homicida huya allí*” (v. 1-3).

¡Qué asombrosa mezcla de *bondad* y de *severidad* notamos en estas pocas líneas! Tenemos la destrucción de las naciones de Canaán, a causa de su intolerable maldad. Por otro lado vemos una conmovedora prueba de la bondad divina proveyendo un lugar para el pobre homicida que huye para escapar de manos del vengador de la sangre. El gobierno y la bondad de Dios son divinamente perfectos. Hay casos en los cuales la bondad no es otra cosa que la tolerancia de la maldad y de la rebelión. Esto no se puede permitir bajo el gobierno de Dios. Si los hombres suponen que porque Dios es bueno pueden continuar pecando libremente, tarde o temprano descubrirán el resultado de su desastrosa equivocación.

“Mira, pues” dice el apóstol Pablo,

la bondad y la severidad de Dios



(Romanos 11:22).

Dios exterminará a los malvados que desprecian su bondad y su longánima misericordia. Es tarde para la ira y grande en bondad, ¡bendito sea su santo nombre! Durante muchos años soportó a las siete naciones de Canaán. El límite fue cuando su maldad llegó hasta el cielo, y la misma tierra ya no podía soportarla más. Soportó las iniquidades de las ciudades de la llanura; y si hubiese encontrado solo diez justos en Sodoma, la habría librado por amor a ellos. Pero llegó el día de la terrible venganza y fueron “destruidos”.

Así también sucederá muy pronto con la culpable cristiandad. “Tú también serás cortado” (Romanos 11:22). Llegará el tiempo de la retribución, ¡y será terrible! El corazón se estremece con solo pensarlo.

Pero notemos cómo brilla la divina “bondad” en las primeras líneas de nuestro capítulo. Veamos el cuidado que Dios tuvo para hacer que la ciudad de refugio fuera lo más accesible posible al homicida. Las tres ciudades debían estar en “*medio de la tierra* que Jehová tu Dios te da”, y no

en sitios distantes o de difícil acceso. Además “*arreglarás los caminos*” y “*dividirás en tres partes la tierra*”. Todo debía estar preparado para que el homicida pudiera escapar fácilmente. El Señor pensaba en la angustia del desgraciado que huía para asirse

de la esperanza puesta delante de nosotros



(Hebreos 6:18).

La ciudad de refugio debía estar cerca, como “la justicia de Dios” está cerca del pobre pecador perdido, tan próxima que está a la puerta de aquel “que *no obra*, sino cree en aquel que justifica al impío” (Romanos 4:5).

Hay una dulzura especial en la frase “*arreglarás los caminos*”. ¡Solo puede emanar de nuestro Dios lleno de gracia, del “Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo”! No obstante, el Dios que destruyó a las naciones de Canaán en justo castigo, fue el mismo que proveyó con tal gracia un refugio para el homicida. “Mira, pues, la bondad y la severidad de Dios” (Romanos 11:22).

“Y este es el caso del homicida que huirá allí, *y vivirá*: aquel que hiriere a su prójimo sin intención y sin haber tenido enemistad con él anteriormente; como el que fuere con su prójimo al monte a cortar leña, y al dar su mano el golpe con el hacha para cortar algún leño, soltase el hierro del cabo, y diere contra su prójimo y este muriere; aquel huirá a una de estas ciudades, y vivirá; no sea que el vengador de la sangre, enfurecido, persiga al homicida, y le alcance *por ser largo el camino*”, ¡gracia exquisita y conmovedora! “y le hiera de muerte, no debiendo ser condenado a muerte por cuanto no tenía enemistad con su prójimo anteriormente. Por tanto yo te mando, diciendo: separarás tres ciudades” (v. 4-7).

Aquí tenemos la detallada descripción del hombre para el cual era la ciudad de refugio. Si su caso no encajaba en esto, la ciudad no era para él. Pero el que cumplía estos requisitos podía tener la más absoluta seguridad de que el Dios de gracia había pensado en él y había dispuesto un refugio donde podría estar seguro. Tan pronto como el homicida llegase al interior de la ciudad de refugio, podía respirar tranquilamente, y descansar sin temor. Allí la espada del vengador no podía alcanzarlo. ¡Ni siquiera podía tocarle un cabello de su cabeza!

Estaba en perfecta seguridad. Tenía la completa *certeza* de ello. No esperaba ser salvo, sino que estaba seguro de serlo. Se hallaba en la ciudad y esto era suficiente. Antes de llegar tuvo terribles angustias, muchas dudas, temores y penosas luchas. Huía para salvar su vida y no podía pensar en otra cosa. No podemos imaginarnos al homicida deteniéndose a recoger flores en los bordes

del camino. Hubiese dicho: «¡Qué me importan las flores en estos momentos! Mi vida está en peligro. Huyo del vengador de la sangre, y si me entretengo recogiendo flores, podría alcanzarme. No, mi única esperanza es la ciudad de refugio; ninguna otra cosa tiene el menor encanto para mí. Ahora solo me interesa ser salvo».

Desde el instante en que había franqueado las puertas de la ciudad, estaba a salvo, y él lo *sabía* perfectamente. ¿Cómo lo sabía? ¿Acaso por sus sentimientos, por evidencia alguna o por su experiencia? No, simplemente por la Palabra de Dios. Sin duda que tendría ese sentimiento, esa evidencia y la experiencia de su seguridad, muy preciosas después de su terrible lucha para entrar en la ciudad. Pero tales cosas no eran el fundamento de su convicción ni la base de su paz. Sabía que estaba a salvo porque Dios así lo había dicho. La *gracia* de Dios lo había puesto a *salvo*, y la *Palabra* de Dios le daba la *certeza*.

No podemos imaginarnos a un homicida, dentro de los muros de la ciudad de refugio, expresándose como lo hacen muchos cristianos a propósito de su salvación y de la certidumbre en ella. El homicida no se habría considerado presuntuoso por tener la certeza de que estaba salvo. Si alguien le hubiera preguntado: «¿Está usted seguro de hallarse a salvo?», habría respondido yo: «¿Cómo no he de estarlo? Yo fui homicida y corrí huyendo a esta ciudad de refugio. Nuestro Dios del pacto ha dicho que el que huya a esta ciudad podrá vivir. Sí, bendito sea Dios, estoy perfectamente seguro. He corrido mucho para llegar aquí. A veces pensaba que el vengador me iba a atrapar y me creía perdido. Pero en su infinita bondad Dios ha querido que el acceso a la ciudad de refugio sea tan fácil y el camino tan bueno que, a pesar de mis dudas y temores, aquí estoy sano y salvo. La lucha ha pasado, mis angustias han terminado. Ahora puedo respirar libremente y desplazarme en perfecta seguridad en este sitio. Alabo a nuestro Dios por su pacto con nosotros y por su gran bondad en proveer tan dulce retiro para un pobre homicida como yo».

¿Puede el lector referirse de este modo a su seguridad en Cristo? ¿Es salvo y lo sabe? Si no, ¡quiera el Espíritu Santo aplicar a su corazón la sencilla ilustración del homicida dentro de las murallas de la ciudad de refugio! Quiera Dios que conozca aquel “fortísimo consuelo”, que es la porción segura, porque es divina, para todos aquellos “que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros” (Hebreos 6:18).

Continuando el estudio de nuestro capítulo veremos que el tema de las ciudades de refugio abarca otras cuestiones, además de la seguridad del homicida. Hemos visto que esa primera parte estaba totalmente arreglada. La gloria de Dios, la pureza de su tierra, y la integridad de su gobierno debían ser debidamente mantenidas. Si estas cosas fuesen tocadas, no podría haber

seguridad para nadie. Este gran principio resplandece en todas las páginas de la historia de la relación de Dios con el hombre. La verdadera bendición del hombre y la gloria de Dios van firmemente unidas. Una y otra descansan sobre el mismo fundamento perpetuo, esto es, Cristo y su preciosa obra.

## **Si Jehová ensancha tu territorio... añadirás tres ciudades**

“Y si Jehová tu Dios ensanchare tu territorio, como lo juró a tus padres, y te diere toda la tierra que prometió dar a tus padres, siempre y cuando guardares todos estos mandamientos que yo te prescribo hoy, para ponerlos por obra; que ames a Jehová tu Dios y andes en sus caminos todos los días; entonces añadirás tres ciudades más a estas tres, para que *no sea derramada sangre inocente en medio de la tierra* que Jehová tu Dios te da por heredad, y no seas culpado de derramamiento de sangre. Pero si hubiere alguno que aborreciere a su prójimo y lo acechare, y se levantara contra él y lo hiriere de muerte, y muriere; si huyere a alguna de estas ciudades, entonces los ancianos de su ciudad enviarán y lo sacarán de allí, y lo entregarán en mano del vengador de la sangre para que muera. No le compadecerás; y *quitarás de Israel la sangre inocente*, y te irá bien” (v. 8-13).

De este modo, sea que hubiere *gracia* para el homicida involuntario o *castigo* para el que matare deliberadamente, la gloria de Dios y los derechos de su gobierno debían ser mantenidos. El homicida involuntario hallaba su protección en la gracia divina. En cambio el culpable caía bajo la firme sentencia de una justicia inflexible. Nunca olvidemos la solemne realidad del gobierno divino. Lo hallamos a cada paso, y si fuera más ampliamente reconocido, nos redimiría de opiniones erróneas respecto al carácter de Dios. Tomemos como ejemplo las palabras: “No le compadecerás”. ¿Quién las pronunció? Dios. ¿Quién las escribió? El Espíritu Santo. ¿Qué significan? Un solemne juicio contra la maldad. Que el hombre se cuide de tratar frívolamente tan graves asuntos, y que el pueblo de Dios también se cuide de dar libre curso a locos razonamientos en cosas totalmente fuera de su alcance. Recuerden que constantemente encontramos el falso sentimentalismo aliado con la audaz incredulidad, para juzgar y criticar los decretos del gobierno divino. Esta es una grave consideración. Los malvados deben aguardar el castigo de un Dios que aborrece el pecado. Si un asesino voluntario intentaba aprovecharse del refugio preparado por Dios para el homicida involuntario, la justicia le echaba mano y lo condenaba a muerte sin misericordia. Así era el gobierno de Dios en Israel, y así será en un futuro no muy lejano. Ahora Dios trata al mundo con paciencia; es el día de salvación, el tiempo aceptable. Pero el día de la ven-

ganza se aproxima. ¡Oh, cuánto mejor sería que el hombre, en lugar de andar discutiendo sobre la justicia del trato de Dios para con los malvados, se refugiara en el precioso Salvador que murió en la cruz para salvarnos de las llamas de un infierno eterno!

## **Los límites de la heredad**

El versículo 14 nos ofrece una nueva prueba del tierno cuidado de Dios para con su pueblo, y del interés que se toma en todo lo que se relaciona con él. “En la heredad que poseas en la tierra que Jehová tu Dios te da, no reducirás los límites de la propiedad de tu prójimo, que fijaron los antiguos”.

Este pasaje nos presenta el amante corazón de nuestro Dios interesándose en todas las circunstancias de su pueblo. No se debían tocar los límites o linderos de las heredades. La porción de terreno asignada a cada uno debía mantenerse intacta según las líneas divisorias establecidas en los tiempos pasados. Jehová dio la tierra a Israel. Asignó a cada tribu y a cada familia su propia porción señalada con precisión y límites tan claros que no podía haber confusión, conflictos de intereses, injerencias de unos en otros, ni motivos de pleitos o litigios acerca de la propiedad. Los antiguos linderos, al determinar la porción de cada uno, debían impedir cualquier causa de disputa. Cada israelita era como un arrendatario de Dios, conocía todo acerca de su pequeña propiedad y tenía la satisfacción de saber que los ojos del Dueño y Señor Todopoderoso estaban fijos en su parcela, y que Su mano lo protegería contra cualquier intruso. Así podía morar en paz bajo su viña y su higuera, disfrutando de la porción que le fue asignada por el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob.

Esto es suficiente en cuanto al sentido literal de esta hermosa cláusula de nuestro capítulo. Pero tiene también una profunda significación espiritual. ¿Acaso no hay para la Iglesia de Dios y para cada uno de sus miembros hitos espirituales que señalan con divina exactitud los límites de nuestra herencia celestial, hitos que asentaron los apóstoles de nuestro Señor y Salvador Jesucristo? Por cierto que los hay. Además Dios tiene sus ojos puestos en ellos y no permite que se muevan impunemente. ¡Ay del hombre que intente tocarlos! Tendrá que rendir cuenta a Dios. Es grave entrometerse con la posición, la heredad y perspectiva de la Iglesia de Dios; y muchos lo hacen sin darse cuenta.

No intentaremos determinar cuáles son esos límites; pero consideramos que nuestro deber es advertir a quienes concierna a no hacer lo que en la Iglesia de Dios equivaldría a la remoción de los linderos en Israel. Si alguien en Israel hubiese propuesto un nuevo arreglo en la heredad de

las tribus, para dividir las propiedades de cada uno bajo un nuevo principio y establecer nuevas líneas divisorias, ¿cuál hubiese sido la respuesta de todo fiel israelita? Simplemente hubiese contestado según Deuteronomio capítulo 19, versículo 14: «No queremos novedades; estamos contentos con los sagrados límites que nuestros antepasados trazaron en nuestra heredad. Nos atenemos a ellos y resistimos firmemente toda innovación moderna».

El cristiano no debería ser menos decidido en su respuesta a los que bajo el pretexto de progreso y desarrollo quieren remover los límites de la Iglesia de Dios y, en vez de la preciosa enseñanza de Cristo y de sus apóstoles, ofrecernos la llamada luz de la ciencia y los recursos de la filosofía. Gracias a Dios, no nos hacen falta para nada. Teniendo a Cristo y a su Palabra, ¿qué más necesitamos? ¿Para qué precisamos del progreso y desarrollo humanos, si tenemos al que “*era desde el principio*”? ¿Qué pueden dar la ciencia y la filosofía a los que poseen “toda verdad”? Es verdad que deseamos progresar en el conocimiento de Cristo y ver su vida más plenamente manifestada en nuestra conducta diaria, pero la ciencia y la filosofía no pueden ayudarnos en esto, al contrario, serían un estorbo.

Lector cristiano, procuremos mantenernos cerca a Cristo y a su Palabra. Esta es nuestra única salvaguardia en estos días malos. Separados de él nada somos, nada tenemos y nada podemos. En él lo tenemos todo. Él es la porción de nuestra copa y de nuestra herencia. Aprendamos no solo lo que es ser salvos en él, sino separados *para* él y satisfechos con él, hasta aquel brillante día en que le veremos tal como él es, seremos como él y estaremos con él para siempre.

## **Demostración de un pecado por el testimonio de dos o tres testigos**

Los versículos que terminan nuestro capítulo necesitan pocas explicaciones. Exponen una verdad práctica a la que los cristianos profesantes harían bien en prestar atención, a pesar de todas sus luces y conocimientos.

“No se tomará en cuenta a un solo testigo contra ninguno en cualquier delito ni en cualquier pecado, en relación con cualquiera ofensa cometida. Solo por el testimonio de dos o tres testigos se mantendrá la acusación” (v. 15).

Ya hemos tratado este asunto pero es necesario continuar insistiendo sobre él. Es muy importante porque nuestro Señor Jesucristo, y el Espíritu Santo por medio del apóstol Pablo en dos de sus epístolas, insisten sobre el principio de los

## dos o tres testigos



(2 Corintios 13:1; 1 Timoteo 5:19)

en cualquier caso que se presente (2 Corintios 13:1; 1 Timoteo 5:19). Un solo testigo, por digno de crédito que sea, no es suficiente. Si esta regla fuese más debidamente atendida, se evitarían muchos debates y contiendas. En nuestra imaginaria sabiduría podemos creer que un solo testigo digno de confianza debe ser suficiente para decidir cualquier cuestión. Recordemos que Dios es más sabio que nosotros, y que nuestra mayor sabiduría, así como nuestra mayor seguridad moral, es atenernos a su infalible Palabra.

“Cuando se levantara testigo falso contra alguno, para testificar contra él, entonces los dos litigantes se presentarán delante de Jehová, y delante de los sacerdotes y de los jueces que hubiere en aquellos días. Y los jueces inquirirán bien; y si aquel testigo resultare falso, y hubiere acusado falsamente a su hermano, entonces haréis a él como él pensó hacer a su hermano; y quitarás el mal de en medio de ti. Y los que quedaren oirán y temerán, y no volverán a hacer más una maldad semejante en medio de ti. Y no le compadecerás; vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie” (v. 16-21).

Aquí podemos ver cómo Dios aborrece el testimonio falso; y además, hemos de recordar que aunque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia, el falso testimonio sigue siendo aborrecible a los ojos de Dios. Cuanto más comprendamos la gracia que nos ha sido concedida, más aborreceremos el falso testimonio, la calumnia y la maledicencia en cualquiera de sus formas o apariencias. ¡Que el Señor nos preserve de tales cosas!

# Dios va con vosotros para pelear por vosotros

## Algunas consideraciones generales

Cuando salgas a la guerra contra tus enemigos, si vieres caballos y carros, y un pueblo más grande que tú, no tengas temor de ellos, porque Jehová tu Dios está contigo, el cual te sacó de tierra de Egipto. Y cuando os acerquéis para combatir, se pondrá en pie el sacerdote y hablará al pueblo, y les dirá: Oye, Israel, vosotros os juntáis hoy en batalla contra vuestros enemigos; no desmaye vuestro corazón, no temáis, ni os azoréis, ni tampoco os desalentéis delante de ellos; porque Jehová vuestro Dios va con vosotros, para pelear por vosotros contra vuestros enemigos, para salvaros” (v. 1-4).

¡Es admirable imaginarse a Jehová como guerrero, combatiendo contra los enemigos de su pueblo! Muchas personas no pueden concebir que un ser bondadoso pueda presentar este carácter. Esto proviene por no distinguir entre las diferentes dispensaciones. Luchar contra sus enemigos estaba en tan perfecta consonancia con el carácter del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, como lo está con el carácter del Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo perdonarlos. Y puesto que el carácter bajo el que Dios se revela proporciona el modelo sobre el cual su pueblo debe moldearse y obrar, tan consecuente era Israel exterminando a sus enemigos como lo somos nosotros amándolos, rogando por ellos y haciéndoles bien.

Si recordáramos este principio tan sencillo evitaríamos gran número de malas interpretaciones y discusiones. Es evidente que la Iglesia de Dios no debe hacer la guerra. Quienquiera que lea el Nuevo Testamento se convencerá de ello. Se nos ordena claramente amar a nuestros enemigos, hacer bien a los que nos aborrecen y orar por los que nos ultrajan y persiguen.

“ Vuelve tu espada a su lugar; porque todos los que tomen espada, a espada perecerán  
(Mateo 26:52).

Y en otro evangelio:

“ Jesús entonces dijo a Pedro: Mete tu espada en la vaina; la copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?  
(Juan 18:11).



Además, nuestro Señor dijo a Pilato: “Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, *mis servidores pelearían*”... y habría sido conveniente que lo hicieran, “pero mi reino no es de aquí”; por lo tanto sería totalmente incompatible y malo que ellos lucharan (Juan 18:36).

Todo esto es tan claro que solo podemos decir: “¿Cómo lees?”. Nuestro bendito Señor no peleaba; soportaba mansa y pacientemente toda clase de injurias y malos tratos; así nos dejó un ejemplo para que sigamos sus pisadas. Si nos preguntáramos francamente: «¿Qué haría Jesús en tal o cual caso?», pondríamos fin a toda discusión sobre este punto y otros más. No hay ninguna necesidad de razonar. Si las palabras y el ejemplo de nuestro Señor, además de las enseñanzas de su Espíritu por medio de los apóstoles, no son suficientes para guiarnos, toda discusión es vana.

Y si se nos preguntara qué enseña el Espíritu Santo referente a este punto tan importante y práctico, oigamos sus preciosas, claras y penetrantes palabras: “No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, *yo pagaré*, dice el Señor. Así que, si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber; pues haciendo esto, ascuas de fuego amontonarás sobre su cabeza. No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal” (Romanos 12:19-21).

Esa es la admirable moral de la Iglesia de Dios, los principios del reino celestial al cual pertenece todo verdadero cristiano. ¿Convenían a Israel? Ciertamente que no. Si Josué hubiese tratado a los cananeos según los principios de Romanos 12, habría sido tan inconsecuente como lo seríamos nosotros si obráramos de acuerdo a Deuteronomio 20. Y ¿por qué? Sencillamente porque en los días de Josué Dios ejercía juicio con justicia, y ahora obra con gracia. El principio según el cual Dios actúa es el magno regulador moral para el pueblo de Dios en todas las edades y esto, bien comprendido, pone fin a toda discusión.

Y si alguien preguntara: «¿Podría el mundo adoptar los principios de la gracia y obrar conforme a la doctrina expuesta en Romanos 12:20?». No, solo pensarlo es absurdo. La tentativa de amalgamar los principios de la gracia con la ley de cada nación, o infundir el espíritu del Nuevo Testamento en el sistema de economía política, sumergiría a la sociedad civilizada en una confusión desesperada. Precisamente aquí es donde muchas personas bien intencionadas se equivocan; quieren obligar a las naciones del mundo a adoptar un principio que sería la ruina de su existencia nacional. Todavía no ha llegado el tiempo en el cual las naciones conviertan sus espadas en rejas de arado, sus lanzas en hoces, y no se adiestren más para la guerra (Isaías 2:4). Ese bendito tiempo vendrá, gracias a Dios, cuando la tierra esté llena del conocimiento del Señor, como las aguas cubren el mar. Pero querer que las naciones obren *ahora* según principios de paz,

es desear que dejen de existir; tentativa vana y estéril. No somos llamados a arreglar el mundo, sino a pasar por él como peregrinos y extranjeros. Jesús no vino para arreglar el mundo, sino a buscar y a salvar lo que se había perdido. Respecto al mundo, testificó que sus obras eran malas. Mas pronto vendrá a restablecer todas las cosas. Asumirá su gran poder y reinará. Los reinos de este mundo se transformarán en los reinos de nuestro Señor y Cristo. Quitará de su reino todo lo mancillado y toda iniquidad. Todo esto sucederá (bendito sea Dios), pero debemos aguardar Su tiempo. De nada sirve, con nuestros ignorantes esfuerzos, buscar establecer una situación que toda la Escritura tiende a demostrar que *solo* puede ser introducida por la presencia personal y el gobierno de nuestro amado y adorable Señor y Salvador Jesucristo.

### **Para las batallas de Israel: el sacerdote y el oficial**

Israel fue llamado a combatir las batallas de Jehová. Desde el momento que entraron en Canaán, tuvieron que hacer la guerra a sus habitantes. “De las ciudades de estos pueblos que Jehová tu Dios te da por heredad, ninguna persona dejarás con vida” (v. 16). Esto era claro y solemne. Los descendientes de Abraham no solo debían poseer la tierra de Canaán, sino también ser los instrumentos para la ejecución del justo castigo de Dios sobre sus culpables habitantes, cuyos pecados eran absolutamente intolerables.

Si alguien cree que es su deber intentar justificar la manera como Dios obró con las siete naciones de Canaán, sepa que su trabajo es totalmente superfluo, ya que Dios es soberano y justo. ¡Qué locura para cualquier gusano de la tierra creer que puede desempeñar tal labor! ¡Qué insensatez también en aquellos que piden una justificación o explicación más allá de la que nos ha sido revelada en la Palabra de Dios! ¡Sea Dios siempre reconocido justo en su Palabra, y tenido por puro en su juicio! (Salmo 51:4). Era honroso para los israelitas el tener que exterminar a aquellas naciones culpables, honor del que no fueron dignos, porque no obedecieron lo que se les había mandado. Dejaron con vida a muchos de los que debieron haber destruido, los cuales más tarde se convirtieron en los instrumentos de su propia ruina, induciéndolos a los mismos pecados que habían atraído el divino juicio sobre ellos.

Examinemos unos momentos cuáles eran las aptitudes necesarias para los que luchaban en las batallas de Jehová. El párrafo que encabeza nuestro capítulo está lleno de preciosas instrucciones para nosotros, para las batallas espirituales que somos llamados a librar.

El lector observará que cuando llegaba la hora de combatir, el pueblo era arengado, primero por el sacerdote y después por los oficiales. Ese orden es muy hermoso. Los sacerdotes exponían al pueblo sus elevados *privilegios*, luego los oficiales le recordaban sus *responsabilidades*. Ese es el orden divino. “Se pondrá en pie el sacerdote y hablará al pueblo, y les dirá: Oye, Israel, vosotros os juntáis hoy en batalla contra vuestros enemigos; no desmaye vuestro corazón, no temáis, ni os azoréis, ni tampoco os desalentéis delante de ellos; porque Jehová vuestro Dios va con vosotros, para pelear por vosotros contra vuestros enemigos, para salvaros” (v. 2-4).

¡Cuán bellas y alentadoras eran esas palabras! ¡Son muy propias para desvanecer todo temor e infundir valor y confianza al corazón más débil! El sacerdote era la expresión de la gracia de Dios. Su ministerio era una corriente consoladora fluyendo del corazón del Dios de Israel hacia cada uno de los combatientes. Sus palabras eran apropiadas e iban dirigidas a ceñir los lomos del entendimiento y a vigorizar al brazo débil para la lucha. Les aseguraba la presencia divina entre ellos. No había cuestionamiento o condición; no había ningún “si acaso” ni “pero”. Era una afirmación contundente. Jehová Sabaot (el Señor de los ejércitos) estaba con ellos. Esto era suficiente. Poco importaba el número o el poder de sus enemigos. Ante Jehová de los ejércitos, el Dios de los ejércitos de Israel, serían como el tamo que esparce el viento (Salmo 46:7).

Los *oficiales* también debían ser oídos, como lo era el *sacerdote*. “Y los oficiales hablarán al pueblo, diciendo: ¿Quién ha edificado casa nueva, y no la ha estrenado? Vaya, y vuélvase a su casa, no sea que muera en la batalla, y algún otro la estrene. ¿Y quién ha plantado viña, y no ha disfrutado de ella? Vaya, y vuélvase a su casa, no sea que muera en la batalla, y algún otro la disfrute. ¿Y quién se ha desposado con mujer, y no la ha tomado? Vaya, y vuélvase a su casa, no sea que muera en la batalla, y algún otro la tome. Y volverán los oficiales a hablar al pueblo, y dirán: ¿Quién es hombre medroso y pusilánime? Vaya, y vuélvase a su casa, y no apoque el corazón de sus hermanos, como el corazón suyo. Y cuando los oficiales acaben de hablar al pueblo, entonces los capitanes del ejército tomarán el mando a la cabeza del pueblo” (v. 5-9).

Dos cosas eran esenciales para los que querían luchar en las batallas de Jehová, a saber: un corazón enteramente vacío de las cosas de la naturaleza y de la tierra, y una segura confianza en Dios. “Ninguno que milita se enreda en los negocios de la vida, a fin de agradar a aquel que lo tomó por soldado” (2 Timoteo 2:4). Hay una diferencia sustancial entre estar *ocupado* en los negocios de la vida y estar *enredado* por ellos. Un hombre podía tener una casa, una viña, una mujer, y con todo ser apto para entrar en combate. Estas cosas no eran obstáculos en sí mismas; pero estar involucrado en ellas era lo que convertía a un hombre en incapaz para la lucha.

## Las batallas del cristiano

Es bueno recordar que, como cristianos, somos llamados a una continua guerra espiritual. Hemos de combatir por cada pulgada de terreno celestial. Lo que los cananeos eran para Israel, lo son para nosotros las huestes espirituales de maldad que moran en los aires. No se nos llama a combatir por la vida eterna; la recibimos como don gratuito de Dios, antes de comenzar la lucha. No se nos llama a luchar por la salvación, somos salvos antes de entrar en el combate. Es absolutamente necesario saber para qué y contra quién hemos de combatir. Luchamos con el fin de establecer, conservar y manifestar en la práctica nuestra posición y carácter celestiales en medio de las circunstancias y escenas de la vida diaria. En cuanto a nuestros enemigos espirituales, son espíritus de maldad a quienes les es permitido ocupar las regiones celestes. “Porque no tenemos lucha contra sangre y carne”, como tenía Israel en Canaán,

“ sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes (Efesios 6:12).

Ahora bien, ¿qué necesitamos para esta lucha? ¿Debemos abandonar nuestras legítimas vocaciones terrenales? ¿Debemos romper con las relaciones de parentesco fundadas en la naturaleza y sancionadas por Dios? ¿Es preciso que nos convirtamos en ascetas, en místicos o monjes, a fin de entrar en la lucha espiritual a la cual se nos llama? De ninguna manera. Para un cristiano, obrar así sería una prueba de que no ha comprendido su vocación, o que desde el principio cayó en la lucha. Se nos ha ordenado trabajar con nuestras manos en lo que es bueno, para que podamos ayudar al necesitado. Además, en el Nuevo Testamento tenemos la más extensa guía de cómo comportarnos en las diferentes relaciones naturales que Dios mismo ha establecido y a las cuales ha puesto el sello de su aprobación. Por lo tanto resulta perfectamente claro que las vocaciones terrenales legítimas y las relaciones familiares no son por sí mismas un obstáculo para el éxito de nuestra lucha espiritual.

¿Qué necesita, pues, el combatiente cristiano? Un corazón completamente *desprendido* de las cosas terrenales y naturales, y plena confianza en Dios. Pero ¿cómo lograr estas cosas? Oigamos la respuesta divina. “Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en *el día malo*”, –el tiempo comprendido entre la cruz y la venida de Cristo– “y habiendo acabado todo, estar firmes. Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la *verdad*, y vestidos con la coraza de justicia, y calzados los pies con el apresto del evangelio de la *paz*. Sobre todo, tomad el escu-

do de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno. Y tomad el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios; orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos” (Efesios 6:13-18).

Lector, observe los requisitos de un soldado cristiano, expuestos aquí por el Espíritu Santo. Ya no se trata de casa, viña o mujer, sino de tener al hombre interior gobernado por “la verdad”, la conducta dirigida por una verdadera “justicia” práctica, los hábitos morales caracterizados por la dulce “paz” del Evangelio. Además, es cuestión de estar protegido por el impenetrable escudo de la “fe”, de tener la sede del entendimiento guardada por la completa certeza de la “salvación”, y el corazón continuamente sustentado y fortalecido por la oración y súplica perseverantes, exhalando una viva y ferviente intercesión en favor de todos los santos, especialmente por los amados obreros del Señor y su obra. De esta manera debe estar equipada la Iglesia de Dios para emprender la lucha contra los espíritus malos en las regiones celestes. ¡Quiera el Señor, en su infinita bondad, hacernos sentir la realidad de todas estas cosas y permitirnos ponerlas en práctica en nuestra vida cotidiana!

## **Los principios que debían regir a los israelitas en sus guerras**

El final de nuestro capítulo contiene los principios que debían gobernar a los israelitas en sus campañas. Debían diferenciar a las ciudades que se hallaban lejos de ellos de las que pertenecían a las siete naciones sentenciadas. A las primeras debían empezar por hacerles propuestas de paz; a las otras, por el contrario, no debían manifestarles ninguna indulgencia. “Cuando te acerques a una ciudad *para combatirla*, le intimarás la paz.” ¡Extraño método de combatirla! “Y si respondiere: Paz, y te abriere, todo el pueblo que en ella fuere hallado, te será tributario, y te servirá. Mas si no hiciere paz contigo, y emprendiere guerra contigo, entonces la sitiarás. Luego que Jehová tu Dios la entregue en tu mano, herirás a todo varón suyo a filo de espada” –el varón como expresión de la energía del mal–. “Solamente las mujeres y los niños, y los animales, y todo lo que haya en la ciudad, todo su botín, tomarás para ti; y comerás del botín de tus enemigos, los cuales Jehová tu Dios te entregó. Así harás a todas las ciudades que estén muy lejos de ti, que no sean de las ciudades de estas naciones” (v. 10-15).

La matanza desconsiderada y la destrucción general no formaban parte del deber de Israel. Las ciudades que estaban dispuestas a aceptar las condiciones de paz tenían el privilegio de convertirse en tributarias del pueblo de Dios; en cuanto a las que no querían aceptar la paz, todo lo que pudiera ser de utilidad debía ser conservado.

Hay en la naturaleza y en la tierra cosas que pueden ser empleadas para Dios, que son santificadas por la Palabra de Dios y por la oración. Se nos dice que ganemos amigos por medio de las riquezas injustas, para que cuando estas falten, nos reciban en las moradas eternas (Lucas 16:9), lo cual significa simplemente que si el cristiano posee riquezas terrenales, debe emplearlas con fidelidad para el servicio de Cristo, participando de ellas a los hermanos pobres y a los obreros del Señor. Debe servirse de ellas para propagar la obra del Señor por todos los lugares. Así estas mismas riquezas, que mal empleadas podrían escaparse de sus manos o *convertirse en un estorbo* para su alma, producirán preciosos frutos que servirán para proporcionarle una amplia entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

A muchos cristianos se les dificulta entender el pasaje de Lucas 16:9, pero el sentido es tan claro como importante y práctico. En 1 Timoteo 6 encontramos una instrucción semejante: “A los ricos de este siglo manda que no sean altivos, ni pongan la esperanza en las riquezas, las cuales son inciertas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos. Que hagan bien, que sean ricos en buenas obras, *dadivosos*, generosos; atesorando para sí buen fundamento para lo por venir, que echen mano de la vida eterna” (v. 17-19).

De lo que ahora damos a Cristo no se perderá nada. Tan solo el pensamiento de ello debería animarnos a dedicar todo cuanto tenemos y somos, al servicio de nuestro Salvador y Señor Jesucristo.

Esa es la enseñanza que Lucas 16 y 1 Timoteo 6 nos dan. Intentemos entenderla. La expresión “para que os reciban en las moradas eternas” significa sencillamente que lo que se gasta por Cristo será recompensado en el día venidero. Incluso un vaso de agua fresca dada en su precioso nombre tendrá su recompensa en el reino sempiterno. ¡Oh, entreguémonos a él con todo lo que tenemos!

Cerraremos esta sección citando las últimas líneas de nuestro capítulo, las cuales ofrecen una bella ilustración de cómo Dios atiende hasta los asuntos más pequeños, y su cuidado bondadoso para que nada se pierda o se perjudique. “Cuando sities a alguna ciudad, peleando contra ella muchos días para tomarla, no destruirás sus árboles metiendo hacha en ellos, porque de ellos

podrás comer; y no los talarás, porque el árbol del campo no es hombre para venir contra ti en el sitio. Mas el árbol que sepas que no lleva fruto, podrás destruirlo y talarlo, para construir baluarte contra la ciudad que te hace la guerra, hasta sojuzgarla” (v. 19-20).

“Para que no se pierda nada” (Juan 6:12), es la orden dirigida a nosotros por el Maestro, orden que jamás deberíamos olvidar.

“ Porque todo lo que Dios creó es bueno, y nada es de desecharse  
(1 Timoteo 4:4).

Debemos cuidarnos de no derrochar. Esforcémonos en no desperdiciar alimentos ni lo que pudiera ser utilizado en beneficio de otros. Podemos estar seguros de que el desperdiciar desagrade al Señor. Recordemos que su mirada está sobre nosotros y tratemos de serle agradables en toda nuestra conducta.

## Averiguación a causa de un homicidio

Si en la tierra que Jehová tu Dios te da para que la poseas, fuere hallado alguien muerto, tendido en el campo, y no se supiere quién lo mató, entonces tus *ancianos* y tus *jueces*” –los guardianes de la verdad y de la justicia– “saldrán y medirán la distancia hasta las ciudades que están alrededor del muerto. Y los ancianos de la ciudad más cercana al lugar donde fuere hallado el muerto, tomarán de las vacas una becerro que no haya trabajado, que no haya llevado yugo; y los ancianos de aquella ciudad traerán la becerro a un valle escabroso, que nunca haya sido arado ni sembrado, y quebrarán la cerviz de la becerro allí en el valle. Entonces vendrán los *sacerdotes hijos de Leví*” –los exponentes de la gracia y de la misericordia–; “porque a ellos escogió Jehová tu Dios para que le *sirvan*, y para *bendecir* en el nombre de Jehová; y por la palabra de ellos se decidirá toda disputa y toda ofensa”. ¡Hecho bendito y reconfortante! “Y todos los ancianos de la ciudad más cercana al lugar donde fuere hallado el muerto lavarán sus manos sobre la becerro cuya cerviz fue quebrada en el valle; y protestarán y dirán: Nuestras manos no han derramado esta sangre, ni nuestros ojos lo han visto. Perdona a tu pueblo Israel, al cual redimiste, oh Jehová; y no culpes de sangre inocente a tu pueblo Israel. Y la sangre les será perdonada. Y tú quitarás la culpa de la sangre inocente de en medio de ti, cuando hicieres lo que es recto ante los ojos de Jehová” (v. 1-9).

Aquí tenemos un pasaje interesante y muy apropiado para hacernos reflexionar. Un hombre ha sido encontrado muerto en el campo, pero nadie sabe quién cometió el crimen, ni siquiera se sabe si se trata de un asesinato o de un homicidio involuntario. Es un misterio; pero el hecho es innegable. Se ha cometido un crimen. Hay una mancha en la tierra de Jehová y el hombre es completamente incompetente para juzgar este hecho.

¿Qué hay que hacer? La gloria de Dios y la pureza de su tierra deben ser conservadas. Él conoce todo lo que ocurrió y puede obrar soberanamente en tal asunto, sin embargo, el modo de tratarlo nos deja la más preciosa enseñanza.

En primer lugar aparecen en escena los ancianos y los jueces. Las exigencias de la verdad y de la justicia deben ser respetadas; la justicia y el juicio deben mantenerse sobre todo. Luego aparecen los sacerdotes y levitas, portadores de la gracia y la misericordia. Esta es una gran verdad que se encuentra en toda la Palabra de Dios. *El pecado* ha de ser juzgado antes de que *los pecados* puedan ser perdonados o el pecador justificado. Antes de que la voz de la misericordia pueda hablar, la justicia ha de quedar perfectamente satisfecha, los derechos de Dios mantenidos y su nombre glorificado. La gracia de Dios solo puede reinar por la justicia. ¡Bendito sea Dios para



siempre! ¡Qué verdad tan gloriosa para aquellos que han tomado su verdadero lugar como pecadores! Dios ha sido glorificado en la obra de la cruz en lo referente al pecado, y por lo tanto puede, con perfecta justicia, perdonar y justificar al pecador.

Pero debemos limitarnos a la interpretación del pasaje expuesto, el cual nos da una maravillosa visión del porvenir de Israel. La gran verdad fundamental de la expiación está presentada, pero especialmente con respecto a Israel. La muerte de Cristo se ve aquí en sus dos grandes aspectos, a saber: como expresión de la culpa humana y como despliegue de la gracia de Dios. El primero lo tenemos representado por el hombre hallado muerto en el campo, y el segundo por la becerro sacrificada en el valle escabroso. Los ancianos y jueces ubicaban la ciudad más próxima al hombre muerto, la cual solo podía ser salvada mediante la sangre de una víctima sin mancha, figura de la sangre de Aquel que fue sacrificado fuera de la ciudad culpable de Jerusalén (Hebreos 13:12).

Desde el momento en que los derechos de la justicia eran satisfechos por la muerte de la víctima, entraba en escena un nuevo elemento. “Entonces vendrán los sacerdotes hijos de Leví”. La gracia obra sobre el terreno de la justicia. Los sacerdotes son los canales de la gracia, así como los jueces son los guardianes de la justicia. ¡Qué admirable es la Escritura desde el comienzo hasta el fin! Solo después de que se había derramado la sangre de la víctima, podían presentarse los ministros de la gracia. La becerra decapitada en el valle cambiaba por completo el aspecto de las cosas. “Entonces vendrán los sacerdotes hijos de Leví, porque a ellos escogió Jehová tu Dios para que le sirvan, y para bendecir en el nombre de Jehová; y por *la palabra de ellos se decidirá toda disputa y toda ofensa*”. ¡Hecho bendito para Israel y para todo verdadero creyente! Todo debe establecerse sobre el glorioso y eterno principio de la gracia reinando por la justicia.

Así es como Dios tratará dentro de poco con Israel. A este pueblo, en primer lugar, se aplican las instituciones que encontramos en este maravilloso libro de Deuteronomio. Sin duda, también encierran preciosas lecciones para nosotros, pero solo podemos apreciar y entenderlas al buscar su verdadero alcance. Por ejemplo, ¡cuán reconfortante es el hecho de que por la palabra del ministro de la gracia se juzgue toda disputa y ofensa, sea para el Israel arrepentido más tarde, o para toda alma arrepentida en la actualidad! ¿Perdemos algo de la bendición de tales cosas reconociendo la directa aplicación de la Escritura? Por supuesto que no; el secreto para aprovechar plenamente un pasaje de la Palabra de Dios consiste en entender su verdadero sentido y alcance.

“Todos los ancianos de la ciudad más cercana al lugar donde fuere hallado el muerto lavarán sus manos sobre la becerra cuya cerviz fue quebrada en el valle” (v. 6).

“ Lavaré en inocencia mis manos, y así andaré alrededor de tu altar, oh Jehová (Salmo 26:6).

El único lugar para lavar nuestras manos es donde la sangre de la expiación ha borrado para siempre nuestra culpabilidad. “Y protestarán y dirán: Nuestras manos no han derramado esta sangre, ni nuestros ojos lo han visto. Perdona a tu pueblo Israel, al cual redimiste, oh Jehová; y no culpes de sangre inocente a tu pueblo Israel. Y la sangre les será perdonada” (v. 7-8).

“ Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lucas 23:34).

“A vosotros primeramente, Dios, habiendo levantado a su Hijo, lo envió para que os bendijese, a fin de que cada uno se convierta de su maldad” (Hechos 3:26). Un día, todo Israel será salvo y bendecido, según los eternos consejos de Dios y en virtud de su promesa y juramento hechos a Abraham, ratificados y establecidos eternamente por la preciosa sangre de Cristo. ¡A él sea todo el honor y la alabanza para siempre!

Los versículos 10 al 17 tratan de una manera muy especial las relaciones de Israel con Jehová. No nos detendremos en ellas aquí. El lector podrá encontrar numerosas referencias a este tema en los profetas, donde el Espíritu Santo hace los más conmovedores llamados a la conciencia de la nación, recordándole la maravillosa relación a que él los había traído, y en la cual lastimosamente habían fracasado. Israel demostró ser una esposa infiel, y como consecuencia ha sido puesto a un lado. Sin embargo, llegará el día en que este pueblo, tanto tiempo rechazado pero jamás olvidado, será restablecido y llevado a un estado de bendición, privilegio y gloria como jamás conoció en el pasado.

Esto no debe ser perdido de vista ni dejado lado. Esta verdad corre como una brillante hebra de oro a lo largo de todas las escrituras proféticas, desde Isaías hasta Malaquías. Además este hermoso tema está resumido y desarrollado en el Nuevo Testamento. Véase el brillante pasaje que sigue, el cual es tan solo uno entre cientos parecidos. “Por amor de Sion no callaré, y por amor de Jerusalén no descansaré, hasta que salga como resplandor su justicia, y su salvación se encienda como una antorcha. Entonces verán las gentes tu justicia, y todos los reyes tu gloria; y te será puesto un nombre nuevo, que la boca de Jehová nombrará. Y serás corona de gloria en la mano de Jehová, y diadema de reino en la mano del Dios tuyo. Nunca más te llamarán Desamparada, ni tu tierra se dirá más Desolada; sino que serás llamada Hefzi-bá (mi deleite está en ella), y tu

tierra, Beula (desposada); porque el amor de Jehová estará en ti, y tu tierra será desposada. Pues como el joven se desposa con la virgen, se desposarán contigo tus hijos; y como el gozo del esposo con la esposa, así se gozará contigo el Dios tuyo. Sobre tus muros, oh Jerusalén, he puesto guardas; todo el día y toda la noche no callarán jamás. Los que os acordáis de Jehová, no reposéis, ni le deis tregua, hasta que restablezca a Jerusalén, y la ponga por alabanza en la tierra. Juró Jehová por su mano derecha, y por su poderoso brazo: Que jamás daré tu trigo por comida a tus enemigos, ni beberán los extraños el vino que es fruto de tu trabajo; sino que los que lo cosechan lo comerán, y alabarán a Jehová; y los que lo vendimian, lo beberán en los atrios de mi santuario... He aquí que Jehová hizo oír hasta lo último de la tierra: Decid a la hija de Sion: He aquí viene tu Salvador; he aquí su recompensa con él, y delante de él su obra. Y les llamarán Pueblo Santo, Redimidos de Jehová; y a ti te llamarán Ciudad Deseada, no desamparada” (Isaías 62).

Intentar enajenar este sublime y glorioso pasaje de su propio objeto y aplicarlo a la Iglesia de Cristo, ya sea en la tierra o en el cielo, es violentar la Palabra de Dios e introducir un sistema de interpretación que destruye la integridad de la Santa Escritura. Este texto se aplica única y literalmente a Sion, a Jerusalén, a la tierra de Canaán. Procure el lector entender y compenetrarse bien de este hecho.

En cuanto a la Iglesia, su posición en la tierra es la de una virgen desposada, no la de una mujer casada. Su casamiento se verificará en el cielo (Apocalipsis 19:7-8). Aplicar a la Iglesia textos como el anterior es falsificar su posición y negar las más claras afirmaciones de la Escritura en cuanto a su vocación, su herencia y su esperanza, que son puramente celestiales.

## **El hijo contumaz y rebelde**

Los versículos 18 al 21 de este capítulo hablan de un “hijo contumaz y rebelde”. Aquí tenemos a Israel considerado desde otro punto de vista. Es la generación apóstata para la cual no hay perdón. “Si alguno tuviere un hijo contumaz y rebelde, que no obedeciere a la voz de su padre ni a la voz de su madre, y habiéndole castigado, no les obedeciere; entonces lo tomarán su padre y su madre, y lo sacarán ante los ancianos de su ciudad, y a la puerta del lugar donde viva; y dirán a los ancianos de la ciudad: Este nuestro hijo es contumaz y rebelde, no obedece a nuestra voz; es glotón y borracho. Entonces todos los hombres de su ciudad lo apedrearán, y morirá; así quitarás el mal de en medio de ti, y todo Israel oirá, y temerá”.

El lector puede observar con gran interés el contraste que existe entre la solemne acción gubernamental de la ley en el caso del hijo rebelde, y la hermosa parábola del hijo pródigo en Lucas 15. Es maravilloso pensar que es el mismo Dios el que habla y obra en Deuteronomio 21 y en Lucas 15. Mas, ¡qué diferencia en todo! Bajo la ley el padre debía entregar a su hijo para ser apedreado. Bajo la gracia el padre corre al encuentro de su hijo, se echa sobre su cuello y lo besa, lo viste con el mejor vestido, pone un anillo en su mano y zapatos en sus pies. Luego manda matar el becerro gordo y hace resonar la casa con el júbilo que llena su corazón por el regreso de su pobre hijo perdido.

¡Qué notable contraste! En Deuteronomio 21 vemos *la mano de Dios* ejecutando el juicio justo sobre el rebelde. En Lucas 15 vemos *el corazón de Dios* derramándose con ternura sobre el pobre pecador arrepentido, manifestando su gozo al recobrar al hijo que estuvo perdido. El rebelde obstinado es golpeado con la piedra del juicio, mientras el pecador penitente recibe el beso de amor.

Cerraremos esta sección llamando la atención del lector sobre el versículo que termina nuestro capítulo. "... Maldito por Dios es el colgado; y no contaminarás tu tierra que Jehová tu Dios te da por heredad" (v. 23). El apóstol Pablo, con respecto a esto, comenta:

“ Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero)  
(Gálatas 3:13).

Esta referencia está llena de interés y valor, no solo porque nos presenta la preciosa gracia de nuestro Salvador y Señor Jesucristo, (hecho maldición por nosotros para que la bendición de Abraham nos alcanzara a nosotros), pobres pecadores gentiles, sino también porque nos proporciona un ejemplo asombroso del modo en que el Espíritu Santo pone su sello sobre los escritos de Moisés, y en particular, sobre Deuteronomio 21. Todas las partes de las Escrituras se relacionan perfectamente entre sí, por lo que si se desacredita una de ellas, se afecta su totalidad. El mismo Espíritu Santo inspiró tanto los escritos de Moisés como las páginas de los profetas, los cuatro evangelios, los Hechos, las epístolas apostólicas y la muy profunda y preciosa sección que cierra el divino libro: el Apocalipsis. Creemos que es nuestro deber (como nuestro privilegio) hacer énfasis en este importante hecho. Rogamos al lector que preste su más viva atención a ello, para dar un firme testimonio en estos tiempos de relajación carnal, indiferencia y hostilidad.

# Decretos que determinan diversos aspectos de la vida del hombre

## Depravación del corazón humano

La parte de nuestro libro que vamos a estudiar ahora, (aunque no requiere muchas explicaciones), nos enseña dos lecciones prácticas muy importantes. En primer lugar muchas de las instituciones y ordenanzas en ella expuestas ilustran de una manera muy notable la terrible depravación del corazón humano. Nos muestran con claridad inequívoca lo que el hombre es capaz de hacer cuando no tiene en cuenta a Dios. Jamás olvidemos que las ha dictado el Espíritu Santo. Con nuestra presuntuosa sabiduría, tal vez nos sintamos dispuestos a preguntar: ¿Por qué se habrán escrito tales pasajes? ¿Es posible que sean inspirados por el Espíritu Santo? ¿Para qué nos pueden servir? Si fueron escritos para nuestra enseñanza, ¿qué podemos aprender en ellos?

La respuesta a tales preguntas es sencilla. Los pasajes que menos esperaríamos encontrar en las páginas de la Escritura nos muestran muy especialmente de qué estamos formados y los abismos morales en los que somos capaces de hundirnos. Es de suma importancia tener un fiel espejo que nos refleje cada rasgo de nuestro ser moral. Oímos mucho acerca de la dignidad de la naturaleza humana. A muchos les cuesta admitir que son capaces de cometer algunos de los pecados prohibidos en esta sección, como en otras partes de la Escritura. Pero podemos estar seguros de que cuando Dios nos manda que no cometamos tal o cual pecado, es porque en realidad somos capaces de cometerlo. La sabiduría divina jamás levantaría un dique donde no hubiera una corriente que detener. No hay necesidad de ordenarle a un ángel que no hurte; pero el hombre tiene el hurto en su naturaleza misma. De ahí que el mandamiento se le impone a él. Así sucede con todas las cosas prohibidas. La prohibición demuestra la tendencia de la naturaleza. Debemos admitir esto o de lo contrario, diríamos que Dios ha hablado por hablar, lo cual sería una blasfemia.

Muchas personas dicen que aunque algunos individuos perversos son capaces de cometer ciertas abominaciones prohibidas en la Escritura, no todos llegan a tal extremo. Pero esto es un completo error. Oigamos lo que dice el Espíritu Santo en el capítulo 17 del profeta Jeremías: “Engañoso es *el corazón* más que todas las cosas, y perverso” (v. 9). ¿De qué corazón habla? ¿Del corazón de algún atroz criminal, o de un pagano no civilizado? No, del corazón humano en general, del suyo y del mío.

Oigamos además lo que dice nuestro Señor Jesucristo sobre este tema:

“

Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias

(Mateo 15:19).

¿A qué corazón se refiere? ¿Al corazón de algún ser miserable, repugnante, depravado, abominable e indigno de presentarse ante una sociedad decente? No, habla del corazón humano en general, del corazón del que escribe como también del que lee estas líneas.

No olvidemos nunca esto; es una verdad saludable para cada uno de nosotros. Debemos tener presente que si Dios retirara de nosotros aunque solo fuera por un momento su gracia sustentadora, no habría iniquidad en la que no fuéramos capaces de lanzarnos. Además podemos añadir, con profundo agradecimiento, que es su mano misericordiosa la que nos preserva en todas nuestras circunstancias y nos impide convertirnos en un completo fracaso físico, moral y espiritual. Tengamos presente este pensamiento en nuestro corazón para que andemos con humildad y vigilancia, apoyándonos en el único brazo que puede sostenernos y preservarnos del mal.

## **Los decretos testifican de los cuidados de Dios para con su pueblo**

Hay otra importante lección que se desprende de esta parte de nuestro libro. Nos muestra la manera maravillosa con que Dios cuidaba de todo lo que se relacionaba con su pueblo. Nada escapaba a su bondadosa solicitud; nada sobrepasaba su paternal cuidado. Una madre no podría ser más cuidadosa con las necesidades de su hijo que lo que fue el Dios Todopoderoso, Creador y Gobernador del Universo, en los más mínimos detalles relacionados con la vida diaria de su pueblo. Los cuidaba de día y de noche, en casa y fuera de ella. Nos llena de admiración, amor y alabanza ver de qué manera tan maravillosa estaba todo preparado para Israel. Su ropa, su alimento, sus modales y el comportamiento de ellos entre sí, la construcción de sus casas, el arado y sembrado de sus campos, y hasta los detalles más íntimos de su vida personal: todo había sido provisto por Dios. Aquí podemos observar que para nuestro Dios no hay nada demasiado pequeño en lo que se relaciona con su pueblo. Se ocupa amorosa, tierna y paternalmente hasta del último detalle en lo que concierne a los suyos. Causa sorpresa ver al Altísimo, al Creador de todos los confines de la tierra, al Sustentador del vasto universo, condescendiendo a legislar en lo tocante al nido del pájaro. Mas, ¿por qué hemos de asombrarnos si sabemos que para Dios es lo mismo alimentar a un gorrión que a mil millones de seres humanos?

Pero el gran hecho que todo miembro de la congregación de Israel debía recordar era que la presencia divina estaba en medio de ellos. Esto debía obrar sobre sus costumbres y determinar el carácter de toda su conducta. “Porque Jehová tu Dios anda en medio de tu campamento, para librarte y para entregar a tus enemigos delante de ti; *por tanto, tu campamento ha de ser santo*, para que él no vea en ti cosa inmunda, y se vuelva de en pos de ti” (cap. 23:14).

¡Qué privilegio tener a Dios andando en medio de ellos! ¡Qué potente motivo para tener una conducta pura y delicadeza en sus costumbres personales y domésticas! Si Dios estaba en medio de ellos para asegurarles la victoria sobre sus enemigos, también estaba entre ellos para exigirles santidad. No debían olvidar ni por un momento a la Persona que andaba con ellos. Este pensamiento desagradable solo podía resultar para quien no amaba la santidad, la pureza y el orden moral. Todo verdadero israelita se complacía en pensar que entre ellos habitaba Aquel que no podía tolerar nada que no fuese santo, decoroso y puro.

## **El Espíritu Santo habita en nosotros**

El lector cristiano comprenderá la fuerza moral y la aplicación de este principio. Tenemos el privilegio de que el Espíritu Santo more en nosotros individual y colectivamente. En 1 Corintios 6:19 leemos: “¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?”. Esto es individual. Cada creyente es un templo del Espíritu Santo; esta gloriosa y preciosa verdad es el fundamento de la exhortación dada en Efesios 4:30: “*No contristéis* al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención”.

¡Cuán importante es que recordemos esto constantemente! ¡Qué poderoso motivo moral para que cultivemos con diligencia la pureza de corazón y la santidad de vida! Cuando somos tentados a dejarnos llevar por pensamientos o sentimientos perversos, por una manera de hablar indigna de Dios, por una conducta indecorosa, ¡qué potente correctivo es percatarse de que el Espíritu Santo mora en nuestro cuerpo como en su templo! El recordarlo nos preservará de muchos malos pensamientos, de expresiones necias o desconsideradas, y de muchos actos impropios.

Pero el Espíritu Santo no solo habita en cada creyente en particular sino que también lo hace en la Iglesia colectivamente. “¿No sabéis que *sois templo de Dios*, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?” (1 Corintios 3:16). Sobre este hecho el apóstol Pablo funda su exhortación en 1 Tesalonicenses 5:19: “*No apaguéis* al Espíritu”. ¡Cuán perfecta es la Escritura! ¡Cuán admirablemente concuerda! El Espíritu Santo mora en nosotros individualmente, por lo tanto no debemos *con-*

*tristarlo*. Mora en la asamblea, por consiguiente no debemos *apagarlo*, sino darle el lugar que le corresponde y dejarlo actuar libremente. ¡Que estas grandes verdades penetren profundamente en nuestros corazones y ejerzan la más poderosa influencia sobre nuestra conducta, tanto en la vida privada como en la asamblea!

## **El deber para con un hermano**

A continuación citaremos algunos pasajes de los capítulos a los que hemos llegado y que son asombrosas ilustraciones de la sabiduría, bondad, ternura, santidad y justicia que caracterizaban los tratos de Dios para con su pueblo. Veamos, por ejemplo, este primer pasaje: “Si vieres extraviado el buey de tu hermano, o su cordero, *no le negarás tu ayuda*; lo volverás a tu hermano. Y si tu hermano no fuere tu vecino, o no lo conocieres, lo recogerás en tu casa, y estará contigo hasta que tu hermano lo busque, y se lo devolverás. Así harás con su asno, así harás también con su vestido, y lo mismo harás con toda cosa de tu hermano que se le perdiere y tú la hallares; *no podrás negarle tu ayuda*. Si vieres el asno de tu hermano, o su buey, caído en el camino, *no te apartarás de él*; le ayudarás a levantarlo” (cap. 22:1-4).

Aquí las dos lecciones de que hemos hablado se nos presentan de un modo muy preciso. ¡Qué humillante cuadro del corazón humano se nos da en la frase: “no le negarás tu ayuda”! Podemos actuar de la forma más egoísta y vil para esquivar los llamados de nuestros hermanos y negarles nuestra simpatía y socorro, para evitar el deber de cuidar sus intereses, o simular no darnos cuenta de que realmente necesita nuestra ayuda. ¡Así es el hombre! ¡Así es el que esto escribe!

En cambio, ¡de qué manera tan bendita brilla en este pasaje el carácter de nuestro Dios! El buey, la oveja o el asno del hermano no debían ser abandonados; debían ser conducidos a casa, cuidados y devueltos sanos y salvos a su dueño sin hacer cargo de perjuicios. Lo mismo sucedía con el vestido. ¡Qué hermoso es todo esto! ¡Cómo sopla hacia nosotros el aire de la presencia divina, la fragante atmósfera de la divina bondad, ternura y amor! ¡Qué privilegio para un pueblo ver su conducta regida y su carácter formado por estatutos y decretos tan exquisitos!

## **El deber para con los demás**

Veamos la prueba evidente de los cuidados divinos. “Cuando edifiques casa nueva, harás pretil a tu terrado, para que no echas culpa de sangre sobre tu casa, si de él cayere alguno” (cap. 22:8). Jehová quería que su pueblo fuese cuidadoso y considerado con los demás; al construir sus casas no debían pensar solo en sí mismos y en sus conveniencias, sino también en la seguridad de los demás. Esta es una lección para los cristianos. ¡Cuán inclinados estamos a pensar solo en no-



sotros, en nuestros intereses, en nuestro bienestar y nuestras conveniencias! ¿Pensamos en los demás cuando edificamos o amoblamos nuestras casas? ¡Ah!, lo nuestro es con frecuencia el motivo principal de todas nuestras empresas. No puede ser de otro modo si el corazón no está gobernado por los motivos que son propios del cristianismo. Debemos vivir en la pura y celestial atmósfera de la nueva creación con el fin de elevarnos por encima del egoísmo que caracteriza a la humanidad. Todo inconverso, quienquiera que sea, está regido por el egoísmo bajo una u otra forma. El yo es el centro, el objeto y el motivo de todas sus acciones.

Es cierto que algunas personas son más amables, afectuosas, benévolas, desinteresadas y generosas que otras; pero es completamente imposible que el “hombre natural” sea guiado por motivos espirituales, o que el hombre terrenal esté animado por móviles celestiales.

Hemos de confesar, con vergüenza y humillación, que los que profesamos ser espirituales estamos inclinados a vivir para nosotros mismos, a mantener nuestros propios intereses, a procurar nuestra tranquilidad y conveniencia. Cuando se trata del yo, damos muestra de mucho fervor y energía.

Esto es muy triste y humillante. No sería así si miráramos con más simplicidad y fervor a Cristo, nuestro gran ejemplo y modelo en todo. El verdadero secreto de todo cristianismo práctico es mantenerse ferviente y constantemente ocupado con Cristo. No son las reglas ni los reglamentos los que nos harán ser semejantes a Cristo en nuestro espíritu, modales y conducta. Debemos beber de su Espíritu, andar en sus huellas y sondear sus glorias morales para ser conformes a su imagen.

“ Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor (2 Corintios 3:18).

### **No mezclemos nada con la doctrina pura de la Palabra**

Las importantes instrucciones prácticas que encontramos en los versículos 9 a 11 se aplican de manera admirable a todos los obreros del Señor. “No sembrarás tu viña con semillas diversas, no sea que se pierda todo, tanto la semilla que sembraste como el fruto de la viña” (cap. 22:9).

¡Qué principio digno de atención! ¿Lo entendemos realmente? ¿Distinguimos su verdadera aplicación espiritual? Es de temer que haya una enorme cantidad de “semillas diversas” en la llamada viña espiritual de nuestros días. ¡Cuántas “filosofías y huecas sutilezas”, de la “falsamente llamada ciencia” (1 Timoteo 6:20) y de “los rudimentos del mundo” encontramos por allí (Colosenses 2:8) mezclado con la enseñanza en todos los ámbitos de la iglesia profesante! ¡Cuán poco se ve esparcida la pura semilla no adulterada de la Palabra de Dios, la

simiente... incorruptible



(1 Pedro 1:23)

del precioso Evangelio de Cristo en el campo de la cristiandad en nuestros días! Muy pocos son los que se contentan con el contenido de la Escritura como material para su ministerio. Los que por la gracia de Dios son lo bastante fieles para hacerlo así, son considerados como hombres anticuados, intransigentes y de pocas ideas.

¡Pues bien!, que Dios bendiga a hombres así, a hombres de la antigua escuela de la enseñanza apostólica. Muy cordialmente los felicitamos por su intransigencia y por no seguir los caminos de las mayorías en estos actuales días de sombría incredulidad y apostasía. Sabemos perfectamente a lo que nos exponemos hablando así, pero esto no nos hará vacilar. Estamos convencidos de que todo verdadero siervo de Cristo debe ser hombre de una sola idea, y de que esa idea ha de ser Cristo. Ha de pertenecer a la más vieja escuela, a la escuela de Cristo. Debe ser tan estrecho de miras como la verdad de Dios y rehusar con firme decisión desviarse en dirección a esta época incrédula. El esfuerzo por parte de muchos predicadores y teólogos de seguir la corriente de la literatura de hoy ha sido causa, en gran parte, del rápido avance del racionalismo y de la incredulidad. Se han apartado de la Santa Escritura y han procurado adornar su ministerio con los recursos de la filosofía, de la ciencia y de la literatura del mundo en general. Han pensado más en la inteligencia que en el corazón y la conciencia. Las preciosas doctrinas de la Santa Escritura, la auténtica leche de la Palabra, el Evangelio de la gracia de Dios y de la gloria de Cristo han sido juzgados insuficientes para atraer y mantener unidas grandes congregaciones. Así como Israel despreció el maná, se cansó de él y lo consideró pan liviano, la iglesia profesante se fue cansando de las doctrinas puras de aquel glorioso cristianismo desplegado en las páginas del Nuevo Testamento, y ha suspirado por algo que agrade a la inteligencia y a la imaginación. Las doctrinas de la cruz, en las cuales se gloriaban los apóstoles, han perdido su encanto para la iglesia profesante; el que quiera ser bastante fiel para mantener y limitar su ministerio a estas doctrinas debe renunciar a toda popularidad.

Que todos los verdaderos y fieles ministros de Cristo, los verdaderos obreros de su viña, se apliquen a seguir el principio espiritual expuesto en Deuteronomio 22:9. Que con inflexible decisión rehusen hacer uso de “semillas diversas” en su trabajo espiritual; que en su ministerio se limiten a las

palabras de la fe y de la buena doctrina



(1 Timoteo 4:6),

procurando usar “bien la palabra de verdad” (2 Timoteo 2:15), para que no sean avergonzados de su trabajo, sino que reciban plena recompensa en el día en que la obra de todo hombre será probada. Estamos seguros de que la Palabra de Dios, la semilla pura, es la única que el obrero espiritual debe emplear. No despreciamos la erudición. Al contrario, la consideramos muy importante cuando se le da su debido lugar. Asimismo, *los hechos* de la ciencia y los recursos de la sana filosofía también pueden servir para desarrollar e ilustrar la verdad de la Santa Escritura. Vemos al mismo Maestro y a sus apóstoles haciendo uso de los hechos históricos y de la naturaleza en su enseñanza pública. Y nadie podría dudar del valor e importancia de un conocimiento competente del lenguaje original hebreo y griego en el estudio privado y en la exposición pública de la Palabra de Dios.

Pero aun admitiendo todo esto, en nada afecta al gran principio práctico que estamos tratando. El pueblo del Señor y sus siervos están obligados a reconocer que el Espíritu Santo es el único poder, y la Santa Escritura la única autoridad de todo verdadero ministerio en el evangelio y en la Iglesia de Dios. Si esto fuese mejor comprendido y más fielmente puesto en práctica, podríamos presenciar una situación muy diferente a la actual en toda la extensión de la viña del Señor.

Por ahora debemos terminar esta sección. En otro lugar ya tratamos el tema del “yugo desigual” (2 Corintios 6:14), por lo tanto no insistiremos en él. El israelita no debía arar con un buey y un asno juntamente. Tampoco podía llevar vestido de varias mezclas, como lana y lino. La aplicación espiritual de ambas cosas es tan sencilla como importante. El cristiano no debe asociarse con un incrédulo para ningún fin, ya sea doméstico, religioso, filantrópico o comercial; tampoco debe dejarse dirigir por principios mezclados. Su carácter debe ser formado y su conducta regida por los puros y excelsos principios de la Palabra de Dios. ¡Que así sea para todos los que profesan ser cristianos!

## Después de entrar en el país

### La canasta de los primeros frutos

Cuando hayas entrado en la tierra que Jehová tu Dios te da por herencia, y tomes posesión de ella y la habites, entonces tomarás de las primicias de todos los frutos que sacares de la tierra que Jehová tu Dios te da, y las pondrás en una canasta, *e irás al lugar que Jehová tu Dios escogiere*—no al lugar de su propia elección o de la elección de otros— *“para hacer habitar allí su nombre. Y te presentarás al sacerdote que hubiere en aquellos días, y le dirás: Declaro hoy a Jehová tu Dios, que he entrado en la tierra que juró Jehová a nuestros padres que nos daría. Y el sacerdote tomará la canasta de tu mano, y la pondrá delante del altar de Jehová tu Dios”* (v. 1-4).

El capítulo al que hemos llegado contiene la bella ordenanza de la canasta de los primeros frutos. Esta contiene principios de gran interés e importancia práctica. Solo después de que Jehová introdujera a su pueblo en la tierra de la promesa, podían ser ofrecidos los frutos de aquella tierra. Evidentemente era necesario estar en Canaán antes de que los frutos de Canaán pudieran ser ofrecidos en el altar. El adorador podía decir: “Declaro hoy a Jehová tu Dios, que he entrado en la tierra que juró Jehová a nuestros padres que nos daría”.

Aquí está el fondo de la cuestión. *“He entrado”*. No decía: «Voy a entrar, espero entrar o deseo entrar». No, sino que afirma: “He entrado”. Así debe ser siempre. Debemos saber que somos salvos antes de poder ofrecer los frutos de una salvación conocida. Podemos tener los deseos más sinceros de ser salvos y desplegar los más fervorosos esfuerzos para serlo, pero los esfuerzos para ser salvos y los frutos de una salvación de la que ya gozamos y estamos seguros de poseer, son dos cosas completamente diferentes. El israelita no ofrecía la canasta de las primicias a fin de entrar en la tierra, porque ya estaba en ella. “Declaro hoy... que he entrado”. No había equivocación ni duda alguna, ni siquiera la expresión de una esperanza. He entrado en la tierra y aquí está el fruto de ella.

“Entonces hablarás y dirás delante de Jehová tu Dios: Un arameo a punto de perecer fue mi padre, el cual descendió a Egipto y habitó allí con pocos hombres, y allí creció y llegó a ser una nación grande, fuerte y numerosa; y los egipcios nos maltrataron y nos afligieron, y pusieron sobre nosotros dura servidumbre. Y clamamos a Jehová el Dios de nuestros padres; y Jehová oyó nuestra voz, y vio nuestra aflicción, nuestro trabajo y nuestra opresión; y Jehová nos sacó de Egipto con mano fuerte, con brazo extendido, con grande espanto, y con señales y con milagros; y nos trajo a este lugar, y nos dio esta tierra, tierra que fluye leche y miel. Y ahora, he aquí he traído las

primicias del fruto de la tierra que me diste, oh Jehová. Y lo dejarás delante de Jehová tu Dios, y adorarás delante de Jehová tu Dios. Y te alegrarás en todo el bien que Jehová tu Dios te haya dado a ti y a tu casa, así tú como el levita y el extranjero que está en medio de ti” (v. 5-11).

Esta es una hermosa ilustración de la adoración. “Un arameo a punto de perecer”. Ese era el origen. En cuanto a lo natural, nada había de qué vanagloriarse. ¿Y en qué condición los había encontrado la gracia? En la dura esclavitud de Egipto, gimiendo entre los hornos de ladrillos, bajo el látigo de los crueles capataces de Faraón. Pero entonces “clamamos a Jehová”. He aquí su recurso seguro. Era todo lo que podían hacer, y eso fue suficiente. Ese clamor de impotencia subió directamente al trono y al corazón de Dios e hizo que Él descendiera a los hornos de ladrillos de Egipto. Oigamos las benévolas palabras de Jehová a Moisés: “He visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he oído su clamor a causa de sus exactores; pues *he conocido sus angustias*, y he descendido para librarlos de mano de los egipcios y sacarlos de aquella tierra a una tierra buena y ancha, a tierra que fluye leche y miel... El clamor, pues, de los hijos de Israel ha venido delante de mí, y también he visto la opresión con que los egipcios los oprimen” (Éxodo 3:7-9).

La inmediata respuesta de Jehová al clamor de su pueblo fue: “He descendido para librarlos”. Sí, él descendió en uso de su libre y soberana gracia para rescatar a su pueblo. Ningún poder de los hombres o de los demonios, de la tierra o del infierno pudo detener a Israel ni un instante más del tiempo señalado para esta liberación. Por eso, en nuestro capítulo, el gran resultado está expuesto por las palabras del adorador y la canasta de las primicias. “He entrado en la tierra que juró Jehová a nuestros padres que nos daría... Y ahora, he aquí he traído las primicias del fruto de la tierra que me diste, oh Jehová” (v. 3, 10). Jehová lo cumplió todo según el amor de su corazón y la fidelidad de su palabra. Ni una tilde había faltado. “He entrado” y “he traído” las primicias del fruto. ¿Qué fruto? ¿El de Egipto? Nada de eso, sino el “de la tierra que me diste, oh Jehová”. Los labios del adorador proclamaban el cumplimiento de la obra de Jehová. La canasta del adorador contenía el fruto de la tierra de Jehová. Nada podía ser más sencillo ni real. No quedaba lugar para la duda ni fundamento para cuestionamiento alguno. Simplemente debía declarar lo que Jehová había hecho y mostrar los frutos. Todo era de Dios, desde el principio hasta el fin. Él los había sacado de Egipto y los había introducido en Canaán, también había llenado sus canastas con los exquisitos frutos de Su tierra, y sus corazones de Su alabanza.

## **Para Israel: «He entrado» – Para la Iglesia: «He venido a Jesús»**

Ahora, amado lector, permítanos preguntarle, ¿cree que era presunción por parte del israelita expresarse como lo hizo? ¿Era injusto, poco modesto y orgulloso decir: “He entrado”? ¿Hubiese sido más conveniente para él limitarse a expresar la esperanza de que más adelante quizá pudiera entrar en la tierra? ¿La duda y la vacilación en cuanto a su posición y herencia hubiesen sido más honrosas y agradables al Dios de Israel? ¿Qué respuesta daría usted? Tal vez, anticipándose a nuestra conclusión, diría que aquí no cabe la analogía. ¿Por qué no?, le preguntamos. Si un israelita podía decir: “Declaro hoy... que he entrado en la tierra que juró Jehová a nuestros padres que nos daría”, ¿por qué no puede el creyente decir ahora: «He llegado a Jesús»? Es verdad que en el primer caso era algo visible, en este otro es por la fe. Pero, ¿es este último menos real que el primero? El inspirado escritor de la epístola a los Hebreos dice: “*Os habéis acercado al monte de Sion*”, y añade: “*Recibiendo nosotros un reino inconmovible, tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia*” (Hebreos 12:22, 28). Si tenemos dudas en cuanto a que hemos llegado y hemos recibido el “reino”, es imposible que adoremos en verdad o que prestemos un servicio aceptable. Solo cuando seamos conscientes de nuestra posesión del lugar, es decir, de nuestra posición de salvos y herederos en Cristo, nuestro culto podrá ascender al trono celestial y podremos servir de una manera eficaz en la esfera espiritual.

¿Qué es la verdadera adoración? Es simplemente expresar en la presencia de Dios lo que él es y lo que ha hecho. Es tener el corazón ocupado con Dios, deleitándose en él y en sus maravillosos cuidados. Si no conocemos a Dios ni creemos en lo que él ha hecho, ¿cómo podremos adorarlo?

“ Es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardador de los que le buscan  
(Hebreos 11:6).

Ahora bien, conocer a Dios es vida eterna. No puedo adorar a Dios si no lo conozco, y no puedo conocerlo sin tener vida eterna. Los atenienses habían erigido un altar “al Dios no conocido” (Hechos 17:23). Pablo les dijo que ellos adoraban a quien no conocían, y les presentó al verdadero Dios, revelado en la Persona y en la obra del Hombre Cristo Jesús.

Es muy importante entender bien esto. Hay que conocer a Dios antes de poder adorarlo. Puede ser que lo busque, “si en alguna manera, palpando” puedo hallarlo (Hechos 17:27); pero buscar a alguien a quien no conozco, y adorar a aquel a quien he hallado y amo, son dos cosas completamente diferentes. Dios se ha revelado a nosotros, ¡bendito sea su nombre! Él nos ha dado la luz del conocimiento de su gloria en la faz de Jesucristo (2 Corintios 4:6). Se ha acercado a nosotros

en la Persona de ese precioso Salvador, de tal modo que podemos conocerlo, amarlo, confiar en él, deleitarnos en él y acudir a él en todas nuestras debilidades y necesidades. Ya no tenemos que buscarlo a tientas en las tinieblas de la naturaleza, ni en las brumas de la falsa religión. No, nuestro Dios se ha dado a conocer mediante una revelación tan clara que nadie se puede equivocar. El cristiano puede decir: “Yo sé a quién he creído” (2 Timoteo 1:12). Esta es la base de todo verdadero culto. Puede haber un gran caudal de piedad carnal, de religiosidad exterior y de rutina ceremonial, sin un solo átomo de verdadero culto espiritual. Este último solo puede proceder del conocimiento de Dios.

Mas nuestro propósito no es escribir un tratado sobre la adoración. Simplemente hemos querido presentar la instructiva y bella ordenanza de la canasta de las primicias de los frutos. Hemos mostrado que la adoración era lo primero que un israelita debía hacer cuando estaba en posesión de la tierra. Nosotros, ahora, debemos conocer nuestra posición y privilegios en Cristo, antes de que podamos adorar al Padre de una manera inteligente y verdadera.

## La beneficencia

Otro resultado muy importante y práctico que está ilustrado en nuestro capítulo es *la beneficencia activa*.

“Cuando acabes de diezmar todo el diezmo de tus frutos en el año tercero, el año del diezmo, darás también al levita, al extranjero, al huérfano y a la viuda; y comerán en tus aldeas, y se saciarán. Y dirás delante de Jehová tu Dios: He sacado lo consagrado de mi casa, y también lo he dado al levita, al extranjero, al huérfano y a la viuda, conforme a todo lo que me has mandado; no he transgredido tus mandamientos, ni me he olvidado de ellos” (v. 12-13).

Nada hay más bello que el orden moral de estas cosas. Es el mismo que encontramos en Hebreos 13:

“ Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre (v. 15).

Aquí tenemos el culto. “Y de hacer bien y de la ayuda mutua no os olvidéis; porque de tales sacrificios se agrada Dios” (v. 16). Aquí tenemos la beneficencia en acción. Poniendo las dos cosas juntas, tenemos lo más excelente y lo menos excelente del carácter del cristiano –alabar a Dios y hacer bien a los hombres. ¡Preciosas características! ¡Oh, si pudiéramos ostentarlas con más

fidelidad! Lo cierto es que siempre van juntas. Muéstrenme un hombre cuyo corazón esté lleno de alabanza a Dios y veremos que también está lleno de afecto hacia todos aquellos que sufren bajo las manifestaciones de la miseria humana. Quizás no posee riquezas en este mundo, y se ve en la obligación de decir, como dijo el apóstol: “No tengo plata ni oro” (Hechos 3:6), pero puede manifestar lágrimas de simpatía, una mirada de bondad, unas palabras de consuelo. Estas cosas reconfortan más a un corazón sensible que el abrir la billetera o el sonido de las piezas de oro y plata. Nuestro adorable Señor y Maestro, nuestro gran Modelo, anduvo “haciendo bienes” (Hechos 10:38), pero nunca leemos que le diera dinero a alguien. Tenemos razones para creer que Jesús ni siquiera tenía una moneda. Cuando tuvo que responder a los herodianos si se debía o no dar tributo a César, debió pedir que le mostraran una moneda; y cuando se le dijo que pagase tributo, mandó a Pedro a buscarlo al mar. Jamás llevó dinero consigo, y por cierto que el dinero no se halla en la lista de los dones concedidos por él a sus siervos. No obstante, el Señor anduvo haciendo bienes, y nosotros debemos hacer lo mismo en nuestra escasa medida. Es a la vez nuestro privilegio y deber.

Fíjese el lector en el orden divino expuesto en Hebreos 13 e ilustrado en Deuteronomio 26. La adoración tiene el primer lugar. No lo olvidemos nunca. Podríamos imaginarnos, en nuestra pretenciosa sabiduría o sentimentalismo, que la beneficencia, el servicio social y la filantropía deberían ocupar el primer lugar. Pero no es así. “El que sacrifica *alabanza* me honrará” (Salmo 50:23). Dios habita entre las alabanzas de su pueblo (Salmo 22:3). Ama estar rodeado de corazones que rebosan con el sentimiento de su bondad, grandeza y gloria. Por eso “siempre” debemos ofrecer nuestro sacrificio de alabanza a Dios. El salmista también dice:

“ Bendeciré a Jehová en todo tiempo; su alabanza estará de continuo en mi boca  
(Salmo 34:1).

No es de vez en cuando, o cuando todo va bien, sino en “todo tiempo”, “de continuo”. Esa corriente de acción de gracias y de exaltación a Dios debe fluir sin interrupción. No hay intervalo para las murmuraciones, quejas, disgustos, tristezas o desalientos. La alabanza y acción de gracias han de ocuparnos continuamente. Siempre hemos de cultivar el espíritu de adoración. Cada aliento debería ser un aleluya. Así será más tarde. La alabanza será nuestra feliz y santa ocupación durante la eternidad. Cuando ya no seamos llamados a compartir nuestros bienes, ni haya



más necesidad de dar o recibir simpatía, cuando nos hayamos despedido de esta escena de dolor, pena, muerte y desolación, entonces alabaremos eternamente a nuestro Dios sin obstáculo ni interrupción, en el santuario, en su bendita presencia en lo alto.

“De hacer bien y de la ayuda mutua *no os olvidéis*”. El escritor hizo esta recomendación de una manera muy especial. No dijo: «De ofrecer sacrificio de alabanza no os olvidéis». No, temía que al disfrutar de nuestra propia situación y herencia en Cristo nos olvidáramos que atravesamos un mundo lleno de necesidades y miserias, de pruebas y aprietos; por lo tanto añadió la saludable amonestación de poner en práctica la beneficencia, y de compartir nuestros bienes. El israelita espiritual no solo debía regocijarse con todo lo bueno que el Señor le había concedido, sino que también debía acordarse del levita, del extranjero, del huérfano y de la viuda. Debía recordar al que no tenía posesión en la tierra y estaba enteramente dedicado a la obra del Señor, a los que no poseían morada fija en esta tierra, al que no tenía hogar propio y al que había perdido la protección natural. Así debe ser siempre. El rico caudal de la gracia que desciende del seno de Dios llena nuestros corazones y se desborda reconfortando y alegrando a todos los que están a nuestro alcance. Si siempre viviéramos en el deleite de lo que poseemos en Dios, todos nuestros movimientos, actos, palabras y hasta nuestras simples miradas harían bien a otros. Según el pensamiento divino, el cristiano debería tener constantemente una mano levantada hacia Dios presentando el sacrificio de alabanza, y la otra llena de los frutos de la generosidad para con todos los necesitados.

¡Oh, amado lector!, consideremos detenidamente estas cosas. Apliquemos nuestros corazones y busquemos una realización más completa y una verdadera expresión de estas dos grandes ramas del cristianismo práctico.

## **La santidad práctica en la marcha, el servicio y el ministerio**

Vamos a dar una rápida ojeada al tercer punto de este precioso capítulo. Cuando el israelita presentaba su canasta y distribuía sus diezmos, decía: “No he comido de ello en mi *luto*, ni he gastado de ello estando yo *inmundo*, ni de ello he *ofrecido a los muertos*; he obedecido a la voz de Jehová mi Dios, he hecho conforme a todo lo que me has mandado. Mira desde tu morada santa, desde el cielo, y bendice a tu pueblo Israel, y a la tierra que nos has dado, como juraste a nuestros padres, tierra que fluye leche y miel. Jehová tu Dios te manda hoy que cumplas estos estatutos y decretos; cuida, pues, de *ponerlos por obra con todo tu corazón y con toda tu alma*. Has declarado solemnemente hoy que Jehová es tu Dios, y que *andarás en sus caminos*, y guardarás sus estatu-

tos, sus mandamientos y sus decretos, y que escucharás su voz. y Jehová ha declarado hoy que tú eres pueblo suyo, de su exclusiva posesión, como te lo ha prometido, para que guardes todos sus mandamientos; a fin de exaltarte sobre todas las naciones que hizo, para loor y fama y gloria, y para que seas un *pueblo santo a Jehová* tu Dios, como él ha dicho” (v. 14-19).

Aquí tenemos la santidad personal, la santificación práctica y una completa separación de todo lo que fuera incompatible con el lugar santo y las relaciones en las cuales Israel fue introducido por la soberana gracia y misericordia de Dios. Ahí no debía haber luto, nada inmundo, ni obras muertas. No tenemos tiempo ni lugar para tales cosas. Estas no pertenecen a la bendita esfera en la cual tenemos el privilegio de vivir y movernos. Son tres las cosas que debemos hacer:

- mirar a lo alto a Dios y ofrecer el sacrificio de alabanza,
- mirar al mundo necesitado y hacerle bien,
- mirarnos a nosotros mismos, a nuestra vida interior, y procurar, por la gracia, guardarnos inmaculados.

“ La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo (Santiago 1:27).

De este modo, sea que oigamos a Moisés en Deuteronomio 26, al inspirado escritor en Hebreos 13 o a Santiago en su práctica epístola, es el mismo Espíritu que nos habla y nos da las mismas instrucciones. Son instrucciones de indecible valor e importancia moral que deben ser propagadas en estos días de indiferencia y superficialidad, en los cuales las doctrinas de la gracia se captan de un modo puramente intelectual, relacionándolas con toda clase de mundanidad y desidia.

En verdad se necesita urgentemente un *ministerio* poderoso y práctico entre nosotros. Hay una carencia lamentable del elemento profético y pastoral. Por elemento profético entendemos aquel carácter del ministerio que obra sobre la conciencia y la conduce a la inmediata presencia de Dios. Esto es en *gran manera* necesario. En el ministerio mucho va dirigido a la inteligencia, pero desgraciadamente muy poco al corazón y a la conciencia.

El maestro habla al entendimiento, el profeta a la conciencia , el pastor habla al corazón. Hablamos, desde luego, en términos generales. Puede suceder que esos tres elementos se hallen en el ministerio de un solo hombre, pero son distintos. Donde faltan los dones de profeta y pastor en una asamblea, los maestros deberían orar muy fervientemente para que el Señor les conceda el poder espiritual de presentar la verdad de manera que obre efectivamente en los corazones y las conciencias de los suyos. Bendito sea su Nombre, Él tiene todos los dones de gracia y de poder que sus siervos necesitan. Todo lo que debemos hacer es orar a él con real fervor y sinceridad de corazón. Sin duda nos dará la gracia y la aptitud moral necesaria para cualquier servicio al cual nos llame en su Iglesia.

¡Ah, que todos los siervos del Señor sean animados por un celo más profundo y vigoroso en los diversos servicios de su obra! Que podamos insistir “a tiempo y fuera de tiempo” (2 Timoteo 4:2), sin desanimarnos por la situación que nos rodea. Por el contrario, hallemos en ese mismo estado la razón apremiante para una dedicación más intensa.

## Tercer discurso de Moisés

### Hoy has venido a ser pueblo de Jehová tu Dios

Ordenó Moisés, con los ancianos de Israel, al pueblo, diciendo: Guardaréis todos los mandamientos que yo os prescribo hoy. Y el día que pases el Jordán a la tierra que Jehová tu Dios te da, levantarás piedras grandes, y las revocarás con cal; y escribirás en ellas todas las palabras de esta ley, cuando hayas pasado para entrar en la tierra que Jehová tu Dios te da, tierra que fluye leche y miel, como Jehová el Dios de tus padres te ha dicho. Cuando, pues, hayas pasado el Jordán, levantarás estas piedras que yo os mando hoy, en el monte Ebal, y las revocarás con cal; y edificarás allí un altar a Jehová tu Dios, altar de piedras; no alzarás sobre ellas instrumento de hierro. De piedras enteras edificarás el altar de Jehová tu Dios, y ofrecerás sobre él holocausto a Jehová tu Dios; y sacrificarás ofrendas de paz, y comerás allí, y te alegrarás delante de Jehová tu Dios. Y escribirás muy claramente en las piedras todas las palabras de esta ley. Y Moisés, con los sacerdotes levitas, habló a todo Israel, diciendo: Guarda silencio y escucha, oh Israel; *hoy has venido a ser pueblo de Jehová tu Dios*. Oirás, pues, la voz de Jehová tu Dios, y cumplirás sus mandamientos y sus estatutos, que yo te ordeno hoy. Y mandó Moisés al pueblo en aquel día, diciendo: Cuando hayas pasado el Jordán, estos estarán sobre el monte Gerizim para bendecir al pueblo: Simeón, Leví, Judá, Isacar, José y Benjamín. Y estos estarán sobre el monte Ebal para pronunciar la maldición: Rubén, Gad, Aser, Zabulón, Dan y Neftalí” (v. 1-13).

No hay contraste más asombroso que el que se nos ofrece entre el principio y el fin de este capítulo. En este pasaje vemos a Israel entrando en la tierra prometida, aquella hermosa y fértil tierra que fluye leche y miel, y erigiendo en ella un altar en el monte Ebal para ofrecer holocaustos y ofrendas de paz. Nada leemos aquí acerca del sacrificio por el pecado involuntario, ni de expiación por la culpa. La ley debía ser “escrita muy claramente” en las piedras blanqueadas, y el pueblo, plenamente amparado por el pacto, debía ofrecer sobre el altar aquellas ofrendas especiales de olor suave, expresión de la adoración y santa comunión. Aquí no se trata del transgresor *por sus hechos*, ni del pecador *por naturaleza* acercándose al altar de bronce con la ofrenda para la expiación de su culpa o con el sacrificio por el pecado por ignorancia, sino de un pueblo enteramente liberado, aceptado y bendecido, de un pueblo gozando de su relación con Dios y de su heredad.

Es verdad que eran pecadores y, como tales necesitaban la preciosa provisión del altar de bronce. Esto es obvio, plenamente entendido y admitido por todo el que es enseñado por Dios; sin embargo, no es el tema expuesto en Deuteronomio 27:1-13, y el lector espiritual enseguida se dará

cuenta del motivo. Cuando vemos al Israel de Dios en pleno cumplimiento del pacto, entrando en posesión de su herencia, teniendo la voluntad de su Dios revelada y escrita claramente ante ellos, con la leche y la miel fluyendo a su alrededor, debemos inferir que el problema de las transgresiones y pecados está definitivamente arreglado, y que aquel pueblo tan privilegiado y bendecido solo tenía que rodear el altar de su Dios del pacto y ofrecerle sacrificios de olor suave tan aceptables a él.

En otras palabras, toda la escena desarrollada en la primera mitad de nuestro capítulo es perfectamente bella. Israel reconocía a Jehová como su Dios y Dios reconocía a Israel como su pueblo especial, al cual quería poner por encima de todas las naciones *para loor, fama y gloria*, para que le fuera un pueblo santo. Israel privilegiado, bendecido y exaltado de tal modo, en plena posesión de aquella espléndida tierra y teniendo todos los preciosos mandamientos de Dios ante sus ojos, ¿qué le quedaba por hacer sino presentar los sacrificios de alabanza y de acciones de gracias en santa adoración y dichosa comunión?

## **El monte Gerizim y el monte Ebal**

Pero en la segunda mitad de nuestro capítulo encontramos algo enteramente diferente. Moisés designa seis tribus para que se sitúen sobre el monte Gerizim y bendigan al pueblo; las seis restantes debían estar sobre el monte Ebal para maldecir. Pero, ¡ay!, cuando llegamos a lo que sucedió, a los hechos reales, no aparece ni una sola palabra de bendición, sino, al contrario, doce terribles maldiciones, cada una de ellas confirmada por un solemne “amén” repetido a coro por toda la congregación.

¡Qué triste cambio! ¡Qué abrumador contraste! Nos recuerda lo que vimos en el estudio de Éxodo 19. No podría haber un comentario más impresionante que las palabras del apóstol Pablo a los Gálatas (cap. 3:10): “Porque todos los que dependen de las obras de la ley, están bajo maldición, pues escrito está” –cita de Deuteronomio 27–: “Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas”.

Aquí tenemos la verdadera solución al problema. Israel, en cuanto a su estado moral, estaba bajo la ley; por eso aunque el comienzo de nuestro capítulo nos presenta un hermoso cuadro de los pensamientos de Dios respecto a Israel, el final expone el triste y humillante resultado del estado real de Israel ante Dios. No hay una sola palabra de bendición que parta del monte Gerizim. En vez de esto, resuena a oídos del pueblo maldición sobre maldición.

No podía ser de otro modo. Que la gente discuta sobre ello todo cuanto quiera, pero nada sino maldición puede caer sobre los que dependen “de las obras de la ley”. No dice: «Todos cuantos han faltado en guardar la ley», aunque esto es verdad. El Espíritu Santo expone esa verdad en su manera más clara y poderosa ante nosotros, declarando que para *todos* –no importa quienes sean: judíos, gentiles o cristianos de nombre– los que están regidos por los principios de las obras de la ley, no puede haber otra cosa más que la maldición.

Ahora, pues, podemos comprender de manera inteligente el profundo silencio que reinó en el monte Gerizim, según Deuteronomio 27. Si una sola bendición hubiese salido de aquel monte, habría sido una contradicción a la enseñanza de la Santa Escritura en lo concerniente a la ley.

Ya tratamos ampliamente este importante tema de la ley en el primer tomo. Solo diremos aquí que cuanto más estudiamos la Escritura y consideramos la cuestión de la ley a la luz del Nuevo Testamento, más nos sorprende ver de qué manera muchos persisten en defender la opinión de que los cristianos están bajo la ley, ya sea para la vida, para la justicia, para la santidad o para cualquier otro fin. ¿Cómo puede sostenerse esa opinión ante la magnífica y concluyente afirmación expuesta en Romanos:

“ No estáis bajo la ley, sino bajo la gracia  
(Romanos 6:14) ?

## Israel bajo el gobierno de Dios como nación

Al empezar el estudio de esta notable sección de nuestro libro, el lector debe tener en cuenta la importancia de no confundirla con el capítulo 27. Algunos expositores, al notar la falta de bendiciones en aquel capítulo, las han buscado en este. Pero esto es un error fatal para la recta comprensión de ambos capítulos. La verdad es que esos dos capítulos son completamente distintos en su fondo, fin y aplicación práctica. El capítulo 27 es *moral y personal*. El 28 es *dispensacional y nacional*. El primero trata el principio fundamental de la condición moral del hombre como pecador arruinado e incapaz de llegar a Dios sobre la base de la ley. Este último se ocupa de Israel como nación bajo el gobierno de Dios. Una cuidadosa comparación de los dos capítulos mostrará al lector la diferencia que existe entre ellos. Por ejemplo, ¿qué relación podemos establecer entre las seis bendiciones de nuestro capítulo y las doce maldiciones del anterior? Ninguna. Pero hasta un niño podría ver el vínculo moral que existe entre las bendiciones y las maldiciones del capítulo 28.

Transcribimos uno o dos pasajes como ejemplo. “Acontecerá que *si oyes atentamente la voz de Jehová tu Dios* para guardar y poner por obra todos sus mandamientos que yo te prescribo hoy, también Jehová tu Dios te exaltará sobre todas las naciones de la tierra. Y vendrán sobre ti todas estas bendiciones, y te alcanzarán, *si oyes la voz de Jehová tu Dios*. Bendito serás tú en la ciudad, y bendito tú en el campo. Bendito el fruto de tu vientre, el fruto de tu tierra, el fruto de tus bestias, la cría de tus vacas y los rebaños de tus ovejas. Benditas serán tu canasta y tu artesa de amasar. Bendito serás en tu entrar, y bendito en tu salir” (v. 1-6).

Está perfectamente claro que estas no son las bendiciones pronunciadas por las seis tribus en el monte Gerizim. Lo que se nos presenta aquí es la dignidad nacional de Israel, su prosperidad y su gloria fundadas en la diligente observancia de todos los mandamientos expuestos ante ellos en este libro. El constante intento de Dios era que Israel tuviera preeminencia sobre todas las naciones. Este propósito se cumplirá en un futuro no muy lejano, aunque Israel haya fracasado vergonzosamente en rendir esta perfecta obediencia, la cual debía ser la base de su dignidad y gloria como nación.

## Las bendiciones terrenales de Israel no se aplican a la Iglesia

Jamás debemos olvidar ni abandonar esta gran verdad. Algunos escritores han adoptado un sistema de interpretación por el cual las bendiciones del pacto con Israel son espiritualizadas y transferidas a la Iglesia de Dios. Esta es una fatal equivocación, y es difícil expresar los efectos

perniciosos producidos al tratar de semejante manera a la preciosa Palabra de Dios. Dicho procedimiento se opone diametralmente al pensamiento y a la voluntad de Dios. Él no puede consentir ni aprobar que se desvíen de su verdadero significado las bendiciones y privilegios concedidos a su pueblo Israel.

Es verdad que en Gálatas 3 leemos: “Para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que por la fe recibiésemos...”. ¿Qué cosa? ¿Bendiciones en la ciudad y en el campo? ¿Bendiciones en nuestras canastas y artesas de amasar? No, de ninguna manera, sino “la promesa del Espíritu” (v. 14). De igual modo, por el capítulo 4 de la misma epístola, comprendemos que al Israel restaurado le será permitido contar entre sus hijos a todos los que nacieron del Espíritu durante el período cristiano. “Mas la Jerusalén de arriba, la cual es madre de todos nosotros, es libre. Porque está escrito: Regójate, oh estéril, tú que no das a luz; prorrumpe en júbilo y clama, tú que no tienes dolores de parto; porque más son los hijos de la desolada, que de la que tiene marido” (v. 26-27).

Todo esto es verdad, pero no da ningún motivo para transferir a los creyentes del Nuevo Testamento las promesas hechas a Israel. Dios se ha comprometido con juramento a bendecir la descendencia de Abraham su amigo, a bendecirla con toda clase de bendiciones terrenales en la tierra de Canaán. Esta promesa se mantiene y es absolutamente inalienable. Y ¡ay de aquellos que intenten oponerse a su literal cumplimiento en el tiempo que Dios lo disponga! Ya hicimos referencia a dicho asunto al principio de este libro, por lo tanto ahora solo nos limitamos a amonestar muy solemnemente al lector para que esté prevenido contra toda interpretación tendenciosa que produzca serias consecuencias en cuanto a la unidad de la Palabra y a los designios de Dios. Debemos recordar que las bendiciones de Israel son terrenales, mas las bendiciones de la Iglesia son celestiales.

“ Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo (Efesios 1:3).

Tanto la naturaleza como la esfera de bendiciones de la Iglesia son enteramente diferentes de las de Israel. Jamás deben confundirse. Pero el sistema de interpretación antes mencionado las confunde en detrimento de la integridad de la Santa Escritura y daña gravemente a las almas. Pretender aplicar a la Iglesia de Dios, ya sea ahora o después, en la tierra o en el cielo, las promesas hechas a Israel es trastornar completamente las cosas y producir confusión en la explicación y aplicación de la Escritura. Sentimos la necesidad, por fidelidad a la Palabra de Dios, de pedir



al lector que preste gran atención a este asunto. Tenemos la firme convicción de que quien confunda a Israel con la Iglesia, lo terrenal con lo celestial, no será un sano y correcto intérprete de la Palabra de Dios.

Confiamos en que el Espíritu de Dios despierte el corazón del lector para que sienta la importancia que esto merece y vea la necesidad de que se use bien la Palabra de verdad (ver 2 Timoteo 2:15). Si esto se logra habremos conseguido el objeto que nos propusimos.

## **Obediencia y desobediencia**

Con respecto a Deuteronomio capítulo 28, si el lector tiene en cuenta su diferencia con el capítulo 27, podrá leerlo con inteligencia espiritual y verdadero provecho. No exige un laborioso estudio. Se divide de manera clara en dos partes. En la primera tenemos una completa exposición de los resultados de la obediencia (v. 1-14). La segunda presenta una muy solemne y conmovedora relación de las terribles consecuencias de la desobediencia (v. 15-68). Llama la atención el hecho de que la sección que contiene las maldiciones es tres veces más extensa que la que contiene las bendiciones. Todo el capítulo desarrolla vigorosamente lo que es el gobierno de Dios y el hecho de que

nuestro Dios es fuego consumidor



(Hebreos 12:29).

Todas las naciones de la tierra podrán aprender, a través de la maravillosa historia del pueblo de Israel, que Dios debe castigar la desobediencia, y primeramente la de los suyos. Y si no ha perdonado ni a su propio pueblo, ¿cuál será el fin de los que no lo conocen?

Los malos serán trasladados al Seol, todas las gentes que se olvidan de Dios



(Salmo 9:17).

“¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!” (Hebreos 10:31). Es el colmo de la insensatez intentar eludir la fuerza absoluta de estos pasajes, o querer destruir su importancia. No se puede. Lea este capítulo y compárelo con la historia actual de Israel; verá que así como es cierto que hay un Dios sobre el trono en la majestad de las alturas, también *es cierto* que él castigará a los malhechores, tanto ahora como más tarde. No puede ser de otro modo. Un gobierno que permitiera el mal sin juzgarlo, condenarlo y castigarlo, no sería un gobierno perfecto, no sería el gobierno de Dios. En vano produciríamos argumentos que solo se apoyarían en la bondad, la benevolencia y

la misericordia de Dios. ¡Bendito sea su nombre! Él es bueno, misericordioso, clemente, longánimo y compasivo, pero también es santo, justo, recto y verdadero. “Ha establecido un día en el cual juzgará al mundo (la tierra habitada) con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe (dando pruebas) a todos con haberle levantado de los muertos” (Hechos 17:31).

## **A la cabeza o a la cola**

Antes de terminar esta sección queremos destacar un punto muy interesante relacionado con el versículo 13. “Te pondrá Jehová por cabeza, y no por cola; y estarás encima solamente, y no estarás debajo, si obedecieres los mandamientos de Jehová tu Dios, que yo te ordeno hoy, para que los guardes y cumplas”.

Esto, sin duda alguna, se refiere a Israel como nación. Israel está destinado a ser la cabeza de todas las naciones de la tierra. Tal es el determinado propósito de Dios respecto a este pueblo. Aunque hayan caído tan bajo, y se hallen esparcidos y perdidos entre las naciones, sufriendo las terribles consecuencias de su desobediencia y durmiendo en el polvo de la tierra, según leemos en Daniel 12, no obstante, *como nación* se levantarán y brillarán con una gloria más esplendente que la de Salomón.

Todo esto es cierto y está demostrado sin ninguna contradicción en numerosos pasajes de Moisés, los salmos, los profetas y el Nuevo Testamento. Mas, mirando la historia de Israel, vemos algunos ejemplos de individuos que por la gracia de Dios se apropiaron de las preciosas promesas contenidas en el versículo 13, y esto en períodos muy sombríos y humillantes de la historia nacional de Israel, cuando como nación estaba a la cola y no a la cabeza.

Veamos algunos ejemplos, no solo para ilustrar con más claridad este tema, sino también para exponer un principio de inmensa importancia práctica y de aplicación universal.

## **El libro de Ester**

Volvamos por unos momentos nuestras miradas al libro de Ester, ¡tan poco comprendido y estimado! Ocupa un lugar particular y enseña una lección que no nos da ningún otro libro. Aunque pertenece a una época en la cual Israel estaba a la cola y no a la cabeza, presenta la historia de un hijo de Abraham que alcanzó la posición más elevada y ganó una espléndida victoria sobre el enemigo más encarnizado de Israel.

La condición de Israel en los días de Ester era tal que Dios no podía reconocerlo oficialmente. De ahí que su Nombre no se encuentre en este libro. El gentil estaba a la cabeza e Israel a la cola. La relación entre Jehová e Israel no podía ser reconocida públicamente, pero el corazón de Jehová no olvidaba a su pueblo. Y el corazón de un fiel israelita tampoco habría podido olvidar a Jehová ni a su santa ley. Estos son precisamente los dos hechos que caracterizan a este interesante libro. Dios obraba secretamente a favor de Israel, y Mardoqueo obraba por Dios abiertamente. Es digno de señalar que ni el mejor Amigo de Israel, ni su peor enemigo, se mencionan en el libro de Ester. Sin embargo, todo el libro relata las actuaciones de ambos. El dedo de Dios está impreso sobre cada eslabón de la maravillosa cadena providencial que se desarrollaba en favor de los judíos; por otra parte, la acerba enemistad de Amalec (Satanás) aparece en el cruel complot del altivo Amán, agagueo.

Todo esto es muy interesante. Al terminar el estudio de este libro, podemos exclamar: «¡Qué narración humana podría igualar en incentivo a esta simple historia!». Ahora no podemos considerar este tema, aunque nos gustaría hacerlo. Hicimos referencia a ello para señalar el increíble valor y la importancia de la fidelidad individual en un momento en que la gloria nacional de Israel se había desvanecido. Mardoqueo se mantuvo inquebrantable por la verdad de Dios. Rehusó firmemente reconocer a Amalec. Le salvó la vida al rey Asuero y se sometió a su autoridad como la expresión del poder de Dios, pero no quiso inclinarse ante Amán. Su conducta en este asunto estaba regida simplemente por la Palabra de Dios. La autoridad con la cual obraba se hallaba en el libro de Deuteronomio: “Acuérdate de lo que hizo Amalec contigo en el camino, cuando salías de Egipto; de cómo te salió al encuentro en el camino, y te desbarató la retaguardia de todos los débiles que iban detrás de ti, cuando tú estabas cansado y trabajado; y *no tuvo ningún temor de Dios*. Por tanto, cuando Jehová tu Dios te dé descanso de todos tus enemigos alrededor, en la tierra que Jehová tu Dios te da por heredad para que la poseas, borrarás la memoria de Amalec de debajo del cielo; *no lo olvides*” (cap. 25:17-19).

Esto era muy claro para todo oído, todo corazón y toda conciencia recta. Igualmente claro es el lenguaje de Éxodo 17: “Y Jehová dijo a Moisés: Escribe esto para memoria en un libro, y di a Josué que raere del todo la memoria de Amalec de debajo del cielo. Y Moisés edificó un altar, y llamó su nombre **Jehová-Nissi** (Jehová es mi estandarte); y dijo: Por cuanto la mano de Amalec se levantó contra el trono de Jehová, Jehová tendrá guerra con Amalec de generación en generación” (v. 14-16).

Sobre esta autoridad se apoyaba Mardoqueo para rehusar la más sencilla inclinación de cabeza a Amán. ¿Cómo podía un fiel miembro de la casa de Israel inclinarse ante un hombre de una casa con la cual Jehová estaba en guerra? Era imposible. Mardoqueo podía vestirse de cilicio, ayunar y llorar por su pueblo, pero no podía ni quería inclinarse ante un amalecita. Poco le importaba que lo acusaran de ser presumido, obstinado, fanático o intransigente. Podía parecer una locura negar al supremo prócer del reino una señal de respeto. Pero ese hombre era un amalecita, y eso le bastaba a Mardoqueo. La aparente locura era simple obediencia.

Esto es lo que da importancia e interés a este caso. Nada puede quitarnos la responsabilidad de obedecer a la Palabra de Dios. A Mardoqueo se le podía haber dicho que el mandamiento tocante a Amalec era cosa del pasado, ya que hacía referencia a los días victoriosos de Israel. Estaba bien que Josué luchara contra Amalec. Saúl también debió haber obedecido a la palabra de Jehová en vez de perdonar la vida a Agag. Pero en el tiempo de Ester todo había cambiado; la gloria de Jehová se había apartado de Israel, y de nada servía querer obrar según se ordenaba en Éxodo 17 o en Deuteronomio 25.

Semejantes argumentos no habrían tenido ningún valor para Mardoqueo. Le bastaba saber que Jehová había dicho: “*Acuérdate* de lo que Amalec hizo contigo... *no te olvides*”. ¿Hasta cuándo tenían valor estas palabras? “De generación en generación”. La guerra de Jehová contra Amalec no debía cesar hasta que el nombre y el recuerdo de aquel pueblo fuesen borrados de debajo del cielo. Y, ¿por qué? A causa del cruel y despiadado tratamiento que Amalec dio a Israel. Tal era la bondad de Dios para su pueblo. ¿Cómo, pues, podría un fiel israelita inclinarse ante un amalecita? Imposible. ¿Lo hizo Samuel? No, sino que “cortó en pedazos a Agag delante de Jehová en Gilgal” (1 Samuel 15:33). ¿Cómo hubiese podido Mardoqueo inclinarse ante Amán? No podía hacerlo, costara lo que costase. No le importaba que la horca ya estuviese levantada para él. Podía ser colgado en ella, pero jamás rendiría homenaje a Amalec.

¿Y cuál fue el resultado de esta fidelidad? ¡Un espléndido triunfo! Junto al trono estaba el orgulloso amalecita, soleándose a los rayos del favor real, haciendo ostentación de sus riquezas, de su grandeza, de su gloria, y a punto de aplastar bajo sus pies a toda la descendencia de Abraham. Pero al otro lado, en la puerta del palacio, se hallaba el desventurado Mardoqueo, vestido de cilicio y ceniza, derramando lágrimas. ¿Qué podía hacer? Obedecer. No tenía espada ni lanza; pero tenía la Palabra de Dios. Y obedeciendo a ella obtuvo una victoria sobre Amalec tan decisiva y espléndida como la ganada por Josué en Éxodo 17. Esta victoria fue la que Saúl no supo ganar, a pesar de estar rodeado por un ejército de guerreros escogidos entre las doce tribus de Israel.

Amalec quería que ahorcaran a Mardoqueo. En lugar de esto, se vio obligado a hacer de lacayo suyo y a conducirlo con todo esplendor y pompa real por las calles de la ciudad. “Y respondió Amán al rey: Para el varón cuya honra desea el rey, traigan el vestido real de que el rey se viste, y el caballo en que el rey cabalga, y la corona real que está puesta en su cabeza; y den el vestido y el caballo en mano de alguno de los príncipes más nobles del rey, y vistan a aquel varón cuya honra desea el rey, y llévenlo en el caballo por la plaza de la ciudad, y pregonen delante de él: Así se hará al varón cuya honra desea el rey. Entonces el rey dijo a Amán: Date prisa, toma el vestido y el caballo, como tú has dicho, y hazlo así con el judío Mardoqueo, que se sienta a la puerta real; no omitas nada de todo lo que has dicho. Y Amán tomó el vestido y el caballo, y vistió a Mardoqueo, y lo condujo a caballo por la plaza de la ciudad, e hizo pregonar delante de él: Así se hará al varón cuya honra desea el rey. Después de esto Mardoqueo volvió a la puerta real, y Amán se dio prisa para irse a su casa, apesadumbrado y cubierta su cabeza” (Ester 6:7-12).

Aquí, con seguridad, Israel estaba a la cabeza –individualmente, no como nación– y Amalec a la cola. Pero esto solo era el comienzo de la derrota de Amalec y de la gloria de Israel. Amán fue colgado en la misma horca que había ordenado levantar para Mardoqueo. “Y salió Mardoqueo de delante del rey con vestido real de azul y blanco, y una gran corona de oro, y un manto de lino y púrpura. La ciudad de Susa entonces se alegró y regocijó” (cap. 8:15).

Pero esto no fue todo. El efecto de tan maravillosa victoria se hizo sentir en las ciento veintisiete provincias del imperio. “Y en cada provincia y en cada ciudad donde llegó el mandamiento del rey, los judíos tuvieron alegría y gozo, banquete y día de placer. Y muchos de entre los pueblos de la tierra se hacían judíos, porque el temor de los judíos había caído sobre ellos” (cap. 8:17). Y para coronarlo todo,

“ Mardoqueo el judío fue el segundo después del rey Asuero, y grande entre los judíos, y estimado por la multitud de sus hermanos, porque procuró el bienestar de su pueblo y habló paz para todo su linaje (Ester 10:3).

Este relato nos prueba la inmensa importancia de la fidelidad individual y sirve para alentarnos a mantenernos firmes en la verdad de Dios, cueste lo que cueste. ¡Consideremos solamente los maravillosos resultados de la conducta de aquel hombre! Muchos habrían condenado a Mardoqueo. Lo habrían calificado de obstinado por negarse a conceder una simple señal de respeto al

funcionario más alto del imperio. Pero no era así. Era simplemente la obediencia que proviene de un corazón decidido por Dios. El resultado fue una magnífica victoria cuyos frutos fueron recogidos por sus hermanos hasta los confines de la tierra.

## **El libro de Daniel**

Para clarificar más el tema sugerido por el versículo 13 de nuestro capítulo de Deuteronomio, recordaremos también los capítulos 3 y 6 de Daniel. Allí veremos los gloriosos resultados morales obtenidos por la fidelidad individual al verdadero Dios, en los días en que la gloria nacional de Israel se había desvanecido, cuando su ciudad y el templo estaban en ruinas. Los tres hombres fieles se negaron a adorar la imagen de oro. Se atrevieron a resistir la ira del rey, a oponerse a la voz general de todo el imperio, e incluso a exponerse al horno ardiente antes que desobedecer. Estaban dispuestos a entregar sus vidas, pero no a abandonar la verdad de Dios. Y, ¿cuál fue el resultado de su fidelidad? ¡Una gloriosa victoria! En el horno ardiente estuvieron acompañados por el Hijo de Dios, y salieron del horno como testigos y siervos del Altísimo. ¡Glorioso privilegio! ¡Dignidad maravillosa! Y todo esto es el simple resultado de la obediencia. Si hubiesen inclinado su cabeza en señal de adoración al ídolo nacional, a fin de escapar al terrible horno ardiente, ¡cuánto hubieran perdido! Bendito sea Dios, se mantuvieron firmes en la confesión de la gran verdad de un Dios único, verdad que había sido pisoteada en medio de los esplendores del reinado de Salomón. El relato de su fidelidad ha sido escrito por el Espíritu Santo a fin de alentarnos a andar con paso firme en la senda de la consagración individual frente a un mundo que aborrece a Dios y rechaza a Cristo, frente a un cristianismo que es indiferente a la verdad. Es imposible leer esta descripción sin sentirnos conmovidos en todo nuestro ser, y sin tener el ferviente deseo de dedicarnos completamente a Cristo y a su preciosa causa.

El estudio de Daniel 6 debe producir un efecto semejante. No podemos citar ni desarrollar este tema ahora. Solo queremos llamar la atención del lector sobre aquella narración, muy apropiada para estimular nuestras almas y proporcionar una espléndida lección en estos días de laxitud, carnalidad y falsa profesión. A la gente no le cuesta asentir de forma superficial a las verdades del cristianismo, pero ¡cuán poco manifiesta el deseo de seguir decididamente a nuestro Señor rechazado y de obedecer sus mandamientos!

Ante tanta indiferencia, ¡cuán refrescante es ver la fidelidad de Daniel! Con decisión inflexible persistió en su costumbre de orar tres veces al día con las *ventanas abiertas hacia Jerusalén*, aunque sabía que el foso de los leones era el castigo impuesto a tal acción. Hubiese podido cerrar las

ventanas, correr las cortinas y retirarse a lo más recóndito de su dormitorio para orar, o esperar a media noche cuando ningún hombre lo hubiese visto u oído. Pero no, ese amado siervo de Dios no quiso esconder su luz bajo la cama o debajo del almud. Un principio muy importante estaba en juego. No solo quería orar al Dios vivo y verdadero, sino que quiso hacerlo con las ventanas abiertas hacia Jerusalén (Daniel 6:10). Y ¿por qué “hacia Jerusalén”? Porque allí estaba el centro establecido por Dios. Pero la ciudad estaba en ruinas. Sí, eso era cierto desde el punto de vista humano. Pero para la fe, y desde el punto de vista divino, Jerusalén era el centro de Dios para su pueblo terrenal. Incluso el mismo polvo de sus ruinas era precioso para Jehová. Por consiguiente, Daniel estaba en plena comunión con el pensamiento de Dios cuando, para orar, abría las ventanas que daban hacia Jerusalén. Haciendo esto también obedecía la Escritura, según vemos en 2 Crónicas 6: “Si se convirtieren a ti de todo su corazón y de toda su alma en la tierra de su cautividad, donde los hubieren llevado cautivos, y oraren hacia la tierra que tú diste a sus padres, hacia la ciudad que tú elegiste, y hacia la casa que he edificado a tu nombre” (v. 38).

Sobre ese fundamento obraba Daniel, y para ello no tenía en cuenta los pareceres humanos, las amenazas ni los castigos. Prefería ser arrojado en el foso de los leones que renunciar a la verdad de Dios. Prefería ir al cielo con una buena conciencia antes que permanecer en la tierra con una mala. Y, ¿cuál fue el resultado? ¡Otro espléndido triunfo!

“ Y fue Daniel sacado del foso, y ninguna lesión se halló en él, porque había confiado en su Dios (Daniel 6:23).

¡Bendito siervo! ¡Noble testigo! Realmente en esta ocasión él estaba a la cabeza y sus enemigos a la cola. ¿Cómo ocurrió eso? Simplemente obedeciendo la Palabra de Dios. Esto es de gran importancia moral en nuestros días. Para ilustrar esto y darle mayor énfasis hemos hecho referencia a dos brillantes ejemplos de fidelidad individual en tiempos en los que la gloria nacional de Israel yacía en el polvo, su unidad había desaparecido y su poder político se había extinguido. Nos llena de ánimo y fuerzas ver, en los días más oscuros de la historia de Israel como nación, esos brillantes ejemplos de fe y dedicación personales. Que sirvan para fortalecer nuestros corazones, a fin de que nos mantengamos firmes en la verdad de Dios, ahora que hay tantas razones de desaliento en el estado general de la iglesia profesante. No es que debamos esperar tan rápidos, asombrosos y maravillosos resultados como los que se obtuvieron en los casos referidos. Lo que debemos retener en nuestros corazones es que, sea cual fuere el estado del llamado pueblo

de Dios en cualquier tiempo que sea, nuestro privilegio individual es andar por la senda estrecha y cosechar los preciosos frutos de la obediencia a la Palabra de Dios y a los mandamientos de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Esta es una verdad esencial para nuestros días. ¡Ojalá todos sintamos su santo poder! Estamos en inminente peligro de rebajar la consagración personal a causa de la condición general. Esto sería una fatal equivocación, una clara sugerencia del enemigo de Cristo y de su causa. Si Mardoqueo, Sadrac, Mesac, Abed-nego y Daniel hubiesen obrado así, ¿cuál habría sido el resultado?

Tengamos cuidado, nuestro único y gran objetivo consiste en obedecer y dejar los resultados en manos de Dios. Quizás a él le plazca permitir que sus siervos vean asombrosos resultados, pero también puede dejarlos esperar aquel gran día en el cual no haya el peligro de que nos envanezcamos viendo algún fruto de nuestro testimonio. Sea lo que fuere, nuestro deber es andar por el bendito sendero que se nos señala en los mandamientos de nuestro precioso y adorable Señor y Salvador Jesucristo.

¡Quiera Dios habilitarnos para que así lo hagamos por su Santo Espíritu! Adhirámonos a la verdad de Dios con todo nuestro corazón, sin preocuparnos por las opiniones de nuestros semejantes que quizá nos tilden de cerrados, fanáticos, intolerantes y otras cosas por el estilo. *¡Nosotros debemos proseguir adelante con el Señor!*



## Cuarto discurso de Moisés

### La alianza en el país de Moab

Con el versículo 1 se termina la segunda de las grandes secciones de nuestro libro. En él tenemos un muy solemne llamado a la conciencia de la congregación. Es el resumen y aplicación práctica de todo lo que precede en este profundo, práctico y estimulante libro.

“Estas son las palabras del pacto que Jehová mandó a Moisés que celebrase con los hijos de Israel *en la tierra de Moab, además del pacto que concertó con ellos en Horeb*” (v. 1). Ya hicimos referencia a este pasaje como una de las muchas pruebas de la diferencia que hay entre el libro de Deuteronomio y los restantes del Pentateuco. Pero reclama la atención del lector desde otro punto de vista. Habla de un pacto especial hecho con los hijos de Israel en tierra de Moab, en virtud del cual debían ser introducidos en tierra de Canaán. Este pacto era tan distinto del pacto hecho en Sinaí, como lo era del pacto hecho con Abraham, Isaac y Jacob. En otras palabras, no era la *ley* pura, ni la pura *gracia*, sino el *gobierno* ejercido en soberana misericordia.

Es obvio que Israel *no podía* entrar en Canaán en virtud del pacto de Sinaí u Horeb, puesto que había fracasado completamente al hacer el becerro de oro. Había perdido todo derecho y título a la posesión de la tierra. Solo pudieron ser salvos de una destrucción repentina por la soberana misericordia de Dios ejercitada para con ellos como consecuencia de la intercesión de Moisés. También es evidente que *no podían* entrar en aquella tierra por el pacto de gracia hecho con Abraham, pues si hubiera sido así, no podrían haber sido expulsados de ella. Ni la extensión de la tierra que poseyeron, ni el tiempo que en ella estuvieron, correspondían a los términos de la alianza hecha con sus padres. Fue con base a las condiciones del pacto hecho en Moab que entraron en posesión temporal y limitada de la tierra de Canaán. Pero fracasarían tanto bajo el pacto de Moab como habían fracasado bajo el de Horeb, es decir, fracasaron bajo el gobierno como bajo la ley. Por eso fueron expulsados y esparcidos por toda la tierra según las vías gubernamentales de Dios.

Pero no será para siempre. ¡Bendito sea el Dios de toda gracia! La descendencia de Abraham, su amigo, un día poseerá la tierra de Canaán, según los términos del pacto original.

Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios  
(Romanos 11:29).



Los dones y el llamamiento no deben confundirse con la ley y el gobierno. El Monte de Sion no se puede considerar bajo el mismo aspecto que el de Horeb y Moab. El nuevo y perpetuo pacto de gracia, ratificado por la preciosa sangre del Cordero de Dios, será cumplido gloriosamente a pesar de todos los poderes de la tierra y del infierno. “He aquí vienen días, dice el Señor, en que estableceré con la casa de Israel y la casa de Judá un nuevo pacto; no como el pacto que hice con sus padres el día que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos no permanecieron en mi pacto, y yo me desentendí de ellos, dice el Señor. Por lo cual, este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en la mente de ellos, y sobre su corazón las escribiré; y seré a ellos por Dios, y ellos me serán a mí por pueblo; y ninguno enseñará a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce al Señor; porque todos me conocerán, desde el menor hasta el mayor de ellos. Porque seré propicio a sus injusticias, y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades. Al decir: Nuevo Pacto, ha dado por viejo al primero; y lo que se da por viejo y se envejece, está próximo a desaparecer” (Hebreos 8:8-13).

El lector debe cuidarse de no aplicar estos preciosos pasajes a la Iglesia. Si se los aplicara, perjudicaría la verdad de Dios, a la Iglesia y a Israel. Debido a su inmensa importancia hemos advertido sobre este punto una y otra vez en el transcurso de nuestro estudio sobre el Pentateuco. Estamos profundamente convencidos de que nadie que confunda a Israel con la Iglesia puede entender y menos exponer la Palabra de Dios. Los dos son tan distintos como el cielo y la tierra. Si queremos aplicar a la Iglesia lo que Dios dice de Israel, de Jerusalén o de Sion, el resultado será una completa confusión. Esta interpretación de la Palabra de Dios destruye toda precisión y quita a la Escritura la santa precisión y divina certidumbre que ella debería producir. Echa a perder la integridad de la verdad, daña a las almas de los santos e impide su progreso en la vida divina y en la comprensión espiritual. Nunca insistiremos demasiado sobre la necesidad de estar prevenidos contra ese falso y fatal sistema de interpretar las Santas Escrituras.

Debemos evitar perjudicar el designio de la profecía y a la verdadera aplicación de las promesas de Dios. No tenemos ninguna autorización para intervenir en la esfera de los pactos señalada divinamente. El apóstol nos dice claramente, en Romanos capítulo 9, que aquellos pertenecen a Israel; si intentamos quitarlos a los padres del Antiguo Testamento y traspasarlos a la Iglesia de Dios, el cuerpo de Cristo, podemos estar seguros de que estamos haciendo lo que Jehová Elohim jamás aprobará. La Iglesia no forma parte de los designios de Dios para con Israel y con la tierra. Su lugar, su porción, sus privilegios, y perspectiva son celestiales. Fue formada durante el

tiempo del rechazo de Cristo, para que fuera asociada a él donde él está ahora, escondido en los cielos, y para compartir su gloria en el día futuro. Si el lector alcanza a entender esta grande y gloriosa verdad, le ayudará a poner cada cosa en su lugar.

## **Vosotros habéis visto todo lo que Jehová ha hecho**

Volvamos ahora nuestra atención sobre la aplicación práctica de estas verdades a la conciencia de cada miembro de la congregación.

“Moisés, pues, llamó a todo Israel, y les dijo: Vosotros habéis visto todo lo que Jehová ha hecho delante de vuestros ojos en la tierra de Egipto a Faraón y a todos sus siervos, y a toda su tierra, las grandes pruebas que vieron vuestros ojos, las señales y las grandes maravillas. Pero hasta hoy Jehová no os ha dado corazón para entender, ni ojos para ver, ni oídos para oír” (v. 2-4).

Esto es eminentemente solemne. Los más asombrosos milagros y señales pueden realizarse ante nosotros y no tocar nuestro *corazón* en lo más mínimo. Estos hechos pueden producir un efecto transitorio sobre la mente y los sentimientos naturales. Pero si la conciencia no es llevada a la luz de la divina presencia y el corazón expuesto a la inmediata acción de la verdad por el poder del Espíritu de Dios, no se alcanza resultado duradero. Debido a los milagros del Señor, Nicodemo concluyó que Cristo era un maestro venido de Dios; pero eso no era suficiente. Debía aprender el profundo y maravilloso significado de esta verdad: “Os es necesario nacer de nuevo” (Juan 3:7). Una fe fundada en milagros puede dejar al alma sin poseer la salvación, sin conversión y sin ninguna bendición, pero con una terrible responsabilidad. Leemos, al final del segundo capítulo del evangelio de Juan, que muchos profesaron creer en Cristo cuando vieron sus milagros, “pero Jesús mismo no se fiaba de ellos, porque conocía a todos” (v. 24). Allí no había obra divina, nada en que confiar. Debe haber una nueva vida, una nueva naturaleza, y esto es lo que los milagros y las señales no pueden comunicar. Nos es necesario nacer de nuevo, nacer de la Palabra y del Espíritu de Dios.

La nueva vida es comunicada por la semilla incorruptible del evangelio de Dios e implantada en el corazón por el poder del Espíritu Santo. No es una fe intelectual fundada en los milagros, sino una fe profunda, que nace del corazón, una fe en el Hijo de Dios. Es algo que no podía ser conocido bajo la ley o el gobierno. “La *dádiva* de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro” (Romanos 6:23). ¡Precioso don! ¡Glorioso manantial! ¡Bendito conducto! ¡Universal y sempiterna alabanza a la Eterna Trinidad!

“Y yo os he traído cuarenta años en el desierto; vuestros vestidos no se han envejecido sobre vosotros, ni vuestro calzado se ha envejecido sobre vuestro pie. No habéis comido pan, ni bebisteis vino ni sidra; para que supierais que yo soy Jehová vuestro Dios” (v. 5-6). ¡Maravillosos cuidados! La misma mano de Dios los vestía y los alimentaba. “Pan de nobles comió...” (Salmo 78:25). No tuvieron ninguna necesidad de vino, ni de bebidas fuertes y estimulantes.

Bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo



(1 Corintios 10:4).

Esa fuente pura los refrescaba en las sequedades del desierto, y el maná celestial los sostenía día tras día. Todo lo que necesitaban era poder gozar de esas provisiones divinas.

¡Ah, pero aquí, así como nosotros, ellos fracasaron! Se cansaron de la comida celestial y desearon otras cosas. ¡Tristemente, somos muy parecidos a ellos! ¡Cuán humillante es ver el poco aprecio que manifestamos hacia Aquel que debería sernos tan precioso, ese Jesús que Dios nos ha dado para que sea nuestra vida, nuestra porción, nuestro objeto, nuestro todo en todo! ¡Cuán terrible es descubrir que nuestros corazones desean las miserables vanidades y locuras de este pobre mundo pasajero: sus riquezas, sus honores, sus distinciones, sus placeres, cosas perecederas, y que, incluso si duraran, no podrían compararse con “las inescrutables riquezas de Cristo”! (Efesios 3:8). Quiera Dios darnos, en su infinita bondad, “conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y *de conocer el amor de Cristo*, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de *toda la plenitud de Dios*” (Efesios 3:16-19). ¡Oh, que esta bendita oración pueda encontrar una respuesta profunda en la experiencia del lector y del escritor!

“Y llegasteis a este lugar, y salieron Sehón rey de Hesbón y Og rey de Basán” –enemigos formidables y temibles– “delante de nosotros para pelear, y los derrotamos; y tomamos su tierra, y la dimos por heredad a Rubén y a Gad y a la media tribu de Manasés” (v. 7-8). ¿Habría alguien que se atreva a comparar esto con lo que la historia relata respecto a la invasión de América del Sur por los españoles? Se equivocaría terriblemente, porque Israel tenía la autorización directa de Dios para obrar como lo hizo con Sehón y Og, pero los españoles no estaban autorizados para hacer lo que hicieron con los infelices nativos de Sudamérica. Esta es la gran diferencia que

hay entre los dos casos. La introducción de Dios y de su autoridad es la única respuesta perfecta a toda cuestión, la divina solución a toda dificultad. ¡Que siempre podamos tener esto presente como divino antídoto a las sugerencias de la incredulidad!

## **Guardaréis las palabras de este pacto**

“Guardaréis, pues, las palabras de este pacto (el de Moab) y las pondréis por obra, *para que prosperéis en todo lo que hicieréis*” (v. 9). La simple obediencia a la Palabra de Dios ha sido, es y será el profundo y real secreto de toda verdadera prosperidad. Para el cristiano, la prosperidad no se halla en las cosas materiales o terrenales, sino en las celestiales y espirituales. No debemos olvidar nunca que sería el colmo de la locura pensar en prosperar o progresar en la vida divina si no obedecemos los mandamientos de nuestro bendito Señor y Salvador Jesucristo. “Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho. En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos. Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; permaneced en mi amor. *Si guardareis mis mandamientos*, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor” (Juan 15:7-10). He aquí la verdadera prosperidad cristiana. ¡Deseémosla ardientemente y prosigamos con diligencia el método apropiado para alcanzarla!

“Vosotros todos estáis hoy en presencia de Jehová vuestro Dios; los cabezas de vuestras tribus, vuestros ancianos y vuestros oficiales, todos los varones de Israel; *vuestros niños*”, – ¡dato conmovedor e interesante!– “vuestras mujeres, y *tus* extranjeros que habitan en medio de tu campamento”. ¡Cuán profundamente conmovedora y exquisita es la frase “*tus* extranjeros”! ¡Qué poderoso llamamiento al corazón de Israel en favor del extranjero! “Desde el que corta tu leña hasta el que saca tu agua; para que entres en el pacto de Jehová tu Dios, y en su juramento, que Jehová tu Dios concierta hoy contigo, para confirmarte hoy como su pueblo, y para que él te sea a ti por Dios, de la manera que él te ha dicho, y como lo juró a tus padres Abraham, Isaac y Jacob. Y no solamente con vosotros hago yo este pacto y este juramento, sino con los que están aquí presentes hoy con nosotros delante de Jehová nuestro Dios, y con los que no están aquí hoy con nosotros. Porque vosotros sabéis cómo habitamos en la tierra de Egipto, y cómo hemos pasado por en medio de las naciones por las cuales habéis pasado; y habéis visto sus abominaciones (esto es, los objetos de su culto, sus falsos dioses) y sus ídolos de madera y piedra, de plata y oro, que tienen consigo” (v. 10-17).

Este serio llamamiento, además de general, es también individual. Esta observación es muy importante. Siempre somos propensos a generalizar, y así dejar de aplicar la verdad a nuestra conciencia individual. Pero es un grave error y una pérdida para nuestras almas. Cada uno de nosotros es responsable de obedecer los preciosos mandamientos de nuestro Señor. Así es como entramos en el verdadero gozo de nuestra relación, de acuerdo con lo que Moisés dijo al pueblo, “para confirmarte hoy como su pueblo, y para que él te sea a ti por Dios”.

Nada puede ser más precioso y sencillo a la vez. No hay confusión, oscuridad o misticismo en ello. Es sencillamente atesorar sus preciosos mandamientos en nuestros corazones, dejarlos obrar sobre nuestras conciencias y ponerlos en práctica en nuestras vidas. Tal es el verdadero secreto para estar en una feliz relación con nuestro Padre y con nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Quien crea poder gozar de esta íntima relación, mientras descuida los mandamientos de nuestro Señor, abriga una ilusión mezquina y dolorosa. “Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor” (Juan 15:10). Este es el punto magno, considerémoslo atentamente. “Si me amáis, guardad mis mandamientos” (Juan 14:15).

“ No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos (Mateo 7:21).

“Porque todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, y hermana, y madre” (Mateo 12:50). “La circuncisión nada es, y la incircuncisión nada es, sino el guardar los mandamientos de Dios” (1 Corintios 7:19).

¡Qué palabras tan oportunas en estos días de cristianismo holgado, descuidado y mundano! ¡Ojalá penetren en nuestros corazones, tomen completa posesión de nuestro ser moral y produzcan fruto en nuestra vida individual! Esta consideración práctica es muy importante. Estamos en inminente peligro de que, mientras tratamos de evitar todo lo que pueda parecerse a legalismo, caigamos en el extremo opuesto: la relajación carnal. Los pasajes de la Santa Escritura que acabamos de citar (y hay otros muchos) proporcionan una divina salvaguardia contra esos dos perniciosos y mortales errores. Hemos sido puestos en la santa relación de hijos por la soberana gracia de Dios, por el poder de su Palabra y de su Espíritu. Este único hecho ya arranca de raíz la nociva hierba del legalismo.

Pero esta relación tiene sus propios afectos, deberes y responsabilidades cuyo debido reconocimiento proporciona el verdadero remedio para el terrible mal de la relajación carnal tan preponderante en todas partes. Si somos libertados de *las obras de la ley* –gracias a Dios lo estamos en calidad de cristianos–, no es para no hacer nada, ni para agradarnos a nosotros mismos, sino para que las *obras de la fe* se manifiesten en nosotros para la gloria de Aquel cuyo nombre llevamos, a quien pertenecemos y estamos obligados a amar, obedecer y servir.

Procuremos aplicar nuestros corazones a estas consideraciones prácticas. Se nos ha llamado a hacerlo así, y para ello podemos contar con la abundante gracia de nuestro Señor Jesucristo, capacitándonos para responder a su llamamiento a pesar de las mil dificultades y obstáculos que yacen en nuestro camino. ¡Ah, anhelemos que la obra de gracia sea más profunda en nuestras almas y suspiremos por un andar más íntimo con Dios, por reflejar más el carácter de verdadero discípulo!

### **La raíz produce hiel y ajeno**

Oigamos ahora el solemne llamamiento de Moisés. Amonesta al pueblo a que tenga cuidado, “no sea que haya entre vosotros varón o mujer, o familia o tribu, cuyo corazón se aparte hoy de Jehová nuestro Dios, para ir a servir a los dioses de esas naciones; no sea que haya en medio de vosotros *raíz* que produzca hiel y ajeno” (v. 18).

El escritor inspirado de la epístola a los Hebreos hace referencia a estas palabras del modo más enfático. “Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios; que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados” (Hebreos 12:15).

¡Cuán saludables son estas palabras! ¡Están llenas de amonestación y advertencia! Exponen la solemne responsabilidad de todo cristiano. Todos somos llamados a ejercer un celoso y piadoso cuidado hacia los demás, cuidado que tristemente es poco entendido y reconocido. No es que todos seamos llamados a ser pastores o maestros, y el pasaje citado no se dirige especialmente a estos. Se refiere a todos los cristianos, y debemos prestarle atención. Por todas partes se oyen quejas de la falta de cuidados pastorales. En efecto, existe gran deficiencia de verdaderos pastores en la Iglesia de Dios, como de todos los demás dones. No podemos esperar otra cosa. ¿Cómo podría ser de otro modo? ¿Cómo podemos esperar una abundancia de dones espirituales en el estado miserable en que nos encontramos actualmente? El Espíritu está entristecido y apagado a causa de nuestras lamentables divisiones, mundanalidad e infidelidad. ¿Podemos asombrarnos de nuestra deplorable indigencia?

Pero en medio de tal ruina y desolación espiritual, nuestro bendito Señor rebosa de profunda y tierna compasión para con nosotros. Con solo humillarnos bajo su mano poderosa, nos levantará bondadosamente y nos capacitará de diversas maneras para subsanar la deficiencia de dones pastorales entre nosotros. Por su preciosa gracia, podríamos velar con más diligencia y amor los unos por los otros, y procurar el progreso espiritual y la prosperidad de todos.

Ni por un momento crea el lector que pretendemos motivar el entremetimiento entre los cristianos. ¡Lejos de nosotros tal pensamiento! Consideramos tales cosas como insoportables en la Iglesia de Dios. Son diametralmente opuestas a aquel diligente cuidado pastoral del cual hemos hablado y por el cual suspiramos.

Pero, ¿no cree el lector que manteniéndonos lo más alejados posible de los males ya citados, podríamos interesarnos los unos por los otros y con oración ejercer vigilancia y cuidado? Eso evitaría la aparición de muchas raíces de amargura. Por una parte, no todos somos llamados a ser pastores, pero por otra parte, hay una lamentable carencia de pastores en la Iglesia de Dios. Obviamente hablamos de verdaderos pastores, puestos por la Cabeza de la Iglesia, hombres dotados con un poder y un corazón realmente pastorales. Todo esto debería mover los corazones del amado pueblo del Señor a pedirle que les haga capaces de ejercer un apacible cuidado y solicitud fraternal. Esto podría suplir la escasez de pastores entre nosotros. Lo evidente es que en el pasaje de Hebreos 12 no se dice nada respecto a los pastores. Es sencillamente una conmovedora exhortación dirigida a todos los cristianos para que ejerzan un mutuo cuidado y velen a fin de que no aparezca alguna raíz de amargura.

¡Cuán necesario es esto! ¡Qué terribles son tales raíces! ¡Cuán amargas son! ¡Cuán lejos llegan sus perniciosos zarcillos! ¡Cuán irreparables daños ocasionan! ¡Cuántos cristianos se han contaminado con ellos! ¡Cuántos preciosos lazos de fraternidad han roto! ¡Muchos corazones han sido desgarrados por ellos! Sí, lector, y en cuántas ocasiones un poco de cuidado pastoral o fraternal, un consejo piadoso y afectuoso, hubiese destruido el mal en su raíz y habría evitado incalculables daños y pesares. ¡Ojalá que todos tuviéramos esto bien presente en el corazón y deseáramos con más ardor la gracia necesaria para hacer lo que esté a nuestro alcance, a fin de evitar la aparición de raíces de amargura y la difusión de su influencia corruptora!

## **Si tal raíz brota**

Pero volvamos a las serias palabras del amado autor. Traza un cuadro muy solemne del fin de aquel que causó el brote de la raíz de amargura.



“Y suceda que al oír las palabras de esta maldición, *él se bendiga en su corazón*, diciendo: Tendré paz, aunque ande en la dureza de mi corazón, a fin de que con la embriaguez quite la sed. No querrá Jehová perdonarlo, sino que entonces humeará la ira de Jehová y su celo sobre el tal hombre, y se asentará sobre él toda maldición escrita en este libro, y Jehová borraré su nombre de debajo del cielo; y lo apartará Jehová de todas las tribus de Israel para mal, conforme a todas las maldiciones del pacto escrito en este libro de la ley. Y dirán las generaciones venideras, vuestros hijos que se levanten después de vosotros, y el extranjero que vendrá de lejanas tierras, cuando vieren las plagas de aquella tierra, y sus enfermedades de que Jehová la habrá hecho enfermar, (azufre y sal, abrasada toda su tierra; no será sembrada, ni producirá, ni crecerá en ella hierba alguna, como sucedió en la destrucción de Sodoma y de Gomorra, de Adma y de Zeboim, las cuales Jehová destruyó en su furor y en su ira)” (v. 19-23). ¡Aterradores ejemplos de los tratos gubernamentales del Dios vivo! Hablan con voz de trueno a oídos de todos cuantos convierten la gracia de Dios en libertinaje y niegan a ¡Dios, el único soberano, y a nuestro Señor Jesucristo! (Judas 4). “Más aun, todas las naciones dirán: ¿Por qué hizo esto Jehová a esta tierra? ¿Qué significa el ardor de esta gran ira? Y responderán: Por cuanto dejaron el pacto de Jehová el Dios de sus padres, que él concertó con ellos cuando los sacó de la tierra de Egipto, y fueron y sirvieron a dioses ajenos, y se inclinaron a ellos, dioses que no conocían, y que ninguna cosa les habían dado. Por tanto, se encendió la ira de Jehová contra esta tierra, para traer sobre ella todas las maldiciones escritas en este libro; y Jehová los desarraigó de su tierra con ira, con furor y con grande indignación, y los arrojó a otra tierra, como hoy se ve” (v. 24-28).

Lector, ¡qué solemnes son estas palabras! Con qué poder ilustran las palabras del apóstol:

**¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!**

“ (Hebreos 10:31).

Y también: “Nuestro Dios es fuego consumidor” (Hebreos 12:29). Son serias advertencias para la Iglesia. ¡Cuánto puede aprender de los tratos de Dios con su pueblo Israel! El capítulo 11 de Romanos es perfectamente claro y concluyente en cuanto a esto. Pablo, hablando del juicio divino contra las ramas incrédulas del olivo, hace el siguiente llamamiento a la cristiandad: “Pues si algunas de las ramas fueron desgajadas, y tú, siendo olivo silvestre, has sido injertado en lugar de ellas, y has sido hecho participante de la raíz y de la rica savia del olivo, no te jactes contra las ramas; y si te jactas, sabe que no sustentas tú a la raíz, sino la raíz a ti. Pues las ramas, dirás, fueron desgajadas para que yo fuese injertado. Bien; por su incredulidad fueron desgajadas, pero tú por la fe estás en pie. *No te ensoberbezcas, sino teme*. Porque si Dios no perdonó a las ramas naturales,

a ti tampoco te perdonaré. Mira, pues, la bondad y la severidad de Dios; la severidad ciertamente para con los que cayeron, pero la bondad para contigo, *si permaneces en esa bondad*; pues de otra manera *tú también serás cortado*” (v. 17-22).

Desgraciadamente la iglesia profesante no ha perseverado en la bondad de Dios. Es imposible leer su historia a la luz de la Escritura y no ver esto. Dolorosamente se ha apartado y para ella solo queda la ira del Dios Todopoderoso. Los amados miembros del cuerpo de Cristo que tristemente andan mezclados con la masa de la corrupta cristiandad profesante serán sacados de ella y puestos en el lugar preparado para ellos en la casa del Padre. Entonces reconocerán, si no lo han hecho antes, cuán culpables eran al permanecer relacionados con lo que estaba en oposición a la mente de Cristo, según está revelada con divina claridad y sencillez en las Santas Escrituras.

Mas en cuanto a la gran entidad conocida con el nombre de cristiandad, será “cortada” y vomitada. Le será enviado “un poder engañoso, para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, *sino que se complacieron en la injusticia*” (2 Tesalonicenses 2:11-12).

¡Terribles palabras! Quiera Dios que resuenen en los oídos y penetren en los corazones de los millones de almas que viven día tras día, semana tras semana y año tras año satisfechas con una apariencia de piedad, pero negando la eficacia de ella, *“amadores de los deleites más que de Dios”* (2 Timoteo 3:4).

¡Cuán aterrador es el estado y destino de los millones de almas que van en busca de placeres y se arrojan ciegamente en el precipicio que conduce a una desesperada y eterna miseria! ¡Quiera Dios en su infinita bondad, por el poder de su Espíritu y a través de la potente acción de su Palabra, despertar los corazones de su pueblo para que tengan un sentido más profundo e influyente de tales cosas!

## **Las cosas secretas y las cosas reveladas**

Antes de cerrar esta sección, dirijamos brevemente nuestra atención al último versículo de este capítulo. Es uno de aquellos versículos de la Escritura mal comprendidos y mal aplicados. “Las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios; mas las reveladas son para nosotros y para nuestros hijos para siempre, para que cumplamos todas las palabras de esta ley” (v. 29). Este versículo se emplea constantemente para impedir el progreso de las almas en el conocimiento de “lo profundo de Dios” (1 Corintios 2:10); pero su significado es sencillamente este: las cosas “reveladas” son las que tenemos en el capítulo anterior de este libro. En cambio, las cosas “se-

cretas” son aquellos recursos de gracia que Dios tenía reservados para ser desplegados cuando el pueblo hubiese fracasado completamente en cumplir “todas las palabras de esta ley”. Las cosas reveladas son las que Israel debió haber hecho, y que no hizo. Las cosas secretas son las que Dios quiere hacer, a pesar de la ruina de Israel. Estas son presentadas como consejos de la gracia divina y provisiones de soberana misericordia. Debían desplegarse una vez que Israel hubiera aprendido la lección de su fracaso total bajo los dos pactos, el de Moab y el de Horeb.

Así, este pasaje comprendido correctamente nos anima a investigar estas cosas que, aunque “secretas” para Israel en los llanos de Moab, nos son plena y claramente “reveladas” para nuestro provecho, consolación y edificación. El Espíritu Santo descendió el día de Pentecostés para guiar a los discípulos *a toda la verdad*. El canon de la Escritura está completo; todos los propósitos y consejos de Dios están plenamente revelados. El misterio de la Iglesia completa el círculo de la divina verdad. El apóstol Juan pudo decir a todos los hijos de Dios:

“ Pero vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas  
(1 Juan 2:20).

El Nuevo Testamento abunda en evidencias para probar el uso errado de Deuteronomio 29:29. Hemos insistido en este argumento porque sabemos que la inexacta interpretación de él frena el progreso del amado pueblo del Señor en el conocimiento divino. El enemigo siempre procura mantener a las almas en la oscuridad, cuando deberían andar en la clara luz de la divina revelación. Procura mantenerlas como niños alimentados con leche, cuando deberían, al igual que los que “han alcanzado madurez”, ser alimentadas con el “alimento sólido” de que tan libremente se ha provisto a la Iglesia de Dios. Apenas alcanzamos a imaginarnos cómo el Espíritu de Dios se entristece y Cristo es deshonrado por el bajo nivel que existe entre nosotros en cuanto a las cosas de Dios. ¡Cuán pocos conocen en realidad las cosas que nos son dadas liberalmente por Dios! ¿Dónde son comprendidos, creídos y llevados a la práctica los privilegios propios al cristiano? ¡Cuán débil es nuestra percepción de las cosas divinas! ¡Cuán desmedrado nuestro crecimiento! ¡Cuán tenue nuestra exposición práctica de la verdad de Dios! ¡Qué carta de Cristo más manchada presentamos!

Amado lector cristiano, consideremos seriamente estas cosas en la presencia divina. Escudriñemos la raíz de todo este lamentable fracaso. Juzguémosla y desarraiguémosla para que podamos declarar más fielmente de quién somos y a quién servimos. ¡Que sea Cristo nuestro único objeto!

## Las cosas secretas pertenecen a Jehová

### Un pueblo restaurado, de vuelta y bendito

Este capítulo es de profundo interés e importancia. Es profético y nos presenta algunas de “las cosas secretas” a que hace referencia la última parte del capítulo anterior. Descubre algunos de los preciosos recursos de la gracia atesorados en el corazón de Dios, los que serán desplegados perfectamente cuando Israel, después de haber fallado enteramente en el cumplimiento de la ley, y luego de haber sido esparcido hasta los términos de la tierra, se vuelva de corazón al Señor y sea restaurado en un nuevo pacto (Hebreos 8:8-13).

“Sucederá que cuando hubieren venido sobre ti todas estas cosas, la bendición y la maldición que he puesto delante de ti, y *te arrepintieres* en medio de todas las naciones adonde te hubiere arrojado Jehová tu Dios, y *te convirtieres a Jehová tu Dios*, y obedecieres a su voz conforme a todo lo que yo te mando hoy, *tú y tus hijos, con todo tu corazón y con toda tu alma*, entonces Jehová hará volver a tus cautivos, y *tendrá misericordia de ti*, y volverá a recogerte de entre todos los pueblos adonde te hubiere esparcido Jehová tu Dios” (v. 1-3).

¡Cuán conmovedor y bello es todo esto! Ya no se trata de guardar la ley, sino de algo mucho más íntimo y precioso: es la conversión, el volverse con todo el corazón y con toda el alma hacia Jehová, en circunstancias en las cuales la obediencia literal a la ley era del todo imposible. Es un corazón contrito y quebrantado volviéndose a Dios. Dios en su profunda y tierna compasión sale al encuentro de ese corazón. Esa es la verdadera bendición en todo tiempo y lugar. Es algo que supera todos los arreglos de la dispensación. Es Dios mismo en toda su plenitud e inefable gracia que recibe a un alma que se arrepiente. Podemos decir verdaderamente que cuando este encuentro tiene lugar, todo queda divina y eternamente arreglado.

El lector debe comprender claramente que lo que tenemos ahora ante nosotros es tan distante del cumplimiento de la ley y de la justicia humana como lo es el cielo de la tierra. El primer versículo de este capítulo prueba de manera evidente que aquí se considera al pueblo en una condición en que era imposible cumplir las ordenanzas de la ley. Pero no hay un rincón en la superficie de la tierra, por remoto que sea, desde donde el corazón no pueda volverse hacia Dios. Si las *manos* no pueden presentar una víctima en el altar, o si los pies no pueden acudir al sitio designado para el culto, el *corazón* sí puede volverse hacia Dios. Sí, el pobre corazón desgarrado, quebran-

tado, contrito, puede dirigirse directamente a Dios, y Dios, en la profundidad de su compasión y tierna misericordia, puede salir a su encuentro, vendar sus heridas y llenarlo con el delicado consuelo de su amor y el pleno goce de su salvación.

Pero continuemos oyendo esas “cosas secretas” que “pertenecen a Dios”, cosas preciosas que superan todo pensamiento humano. “Aun cuando tus desterrados estuvieren en las partes *más lejanas que hay debajo del cielo*, de allí *te recogerá* Jehová tu Dios, y de allí *te tomará*; y te hará volver Jehová tu Dios a la tierra que heredaron tus padres, y será tuya; y *te hará bien*, y te multiplicará más que a tus padres” (v. 4-5).

Estas palabras son muy preciosas, sin embargo, todavía hay algo mucho mejor. Dios no solo recogerá, multiplicará y obrará con poder *en favor* de Israel, sino que ejecutará *en ellos* una poderosa obra de gracia mucho más valiosa que cualquier otra prosperidad exterior. “Y circuncidará Jehová tu Dios *tu corazón*”, –es decir, el centro del ser moral, el manantial de todas las influencias que concurren a formar el carácter– “y el corazón de tu descendencia, para que ames a Jehová tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma, a fin de que vivas. Y pondrá Jehová tu Dios todas estas maldiciones sobre tus enemigos, y sobre tus aborrecedores que te persiguieron” (v. 6-7). ¡Palabras solemnes para todas las naciones que han oprimido a los judíos! “Y tú volverás, y oirás la voz de Jehová, y pondrás por obra todos sus mandamientos que yo te ordeno hoy” (v. 8).

Nada puede igualar la belleza moral de esas palabras. ¡Era un pueblo reunido, multiplicado, bendecido, circuncidado de corazón, completamente dedicado a Jehová y obedeciendo sinceramente sus preciosos mandamientos! ¿Qué bendición puede superar a esta en un pueblo sobre la tierra?

## **La Palabra está cerca de ti**

“Y te hará Jehová tu Dios abundar en toda obra de tus manos, en el fruto de tu vientre, en el fruto de tu bestia, y en el fruto de tu tierra, para bien; porque Jehová volverá a gozarse sobre ti para bien, de la manera que se gozó sobre tus padres, cuando obedecieras a la voz de Jehová tu Dios, para guardar sus mandamientos y sus estatutos escritos en este libro de la ley; cuando te convirtieras a Jehová tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma. Porque este mandamiento que yo te ordeno hoy no es demasiado difícil para ti, ni está lejos. No está en el cielo, para que digas: ¿Quién subirá por nosotros al cielo, y nos lo traerá y nos lo hará oír para que lo cumplamos? Ni

está al otro lado del mar, para que digas: ¿Quién pasará por nosotros el mar, para que nos lo traiga y nos lo haga oír, a fin de que lo cumplamos? Porque muy cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón, para que la cumplas” (v. 9-14).

Este pasaje es particularmente interesante. Proporciona la llave de las “cosas secretas” ya mencionadas y expone los grandes principios de la justicia divina en intenso y hermoso contraste con la justicia legal bajo todos sus aspectos. Según la verdad aquí expuesta, poco importa dónde se encuentre el alma: “Muy cerca de ti está la Palabra”. No puede estar más cercana, pues está “en tu boca y en tu corazón”. No es necesario mover ni un solo dedo para alcanzarla. Si estuviera por encima de nosotros o fuera de nuestro alcance, podríamos quejarnos de nuestra incapacidad para obtenerla. Mas no necesitamos de *manos* ni de *pies* en esta importante cuestión. Aquí el *corazón* y la *boca* son los llamados a actuar.

En Romanos 10 hay una hermosa alusión al citado pasaje: “Hermanos, ciertamente el anhelo de mi corazón, y mi oración a Dios por Israel, es para salvación. Porque yo les doy testimonio de que tienen celo de Dios, pero no conforme a ciencia. Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios; porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree. Porque de la justicia que es por la ley Moisés escribe así: El hombre que haga estas cosas, vivirá por ellas. Pero la justicia que es por la fe dice así: No digas en tu corazón: ¿Quién subirá al cielo? (esto es, para traer abajo a Cristo); o, ¿quién descenderá al abismo? (esto es, para hacer subir a Cristo de entre los muertos). Mas ¿qué dice? Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón. Esta es *la palabra de fe que predicamos*: que si *confesares con tu boca* que Jesús es el Señor, y *creyeres en tu corazón* que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación. Pues la Escritura dice: Todo aquel que en él creyere, no será avergonzado” (Romanos 10:1-11).

La expresión “todo aquel” con seguridad incluye al judío. Se dirige a él, pobre desterrado, dondequiera que se encuentre, en los confines del mundo, bajo circunstancias en las cuales la obediencia a la ley le es imposible, pero donde la rica y preciosa gracia de Dios, y su gloriosa salvación, pueden encontrarlo en su más profunda miseria. Allí, donde no le es posible observar la ley, puede confesar con su boca al Señor Jesús y creer en su corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos; esto es la salvación.

Pero la expresión “todo aquel” no puede limitarse al judío; de ahí que el apóstol continúe diciendo: “Porque no hay diferencia entre judío y griego” (v. 12). Bajo la ley *había* una diferencia enorme. La línea de separación que el legislador había trazado entre el judío y el griego no podía

estar mejor marcada; pero esta línea está borrada por dos razones: en primer lugar, “por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (cap. 3:23). Y en segundo lugar, “pues el mismo que es Señor de todos, es rico para con todos los que le invocan; porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo” (cap. 10:12-13).

¡Cuánta bendición encierran las palabras “creer” y “confesar”! Nada puede superar la trascendental gracia que brilla en ellas. Esto supone que el alma está realmente interesada y el corazón comprometido con Dios. Dios quiere realidades morales. No se trata de fe nominal, de tener conocimientos intelectuales, sino de una fe producida en el corazón por el Espíritu Santo; una fe viva que une el alma a Cristo con un lazo eterno.

Luego sigue la confesión de la boca, que es de suma importancia. Un hombre puede decir: «Creo en mi corazón, pero no soy de los que hacen ostentación de su creencia personal. No soy conversador, guardo mis sentimientos para mí. Es una cuestión enteramente entre Dios y mi alma; no creo necesario importunar a los demás con mis impresiones religiosas. Muchos de los que hablan en público de su religión, hacen un triste papel en su vida privada, y no quiero parecerme a ellos. Aborrezco todo fingimiento. Quiero ver hechos y no palabras».

Todo esto suena muy meritorio, pero no puede subsistir ante lo expuesto en Romanos 10:9. Debe haber una confesión de boca. Muchos de los que quieren ser salvados por Cristo retroceden ante el oprobio que atraería sobre ellos confesar su precioso nombre. Desean ir al cielo, pero no quieren ser identificados con un Cristo rechazado. Pues bien, Dios no reconoce eso. Él espera la completa, ferviente y clara confesión de Cristo en medio de la hostilidad mundana. Nuestro Señor Jesucristo también quiere tal confesión. Él declara que al que lo confiese delante de los hombres, él también lo confesará delante de los ángeles de Dios; pero que a aquellos que lo niegan delante de los hombres, él también los negará delante de los ángeles de Dios. El ladrón en la cruz puso de manifiesto los dos grandes principios de la verdadera fe que salva. Creyó con su corazón y confesó con sus labios. Sí, contradijo a todo el mundo sobre la cuestión más vital que jamás haya podido suscitarse, y esa cuestión es Cristo. Fue un decidido discípulo de Cristo. ¡Oh, que hubiera más como él! Hay muchos profesantes indecisos, fríos y de doble ánimo, que entristecen al Espíritu Santo, ¡ofenden a Cristo y son aborrecibles a los ojos de Dios! Anhelamos una franca decisión y un testimonio entusiasta rendido al Señor Jesús. ¡Quiera Dios, por su Espíritu, reanimar nuestros corazones y guiarnos a una completa consagración de corazón a Quien dejó su vida espontáneamente para salvarnos de las llamas eternas!

## Mira, yo he puesto delante de ti hoy la vida y el bien, la muerte y el mal

Finalmente Moisés hace un solemne llamado a los corazones y conciencias del pueblo.

“Mira, yo he puesto delante de ti hoy la vida y el bien, la muerte y el mal”. Siempre es así en el gobierno de Dios. Estas dos cosas van inseparablemente unidas. Que nadie se atreva a cortar el lazo de unión. Dios “pagará a cada uno conforme a sus obras: vida eterna a los que, perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad, pero ira y enojo a los que son contenciosos y no obedecen a la verdad, sino que obedecen a la injusticia; tribulación y angustia *sobre todo ser humano que hace lo malo*, el judío primeramente y también el griego; pero gloria y honra y paz a todo el que hace lo bueno, al judío primeramente y también al griego; *porque no hay acepción de personas para con Dios*” (Romanos 2:6-11).

En este pasaje el apóstol simplemente expone el hecho general aplicable a todos los tiempos, dispensaciones, gobierno, ley y cristianismo. Dios siempre “pagará a cada uno conforme a sus obras”. Esto es de mucha importancia. Debemos tenerlo en cuenta. Tal vez se diga: «¿No están los cristianos bajo la gracia?». Sí, gracias a Dios, pero esto no mengua en lo más mínimo el principio administrativo arriba expuesto. Al contrario, lo refuerza y lo confirma.

Quizás alguien pregunte: «¿Puede hacer el bien una persona no convertida?». A esto respondemos que dicha cuestión no se suscita en el texto citado. Todo aquel que es enseñado por Dios está convencido de que ningún “bien” puede hacerse en este mundo, si no es mediante la gracia de Dios. El hombre, abandonado a sí mismo, hace única y continuamente lo malo.

“  
Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de la luces  
(Santiago 1:17).”

Toda alma piadosa reconoce con gratitud esta preciosa verdad; pero esto deja intacto el hecho expuesto en Deuteronomio 30 y confirmado en Romanos 2: *la vida y el bien, la muerte y el mal* están unidos por un eslabón inseparable.

“Mira, yo he puesto delante de ti hoy la vida y el bien, la muerte y el mal; porque yo te mando hoy que ames a Jehová tu Dios, que andes en sus caminos, y guardes sus mandamientos, sus estatutos y sus decretos, para que vivas y seas multiplicado, y Jehová tu Dios te bendiga en la tierra a la cual entras para tomar posesión de ella. Mas *si tu corazón se apartare, y no oyeres, y te dejares extraviar, y te inclinares a dioses ajenos y les sirvieres, yo os protesto hoy que de cierto perece- réis; no prolongaréis vuestros días sobre la tierra adonde vais, pasando el Jordán, para entrar en*



posesión de ella. A los cielos y a la tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia; amando a Jehová tu Dios, atendiendo a su voz, y *siguiéndole a él* –lo más importante y esencial para cada uno, la fuente misma y el poder de toda verdadera religión en todo tiempo y lugar– “porque *él es vida para ti, y prolongación de tus días*; a fin de que habites sobre la tierra que juró Jehová a tus padres, Abraham, Isaac y Jacob, que les había de dar” (v. 15-20).

Este llamamiento final a la congregación es solemne. Está en plena armonía con el tono y carácter de todo el libro del Deuteronomio, libro con poderosas exhortaciones que jamás oyeron oídos humanos. No hay llamamientos tan conmovedores en las secciones precedentes del Pentateuco. Cada libro tiene su finalidad especial, su propio objeto y carácter. El gran tema del Deuteronomio, desde el principio hasta el fin, es la exhortación. Su tesis es la Palabra de Dios; su objeto es la sincera y total obediencia del corazón, basada en una relación conocida y en privilegios gozados.

# Las últimas palabras de Moisés dirigidas a Israel

## Ternura y solicitud

El corazón de Moisés latía con profunda ternura y afectuosa consideración por la congregación. No se cansaba nunca de repetirles sus ardientes exhortaciones. Sentía la necesidad de prevenirlos contra el peligro al cual estaban expuestos. Como un pastor fiel y verdadero, procuraba prepararlos con amor y ternura para las difíciles circunstancias que les esperaban. No podemos leer sus últimas palabras sin sentirnos conmovidos por su tono de solemnidad. Nos recuerdan la emocionante despedida que el apóstol Pablo dirigió a los ancianos de Éfeso. Esos dos fieles siervos conocían perfectamente la seriedad de la situación en que estaban y la de aquellos a quienes se dirigían. Se daban cuenta de la gravedad de los intereses que estaban en juego y de la urgente necesidad de obrar con fidelidad sobre el corazón y la conciencia. Esto explica la terrible solemnidad de sus llamamientos. Todo aquel que realmente se interesa en la situación del pueblo de Dios, en un mundo como este, *debe* revestirse de seriedad. Una verdadera comprensión de estas cosas ante la presencia divina necesariamente debe comunicar una santa dignidad al carácter y un poder especial al testimonio.

“Fue Moisés y habló estas palabras a todo Israel, y les dijo: Este día soy de edad de ciento veinte años; no puedo más salir ni entrar; además de esto Jehová me ha dicho: No pasarás este Jordán” (v. 1-2). ¡Qué conmovedora alusión a su avanzada edad y a los solemnes tratos de la administración de Dios para con él! Su objetivo era dar fuerza y eficacia al llamamiento que dirigía a los corazones y a las conciencias del pueblo, y moverlos a una simple obediencia. Si alude a sus canas y a la disciplina ejercida sobre él, no es con el propósito de exhibir su persona o exponer sus circunstancias y sentimientos ante el pueblo, sino para tocar los resortes íntimos de su ser moral.

“Jehová tu Dios, él pasa delante de ti; él destruirá a estas naciones delante de ti, y las heredarás; Josué será el que pasará delante de ti, como Jehová ha dicho. Y hará Jehová con ellos como hizo con Sehón y con Og, reyes de los amorreos, y con su tierra, a quienes destruyó. Y los entregará Jehová delante de vosotros, y haréis con ellos conforme a todo lo que os he mandado” (v. 3-5). No surge ni una murmuración o pesadumbre de la boca de Moisés; ningún sentimiento de envidia ni celos para con quien iba a sucederle. Por el contrario, desaparece el egoísmo con el fin de animar los corazones del pueblo a que pisaran, con paso firme, la senda de la obediencia, que era, es y será siempre la senda de la victoria, de la bendición y de la paz.

“Esforzaos y cobrad ánimo; no temáis, ni tengáis miedo de ellos, porque Jehová tu Dios es el que va contigo; no te dejará, ni te desampará” (v. 6). ¡Qué preciosas palabras, amado lector, apropiadas para mantener el ánimo y elevar el corazón por encima de toda influencia contraria! El reconocimiento de la presencia del Señor con nosotros y el recuerdo de su gracia para con nosotros en el pasado, serán siempre el verdadero secreto de nuestro progreso. La misma mano poderosa que subyugó a Sehón y a Og ante Israel, podía dominar a todos los reyes de Canaán. Los amorreos eran tan poderosos como los cananeos; pero Jehová podía vencerlos a todos.

“ Oh Dios, con nuestros oídos hemos oído, nuestros padres nos han contado, la obra que hiciste en sus días, en los tiempos antiguos. Tú con tu mano echaste las naciones, y los plantaste a ellos; afligiste a los pueblos, y los arrojaste (Salmo 44:1-2).

Pensemos en Dios echando a aquellos pueblos con su propia mano. ¡Qué respuesta a los argumentos y dificultades de un sentimentalismo morboso! ¡Cuán triviales y erróneos son los pensamientos de algunos respecto a los procedimientos administrativos de Dios! ¡Cuán absurdo es el intento de medir a Dios con la norma del juicio y de los sentimientos humanos! Es evidente que Moisés no manifestaba tales sentimientos cuando le dirigía a la congregación de Israel la exhortación citada. Conocía la seriedad y solemnidad del gobierno de Dios, el privilegio de tenerlo por escudo en el día de la batalla y como refugio en las horas de peligro y necesidad.

## Josué es llamado

Oigamos las palabras de aliento dirigidas al hombre que debía ser su sucesor. “Y llamó Moisés a Josué, y le dijo en presencia de todo Israel: *Esfuérzate y ánimoate*; porque tú entrarás con este pueblo a la tierra que juró Jehová a sus padres que les daría, y tú se la harás heredar. Y Jehová va delante de ti; él estará contigo, no te dejará, ni te desampará; no temas ni te intimides” (v. 7-8).

Josué tenía necesidad de una palabra personal, como alguien que era llamado a ocupar un lugar prominente y distinguido en la congregación. Esa palabra expresa la misma preciosa verdad que las exhortaciones dirigidas a toda la asamblea. Se le asegura que con él estarán la presencia y el poder divinos. Esto debe ser suficiente para todos; tanto para Josué como para el individuo más humilde de la congregación. Sí, lector, y lo suficiente también para usted, quienquiera que sea, y sea cual fuere la esfera de su acción. Poco importan las dificultades o peligros que puedan pre-

sentarse; nuestro Dios es ampliamente suficiente para todo. Al ser consciente de la presencia del Señor con nosotros y de la autoridad de Su Palabra para la obra que estamos haciendo, podemos avanzar con gozosa confianza, a pesar de todas las dificultades e influencias hostiles.

## **La ley escrita dada a los sacerdotes**

“Y escribió Moisés esta ley, y la dio a los sacerdotes hijos de Leví, que llevaban el arca del pacto de Jehová, y a todos los ancianos de Israel. Y les mandó Moisés, diciendo: Al fin de cada siete años, en el año de la remisión, en la fiesta de los tabernáculos, cuando viniere *todo Israel* a presentarse delante de Jehová tu Dios en el lugar que él escogiere, leerás esta ley delante de todo Israel a oídos de ellos. Harás congregar al pueblo, *varones y mujeres y niños, y tus extranjeros* que estuvieren en tus ciudades, para que *oigan y aprendan, y teman* a Jehová vuestro Dios, y *cuiden de cumplir todas las palabras* de esta ley; y *los hijos de ellos que no supieron, oigan, y aprendan a temer a Jehová vuestro Dios* todos los días que viviereis sobre la tierra adonde vais, pasando el Jordán, para tomar posesión de ella” (v. 9-13).

En este pasaje llaman nuestra atención: primero, el hecho de que Jehová concedía importancia a que su pueblo se reuniera públicamente con el objetivo de oír su voz. A todo Israel, “varones y mujeres y niños”, juntamente con los extranjeros que vivían en medio de ellos, se les mandaba reunirse para oír la lectura del libro de la ley de Dios, para que conocieran Su santa voluntad y aprendieran sus deberes. Todo miembro de aquella congregación, desde el mayor hasta el menor, debía ponerse en contacto directo con la voluntad revelada de Jehová, a fin de conocer su solemne responsabilidad.

En segundo lugar vemos que los niños también debían ser reunidos delante de Jehová para oír Su Palabra. Ambos actos están llenos de instrucción para todos los miembros de la Iglesia de Dios, pues hay una deplorable deficiencia en cuanto a estos dos puntos. Lamentablemente descuidamos reunirnos para la simple lectura de las Santas Escrituras. Parece como si no hubiera suficiente atractivo en la Palabra de Dios. Hay un anhelo por otras cosas; la elocuencia humana, la música y otros excitantes religiosos de una clase u otra parecen ser imprescindibles para que las personas se reúnan; todo excepto la preciosa Palabra de Dios.

Se argumenta que hay una gran diferencia entre el presente y los tiempos de Israel, que cada uno tiene la Palabra de Dios y la puede leer en su casa, por lo tanto no hay necesidad de la lectura pública. Semejante excusa no es válida. Podemos estar seguros de que si la Palabra de Dios fuese

estimada y apreciada personalmente y en familia, también lo sería en público. Nos deleitaríamos reuniéndonos alrededor de la fuente de la Santa Escritura para beber de sus aguas vivas, en feliz comunión, unos con otros.

Pero generalmente la Palabra de Dios no es amada ni estudiada, privada ni públicamente. En privado se devora una literatura despreciable, y en público se buscan con afán la música, los servicios religiosos ritualistas y las ceremonias imponentes. Miles de personas se reúnen y pagan para oír música, pero ¡cuán pocas quieren reunirse para leer la Santa Escritura! Hay una sed creciente por elementos y personas que excitan la religiosidad, mientras que disminuye el interés por el estudio de la Sagrada Escritura y los ejercicios espirituales de la asamblea cristiana. No podemos cerrar los ojos ante ello.

Gracias a Dios hay algunos pocos que aman realmente la Palabra de Dios y se complacen congregándose para estudiar sus preciosas verdades. ¡Quiera el Señor acrecentar su número y bendecirlos con abundancia! ¡Seamos contados entre ese dichoso número hasta terminar los días de nuestra peregrinación! Solo queda un débil remanente, pero este ama a Cristo y a Su Palabra. Su máximo gozo consiste en reunirse para pensar en él, hablar de él y adorarlo. ¡Que Dios los bendiga y los guarde! ¡Quiera él hacer que su obra preciosa se profundice en sus almas, que se unan a él más estrechamente y todos ellos entre sí, preparándose así para la aparición de la “Estrella resplandeciente de la mañana”!

## **Anuncio del fin de Moisés y del futuro de Israel**

Volvamos a los últimos versículos de este capítulo, en los cuales Dios habla a su amado siervo respecto de su muerte y al oscuro porvenir de Israel.

“Y Jehová dijo a Moisés: He aquí se ha acercado el día de tu muerte; llama a Josué, y esperad en el tabernáculo de reunión para que yo le dé el cargo. Fueron, pues, Moisés y Josué, y esperaron en el tabernáculo de reunión. Y se apareció Jehová en el tabernáculo, en la columna de nube; y la columna de nube se puso sobre la puerta del tabernáculo. Y Jehová dijo a Moisés: He aquí, tú vas a dormir con tus padres, y este pueblo se levantará y fornicará tras los dioses ajenos de la tierra adonde va para estar en medio de ella; y me dejará, e invalidará mi pacto que he concertado con él; y se encenderá mi furor contra él en aquel día; y los abandonaré, y esconderé de ellos mi rostro, y serán consumidos; y vendrán sobre ellos muchos males y angustias, y dirán en aquel día:

*¿No me han venido estos males porque no está mi Dios en medio de mí? Pero ciertamente yo esconderé mi rostro en aquel día, por todo el mal que ellos habrán hecho, por haberse vuelto a dioses ajenos” (v. 14-18).*

“Se multiplicarán los dolores de aquellos que sirven diligentes a otro dios”. Así dice el Espíritu de Cristo en el Salmo 16:4. Israel ha sido, es y será la prueba evidente de la solemne verdad de estas palabras. Su historia en el pasado, su actual dispersión y desolación, y más que nada, aquella “gran tribulación” (Mateo 24:21) por la que deberá pasar, concurren a confirmar e ilustrar esta verdad: la manera más segura para multiplicar nuestras angustias es apartarnos del Señor y confiar en los recursos del hombre.

Esta es una de las muchas lecciones prácticas que podemos aprender de la historia de la descendencia de Abraham. ¡Podamos aprenderla de una manera eficaz, amando al Señor con todo nuestro corazón y apartándonos decididamente de cualquier otro objeto! Estamos convencidos de que este es el único camino de la verdadera felicidad y paz. ¡Ojalá nos encontremos siempre en él!

## **Un cántico como testimonio para los descendientes**

“Ahora pues, escribíos este cántico, y enséñalo a los hijos de Israel; ponlo en boca de ellos, *para que este cántico me sea por testigo contra los hijos de Israel*. Porque yo les introduciré en la tierra que juré a sus padres, la cual fluye leche y miel; y comerán y se saciarán, y engordarán; y se volverán a dioses ajenos y les servirán, y me enojarán, e invalidarán mi pacto. Y cuando les vinieren muchos males y angustias, entonces este cántico responderá en su cara como testigo, pues será recordado por la boca de sus descendientes; porque yo conozco lo que se proponen de antemano, antes que los introduzca en la tierra que juré darles” (v. 19-21).

¡Cuán conmovedor y solemne es todo esto! En lugar de ser Israel un testigo para Dios ante todas las naciones, el cántico de Moisés debía ser un testimonio en contra de los hijos de Israel. Estos fueron llamados a ser Sus testigos. Debían declarar Su nombre y publicar sus alabanzas en la tierra que, en su fidelidad y soberana misericordia, Dios los había introducido. ¡Pero fallaron completa y vergonzosamente! Por consiguiente, debió escribirse un cántico que en primer lugar expone la gloria de Dios, y en segundo lugar describe la ruina de Israel en todas las etapas de su historia.

“Moisés escribió este cántico aquel día, y lo enseñó a los hijos de Israel. Y dio orden a Josué hijo de Nun, y dijo: *Esfuérzate y anímate*, pues tú introducirás a los hijos de Israel en la tierra que les juré, *y yo estaré contigo*” (v. 22-23). Josué no debía desanimarse a causa de la predicha infidelidad del pueblo. Debía, como su gran predecesor, fortalecerse en la fe, dando gloria a Dios. Debía marchar hacia adelante con gozosa confianza, apoyándose en el brazo de Jehová, el Dios del pacto de Israel, y confiando en su palabra, sin temer a sus adversarios. Podía estar seguro de que aunque la descendencia de Abraham fracasara en la obediencia, y como consecuencia de esto atrajera el juicio sobre ellos, el Dios de Abraham mantendría y cumpliría infaliblemente su promesa, y glorificaría su Nombre en la restauración final y perpetua bendición de su pueblo.

Todo esto se destaca con inusitada agudeza y fuerza en el cántico de Moisés. Josué fue llamado a servir en la fe en ello. No debía fijar su mirada en los caminos de Israel, sino en la perpetua estabilidad del pacto divino con Abraham. Josué debía conducir a Israel a través del Jordán y establecerlo en la hermosa heredad señalada para él según el plan de Dios. Si Josué hubiera fijado su pensamiento en Israel, habría vuelto a poner su espada en la vaina y se habría entregado a la desesperación. Mas no, debía fortalecerse en el Señor su Dios y servir con la energía de una fe que se sostiene como viendo al invisible.

¡Esa fe sostiene el alma y honra Dios! ¡Que todo amado hijo de Dios y siervo de Cristo, cualquiera sea su esfera de acción, conozca el poder moral de este principio divino! Es lo único que puede habilitarnos para luchar contra las dificultades, los obstáculos y las influencias hostiles que nos rodean en la escena por la que estamos pasando. ¡Así terminaremos nuestra carrera con gozo!

## **El libro de la ley puesto al lado del arca del pacto**

“Cuando acabó Moisés de escribir las palabras de esta ley en un libro hasta concluirse, dio órdenes Moisés a los levitas que llevaban el arca del pacto de Jehová, diciendo: Tomad este libro de la ley, y ponedlo al lado del arca del pacto de Jehová vuestro Dios, *y esté allí por testigo contra ti*. Porque yo conozco tu rebelión, y tu dura cerviz; he aquí que aun viviendo yo con vosotros hoy, sois rebeldes a Jehová; ¿cuánto más después que yo haya muerto? Congregad a mí todos los ancianos de vuestras tribus, y a vuestros oficiales, y hablaré en sus oídos estas palabras, y llamaré por testigos contra ellos a los cielos y a la tierra. Porque yo sé que después de mi muerte, ciertamente os corromperéis y os apartaréis del camino que os he mandado; y que os ha de venir mal en los postreros días, por haber hecho mal ante los ojos de Jehová, enojándole con la obra de vuestras manos” (v. 24-29).

¡Estas palabras nos recuerdan con energía la despedida de Pablo a los ancianos de Éfeso! “Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño. Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos. Por tanto, *velad, acordándoos* que por tres años, de noche y de día, no he cesado de amonestar con lágrimas a cada uno. Y ahora, hermanos, os encomiendo a Dios, y a la palabra de su gracia, que tiene poder para sobreedificaros y daros herencia con todos los santificados” (Hechos 20:29-32).

El hombre siempre es el mismo en todas partes. Su historia está manchada desde el principio hasta el fin. Mas, ¡qué alivio y consuelo para el corazón recordar que Dios siempre es el mismo, y que su palabra está establecida “para siempre... en los cielos”! (Salmo 119:89). Estaba oculta al lado del arca del pacto y allí se conservaba intacta, a pesar del terrible pecado y de la locura del pueblo. Esto da descanso al corazón en todo tiempo, ante el fracaso y ruina de todo lo encomendado al hombre.

La palabra del Dios nuestro permanece para siempre

“

(Isaías 40:8)

y, al tiempo que lleva un verdadero testimonio contra el hombre y sus caminos, hace penetrar en el corazón una gran tranquilidad y seguridad de que Dios está muy por encima de todo el pecado, que sus recursos son inagotables y que pronto su gloria resplandecerá y llenará toda la escena. ¡El Señor sea alabado por este precioso consuelo!



# El cántico de Moisés

## Una descripción profética

Entonces habló Moisés a oídos de toda la congregación de Israel las palabras de este cántico hasta acabarlo” (cap. 31:30). Esta relevante sección del divino volumen reclama nuestra atención unida a la oración. Comprende todas las relaciones de Dios con Israel, desde el principio hasta el fin. Nos ofrece un solemne relato de su grave pecado, de la ira y juicio divinos. ¡Qué profunda y rica bendición para el alma es que esto comience y termine con él! Si no fuera así, quedaríamos completamente aterrados. Pero el hecho de que en este magnífico cántico, así como en toda la Escritura, se empiece y se termine con Dios, nos da una tranquilidad de espíritu y nos habilita para continuar con confianza la lectura de la historia del hombre. Podemos ver con sosiego el fracaso y ruina completos de la criatura, porque estamos seguros de que Dios es el mimo a pesar de todo. Él vencerá al fin, y entonces todo estará y deberá estar bien. Dios será todo en todos. No habrá enemigo ni mal que pueda presentarse en todo este vasto universo de felicidad donde nuestro adorable Señor y Cristo será el sol y el centro eternamente.

Veamos ahora el cántico.

Escuchad, cielos, y hablaré; y oiga la tierra los dichos de mi boca

“ (v. 1).

Los cielos y la tierra son llamados a escuchar aquella magnífica alabanza. Su alcance podrá medirse por su inmensa importancia moral. “Goteará como la lluvia mi enseñanza; destilará como el rocío mi razonamiento; como la llovizna sobre la grama, y como las gotas sobre la hierba. Porque el nombre de Jehová proclamaré. Engrandeced a nuestro Dios” (v. 2-3).

Esto es el fundamento de todo. Venga lo que venga, el nombre de nuestro Dios subsistirá para siempre. Ningún poder de la tierra o del infierno podrá contrarrestar los propósitos divinos o impedir que su divina gloria resplandezca. ¡Qué dulce reposo proporciona esto al corazón, en medio de este mundo tenebroso, triste, esclavo del pecado, y frente a las intenciones del enemigo que goza de aparente éxito! Nuestro refugio, recurso y consuelo se encuentran en el nombre de nuestro Dios, el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, el Jehová de Israel. La enunciación de ese bendito nombre siempre será como un rocío refrescante, como suave lluvia sobre el corazón. Esa es la divina y celestial doctrina de la cual el alma puede alimentarse y con la cual se sustenta en todo tiempo y circunstancia.

## Él es la Roca, su obra es perfecta

“Él es la Roca”, y no simplemente *una* roca. No hay ni puede haber otra Roca. ¡Eterno y universal homenaje a su nombre glorioso, “cuya obra es perfecta”! Todo lo que viene de sus benditas manos lleva el sello de la perfección absoluta. Esta verdad pronto será manifestada a toda inteligencia creada. Ya lo es a la fe. Es un manantial de consuelo divino para todo verdadero creyente. Tan solo pensar en ello destila como fresco rocío sobre el alma sedienta. “Porque todos sus caminos son rectitud; Dios de verdad, y sin ninguna iniquidad en él; es justo, y recto” (v. 4). Los incrédulos podrán cavilar y mofarse o procurar encontrar faltas a los actos divinos, pero la locura de ellos será manifiesta a todos.

“ Sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso; como está escrito: para que seas justificado en tus palabras, y venzas cuando fueres juzgado (Romanos 3:4).

Dios prevalecerá al fin. Guárdese el hombre de poner en duda los dichos y hechos del único verdadero, solo sabio y todopoderoso Dios.

Hay algo extraordinariamente bello en las notas que encabezan este cántico. Reconforta el corazón saber que aun cuando el hombre y el pueblo de Dios puedan fracasar y arruinarse, nosotros tenemos que ver con Uno que permanece fiel y no puede negarse a sí mismo. Sus caminos son perfectos. Cuando el enemigo haya hecho todo lo que está a su alcance y haya efectuado sus malos propósitos, Dios se glorificará a sí mismo y lo convertirá todo en universal y perpetua bendición.

Es verdad que el juicio debe ejecutarse de acuerdo a los caminos del hombre. Dios se ve obligado a tomar la vara de la disciplina y emplearla a veces con terrible severidad sobre su pueblo. No puede tolerar el mal en los que llevan su santo nombre. Esto aparece con especial solemnidad en el presente cántico. En él están expuestos los caminos de Israel. Nada se pasa por alto. Todo está puesto a la luz con santa precisión y fidelidad. Así leemos: “La corrupción no es suya; de sus hijos es la mancha, generación torcida y perversa. ¿Así pagáis a Jehová, pueblo loco e ignorante? ¿No es él tu padre que te creó? Él te hizo y te estableció” (v. 5-6).

Aquí tenemos la primera expresión de reproche. Va inmediatamente seguida del testimonio de la bondad, benignidad, fidelidad y tierna misericordia de Jehová, el Elohim de Israel, el Altísimo o el Elión de toda la tierra. “Acuérdate de los tiempos antiguos, considera los años de muchas generaciones; pregunta a tu padre, y él te declarará; a tus ancianos, y ellos te dirán. Cuando el

Altísimo (título de Dios en el milenio) hizo heredar a las naciones, cuando hizo dividir a los hijos de los hombres, estableció los límites de los pueblos según el número de los hijos de Israel” (v. 7-8).

Este glorioso hecho es poco comprendido o tenido en cuenta por las naciones de la tierra. Con facilidad se olvida que en el establecimiento original de los límites o fronteras de las naciones, el Altísimo lo hacía con referencia directa a “los hijos de Israel”. Cuando consideramos la geografía y la historia desde un punto de vista divino, vemos que Canaán y la descendencia de Jacob son para Dios el centro de todo en la tierra. Sí, Canaán, una pequeña franja de tierra situada a lo largo de la costa oriental del Mediterráneo, con una superficie de 20 000 kilómetros cuadrados, es el centro de la geografía divina; las doce tribus de Israel son el objeto central de la historia de Dios. ¡Qué poco han meditado sobre ello los geógrafos y los historiadores! Han descrito países y escrito la historia de naciones que en extensión geográfica y en importancia política aventajan en mucho a Palestina y a su población, según el criterio humano, pero que a los ojos de Dios son como nada comparadas con aquella pequeña franja de terreno a la que él se digna llamar su país, y que según su determinado propósito, la descendencia de Abraham su amigo debe heredar.

## **Israel y la Iglesia**

No podemos extendernos más, pero queremos pedir al lector que lo considere con seriedad. Lo hallará plenamente desarrollado e ilustrado en las Escrituras proféticas del Antiguo y Nuevo Testamento.

“Porque la porción de Jehová es su pueblo; Jacob la heredad que le tocó. Le halló en tierra de desierto, y en yermo de horrible soledad; lo trajo alrededor, lo instruyó, lo guardó como a *la niña de su ojo*”, la parte más delicada y sensible del cuerpo humano. “Como el águila que excita su nidad, revolotea sobre sus pollos, extiende sus alas, los toma, los lleva sobre sus plumas” –para enseñarles a volar y guardarles de una caída–. “Jehová solo le guió, y con él no hubo dios extraño. Lo hizo subir sobre las alturas de la tierra, y comió los frutos del campo, e hizo que chupase miel de la peña, y aceite del duro pedernal; mantequilla de vacas y leche de ovejas, con grosura de corderos, y carneros de Basán; también machos cabríos, con lo mejor del trigo; y de la sangre de la uva bebiste vino” (v. 9-14).

¿Hay necesidad de decir que estas palabras se aplican primeramente a Israel? Sin duda, la Iglesia puede aprender mucho de ello y aprovecharlo. Sin embargo, aplicarlo a la Iglesia encerraría dos errores serios. Rebajaría el nivel celestial de la Iglesia a uno terrenal, y le atribuiría el sitio y la

herencia designados por Dios a Israel. ¿Qué tiene que ver la iglesia, el cuerpo de Cristo, con el establecimiento de las naciones sobre la tierra? Absolutamente nada. La Iglesia, según el pensamiento de Dios, es una extranjera sobre la tierra. Su porción, su esperanza, su hogar, su herencia, todo para ella es celestial. Incluso si nunca se hubiera oído hablar de la Iglesia, no se habría observado ninguna diferencia en el desarrollo de la historia del mundo. El llamamiento de la Iglesia, su marcha, su destino, su carácter, conducta y principios son, o por lo menos deberían ser, celestiales. La Iglesia nada tiene que ver con la política de este mundo. Su ciudadanía es de los cielos, de donde espera al Salvador. Mezclándose en los asuntos de las naciones, traiciona a su Señor y a sus principios. Su privilegio es estar unida y moralmente identificada con un Cristo rechazado, crucificado, resucitado y glorificado. Nada tiene que ver con el sistema o curso histórico del mundo, y su Cabeza glorificada en los cielos tampoco tiene nada que ver con ello. “No son del mundo”, dice el Señor Jesucristo hablando de su pueblo,

como tampoco yo soy del mundo



(Juan 17:16).

Esto es concluyente. Determina de manera precisa nuestra posición. “Como él es, así somos nosotros en este mundo” (1 Juan 4:17). Esto encierra una doble verdad, a saber: nuestra aceptación ante Dios y nuestra completa separación del mundo. Estamos *en* el mundo pero no somos *del* mundo. Debemos atravesarlo como peregrinos y extranjeros aguardando la venida de nuestro Señor, la aparición de la brillante Estrella de la mañana. No forma parte de nuestro testimonio intervenir en asuntos políticos. Somos llamados y exhortados a obedecer a los gobiernos establecidos, a rogar por todos los que ejercen autoridad, a pagar tributo y no deber nada a nadie, a ser “irreprensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminas en el mundo; asidos de la palabra de vida” (Filipenses 2:15-16).

De todo cuanto precede, podemos comprender la inmensa importancia práctica de usar “bien la palabra de verdad” (2 Timoteo 2:15). Solo tenemos una pequeña idea del daño causado tanto a la verdad de Dios como a las almas de su pueblo, confundiendo a Israel con la Iglesia, lo terrenal con lo celestial. Esto impide el progreso en el conocimiento de la Escritura y perjudica la integridad de la vida y del testimonio cristiano. Esta afirmación puede parecer muy atrevida, pero ya la hemos visto ilustrada innumerables veces, por eso queremos llamar la atención del lector una vez más sobre el asunto.

## Israel olvidó a la Roca que lo creó

El versículo 15 nos presenta un tono diferente en el cántico de Moisés. Hasta aquí hemos visto a Dios, sus actos, sus propósitos, sus consejos, sus pensamientos, su amoroso interés por su pueblo Israel, sus tratos llenos de compasión para con ellos. Todo esto está lleno de bendición. Cuando tenemos a Dios y a sus caminos ante nosotros, nada puede oponerse al gozo del corazón. Todo es perfección absoluta, divina, y cuando la descubrimos, nuestros corazones se llenan de admiración, amor y alabanza.

Pero está el lado humano, y aquí, ¡desgraciadamente!, todo es fiasco y contratiempo. Así leemos en el versículo 15: “Pero engordó Jesurún, y tiró coces”. ¡Qué relato más intenso! ¡En su breve contenido presenta toda la historia moral de Israel! “(Engordaste, te cubriste de grasa); entonces abandonó al Dios que lo hizo, y menospreció la Roca de su salvación. Le despertaron a celos con los dioses ajenos; lo provocaron a ira con abominaciones. Sacrificaron a los demonios, y no a Dios; a dioses que no habían conocido, a nuevos dioses venidos de cerca, que no habían temido vuestros padres. De la Roca que te creó te olvidaste; te has olvidado de Dios tu creador” (v. 15-18).

Hay una solemne advertencia en estas palabras para cada uno de nosotros. Aunque estamos rodeados por las valiosas mercedes de Dios, somos capaces de hacer uso de ellas mientras excluimos al Dador. En otras palabras, nosotros también, como Israel, engordamos y nos resistimos. Olvidamos a Dios. Perdemos el dulce y precioso sentido de su presencia y perfecta suficiencia, y nos volvemos a otros objetos, como Israel se volvía a los falsos dioses. ¡Cuán a menudo nos olvidamos de la Roca que nos creó, del Dios que nos formó, del Señor que nos redimió! Y todo esto es más imperdonable en nosotros, puesto que nuestros privilegios son mayores que los de Israel. Somos establecidos en una posición y relación que Israel no conoció; nuestros privilegios y bendiciones son muy elevados. Gozamos del privilegio de tener comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo; somos objetos de aquel perfecto amor que no descansó hasta que nos hubiera introducido en una posición en la cual puede decirse de nosotros:

Como él (Cristo) es, así somos nosotros en este mundo  
(1 Juan 4:17).



Nada puede exceder en bendición a este estado, ni siquiera el amor divino. No solamente el amor de Dios nos ha sido manifestado en el don y muerte de su Unigénito y bien amado Hijo y en el don de Su Espíritu, sino que es perfecto para con nosotros colocándonos en la misma posición en que está Aquel que ocupa ahora el trono de Dios.

Todo esto es completamente asombroso. Excede a todo conocimiento. Y sin embargo, ¡cuán propensos somos a olvidar a Aquel que nos ha amado inmensamente, ha trabajado por nosotros y nos ha bendecido! ¡Cuán a menudo nos alejamos de él en nuestros pensamientos y afectos! Aquí no se trata simplemente de lo que la iglesia profesante ha hecho colectivamente; la cuestión es más íntima; se refiere a lo que nuestros pobres y miserables corazones siempre están inclinados a hacer. Olvidamos fácilmente a Dios para dedicarnos a otras cosas, y esto nos acarrea una grave pérdida y deshonra su nombre.

## **Jehová lo vio y se encendió su ira**

¿Queremos conocer los sentimientos de Dios a este respecto? Oigamos las ardientes palabras que Moisés dirigió al pueblo errante. ¡Que podamos escucharlas con atención y sacar de ellas gran provecho!

“Y lo vio Jehová, y se encendió en ira *por el menosprecio de sus hijos y de sus hijas*. Y dijo: esconderé de ellos mi rostro, veré cuál será su fin” —¡ah!, qué deplorable fin— “porque son una generación perversa, hijos infieles. Ellos me movieron a celos con lo que no es Dios; me provocaron a ira con sus ídolos; yo también los moveré a celos con un pueblo que no es pueblo, los provocaré a ira con una nación insensata. Porque fuego se ha encendido en mi ira, y arderá hasta las profundidades del Seol; devorará la tierra y sus frutos, y abrasará los fundamentos de los montes. Yo amontonaré males sobre ellos; emplearé en ellos mis saetas. Consumidos serán de hambre, y devorados de fiebre ardiente y de peste amarga; diente de fieras enviaré también sobre ellos, con veneno de serpientes de la tierra. Por fuera desolará la espada; y dentro de las cámaras el espanto; así al joven como a la doncella, al niño de pecho como al hombre cano” (v. 19-25).

Aquí tenemos un solemne registro de los tratos oficiales de Dios con su pueblo, que nos recuerdan las palabras de Hebreos 10:31: “¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!”. La historia de Israel en el pasado, su estado presente y lo que todavía ha de pasar en el futuro tiende a probar de manera muy impresionante que “nuestro Dios es fuego consumidor” (Hebreos 12:29). Ninguna nación de la tierra pasó por una disciplina tan severa como la nación de Israel. El Señor se lo recuerda con aquellas solemnes y profundas palabras: “A vosotros solamente he conoci-

do de todas las familias de la tierra; por tanto, os castigaré por todas vuestras maldades” (Amós 3:2). Ninguna otra nación fue llamada a ocupar el supremo lugar de una relación con Jehová. Esta dignidad estaba reservada a una sola nación; pero esa misma dignidad era la base de una seria responsabilidad.

Si los israelitas eran llamados a ser el pueblo de Dios, debían conducirse de un modo digno de esa posición, de lo contrario tendrían que soportar castigos más pesados que hayan caído sobre nación alguna. Los hombres pueden discurrir acerca de todo esto. Pueden preguntarse respecto a la cohesión moral de los versículos 22 a 25 de este capítulo. Pero tarde o temprano se manifestará que todas estas objeciones no eran más que locura. Es inútil que los hombres arguyan contra los actos del gobierno divino, o contra la disciplina ejercida sobre el pueblo escogido de Dios. ¡Sería más sabio dejarnos advertir por los hechos de la historia de Israel para huir de la ira venidera y asirnos de la vida eterna y de la plena salvación revelada en el precioso evangelio de Dios!

En cuanto a nosotros, hallamos una gran lección en el vínculo de Dios con su pueblo. Por medio de sus experiencias vemos la necesidad de andar, en nuestra santa posición, con humildad y oración. Es verdad que poseemos la vida eterna y somos destinatarios privilegiados de aquella gracia que reina por la justicia para vida eterna por Jesucristo, nuestro Señor, que somos miembros del cuerpo de Cristo, templos del Espíritu Santo y herederos de la gloria eterna. Pero todo ello no nos exime escuchar la voz de amonestación que la historia de Israel profiere a nuestros oídos. No nos autoriza a andar descuidadamente y a despreciar las saludables advertencias que nos proporciona la historia de Israel. Al contrario, estamos obligados a prestar mucha atención a las cosas que el Espíritu Santo ha escrito para nuestra enseñanza. Cuánto más elevados son nuestros privilegios, más ricas nuestras bendiciones y más íntima nuestra relación. Tanto más conviene que seamos fieles y que nos comportemos de tal manera que seamos agradables a Aquel que en su amor perfecto nos otorgó tan bendita posición. ¡Que el Señor, en su gran bondad, nos conceda que consideremos de corazón estas cosas en su santa presencia y procuremos servirlo fielmente!

## **Haré cesar de entre los hombres la memoria de ellos**

En el versículo 26 tenemos un punto del más alto interés relacionado con la historia de los tratos de Dios con Israel. “Yo había dicho que los esparciría lejos, que *haría cesar de entre los hombres la memoria de ellos*”. Y ¿por qué no lo hizo? La respuesta a esta pregunta presenta una verdad para Israel que descansa en el fundamento de sus bendiciones futuras. Sin duda, merecían que su

memoria fuese borrada de entre los hombres. Pero Dios tiene sus pensamientos, consejos y propósitos respecto a ellos. Además tiene en cuenta los pensamientos y las acciones de las naciones con respecto a su pueblo. Esto resalta en el versículo 27. Él condesciende en darnos sus razones por no borrar las huellas del pueblo rebelde: “*De no haber temido la provocación del enemigo, no sea que se envanezcan sus adversarios, no sea que digan: Nuestra mano poderosa ha hecho todo esto, y no Jehová*”.

¡Cuánta gracia se desprende de estas palabras! Dios no permitirá que las naciones traten a su pobre pueblo como si él lo hubiese olvidado. Puede emplear a esas naciones como vara de castigo, pero en cuanto intenten excederse del límite señalado, él romperá la vara y hará manifiesto a todos que es él mismo quien trata con su amado pueblo descarriado, a quien finalmente bendecirá para su gloria.

Esta es una verdad de indecible preciosidad. El decidido propósito de Jehová es enseñar a todas las naciones que Israel ocupa un lugar especial en su corazón y una posición de preeminencia en la tierra. Los escritos de los profetas están llenos de pruebas que confirman esta verdad. Si las naciones lo olvidan o se oponen a ello, peor para ellas. Es vano que ellas intenten contrarrestar el propósito divino. Pueden estar seguras de que el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob hará fracasar todo plan contra su pueblo. Los hombres pueden pensar que sus manos son poderosas, pero comprobarán que la mano de Dios es más poderosa aún.

Dejamos que el lector prosiga su estudio a la luz de la Santa Escritura sobre este interesante tema. Encontrará provecho y edificación para su alma. Podrá ver en el cántico de Moisés un compendio de los tratos de Dios con Israel y de Israel respecto a Dios.

## **Restauración de Israel y juicio de las naciones**

En los versículos 29 a 33 tenemos un llamamiento muy conmovedor. “¡Ojalá fueran sabios, que *comprendieran esto*, y se dieran cuenta del fin que les espera! ¿Cómo podría perseguir uno a mil, y dos hacer huir a diez mil, si su roca no los hubiese vendido, y Jehová no los hubiera entregado? Porque la roca de ellos no es como nuestra Roca, y aun nuestros enemigos son de ello jueces” (v. 29-31). No hay, ni puede haber más que una Roca, ¡bendito sea su glorioso nombre para siempre! “Porque de la vid de Sodoma es la vid de ellos, y de los campos de Gomorra; las uvas de ellos son uvas ponzoñosas, racimos muy amargos tienen. Veneno de serpientes es su vino, y ponzoña cruel de áspides” (v. 32-33).



¡Terrible cuadro del estado moral de un pueblo! Esa es la apreciación divina del estado de aquellos cuya roca no es como la Roca de Israel. Pero llegará un día de venganza. Aunque está aplazado por la misericordia divina, *llegará* el día en el cual todas las naciones que han obrado soberbiamente contra Israel tendrán que responder por su conducta ante el tribunal del Hijo del Hombre. Tendrán que oír su solemne sentencia y afrontar su ira implacable.

“¿No tengo yo esto guardado conmigo, *sellado en mis tesoros*? Mía es la venganza y la retribución; a su tiempo su pie resbalará, porque el día de su aflicción está cercano, y lo que les está preparado se apresura. Porque Jehová juzgará (vindicará, defenderá o vengará) a su pueblo, y *por amor de sus siervos se arrepentirá*, cuando viere que la fuerza pereció, y que no queda ni siervo ni libre” (v. 34-36). ¡Preciosa gracia para Israel y para todos los que *ahora* sienten y reconocen su necesidad!

“Y dirá: ¿Dónde están sus dioses, la roca en que se refugiaban; que comían la grosura de sus sacrificios, y bebían el vino de sus libaciones? Levántense, que os ayuden y os defiendan. Ved ahora que yo, yo soy, y no hay dioses conmigo; yo hago morir, y yo hago vivir; yo hiero, y yo sano” –hiero en la ira gubernamental y curo por la gracia perdonadora– “y no hay quien pueda librar de mi mano. Porque yo alzaré a los cielos mi mano, y diré: vivo yo para siempre”. ¡Gloria a Dios en las alturas! ¡Que toda inteligencia creada adore su nombre sin igual! “Si afilare mi reluciente espada, y echare mano del juicio” –como seguramente lo hará–, “yo tomaré venganza de mis enemigos, y daré la retribución a los que me aborrecen”. Quienquiera y dondequiera que estén. Tremenda sentencia para todos aquellos a quienes alcance, para ¡todos los que aborrecen a Dios y aman los placeres de este mundo! “Embriagaré de sangre mis saetas, y mi espada devorará carne; en la sangre de los muertos y de los cautivos, en las cabezas de larga *cabellera del enemigo*” (v. 37-42).

Aquí llegamos al final de las graves disposiciones de juicio, ira y venganzas expuestas con brevedad en este cántico de Moisés, pero extensamente desarrolladas en las Escrituras proféticas. El lector puede dirigirse a Ezequiel 38 y 39; allí se nos describe el juicio sobre Gog y Magog, gran enemigo del norte que se levantará contra la tierra de Israel, donde también será destruido.

Asimismo podrá consultar a Joel 3, que empieza con palabras de bálsamo y consuelo para el futuro Israel. “Porque he aquí que en aquellos días, y en aquel tiempo en que haré volver la cautividad de Judá y de Jerusalén, reuniré a todas las naciones, y las haré descender al valle de Josafat, y allí entraré en juicio con ellas a causa de mi pueblo, y de Israel mi heredad, a quien ellas esparcieron entre las naciones, y repartieron mi tierra” (v. 1-2).

El lector verá de qué manera concuerdan perfectamente las voces de los profetas con el cántico de Moisés, y de qué modo tan completo, claro e incontrovertible, expone el Espíritu Santo la gran verdad de la futura restauración de Israel con supremacía y gloria.

¡Cuán deliciosa es la nota que termina nuestro cántico! ¡Qué magnífico coronamiento de la obra de Dios! Todas las naciones enemigas serán juzgadas, ya sea Gog, Magog, el asirio o el rey del norte. Todos los enemigos de Israel serán confundidos y relegados a eterna perdición. Luego resuena en los oídos la dulce nota: *“Alabad, naciones, a su pueblo, porque él vengará la sangre de sus siervos, y tomará venganza de sus enemigos, y hará expiación por la tierra de su pueblo”* (v. 43).

## **Fin del admirable cántico**

Aquí termina este maravilloso cántico. Resume con precisión la historia de su pueblo terrenal, Israel, en su pasado, presente y porvenir. Nos muestra a las naciones establecidas en la tierra en relación directa con los propósitos divinos respecto a la descendencia de Abraham. Descubre el juicio final de todas aquellas naciones que han obrado contra el pueblo elegido. Cuando Israel sea plenamente restaurado y bendecido, según el pacto hecho con sus padres, se invita a las naciones salvadas a regocijarse con ellos.

¡Qué gloria en la verdad presentada en el capítulo 32 de Deuteronomio! Bien se puede decir: Dios “es *la Roca*, cuya obra es perfecta” (v. 4). Aquí el corazón puede descansar en tranquilidad, suceda lo que suceda. En las manos del hombre todo se hace pedazos; todo lo que es humano se termina en irremediable fracaso y ruina. En cambio, “la Roca” permanecerá para siempre. Toda “obra” de la mano divina brillará con perfección eterna para la gloria de Dios y la perfecta bendición de su pueblo.

Ese es el propósito, alcance y aplicación del cántico de Moisés. Claro está que la Iglesia de Dios, el cuerpo de Cristo, ese misterio del cual el apóstol Pablo fue hecho ministro, no ocupa ningún lugar en este cántico. Cuando Moisés escribió este cántico, el misterio de la Iglesia estaba escondido en el seno de Dios. Una mente sencilla, enseñada exclusivamente por la Escritura, verá claramente que el cántico de Moisés tiene por objeto el gobierno de Dios en relación con Israel y las naciones, por esfera tiene la tierra y por centro la tierra de Canaán.

“Vino Moisés y recitó todas las palabras de este cántico a oídos del pueblo, él y Josué hijo de Nun. Y acabó Moisés de recitar todas estas palabras a todo Israel; y les dijo: *Aplicad vuestro corazón a todas las palabras que yo os testifico hoy, para que las mandéis a vuestros hijos, a fin de que cuiden de*

*cumplir todas las palabras de esta ley.* Porque no os es cosa vana; *es vuestra vida*, y por medio de esta ley haréis prolongar vuestros días sobre la tierra adonde vais, pasando el Jordán, para tomar posesión de ella” (v. 44-47).

Así que, desde el principio hasta el fin de este libro, encontramos a Moisés, urgiendo al pueblo a una obediencia absoluta y de corazón a la Palabra de Dios. En esto estriba el precioso secreto de la vida, la paz, el progreso y la prosperidad espiritual. Israel no tenía otra cosa que hacer más que *obedecer*. Que esta obediencia incondicional nos caracterice también a nosotros, en estos días de luchas y confusiones, en los que la voluntad humana predomina de un modo tan temible. El mundo y la rebelde iglesia actúan según su propia voluntad, la cual pronto los arrojará a las tinieblas. Tengamos esto presente y procuremos seguir la estrecha senda de la obediencia a todos los mandamientos de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. De este modo nuestros corazones serán guardados en calma. Aun cuando aparezcamos a los ojos del mundo, e incluso a los de los cristianos profesantes, como anticuados y de estrecho criterio, no nos separemos del sendero indicado por la Palabra de Dios. ¡Que la Palabra de Dios habite abundantemente en nosotros y la paz de Cristo rija nuestros corazones *hasta el fin!*

## **Verás delante de ti la tierra, mas no entrarás allá**

También es notable ver cómo este capítulo termina recordando los actos administrativos de Dios para con su fiel siervo Moisés. “Y habló Jehová a Moisés *aquel mismo día*, diciendo: sube a este monte de Abarim, al monte Nebo, situado en la tierra de Moab que está frente a Jericó, y mira la tierra de Canaán, que yo doy por heredad a los hijos de Israel; y muere en el monte al cual subes, y sé unido a tu pueblo, así como murió Aarón tu hermano en el monte Hor, y fue unido a su pueblo; por cuanto pecasteis contra mí en medio de los hijos de Israel en las aguas de Meriba de Cades, en el desierto de Zin; porque no me santificasteis en medio de los hijos de Israel. Verás, por tanto, delante de ti la tierra; *mas no entrarás allá, a la tierra que doy a los hijos de Israel*” (v. 48-52).

¡Cuán solemne es el gobierno de Dios que sujeta a las almas! Ciertamente debería hacernos temblar el pensamiento de la desobediencia. Si un siervo tan eminente como Moisés fue juzgado por haber hablado imprudentemente, ¿cuál será el fin de los que viven día tras día, mes tras mes y año tras año en deliberado olvido de los mandamientos de Dios, rechazando su autoridad?

¡Oh, que Dios nos dé una mente humilde y un corazón contrito y quebrantado! Él busca y se complace con personas así; con ellas hace su habitación.

“ Miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra  
(Isaías 66:2).

¡Que Dios en su infinita bondad conceda este apacible espíritu a cada uno de sus amados hijos,  
a causa de Cristo Jesús!

# **Bendición profética de Moisés, hombre de Dios**

## **Comparación con Génesis 49**

Esta es la bendición con la cual bendijo Moisés varón de Dios a los hijos de Israel, antes que muriese” (v. 1).

Es muy interesante y alentador ver que las últimas palabras del escritor fueron de bendición. Hemos hablado acerca de sus discursos, aquellas solemnes advertencias dirigidas a la congregación de Israel. Hemos meditado sobre su maravilloso cántico con sus notas alternadas de gracia y de gobierno. Ahora vamos a oír palabras de bendición, de confortamiento y consuelo, que fluyen del mismo corazón del Dios de Israel, que traducen sus amorosos pensamientos respecto a ellos y dan un vistazo a su glorioso porvenir.

El lector observará una marcada diferencia entre estas últimas palabras de Moisés y las últimas palabras de Jacob en Génesis 49. Ambas son divinamente inspiradas. Por lo tanto, aunque diferentes, no están en contradicción, porque no puede haber desacuerdo entre dos secciones del Libro de Dios. Esta es una verdad cardinal, un principio fundamental que debe ser abrazado y fielmente confesado por todo cristiano sincero y piadoso, frente a todos los asaltos de la incredulidad.

Señalaremos, pues, el punto de diferencia principal. Jacob recuerda las acciones de sus hijos, muchas de ellas tristes y humillantes; Moisés, en cambio, presenta las acciones de la gracia divina en ellos o para ellos. Esto explica la diferencia. Las malas acciones de Rubén, Simeón y Leví son registradas por Jacob, pero omitidas por Moisés. ¿Hay contradicción en esto? De ningún modo. Hay una divina armonía. Jacob considera a sus hijos en su historia personal. Moisés los considera en su relación con el pacto de Jehová. Jacob muestra las faltas humanas, la debilidad y el pecado; Moisés hace resaltar la fidelidad divina, la bondad y la benevolencia. Jacob nos habla de los actos humanos y del juicio de los mismos; Moisés nos presenta los consejos de Dios y las bendiciones que de ellos proceden. ¡Gracias y alabanzas a nuestro Dios! Sus consejos, sus bendiciones y su gloria están por encima de todo fracaso, pecado y locura humanos. Su voluntad se cumplirá totalmente y para siempre. Israel y las naciones serán plenamente bendecidos y se regocijarán juntos en la abundante bondad de Dios. Proclamarán sus alabanzas “de mar a mar, y desde el río hasta los confines de la tierra” (Salmo 72:8).

## La bendición de cada tribu

Las diversas bendiciones de las tribus están llenas de preciosas instrucciones y no requieren muchas explicaciones.

“Dijo: Jehová vino de Sinaí, y de Seir les esclareció; resplandeció desde el monte de Parán, y vino de entre diez millares de santos, con la ley de fuego a su mano derecha. Aun *amó* a su *pueblo*”; ¡precioso e infalible manantial de todas sus futuras bendiciones! “*Todos los consagrados a él estaban en su mano*”; ¡verdadero secreto de su perfecta seguridad! “Por tanto, ellos siguieron *en tus pasos*” –¡la única situación segura y apropiada para ellos, para nosotros y para todos!– “recibiendo dirección de ti” (v. 1-3). ¡Bendita dádiva! ¡Precioso tesoro! Cada palabra que procede de la boca de Dios es mucho más preciosa que millares de oro y plata, más dulce asimismo que la miel y los panales.

## Rubén y Judá

“Cuando Moisés nos ordenó una ley, como heredad a la congregación de Jacob. Y fue rey en Jesurún, cuando se congregaron los jefes del pueblo con las tribus de Israel. Viva Rubén, y no muera; y no sean pocos sus varones” (v. 4-6). Nada se nos dice aquí de la inconstancia de Rubén, ni de su pecado. Predomina la gracia. Las bendiciones fluyen en rica abundancia del corazón de Dios.

“Esta bendición profirió para Judá. Dijo así: Oye, oh Jehová, la voz de Judá, y llévalo a su pueblo; sus manos le basten, y tú seas su ayuda contra sus enemigos” (v. 7). Judá es la estirpe real.

Nuestro Señor vino de la tribu de Judá

“ (Hebreos 7:14).

Esto ilustra cómo la divina gracia se eleva en toda su majestad por encima del pecado humano y triunfa gloriosamente sobre las circunstancias que revelan la debilidad humana. “Judá engendró de Tamar a Fares y a Zara” (Mateo 1:3). ¿Quién, sino el Espíritu Santo, pudo haber escrito estas palabras? ¡Los pensamientos de Dios no son como nuestros pensamientos! ¿Qué mano humana hubiera osado introducir a Tamar en la línea genealógica de nuestro adorable Señor y Salvador Jesucristo? Ninguna. La huella de la divinidad está impresa en Mateo 1:3 como lo está en toda cláusula del divino Libro, desde el principio al fin. ¡Alabado sea nuestro Señor porque es así! Veamos también las dos citas siguientes:

1. “Judá, te alabarán tus hermanos; tu mano en la cerviz de tus enemigos; los hijos de tu padre se inclinarán a ti. Cachorro de león, Judá; de la presa subiste, hijo mío. Se encorvó, se echó como león, así como león viejo: ¿quién lo despertará? No será quitado el cetro de Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga Siloh; y a él se congregarán los pueblos. Atando a la vid su pollino, y a la cepa el hijo de su asna, lavó en el vino su vestido, y en la sangre de uvas su manto. Sus ojos, rojos de vino, y sus dientes blancos de la leche” (Génesis 49:8-12).

2. “Y vi en la mano derecha del que estaba sentado en el trono un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos. Y vi a un ángel fuerte que pregonaba a gran voz: ¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos? Y ninguno, ni en el cielo ni en la tierra ni debajo de la tierra, podía abrir el libro, ni aun mirarlo. Y lloraba yo mucho, porque no se había hallado a ninguno digno de abrir el libro, ni de leerlo, ni de mirarlo. Y uno de los ancianos me dijo: No llores. He aquí que el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos. Y miré, y vi que en medio del trono y de los cuatro seres vivientes, y en medio de los ancianos, estaba en pie un Cordero como inmolado, que tenía siete cuernos, y siete ojos, los cuales son los siete espíritus de Dios enviados por toda la tierra” (Apocalipsis 5:1-6).

¡Cuán altamente favorecida es la tribu de Judá! Figurar en la línea genealógica de la que nació nuestro Señor es un alto honor, y sin embargo sabemos que es mucho más excelente y bendito oír la Palabra de Dios y guardarla. Hacer la voluntad de Dios, y atesorar sus preciosos mandamientos en nuestros corazones nos lleva moralmente más cerca de Cristo (Mateo 12:46-50).

### **Leví, pero no Simeón**

“A Leví dijo: Tu Tumim y tu Urim (luces y perfecciones) sean para tu varón piadoso, a quien probaste en Masah, con quien contendiste en las aguas de Meriba, *quien dijo de su padre y de su madre: nunca los he visto; y no reconoció a sus hermanos, ni a sus hijos conoció; pues ellos guardaron tus palabras, y cumplieron tu pacto.* Ellos enseñarán tus juicios a Jacob, y tu ley a Israel; pondrán el incienso delante de ti, y el holocausto sobre tu altar. Bendice, oh Jehová, lo que hicieren, y recibe con agrado la obra de sus manos; hiere los lomos de sus enemigos, y de los que le aborrecieren, para que nunca se levanten” (v. 8-11).

El lector observará que aquí no se menciona a Simeón, aunque está íntimamente asociado con Leví en Génesis 49: “Simeón y Leví son hermanos; armas de iniquidad sus armas. En su consejo no entre mi alma, ni mi espíritu se junte en su compañía. Porque en su furor mataron hombres, y en su temeridad desjarretaron toros. Maldito su furor, que fue fiero; y su ira, que fue dura. Yo los apartaré en Jacob, y los esparciré en Israel” (v. 5-7).

Ahora bien, cuando comparamos Génesis 49 con Deuteronomio 33, observamos dos cosas: por un lado la responsabilidad humana, y por el otro la soberanía divina. Además, vemos la naturaleza y sus hechos, la gracia y sus frutos. Jacob ve a Simeón y Leví unidos en naturaleza, desplegando los caminos y características de esa naturaleza. Ambos merecían la maldición. Pero en Leví vemos los gloriosos triunfos de la gracia soberana. Esta gracia capacitó a Leví en los días del becerro de oro para ceñir la espada y defender la gloria del Dios de Israel. “Se puso Moisés a la puerta del campamento, y dijo: ¿Quién está por Jehová? Júntese conmigo. Y se juntaron con él todos los hijos de Leví. Y él les dijo: Así ha dicho Jehová, el Dios de Israel: Poned cada uno su espada sobre su muslo; pasad y volved de puerta a puerta por el campamento, y matad cada uno a su hermano, y a su amigo, y a su pariente. Y los hijos de Leví lo hicieron conforme al dicho de Moisés; y cayeron del pueblo en aquel día como tres mil hombres. Entonces Moisés dijo: Hoy os habéis consagrado a Jehová, pues cada uno se ha consagrado en su hijo y en su hermano, para que él dé bendición hoy sobre vosotros” (Éxodo 32:26-29).

¿Dónde estaba Simeón en esta ocasión? Estuvo con Leví el día que hicieron su propia voluntad y se dejaron llevar por la cruel ira. ¿Por qué no estuvo con él el día de la valerosa decisión en favor de Jehová? Estuvo listo para ir con su hermano a vengar una ofensa a la familia. ¿Por qué no lo estuvo para defender el honor de Dios, insultado por el acto idolátrico de toda la congregación? ¿Dirá alguien que Simeón no era responsable? Cuidémonos de suscitar semejante cuestión. El llamamiento de Moisés fue dirigido a toda la congregación. Pero solo Leví respondió, y obtuvo la bendición. Apoyar la causa de Dios en el día malo le permitió ser honrado con el sacerdocio, la más alta dignidad que podía conferírsele. Dios es soberano y obra como quiere sin dar cuenta a nadie de sus actos. Si alguien preguntara: “¿Por qué Simeón es omitido en Deuteronomio 33?”. La respuesta sencilla y concluyente sería: “Oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios?” (Romanos 9:20).

En Simeón vemos juzgados los actos de la naturaleza humana, mientras que en Leví hallamos recompensados los frutos de la gracia. En ambos se halla la verdad de Dios reivindicada y su nombre glorificado. Así ha sido, es y será siempre. El hombre es responsable y Dios es soberano.



¿Somos llamados a conciliar estas dos cláusulas? No, pero sí somos llamados a creerlas. Ellas ya están conciliadas puesto que aparecen una al lado de la otra en las páginas inspiradas. Esto es suficiente para toda alma piadosa; y en cuanto a los que argumentan por incredulidad, no tardarán en obtener una respuesta a sus objeciones.

## **Benjamín**

“A Benjamín dijo: El amado de Jehová habitará confiado cerca de él; lo cubrirá siempre, y entre sus hombros morará” (v. 12).

¡Sitio bendito para Benjamín, como también para todo hijo de Dios! Cuán precioso es el pensamiento de habitar seguro en la presencia divina, en consciente cercanía del verdadero y fiel Pastor y Obispo de nuestras almas, al abrigo de sus alas protectoras día y noche.

“  
Cuán felices son los que se mantienen  
Al abrigo de tu ala protectora  
Que la vida y fuerzas de ti reciben,  
Que en ti se mueven y en ti viven.

Lector, procure conocer mucho más de la real felicidad del sitio y la porción ocupados por Benjamín. Que el gozo de la presencia de Cristo, su permanente comunión y proximidad, sean lo único que lo satisfagan. Que nada lo despoje de este privilegio. Permanezca cerca del Pastor, reposando en su amor y alimentándose en sus verdes pastos junto a las tranquilas aguas. ¡Que el Señor nos haga experimentar estas preciosas bendiciones! ¡Saboreemos el inefable valor de una profunda y personal intimidad con él! De ello tenemos una imperiosa necesidad en estos días. ¡Vemos tanto conocimiento intelectual de la verdad, y tan poco conocimiento afectuoso y aprecio por Cristo!

## **José**

“A José dijo: Bendita de Jehová sea tu tierra, con lo mejor de los cielos, con el rocío, y con el abismo que está abajo. Con los más escogidos frutos del sol, con el rico producto de la luna, con el fruto más fino de los montes antiguos, con la abundancia de los collados eternos, y con las mejores dádivas de la tierra y su plenitud; y la gracia del que habitó en la zarza venga sobre la cabeza

de José, y sobre la frente de aquel que es príncipe entre sus hermanos. Como el primogénito de su toro es su gloria, y sus astas como astas de búfalo; con ellas acorneará a los pueblos juntos hasta los fines de la tierra; ellos son los diez millares de Efraín, y ellos son los millares de Manasés” (v. 13-17).

José es una figura muy notable de Cristo. Lo vimos en nuestros estudios sobre el libro del Génesis. El lector habrá notado la manera enfática con que Moisés habla del hecho de haber sido separado de sus hermanos. Fue rechazado y echado a una cisterna. Pasó, de un modo figurado, por las profundas aguas de la muerte, y así alcanzó el sitio de dignidad y gloria. Fue sacado de la cárcel para ser el gobernante de la tierra de Egipto, el preservador y sustentador de sus hermanos. El hierro penetró en su alma, y tuvo que probar la amargura de la muerte antes de entrar en la esfera de la gloria. Notable arquetipo de Aquel que colgó en la cruz, yació en el sepulcro y ahora está sobre el trono de la majestad en los cielos.

No podemos menos que admirarnos al ver la abundancia de bendiciones pronunciadas sobre José, tanto por Moisés en nuestro capítulo como por Jacob en Génesis 49. Las expresiones de Jacob son extraordinariamente bellas. “Rama fructífera es José, rama fructífera junto a una fuente, cuyos vástagos se extienden sobre el muro. Le causaron amargura, le asaetearon, y le aborrecieron los arqueros; mas su arco se mantuvo poderoso, y los brazos de sus manos se fortalecieron por las manos del Fuerte de Jacob (por el nombre del Pastor, la Roca de Israel), por el Dios de tu padre, el cual te ayudará, por el Dios Omnipotente, el cual te bendecirá con bendiciones de los cielos de arriba, con bendiciones del abismo que está abajo, con bendiciones de los pechos y del vientre. Las bendiciones de tu padre fueron mayores que las bendiciones de mis progenitores; hasta el término de los collados eternos serán sobre la cabeza de José, y sobre la frente del que fue apartado de entre sus hermanos” (v. 22-26).

¡Qué magnífico conjunto de bendiciones! Pronto todas ellas se cumplirán para Israel. Los sufrimientos del verdadero José formarán el fundamento imperecedero de la futura felicidad de sus hermanos en la tierra de Canaán. El río de bendición, profundo y pleno, fluirá de este país altamente agraciado entonces, y desolado hoy, e irán a refrescar toda la tierra.

“ Acontecerá también en aquel día, que saldrán de Jerusalén aguas vivas, la mitad de ellas hacia el mar oriental, y la otra mitad hacia el mar occidental, en verano y en invierno (Zacarías 14:8).

¡Qué brillante perspectiva para Jerusalén, para el país de Israel y para toda la tierra! Pero, ¡qué lamentable equivocación es querer aplicar esas Escrituras a la dispensación de la gracia o a la Iglesia del Dios vivo! ¡Cuán contrario es esto al testimonio de la Santa Escritura, al corazón de Dios, y al pensamiento de Cristo!

## **Zabulón e Isacar**

“A Zabulón dijo: Alégrate, Zabulón, cuando salieres; y tú, Isacar, en tus tiendas. Llamarán a los pueblos a su monte; allí sacrificarán sacrificios de justicia, por lo cual chuparán la abundancia de los mares, y los tesoros escondidos de la arena” (v. 18-19).

Zabulón debía alegrarse de su salida, e Isacar de permanecer en sus tiendas. Habrá gozo en casa y fuera de ella. También habrá poder para obrar sobre otros, llamando a los pueblos al monte de Dios para ofrecer sacrificios de justicia. Todo esto está basado en el hecho de que ellos mismos chuparán la abundancia de los mares y de los tesoros escondidos. En principio, así sucede siempre. Nuestro privilegio es alegrarnos en el Señor, suceda lo que suceda (Filipenses 4:4). Extraigamos de aquellas fuentes eternas los tesoros escondidos que se encuentran en Él mismo. Entonces estaremos en un estado de alma adecuado para llamar a otros a que prueben y vean que el Señor es bueno. Podremos presentar a Dios aquellos sacrificios de justicia que le son agradables.

## **Gad, Dan, Neftalí y Aser**

“A Gad dijo: Bendito el que hizo ensanchar a Gad; como león reposa, y arrebató brazo y testa. Escoge lo mejor de la tierra para sí, porque allí le fue reservada la porción del legislador. Y vino en la delantera del pueblo; con Israel ejecutó los mandatos y los justos decretos de Jehová. A Dan dijo: Dan es cachorro de león que salta desde Basán. A Neftalí dijo: Neftalí, saciado de favores, y lleno de la bendición de Jehová, posee el occidente y el sur. A Aser dijo: Bendito sobre los hijos sea Aser; sea el amado de sus hermanos, y moje en aceite su pie. Hierro y bronce serán tus cerrojos, y como tus días serán tus fuerzas. No hay como el Dios de Jesurún, quien cabalga sobre los cielos para tu ayuda, y sobre las nubes con su grandeza. El eterno Dios es tu refugio, y acá abajo los brazos eternos; él echó de delante de ti al enemigo, y dijo: Destruye. E Israel habitará confiado, la fuente de Jacob habitará sola en tierra de grano y de vino; también sus cielos destilarán rocío. Bienaventurado tú, oh Israel. ¿Quién como tú, pueblo salvo por Jehová, escudo de tu socorro, y espada de tu triunfo? Así que tus enemigos serán humillados, y tú hollarás sobre sus alturas” (v. 20-29).

Aquí es inútil todo comentario humano. Nada puede igualar al valor de la gracia que se desprende de las últimas líneas de nuestro capítulo. Las bendiciones de este, así como el cántico del capítulo 32, empiezan y terminan con Dios y sus maravillosos tratos para con Israel. Esta magnífica conclusión del Deuteronomio refresca y alienta por encima de cualquier expresión. La gracia y la gloria brillan con extraordinario fulgor. Dios será aún glorificado en Israel, e Israel será plena y eternamente bendecido en Dios. Nada ni nadie podrá impedir esto.

Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios

“

(Romanos 11:29).

Toda jota y toda tilde de su preciosa Palabra se cumplirán para Israel. Las últimas palabras del legislador dan el más completo y claro testimonio de ello. Si solo tuviéramos los cuatro últimos versículos de este precioso capítulo, serían más que suficientes para probar la futura restauración, bendición, preeminencia y gloria de las doce tribus de Israel en su propia tierra.

También es cierto que de las bendiciones pronunciadas sobre Israel, la Iglesia puede sacar instrucción, consuelo y refrigerio. Podemos saber lo que es ser “saciado de favores, y lleno de la bendición de Jehová”. Podemos ser confortados con la seguridad de que “como tus días serán tus fuerzas”. Nosotros también podemos decir: “El eterno Dios es tu refugio, y acá abajo los brazos eternos”. Podemos expresar lo que Israel jamás pudo ni podrá decir. Las bendiciones y los privilegios de la Iglesia son celestiales y espirituales; pero esto no impide que encontremos consuelo en las promesas hechas a Israel. El gran error de los cristianos profesantes consiste en aplicar a la Iglesia lo que del modo más manifiesto se aplica al pueblo terrenal de Dios. Cuidémonos de incurrir en este grave error. No tengamos el más mínimo temor de perder algo de bendición al dejar para la descendencia de Abraham el sitio y la porción que los propósitos y las promesas de Dios les tienen asignados. Al contrario, solo si comprendemos esto, podremos hacer un uso inteligente de la Escritura del Antiguo Testamento, pues nadie puede entender e interpretar la Escritura si no reconoce claramente la gran distinción que existe entre Israel y la Iglesia de Dios.

## La muerte de Moisés

Este breve capítulo forma una acotación inspirada del libro de Deuteronomio. No se nos dice quién fue el instrumento empleado por el Espíritu para escribirlo; pero este asunto es de poca importancia para el estudiante de las Escrituras. Estamos convencidos de que esa acotación es tan inspirada como el Pentateuco, y como la totalidad del Libro de Dios.

“Subió Moisés de los campos de Moab al monte Nebo, a la cumbre del Pisga, que está enfrente de Jericó; y le mostró Jehová toda la tierra de Galaad hasta Dan, todo Neftalí, y la tierra de Efraín y de Manasés, toda la tierra de Judá hasta el mar occidental; el Neguev, y la llanura, la vega de Jericó, ciudad de las palmeras, hasta Zoar. Y le dijo Jehová: Esta es la tierra de que juré a Abraham, a Isaac y a Jacob, diciendo: A tu descendencia la daré. Te he permitido verla con tus ojos, mas no pasarás allá. Y murió allí Moisés siervo de Jehová, en la tierra de Moab, conforme al dicho de Jehová. Y lo enterró en el valle, en la tierra de Moab, enfrente de Bet-peor; y ninguno conoce el lugar de su sepultura hasta hoy” (v. 1-6).

En nuestros estudios sobre los libros de Números y Deuteronomio tuvimos la ocasión de detenernos en el solemne hecho apuntado en la cita anterior. Por lo tanto solo recordaremos al lector que, si quiere tener un completo conocimiento de este asunto, debe considerar a Moisés desde un doble punto de vista, esto es, público y personal.

Si lo consideramos bajo el aspecto de su puesto oficial, es evidente que su misión no era conducir a la congregación de Israel en la tierra prometida. El desierto era su esfera de acción. No le correspondía conducir al pueblo a través del río de la muerte (el río Jordán) hasta la heredad que se le había destinado. Su ministerio estaba relacionado con la responsabilidad humana bajo la ley y bajo el gobierno de Dios, por lo tanto no podía llevar al pueblo a gozar de la promesa. Esta misión estaba reservada a su sucesor Josué, figura del Salvador resucitado.

Todo esto es claro y muy interesante. Pero también debemos considerar a Moisés bajo su aspecto personal. Y desde este punto de vista podemos verlo bajo el gobierno de Dios y, al mismo tiempo, como objeto de su gracia. Nunca debemos perder de vista esta importante distinción. Toda la Escritura nos ofrece ejemplos notables en la historia de los amados siervos del Señor. El tema de la gracia y del gobierno tiene un valor moral y también práctico, sobre todo en los tiempos actuales.

Fue el gobierno de Dios el que, con decisión firme, prohibió a Moisés entrar en la tierra prometida, *por más* que lo deseara. Habló inconsideradamente: no glorificó a Dios ante los ojos de la congregación en las aguas de Meriba. Por esto le fue prohibido cruzar el Jordán y poner su pie en la tierra prometida. Consideremos esto atentamente, amado lector cristiano. Tratemos de comprender su fuerza moral y su aplicación práctica. Necesitamos mucha ternura y amor para recordar la falta de uno de los más ilustres siervos del Señor; no obstante, debemos hacerlo puesto que ese hecho ha quedado anotado para nuestra enseñanza y solemne amonestación.

También debemos recordar que, aunque estamos bajo la gracia, somos objetos del gobierno divino. Estamos subordinados a una solemne responsabilidad y bajo un gobierno del cual no podemos burlarnos. Es una realidad que somos hijos de Dios el Padre, amados con un amor inmenso y eterno, amados del mismo modo que Jesús lo es. Somos miembros del cuerpo de Cristo, amados, estimados y nutridos según el perfecto amor de su corazón.

Aquí no es cuestión de responsabilidad, ni de posibilidad de fracaso. Todo está divinamente determinado y seguro. Pero también estamos bajo el gobierno divino. No perdamos de vista esta verdad, y guardémonos de ideas falsas y perniciosas respecto a la gracia. El hecho mismo de ser objetos del favor y del amor divino, hijos de Dios, miembros del cuerpo de Cristo, debería inducirnos a prestar aún más atención al gobierno divino.

Esto mismo se ve en las exigencias a los hijos de un soberano humano. Precisamente por ser sus hijos, deben respetar su gobierno más que los otros. Si esto es así en los casos del gobierno humano, ¡cuánto más debe serlo en el gobierno de Dios! “A vosotros solamente he conocido de todas las familias de la tierra; *por tanto*, os castigaré por todas vuestras maldades” (Amós 3:2). “Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no obedecen al evangelio de Dios? Y: si el justo con dificultad se salva, ¿en dónde aparecerá el impío y el pecador?” (1 Pedro 4:17-18). ¡Cuán serias y dignas de toda nuestra consideración son estas palabras!

Mas, como ya dijimos, Moisés estaba tanto bajo la gracia como bajo el gobierno; y verdaderamente esta gracia tiene un esplendor particular en la cumbre del Pisga. Al venerable siervo de Dios le fue permitido estar en la presencia de su Señor y, contemplar la bella tierra de la promesa. Pudo verla desde un punto de vista divino; como dada por Dios.

Y ¿qué sucedió? Durmió y fue reunido con su pueblo. No murió como un anciano débil y marchito, sino en toda la plenitud y vigor de la madurez. “Era Moisés de edad de ciento veinte años cuando murió; sus ojos nunca se oscurecieron, ni perdió su vigor” (v. 7). ¡Asombroso testimonio! La vida de Moisés se dividió en tres importantes y destacados períodos de cuarenta años cada uno. Pasó cuarenta años en casa de Faraón, cuarenta años en tierra de Madián, y otros cuarenta años en el desierto (Hechos 7:23, 30, 36). ¡Cuántas instrucciones para nosotros en esta vida tan notable, en esta historia tan llena de sucesos! ¡Cuán interesante es su estudio! Seguir a este siervo de Dios desde la orilla del Nilo donde, como niño abandonado, yacía en una arquilla de juncos, hasta la cumbre del Pisga, donde estuvo en compañía de su Señor para mirar con ojos no oscurecidos la bella heredad del Israel de Dios. Lo vemos de nuevo sobre el monte de la transfiguración en compañía de Elías, hablando con Jesús sobre el más sublime tema que merezca la atención de hombres o ángeles (Lucas 9:30-31). ¡Qué vida maravillosa! ¿Qué otro hombre ha sido tan favorecido? ¿Dónde encontraremos semejante siervo?

Escuchemos el divino testimonio dado de este amado siervo de Dios. “Y nunca más se levantó profeta en Israel como Moisés, a quien haya conocido Jehová cara a cara; nadie como él en todas las señales y prodigios que Jehová le envió a hacer en tierra de Egipto, a Faraón y a todos sus siervos y a toda su tierra, y en el gran poder y en los hechos grandiosos y terribles que Moisés hizo a la vista de todo Israel” (v. 10-12).

¡Quiera el Señor, en su infinita bondad, bendecir nuestro estudio sobre el libro de Deuteronomio! ¡Que sus preciosas lecciones queden grabadas en lo profundo de nuestros corazones por el poder del Espíritu Santo, y produzcan sus adecuados resultados, moldeando nuestro carácter, gobernando nuestra conducta y guiando nuestro camino a través de este mundo! ¡Andemos realmente con espíritu humilde y paso firme en la senda estrecha de la obediencia hasta que los días de nuestro peregrinar hayan terminado!

C. H. M.